



LA VIDA HEROICA DE
MARÍA CURIE
DESCUBRIDORA DEL RADIO
CONTADA POR SU HIJA EVA CURIE

Introducción

Hay en la vida de María Curie tantos rasgos inverosímiles que quisiera relatar su vida como se cuenta una leyenda.

En una nación oprimida nace una mujer pobre y hermosa.

Una poderosa vocación le hace abandonar su patria, Polonia, para estudiar en París, donde pasa años de soledad y de angustia.

Encuentra un hombre genial como ella y se casa con él. Su felicidad es de una calidad excepcional.

Con tenaz y árido esfuerzo descubren un cuerpo mágico: el radio. Su descubrimiento, no sólo da nacimiento a una nueva ciencia y a una nueva filosofía, sino que ofrece a los hombres el medio de combatir una enfermedad horrenda.

En el instante mismo en que la gloria de los dos sabios se extiende por el mundo se abate sobre María el dolor. Su extraordinario compañero le es arrebatado, en un instante, por la muerte.

Con la angustia en el corazón y enfermo el cuerpo, continúa, sola, la obra emprendida, y amplía brillantemente la ciencia creada por el matrimonio.

El resto de su vida no es más que una perpetua generosidad. A los heridos de la guerra les ofrece su devoción y su salud. Más tarde dará sus consejos, su saber y su tiempo a los alumnos, a los futuros hombres de ciencia llegados de las cinco partes del mundo.

Cumplida su misión, muere, agotada, habiendo rechazado la riqueza y soportado los honores con indiferencia.

A esta historia, semejante a un mito, no podía yo añadir un solo adorno sin cometer una falta. No he relatado una anécdota que no haya comprobado ni he deformado una frase esencial o inventado siquiera el color de un vestido. Los hechos que se relatan han sucedido y las palabras que se transcriben se pronunciaron.

Debo a mi exquisita y culta familia polaca, y especialmente a la hermana mayor de mi madre, señora Bluska, que fue su más tierna compañera, inapreciables cartas y directos testimonios sobre la juventud de mi madre. Documentos personales y breves notas biográficas dejadas por María Curie; innumerables textos oficiales, relatos y correspondencia de amigos franceses y polacos, a quienes no sé cómo agradecerles tantas atenciones; los recuerdos de mi hermana, Irene Joliot-Curie, de mi hermano político, Federico Joliot, y los míos me han ayudado a evocar los años más recientes.

Quisiera que el lector de este libro no dejara de meditar sobre las peripecias efímeras de una existencia, como la de María Curie, en la cual más sorprendente que su obra o que lo anecdótico de su vida es la inmutabilidad de un carácter, el esfuerzo porfiado, implacable, de la inteligencia; la inmolación de un ser que sabía darlo todo y que no supo tomar ni recibir nada; el alma, en fin, a la que nada logró alterar en su pureza excepcional: ni el éxito más extraordinario, ni la adversidad.

Porque María Curie tenía esta alma y, sin sacrificio alguno, apartó de sí misma las ventajas que los auténticos genios pueden obtener de una fama inmensa.

Sufrió por ser el personaje que el mundo quería que fuese. Tan exigente y retraída era su naturaleza, que fue incapaz, hasta los últimos días de su vida, de escoger una de esas actitudes que la gloria sugiere: la familiaridad, la amabilidad maquinal, la austeridad intencionada, la modestia exhibicionista.

No supo ser célebre.

Cuando yo nací, mi madre tenía treinta y siete años. Cuando estuve en la edad de conocerla bien, era una anciana ilustre. Y no obstante, fue "la ilustre investigadora" lo que más me extrañó de ella, sin duda alguna porque la idea de serlo no ocupaba el espíritu de María Curie. En cambio, me parece haber vivido siempre al lado de la estudiante pobre y soñadora que fue María Sklodowska, mucho antes de que yo viniera al mundo.

En el instante mismo de su muerte, María seguía pareciéndose a aquella joven. Una tenaz, brillante y larguísima carrera no había logrado engrandecerla, disminuirla,

santificarla o envilecerla. En su último día era todavía dulce, obstinada, tímida, curiosa de todos los rolan, como en los tiempos de sus oscuros comienzos.

Con una muerte semejante no podía infringírsele sin sacrilegio, el duelo pomposo que los gobiernos ofrecen a los grandes personajes. María tuvo en un cementerio silvestre, entre las flores del estío, un entierro silencioso y sencillo, como si la vida que terminaba semeajara a tantas otras.

Hubiera querido tener los dones de un escritor para mostrar la eterna estudiante de la que Einstein dijo: "La señora Curie es, de todos los seres célebres, el único que la gloria no ha corrompido", siguiendo como una extraña el curso de su propia vida, intacta, natural, casi insensible a su sorprendente destino.

Ève Curie

Capítulo 1

Mania

Como todos los domingos un gran silencio invade el liceo de la calle Nowolipki. Debajo del frontis de piedra, en donde se lee, grabada en caracteres rusos, la inscripción "Gimnasio de Niños", la puerta principal está cerrada con cerrojo, y el vestíbulo, entre columnas, semeja un templo abandonado.



María Curie en los últimos años de su vida

La vida parece retirada de este edificio, ancho y bajo, de un solo piso, de claras salas, en donde se alinean los pupitres de negra madera, arañados por los cortaplumas y cruzados de iniciales.

Sólo se oye la campana de la iglesia de la Virgen, que toca a vísperas, y, a veces, viniendo de la calle, el rodar de una carreta o el trote perezoso del caballo de una *dorochka*. Tras la reja que bordea el patio de entrada, las cuatro lilas del gimnasio, polvorientas y raquílicas, están en flor, y los transeúntes endomingados se vuelven, sorprendidos por el hálito de perfume azucarado. Hace calor, a pesar de que el mes de mayo se acaba. En Varsovia, el sol es tan despótico y tan vivo como el frío.

No obstante, algo hay que altera la paz dominical. Del ala izquierda del edificio, donde habita, en la planta baja, el señor Wladyslaw Sklodowski, profesor de física y subinspector del gimnasio, procede el eco sordo de una misteriosa actividad. Se diría que son martillazos dados sin orden ni concierto, y a los que sigue el hundimiento de un andamiaje, coreado con agudos gritos. Algunos golpes más, y a continuación se oyen unas órdenes breves, lanzadas en polaco:

- ¡Eh! ¡Ya no tengo más municiones!
- ¡La torre, José! ... ¡Cuidado con la torre!
- ¡Mania, apártate!
- No... Si te traigo los cubos...
- ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Cae una montaña de cubos de madera, que ruedan estrepitosamente sobre el encerado parquet. La torre quedó destruida. Redoblan los clamores, y los proyectiles vuelan y aciertan en el blanco.

El campo de batalla es una vasta pieza cuadrada, cuyas ventanas dan a un patio interior del gimnasio. Cuatro camas de niño ocupan las esquinas. Cuatro niños, de cinco a nueve años, juegan a la guerra, gritando horriblemente. Un tío bonachón, aficionado al whist y a los solitarios, que en la noche de Navidad ofreció a los jóvenes Sklodowski un juego de construcciones, no imaginó el uso que se haría de su regalo. Durante algunos días, José, Bronia, Hela y Mania construyeron, dócilmente, los castillos, los puentes y las iglesias cuyos modelos encontraron en la caja. Pero, luego, los bloques de madera se convirtieron en lo que era su destino auténtico: las columnitas de roble formaron la artillería, los pequeños cubos sirvieron como proyectiles, y los arquitectos se transformaron en mariscales.

Tumbado en el suelo, José gana terreno y empuja metódicamente sus cañones en dirección al adversario. Incluso en lo más bravo de la lucha, su rostro de niño sano

y de rasgos firmes, bajo los cabellos claros, refleja la seriedad que precisa un jefe del ejército. Es el mayor y el más inteligente de los cuatro niños que están allí, y es, además, el único varón. A su alrededor sólo hay niñas, llevando sobre sus vestidos dominicales rizadas pañoletas y oscuros delantales festoneados.

Hay que ser justos: las niñas pelean bien. Los ojos de Hela, aliada de José, brillan ferozmente. Hela, que no tiene más de seis años y medio, está rabiosa, porque quisiera tirar más lejos y con mayor fuerza aun los cubitos de madera que sirven de proyectiles. Hela envidia los ocho años de Bronia, la brillante criatura gordinflona cuya rubia cabellera azota el aire, mientras manotea para defender sus tropas, colocadas entre dos ventanas.

Al lado de Bronia, un minúsculo ayudante de campo, con un delantal festoneado, recoge las municiones, galopa de un batallón a otro, se precipita, con el rostro enrojecido y los labios secos de gritar y reír tanto...

— ¡Mania!

La llamada sorprende a la niña, que frena su carrera y deja caer del delantal, arrebujaado sobre el pecho, una provisión de proyectiles, que se desparrama por el suelo.

— ¿Qué pasa?

Zosia, la mayor de los cinco hijos del señor Sklodowski, acaba de entrar en la habitación. No tiene más allá de doce años, pero al lado de sus hermanitos parece una persona mayor. Sus largos cabellos de color ceniza, echados para atrás, caen libremente sobre sus espaldas. Su rostro es hermoso y expresivo, soñadores los ojos, de un gris exquisito.

— Mamá dice que hace mucho tiempo que juegas y que debes descansar.

— Pero Bronia me necesita. Le sirvo las municiones.

— Dice mamá que vayas.

Tras un instante de duda, Mania toma la mano de su hermana y efectúa una salida llena de dignidad. A los cinco años es muy pesado hacer la guerra, pero la niña, aunque esté cansada, abandona la lucha descontenta. De la habitación vecina, una dulce voz llama, enumerando los nombres acariciadores:

— *Mania... Manusia... Anciupecio...*

En Polonia se tiene gran predilección por los diminutivos. En el hogar de los Sklodowski se llama "Zosia" a Sofía, que es el nombre de la mayor; "Bronia" substituye a Bronislaswa; Helena se ha convertido en "Hela", y José en "Jozic". Pero ninguno ha recibido tantos sobrenombres como Marya, el último vástago, la niña mimada de la casa. "Mania" es su diminutivo corriente, pero a éste hay que añadir "Manusia", que es una llamada tierna, y "Anciupecio", sobrenombre que data de sus años de cuna.

— Pero, Anciupecio, ¡qué despeinada vas! ... ¡Qué sofocada vienes!

Dos manos delicadas, demasiado pálidas, demasiado delgadas, anudan las cintas desatadas del delantal, arreglan los breves bucles que descubren el rostro firme de una futura e ilustre representante de la ciencia. Poco a poco, bajo la caricia bienhechora, la niña se sosiega, se tranquiliza.

Mania tiene por su madre un amor infinito. Confusamente, le parece que no hay en el mundo otro ser tan gracioso, tan bueno, tan sereno.

La señora Sklodowska es la mayor de las hijas de un matrimonio de hidalgos rurales. Su padre, Félix Boguski, pertenece a esta pequeña nobleza campesina que tantos representantes tiene en Polonia. Demasiado pobre para vivir de sus propios bienes, debe administrar los de familias más poderosas que la suya. Su matrimonio fue romántico. Enamorado de una jovencita noble y sin fortuna, como él, pero de mejor cuna, la raptó, y se casó con ella clandestinamente, a pesar de las protestas de los padres de la novia. Luego pasaron los años, y el seductor se convirtió en un viejo tímido y friolero, y su enamorada en una abuela regañona.

De los seis vástagos que tuvieron, la señora Sklodowska, desde luego, es la más equilibrada y el más inteligente. No hay en ella ninguna "originalidad" eslava. Recibió una excelente educación en una escuela de la calle Freta, en Varsovia. Decidió seguir la carrera de maestra, obtuvo el título en esa misma escuela y acabó por ser la directora del establecimiento. Cuando, en 1860, el profesor Wladyslaw Sklodowski pidió su mano, escogió una esposa perfecta. Cierta es que no aportaba dote alguna, pero era bien nacida, piadosa y diligente. Tenía asegurada una carrera y poseía un depurado gusto musical: tocaba el piano y cantaba con voz admirable y lánguida las canciones de moda.

Además, era hermosa. Una fotografía nos la muestra en la época de su boda, con el rostro perfecto y abundantes matas de pelo simplemente trenzadas; el arco maravilloso de sus cejas y la mirada apacible y secreta de unos ojos grises y alargados de egipcia.

Las gentes decían que era un buen matrimonio. Los Sklodowski formaban parte de esa pequeña nobleza que la desgracia de Polonia arruinó. La cuna de la raza, Sklody, es un con junto de granjas situadas a un centenar de kilómetros al norte de Varsovia. Muchas familias, unidas entre sí y originarias de Sklody, llevan el apellido de Sklodowski, y, según una costumbre establecida, el señor del país, en su tiempo, podía conceder a los quinteros el derecho a adoptar su blasón.

La vocación natural de estas familias era la de cultivar la tierra. Pero, en las épocas turbulentas, las tierras se empobrecen y se esterilizan. Si en el siglo XVIII el ascendiente directo de Wladyslaw Sklodowski poseyó unos cuantos centenares de hectáreas y pudo llevar una vida cómoda; si sus descendientes lograron todavía campesinos satisfechos, no pudo hacerlo José, padre del joven profesor. Con el deseo de mejorar su ingrata condición y de hacer honor a un apellido respetado, este Sklodowski puso su fe en los estudios. Tras una carrera que las revoluciones y las guerras hicieron dramática, lo encontramos más tarde convertido en el director del liceo infantil de una población importante, Lublin, y es el primer intelectual de la familia.

Los Boguski y los Sklodowski forman hogares muy numerosos. Seis hijos aquí, siete allá. Agricultores, profesores, notarios, una religiosa... Y, además, algunos personajes excéntricos: uno de los hermanos de la señora Sklodowska, Henryck Boguski, en un incurable métome-en-todo, que se cree capacitado para las más peligrosas y geniales empresas, y el inquieto Sdzizlaw Sklodowski, hermano del profesor, es un audaz caballero, que fue, sucesivamente, estudiante en Petersburgo, soldado durante la insurrección polaca, poeta "provenzal" y doctor en Derecho, durante su destierro en Tolosa, y, de regreso a su patria, notario en provincias, oscilando su vida constantemente entre la ruina y la fortuna.

En las dos ramas, los caracteres románticos se conjuntan con las naturalezas ponderadas, y los seres reposados con los caballeros andantes.

Los padres de María eran gente tranquila. Él, imitando el ejemplo de su padre, hizo profundos estudios científicos en la universidad de Petersburgo, regresando luego a Varsovia para enseñar matemáticas y física. Ella dirigía con éxito el pensionado donde iban a instruirse las niñas de las mejores familias de la población. Durante ocho años, el matrimonio vivió en el primer piso de la escuela de la calle Freta. Todas las mañanas, a la hora en que el profesor salía de su domicilio conyugal para atravesar el patio, en las habitaciones que daban a la calle vibraban las voces de los niños, en espera de la hora de entrar en la escuela.

Pero, cuando en 1868 Wladyslaw Sklodowski abandonó el liceo donde daba sus clases, para ser profesor y subinspector del gimnasio de la calle Nowolipki, su esposa tuvo que adaptarse a la nueva vida. Era imposible habitar el departamento a que tenían derecho, por las nuevas funciones pedagógicas de su esposo, en el gimnasio, y, a la vez, conservar la dirección del pensionado, y criar, como ella cree que debe hacerlo, sus cinco hijos. Lamentándolo mucho, la señora Sklodowska cedió su instituto para señoritas y abandonó la calle Freta, en donde algunos meses antes, el día 7 de noviembre de 1867, había nacido María, la pequeña Mania.

¿Duermes, querida Anciupecio?

Mania, en cuclillas sobre un taburete bajo, a los pies de su madre, sacude la cabeza y contesta:

— No, mamá, estoy bien...

Una vez más la señora Sklodowska acaricia con sus dedos ligeros la frente de su hijita. Este gesto familiar es lo más dulce que la niña conoce. Mania no recuerda, por lejos que sus pensamientos vayan, que su madre la haya besado alguna vez. Pero no imagina felicidad mayor que la de arrebujarse cerca de esta mujer pensativa y encantadora, y de sentir, con señales casi imperceptibles, una palabra, una sonrisa, una mirada afectuosa, que le aseguran una inmensa ternura, velando por su destino infantil.

No comprende Mania, todavía, la cruel razón de los ritos y del aislamiento a que se condena su madre. La señora Sklodowska está gravemente enferma. Los primeros signos de la tuberculosis han aparecido al nacer María, y, desde hace cinco años, a pesar de las consultas y de los tratamientos, el mal ha hecho evidentes progresos.

Mas la devota cristiana quiere que en su casa nadie descubra sus sufrimientos. Su existencia es la de una ama de casa con muchísimo trabajo, atenta siempre, vestida con limpieza suma y que da la sensación de un perfecto estado de salud. No obstante, se impone ciertas reglas, que conserva constantemente: servirse de una vajilla que sólo emplea ella: no besar jamás a sus hijos. De la horrible enfermedad los hijos saben bien poco: los breves ataques de tos seca que oyen de una habitación a la otra, una sombra inquieta que cubre el rostro del profesor, la corta frase "¡Devolved la salud a nuestra madre!", que se había añadido a las oraciones desde un tiempo a esta parte.

La madre se levanta, aparta dulcemente a la hija que se acerca a ella.

— ¡Déjame, Manusia!... Tengo que hacer...

— ¿Puedo quedarme aquí? ... ¿Puedo leer?

— Preferiría que salieras al jardín... ¡Hace un día tan hermoso!

Una timidez particular sonroja las mejillas de Mania cuando aborda el capítulo de la lectura. Hallándose en el campo, el año anterior, Bronia, que encontraba muy pesado aprender el alfabeto por sí sola, llamó a su hermanita para jugar "a los profesores". Durante unas semanas, las dos niñas alinearon en un orden, a veces arbitrario, las letras del alfabeto, en cartones recortados. Una mañana, Bronia, ante sus padres, deletreaba una frase sencilla. Mania, impaciente, le agarró el libro de las manos y leyó casi correctamente el primer párrafo de la página. Encantada, primero, por el silencio que en torno suyo reinaba, continuó la lectura, mas una mirada a los rostros estupefactos de sus padres y otro sobre la cara malhumorada de Bronia produjéronle algunos tartamudeos ininteligibles y un sollozo irreprimible. Y en el espíritu de la niña prodigio sólo hubo el alma de una criatura de cuatro años, que, llorando a lágrima viva, repetía con voz lamentable:

— ¡Perdón, perdón!... No lo he hecho aposta... No es culpa mía. Tampoco es culpa de Bronia... Es que como era tan fácil...

Mania había creído, con desesperación, que no le sería perdonado jamás el hecho de haber aprendido a leer.

Desde esta fecha memorable, la niña se familiarizó con las mayúsculas y las minúsculas, y si Mania no hizo mayores progresos era porque, con habilidad suma, sus padres evitaban que cayeran papeles escritos en manos de su hija pequeña.

Sus padres, prudentes pedagogos, cada vez que la niña alargaba la mano para ver uno de esos álbumes de gruesos caracteres que había en la casa, sugerían: "¿Por qué no juegas con tus cubitos? ¿Dónde está tu muñeca? Cántame una canción, ¿quieres?", o bien, como en el día de hoy: "Preferiría que salieras al jardín... ¡Hace un día tan hermoso!"

Mania lanzó una mirada sobre la puerta por la cual acababa de entrar. El rodar de los cubos sobre el piso, los gritos, apenas amortiguados por el tabique, le dan a entender que no tiene muchas probabilidades de conseguir un camarada para el paseo. No hay que concebir esperanza alguna del lado de la cocina, donde los ruidos anuncian que las sirvientas preparan la comida de la noche.

— Voy a buscar a Zosia...

— Si quieres...

— ¡Zosia! ... ¡Z-O-S-I-A!

Mano sobre mano, las dos hermanitas atraviesan el estrecho prado en donde todos los días se realizan las partidas de carreras y de gallina ciega, caminan junto a las paredes de los edificios del liceo y penetran en un gran jardín que protege una puerta de madera carcomida. De este césped de pobre hierba, de estos árboles prisioneros y entre estos muros se exhalan débiles olores de tierra, de campo.

— Zosia, ¿iremos pronto a Zwola?

— Todavía no... Allá por el mes de julio... Pero, ¿te acuerdas de Zwola?

Mania, dotada de una memoria sorprendente, lo recuerda todo: el torrente, en el cual sus hermanas y ella se chapuzaban durante muchas horas, el verano anterior; los panes de barro que amasaban clandestinamente, salpicando de negruzcas manchas faldas y delantales, que ponían a secar al sol; el viejo tilo, en el cual trepaban a veces siete u ocho conspiradores, primos y amigos, que odiaban a la pequeña porque tenía los brazos muy débiles y las piernas demasiado cortas...

Y se acordaba de Marki y del tórrido granero donde José iba a aprender su tabla de multiplicar y en donde se enterraba a Mania bajo el grano movedizo. Y del padre Skrzypowski, que tan alegremente hacía restallar el látigo, conduciendo el break. ¡Y de los caballos del tío Javier!

Estos niños tuvieron siempre vacaciones alegres. De tan vasta familia, sólo una rama se había trasladado a la ciudad. En cada provincia había algunos Sklodowski,

algunos Boguski que cultivaban un pedazo de tierra polaca, y, si bien sus moradas no eran suntuarias, tenían, no obstante, las suficientes habitaciones para albergar al profesor del gimnasio y los suyos. A pesar de su modesta condición, Mania ignoraba las mediocres temporadas en las poblaciones que frecuentan los habitantes de Varsovia. Durante el verano, esta hija de intelectuales se convertirá, o, mejor dicho, volverá a ser, según los profundos instintos de su raza, una ruda y diminuta campesina.

— Vamos a correr. Apuesto lo que quieras a que llego antes que tú al fondo del jardín... — grita alegremente Zosia, que se tomaba muy en serio el papel de "madre".

— No puedo correr; prefiero que me cuentes una historia.

Nadie, ni el profesor ni su madre, saben contar una historia como Zosia. Su imaginación añade a las anécdotas y a los cuentos de hadas rasgos extraordinarios, que semejan las brillantes variaciones de un virtuoso. También escribe comedias breves, que interpreta con viveza ante sus hermanos maravillados. Por sus dones de autor y de artista, Zosia subyuga a Mania, que se estremece al escuchar las fantásticas aventuras, cuyo relato es difícil que siga un niño de cinco años.

Las niñas reanudan el camino del hogar, y, a medida que se acercan al gimnasio, la mayor se modera y baja la voz. La historia que imaginaba y declamaba no termina. Zosia interrumpe su relato. Silenciosamente pasan por debajo de las ventanas del ala derecha del gimnasio.

Tras esas ventanas habita el ser que la familia Sklodowski detesta y teme más en la vida: el señor Iwanow, director del gimnasio y el hombre que representa, entre las paredes del liceo, al gobierno del zar.

En el año 1872 era un desdichado destino ser polaco "súbdito ruso" y pertenecer a esa vibrante *intelligentzia*, cuyos nervios afloran la piel y que sienten más dolorosamente que las otras capas sociales la servidumbre que les es impuesta.

Hace exactamente un siglo que la rapacidad de unos soberanos y temibles vecinos de una debilitada Polonia, decidieron su destrucción. Un reparto tripartito desmembró el infortunado país en pedazos, que se convirtieron oficialmente en alemanes, rusos y austríacos. Los polacos se sublevaron contra sus opresores, fue

en vano. No lograron más que apretar los nudos que les retenían prisioneros. Tras el fracaso de la heroica revolución de 1831, el zar Nicolás dictó severas medidas y represalias en la Polonia "rusa". Los patriotas fueron encarcelados y deportados en masa y sus bienes confiscados.

Hubo una nueva tentativa en 1863, seguida de otra nueva derrota. Los amotinados no tuvieron más que picas y rebenques para oponer a las carabinas zaristas. Tras dieciocho meses de combates desesperados, aparecieron en las murallas de Varsovia cinco horcas, balanceándose en ellas los cuerpos de los jefes insurgentes. Después del drama, se puso en vigor cuanto fue necesario para reducir a Polonia a la obediencia. El pueblo, al parecer, se resistía aún. Mientras los rebeldes, cargados de cadenas, eran trasladados en largos convoyes hacia las nieves de Siberia, una ola de "rusificadores" — policías, profesores, funcionarios— invadía el país. Su misión consistía en vigilar a los polacos, perseguir su religión, prohibir sus periódicos y los libros sospechosos, y abolir poco a poco el uso de la lengua nacional. En una palabra, matar el alma del pueblo.

Inmediatamente se organizó la resistencia. Los polacos sabían, por cruentas experiencias, que, momentáneamente, no tenían ninguna probabilidad de reconquistar su libertad por la fuerza. Necesitaban esperar y evitar los peligros de la espera, que son el desaliento y la debilidad.

El combate cambió de terreno. Sus héroes ya no eran los guerreros que, armados con guadañas, hacían frente a los cosacos y que morían diciendo, como el famoso Luis Narbutt: "¡Qué felicidad es morir por mí país!" Ahora, los héroes eran los intelectuales, los artistas, los sacerdotes, los maestros de escuela, aquellos de quienes depende el espíritu de las nuevas generaciones. Su coraje estaba en armarse de hipocresía, en soportar todas las humillaciones, antes que perder los puestos en donde el zar los toleraba aún, y desde los cuales, secretamente, podían formar la juventud y guiar a sus compatriotas.

De ahí que en cada liceo de Polonia se mantuviera un antagonismo profundo, bajo la cortesía más afectada de los vencidos a los vencedores: los profesores y los directores espías; los Sklodowski y los Iwanow.

El señor Iwanow, de la calle Nowolipki, era singularmente detestable. Carecía de piedad para la suerte de sus subordinados, obligados a hacer en ruso a los niños de su propio país.

Alternaba, en su trato, los cumplidos más melifluos y los más groseros reproches. Con un celo a veces extremadamente ignaro, Iwanow revisaba los originales de los discípulos a la búsqueda de algún "*polonismo*" que escapara de la pluma de los alumnos. Sus relaciones con el profesor Sklodowski eran bastante frías desde un día en que éste, por defender a uno de sus alumnos, le dijo tranquilamente:

— Señor Iwanow, si el niño ha hecho una falta, ha sido, sin duda alguna, por distracción. También usted algunas veces, incluso muy a menudo, escribe incorrectamente el ruso, y estoy persuadido de que, como este niño, no lo hace usted exprofeso.

Cuando Zosia y Mania, de regreso de su paseo, entran en la habitación, el profesor está hablando, a media voz, con la esposa del director Iwanow.

— ¿Te acuerdas de la misa que los alumnos del segundo año hicieron celebrar en la iglesia, la pasada mañana, a fin de obtener una gracia? Habían organizado una colecta entre ellos, para pagar los gastos, y no quisieron decir jamás al cura cuál era la gracia que solicitaban. Pues bien; ayer el pequeño Barzynski me lo confesó todo. Los niños se habían enterado de que la hija de Iwanow tenía fiebres tifoideas, y, en su odio contra el director, hicieron decir una misa para que se muriera. ¡Si el pobre cura llega a descubrirlo!... Estaría desesperado de tener semejante responsabilidad.

El señor Sklodowski se divierte con el incidente, pero su esposa, que tiene un espíritu católico más fervoroso, no se ríe.

Se inclina sobre su labor, que es, en realidad, de una rudeza singular. La señora Sklodowska maneja el trinchete y la lezna, y confecciona un par de zapatos. Uno de los rasgos principales de esta madre es el de que no encuentra ningún trabajo indigno o de ella. Desde que sus partos y su enfermedad le han obligado a permanecer en casa, ha aprendido el oficio de zapatero, y todos los zapatos, que sus hijos gastan rápidamente, no cuestan más que el precio del cuero, pues los confecciona ella. ¡La vida es tan difícil!

— Este par es para ti, Manusia... ¡Vas a ver qué bien andarás con ellos!

Mania mira cómo las largas manos de su madre cortan la suela y manejan el hilo untado con pez. Cerca de la madre, el profesor Sklodowski se instala cómodamente en su sillón favorito. A Mania le gustaría subir sobre sus rodillas y manosear el ancho nudo de la corbata, hecho con esmero, tirar de la barba castaña que encuadra el rostro un poco pesado de su padre, donde se mantiene siempre una sonrisa amable. Pero no puede ser. La conversación de las personas mayores es muy aburrida:

— Iwanow... La policía... El zar... Deportaciones... Un complot... La Siberia.

Cada día, desde que nació, Mania oye las mismas frases, a las cuales, de una manera vaga, concede una significación espantosa. E instintivamente se aparta y retrocede en el instante en que son pronunciadas.

Aislándose en sus sueños profundos y pueriles, el niño se aleja de sus padres, del murmullo de sus habladurías cordiales, que a veces interrumpe el chirriar de las tijeras sobre el cuero o el golpe seco del martillo al hundir un clavo. Con el rostro levantado, vagabundea por la habitación, deteniéndose, como los bobos, ante los objetos, que singularmente admira.

Este cuarto de trabajo es la habitación más hermosa del hogar, o, en todo caso, la que Mania prefiere. El escritorio francés, de caoba, los butacones Restauración, tapizados de rojo terciopelo, la llenan de respeto. ¡Qué cuidados y brillantes están siempre esos muebles! Un día, cuando Mania tenga más edad y vaya a la escuela, le harán un sitio en uno de los extremos de la gran mesa de ministro, con muchos cajones. Y, por las tardes, en el escritorio del profesor Sklodowski, se reunirán todos los hijos para hacer sus deberes escolares.

El majestuoso retrato del obispo, con su marco áureo, que decora la pared central y que la familia —la familia solamente, claro— atribuye al Tiziano, no llama la atención de Mania. Mania reserva su admiración para el péndulo de malaquita, brillante y ventrudo, que se halla sobre el escritorio, y para un velador que el año último un primo trajo de Palermo, cuya mesa es un tablero de ajedrez, y cada uno de los cuadrados está hecho de una muestra de mármol vetado.

Pasa de largo ante la estantería en donde se guarda, sobre un plato, una taza de Sévres, azul, adornada con un medallón en el que se halla, el rostro bondadoso de

Luis XVIII — taza que miles y miles de veces han recomendado a Mania que no toque y a la cual teme terriblemente— , y la niña se quede ante uno de sus más queridos tesoros: un barómetro de precisión, cuyas largas agujas relucen sobre el blanco cuadrante, y que en días determinados el profesor arregla y limpia minuciosamente, ante los ojos atentos de los niños, y una vitrina de varios pisos llena de instrumentos sorprendentes y graciosos, tubos de cristal, ligeras balanzas, muestras de minerales y un electroscopio de hoja de oro. Antes, el señor Sklodowski llevaba estos objetos a la escuela, al empezar los cursos, pero, desde que el gobierno ha dado orden de reducir el número de horas dedicadas al estudio de las ciencias, se los ha guardado, dejándolos encerrados en la vitrina.

Mania no imagina para qué sirven esos curiosos juguetes. Un día que, de puntillas, contempla beatíficamente aquel arsenal, su padre le ha indicado simplemente el nombre:

— A-pa-ra-tos de fí-si-ca...

Un nombre divertido.

No lo olvida. Mania no olvida nunca nada. Y, como está de buen humor, lo repite cantando.

Capítulo 2

Días sombríos

María Sklodowska...

— Presente...

— Háblenos usted de Stanislas Augusto.

— Stanislas Augusto Poniatowski fue elegido rey de Polonia en 1764. Era inteligente y culto, amigo de los artistas y de los escritores. Conocía los vicios que debilitaban su reino y estudiaba el medio de remediar el desorden del Estado. Desgraciadamente, no era un hombre decidido...

Poco se distingue de sus compañeras la alumna que, de pie ante su banco, en la tercera fila, cerca de una ventana alta, desde la que se admira el césped cubierto de nieve del jardín, recita su lección con una linda voz, firme y segura. El uniforme del pensionado, en sarga azul marino, con botones de acero, el cuello blanco bien almidonado, embaraza la silueta de esta niña de diez años de edad. ¿Dónde están los bucles dorados de Anciupecio, siempre en desorden? Una trenza muy apretada, ligada con una estrecha cinta, estira los cabellos rizados detrás de las orejas minúsculas y perfectas, y convierte en banal el rostro voluntarioso de la niña. Otra trenza más espesa y más oscura ha reemplazado el peinado de Hela, que está sentada en el pupitre vecino al de su hermana Mania. Vestido sencillo, peinado severo, tal es la regla en la "escuela privada" de la señorita Sikorska.

La profesora que ocupa la cátedra tampoco tiene un aire frívolo. Su corpiño de seda negra, su cuello emballenado, no fueron jamás de moda, y la señorita Antonina Tupalska no ha pretendido nunca ser una mujer hermosa. Se ha compuesto una silueta pesada, brutal, fea y, a pesar de todo, simpática.

Profesora de aritmética e historia, la señorita Tupalska — comúnmente conocida por "Tupcia"— ejerce también las funciones de celadora, y en este papel más de una vez ha tenido que enfrentarse al espíritu independiente y al carácter obstinado de "la Sklodowska".

No obstante, hay mucha afectación en las miradas que lanza sobre Mania. ¿Cómo no sentirse orgullosa de una excelente discípula, dos años más joven que las demás

alumnas, para quien nada es difícil y que implacablemente es la primera en cálculo, en historia, en literatura, en alemán, en francés y en catecismo?

En la clase reina un silencio, y algo más que un largo silencio. La lección de historia crea una atmósfera, de apasionante fervor. Los ojos de veinticinco pequeñas patriotas exaltadas, el rostro rudo de Tupcia, reflejan un grave entusiasmo: Y, hablando de un soberano, muerto hace muchísimos años, Mania afirma con singular expresión y voz canora:

— Desgraciadamente, no era un hombre decidido...

La institutriz poco simpática, los niños demasiado juiciosos a los que enseña, en polaco, la historia de Polonia, tienen misteriosamente un aire de conspiradores, de conjurados. Y, de pronto, como cómplices, todos esos seres se estremecen. Ha sonado en el rellano de la escalera el timbre eléctrico. Dos llamadas largas, dos llamadas breves.

Esta señal desencadena instantáneamente una agitación violenta y callada. Tupcia, puesta de pie, recoge con rapidez los libros esparcidos sobre la mesa. Hábiles manos sacan de los pupitres los cuadernos y los manuales polacos y los amontonan en los delantales de cinco escolares que, cargadas con el botín, desaparecen por la puerta del dormitorio de las internas, mientras el ruido de sillas que se trasladan de un sitio para otro y de libros abiertos que se cierran suavemente completa la inquietud del ambiente. Las cinco alumnas, jadeantes, vuelven a ocupar sus puestos, al par que la puerta del vestíbulo se abre con lentitud.

En el umbral, embutido en un hermoso uniforme, pantalones amarillos, chaquetón azul y botones relucientes, aparece el señor Hornberg, inspector de los pensionados particulares de la villa de Varsovia. Es un hombre espeso, trasquilado a la alemana. Tiene ancho el rostro, y los ojos penetrantes, tras las gafas de montura dorada.

Sin pronunciar palabra, el inspector observa a las alumnas. Y de pie junto a él, impasible, en apariencia, la directora, la acompaña, señorita Sikorska, las mira también, pero icon qué secreta angustia! La dilación ha sido tan breve, en el día de hoy... Apenas el portero ha hecho sonar la llamada convenida cuando Hornberg, precedido de su acompañante, llegaba al rellano y entraba en la sala... Señor, Dios mío, ¿está todo en orden?

Todo está en orden. Veinticinco niñas inclinadas sobre su labor con el dedal en el anular, confeccionaban impecables ojales en un pedazo de tela deshilachada. En los pupitres había tijeras y carretes de hilo. Y Tupcia, con las venas de la frente un poco hinchadas y el rostro congestionado, pone ostensiblemente sobre la mesa un volumen abierto, impreso en caracteres ortodoxos.

Todas las semanas, estas niñas dedican dos horas a la costura señor inspector — dice tranquilamente, en ruso, la directora.

Hornberg avanza hacia la profesora.

— Leía usted en voz alta. ¿Qué libro es ése, señorita?

— Los "Cuentos", de Krylow... Hemos empezado hoy.

Tupcia ha contestado con una perfecta tranquilidad. Poco a poco sus mejillas recuperan el color natural.

Hornberg, con un gesto al parecer distraído, levanta la tapa de los pupitres más cercanos. Nada. Ni un cuaderno, ni un libro. Después de haber "detenido el punto" cuidadosamente y clavado la aguja en la tela, las alumnas han interrumpido su labor. Con los brazos cruzados, permanecen inmóviles y sentadas en sus bancos, todas iguales, con sus oscuros vestidos de cuello blancos. Y las veinticinco caritas, bruscamente envejecidas tienen una expresión hermética que esconde el miedo la astucia y el odio.

El señor Hornberg acepta la silla que le ofrece la señorita Tupalska y se sienta, con pesadez.

— Llámeme a cualquiera de las niñas...

En la tercera fila, María Sklodowska gira instintivamente su cara hacia la ventana.

Una muda súplica se eleva:

— ¡Dios mío, haz que no se me llame a mí... a mí!...

Pero bien sabe que será ella, porque para el examen del inspector del gobierno siempre, o casi siempre, se designa a Mania, por ser la más inteligente y la más astuta del pensionado.

Cuando oye su nombre, se pone de pie. Siente frío y calor. Un pudor extraordinario le anuda la garganta.

— Di tu oración — reclama Hornberg, en una actitud mixta de indiferencia y aburrimiento.

Con voz neutra, Mania recita correctamente el "Padre Nuestro". Una de las humillaciones más sutiles que ha descubierto el Zar es que los niños polacos digan en ruso las cotidianas oraciones de la religión católica. Así, pretendiendo respetar sus creencias, les hace profanar lo que aquéllos veneran.

Hay un nuevo silencio.

— ¿Cuántos son los zares que han reinado desde Catalina II en nuestra Santa Rusia?

— Catalina II, Pablo I, Alejandro I, Nicolás I, Alejandro II...

El inspector está satisfecho. La niña tiene muy buena memoria. Y un acento perfecto. Podría pasar por haber nacido en San Petersburgo.

— Dime los nombres y los títulos de la familia imperial...

— Su Majestad la Emperatriz, Su Alteza Imperial el Zarevitch Alejandro, Su Alteza el Gran Duque...

Cuando termina la enumeración, que es muy larga, Hornberg sonríe. Decididamente es admirable. No ve — o no quiere ver— la inquietud de Mania, sus rasgos endurecidos por el esfuerzo que hace para disimular su protesta interior.

— ¿Cuál es el título del Zar en el orden de los dignatarios?

— Wieliczestwo.

— Y el mío, ¿cuál es?

— Wysokorodie.

El inspector se recrea en estos detalles jerárquicos, más importantes a su juicio que la ortografía y la aritmética. Y por simple placer, pregunta todavía:

— ¿Quién nos gobierna?

Para esconder la viveza de sus miradas, la directora y la celadora se abstraen en la contemplación de los libros que tienen ante sí. Como la pregunta no es contestada con la misma rapidez que las anteriores, Hornberg, molesto, repite, con acento más fuerte:

— ¿Quién nos gobierna?

— Su Majestad Alejandro II, zar de todas las Rusias — articula penosamente Mania, cuyo semblante ha perdido todo color.

Ha terminado el interrogatorio. El funcionario se levanta de la silla, y tras un breve saludo, se dirige a la habitación vecina, seguido de la señorita Sikorska.

Entonces, Tupcia, levantando la cabeza, exclama:

— Ven, amor mío, ven...

Mania sale de la fila, se acerca a la maestra, que sin decirle nada, la besa en la frente. Y repentinamente, la niña polaca, que ya no puede más, llora desesperadamente, mientras la clase vuelve a adquirir la vida de antes.

¡Ha venido el inspector!... ¡Ha venido el inspector!

Los niños, excitados, se lo comunican a sus madres, a sus "nianas", que les esperan a la salida de la escuela. Los grupos de escolares, muy abrigados, que se reúnen a las personas mayores, se dispersan rápidamente por las calles, que cubren ya las primeras nieves del año. Se habla bajo porque cada transeúnte desocupado, cada bobo que contempla una vitrina, puede ser un confidente de la policía.

Hela cuenta animadamente a tía Michalowska — tía "Lucía"—, que ha ido a buscar a las dos hermanas, el incidente del día.

— Hornberg ha examinado a Mania... Mania ha contestado muy bien. Luego, ha llorado... El inspector no ha hecho ninguna observación...

Hela, exuberante, murmura, habla... Mania camina silenciosamente junto a su tía. A pesar de que han transcurrido muchas horas desde su interrogatorio, Mania continúa impresionada. Odia estos choques bruscos, estas exhibiciones humillantes, donde hay que mentir, mentir siempre.

Debido a la visita de Hornberg, siente como nunca, más rudamente que nunca, las tristezas de su vida. ¿Ha sido alguna vez una niña indiferente? Desgracia tras desgracia han caído sobre la casa de los Sklodowski, y los últimos cuatro años aparecen en la imaginación de Mania como una pesadilla.

Primero fue el viaje de la señora Sklodowska con Zosia. Se dijo a Mania "que tras la curación, mamá volvería muy bien de salud" pero cuando al cabo de un año, la niña volvió a verla, apenas pudo reconocer en aquel ser, avejentado y amenazado por la muerte, a su madre. Luego, en el otoño de 1873, transcurrió la dramática jornada del regreso de vacaciones. Al llegar con los suyos a la calle Nowolipki para reanudar sus tareas escolares, el señor Sklodowski encontró en su despacho un pliego oficial.

Por orden de las autoridades se le rebajaba la mensualidad, su departamento de funcionario le era retirado así como el título de subinspector. En suma, la catástrofe. El director Iwanow se había vengado cruelmente de un subinspector. En suma, la catástrofe.

Tras algunos cambios de domicilio, los Sklodowski se instalaron en la casa que hacía esquina entre las calles Nowolipki y Carmelitas. Y su existencia sufrió los cambios que insensiblemente producen poco a poco las necesidades. El profesor tomó primero dos o tres pensionistas, luego cinco, ocho, diez. A estos muchachos, escogidos entre sus alumnos, les daba casa, comida y clases particulares. El hogar se transformó en una ruidosa plaza pública y desapareció la intimidad de la vida de familia.

Fue preciso llegar a esto, no sólo por la inferior situación del señor Sklodowski, y por los sacrificios que tuvo que imponerse para pagar el tratamiento de su esposa en la Riviera, sino también por una deplorable especulación aventurera de su hermano político, que en la comandita de un "maravilloso" molino a vapor perdió rápidamente treinta mil rubros, que representaban todas sus economías. Desde entonces, atormentado por la pena, inquieto por el porvenir, se halla afligido, y, en un exceso de escrupulosidad, se acusa constantemente de haber empobrecido a los suyos y privado de dote a sus hijas.

Pero fue en enero de 1876, hace justamente dos años, cuando Mania conoció intensa y brutalmente el dolor. Uno de los huéspedes, enfermo de tifus, contagió a Bronia y a Zosia. ¡Qué semanas aquéllas! En una habitación, la madre procuraba contener sus ataques de tos. En otra, dos niñas gemían y temblaban de fiebre...

El miércoles, con los ojos llenos de lágrimas, el profesor fue a buscar a José, Hela y Mania y los depositó en casa de su hermana mayor. Zosia, vestida de blanco, estaba tendida en un ataúd, con la cara exangüe y casi sonriente, las manos juntas, maravillosamente bella, a pesar de sus cabellos cortados a rape. Fue el primer encuentro de Mania con la Muerte, fue el primer entierro que acompañó, enfundada en un sencillo abrigo negro, mientras que Bronia, convaleciente, sollozaba sola sobre su cama, y la señora Sklodowska, demasiado débil para salir, iba de una ventana a la otra, a fin de seguir con la mirada el ataúd de su hija, que descendía lentamente la calle de los Carmelitas.

Vamos a dar una vuelta, niñas... He de comprar manzanas antes de que vengan los fríos intensos...

A través de los jardines de Sajonia, casi desiertos, en esta tarde del mes de noviembre, la hermosa y excelente tía Lucía lleva a caminar a sus sobrinas con ligero paso. La tía aprovecha cualquier pretexto para que sus sobrinas tomen el aire, lejos de la habitación donde se halla confinada una madre tísica. Hay que temer el contagio. Hela tiene muy buena cara, pero Mania está siempre tan pálida, tan deprimida...

Al abandonar el jardín, el trío penetra en el viejo barrio de Varsovia donde Mania naciera. Aquí las calles son más alegres que en la ciudad nueva. Bajo sus grandes tejados inclinados, acolchados de blanco, las casas de la plaza Stare Miastro muestran sus fachadas grises, cubiertas de mil adornos esculpidos: caras de santos, cornisas, siluetas de animales que sirven de muestra a los albergues y comercios.

Las campanas de las iglesias se hablan en tonos diversos, bajo el aire frío. Estos templos evocan la infancia de Marya Sklodowska. Su bautizo tuvo lugar en Santa María y su primera comunión en los Dominicos; día memorable, dominado por los juramentos que se hicieron mutuamente Marya y su prima Enriqueta de no tocar, ni siquiera rozar la hostia con los dientes. Las niñas iban a menudo a la iglesia de San Pablo, donde los sermones dominicales se hacían en alemán.

La plaza Nowe Miaste, ventilada y escasamente frecuentada, también era familiar a Mania. Los Sklodowski vivieron en ella, cerca de un año, antes de abandonar el gimnasio. Cada mañana, la niña entraba con su madre y sus hermanas en la graciosa y singular capilla de Nuestra Señora, de cuadrada torre y peldaños de piedra roja gastada por los siglos. Ante un signo de tía Lucía las niñas han vuelto a entrar hoy en la capilla. Franqueado que hubieron la estrecha puerta gótica y dado en la penumbra algunos pasos, Mania se arrodilla temblorosa. ¡Qué doloroso es para ella volver a entrar aquí sin Zosia, que ya no es de este mundo, y sin su mística madre, de la que Dios no parece apiadarse mucho!

La súplica de Mania sube hacia este Dios en quien ella quiere creer. Pide a Jesús con pasión, con desesperación, que conceda la vida al ser que más ama en el mundo.

En cambio, ofrece su propia existencia. Para salvar a la señora Sklodowska, Mania está dispuesta a morir.

Inclinadas cerca de Mania, tía Lucía y Hela ruegan a media voz.

Vuelven a reunirse fuera y descienden la escalera desigual que conduce a la ribera. El Vístula, extendido, enorme, no tiene aire de estar de buen humor. Sus aguas amarillentas contornean los bancos de arena que forman en el centro de la corriente pálidos islotes, y baten los ribazos caprichosos, obstruidos por baños y lavaderos. Los largos barcos grises, entre los cuales grupos alegres se embarcan en verano, permanecen quietos. Es alrededor de estas "galeras" de manzanas en donde se concentra la animación del río. Hay dos grandes chalanas estrechas y puntiagudas, hundidas en el agua casi hasta el borde.

El patrón, enfundado en sus pieles de carnero, aparta las brazadas de paja para mostrar la mercancía. Bajo el muelle lecho que las preserva del frío, las manzanas rojas, duras y barnizadas son una carga rutilante. Hay centenares, millares de manzanas amontonadas sobre el casco de la embarcación. Son manzanas que llegan del Alto Vístula, de la bella población de Kazmierz, y han tardado días y días en llegar aquí,

— ¡Yo quiero escogerlas! ¡Yo quiero escogerlas! — grita Hela, que, imitada por Mania, deja de lado su manguito y se desprende en un revuelo de su capita de colegiala.

Nada les satisfacía tanto como esta expedición, de la que admiraban todos los ritos: se agarraban las manzanas una por una, se les daba vueltas y más vueltas, se las dejaba con cuidado en un capazo. Si aparecía alguna podrida, se la tiraba al Vístula viendo como se hundía y dejaba en la superficie la rueda de círculos que iban ensanchándose. Cuando la canasta estaba llena, se desembarcaba, llevando en la mano la manzana más hermosa.

Entre los dientes era fría y crujiente y era un encanto morderla mientras que tía Lucía discutía el pago y señalaba entre los galopines de rostros sucios que merodeaban por los alrededores, cuál era el más digno para llevar la preciosa carga hasta su domicilio.

Son las cinco. Después del almuerzo, las criadas han levantado los manteles y encendido la lámpara suspendida de petróleo. Es la hora del trabajo. Los pensionistas se han reunido en las piezas en donde habitan en grupos de dos y tres. Los hijos del profesor se han quedado en el comedor, transformado en sala de estudios y han abierto sus cuadernos, sus libros. De pronto, viniendo de todas partes y de ninguna, se ha elevado la salmodia obsesionante, que será durante muchos años el tema dominante de la vida de este hogar.

Son siempre los mismos los que no pueden repetir en voz alta los versos latinos, las fechas de la historia, el enunciado de los problemas... En cada rincón de la fábrica de saber se gimotea, se solloza... ¡Qué difícil es todo! ¡Cuántas veces el profesor ha tenido que tranquilizar el ánimo de un alumno que comprendía perfectamente en su idioma natal una demostración, pero que, a pesar de todos los esfuerzos que hiciera, no podía comprenderla en ruso, lengua oficial, y a veces, ni podía repetirla! Mania no conoce estas angustias. Su memoria es tal que sus compañeras la oyen recitar, sin ninguna falta, una poesía que le han visto leer dos veces; creen que se trata de una superchería y la acusan de habérsela aprendido antes. Mania termina sus deberes antes que las demás, y a menudo, por ociosidad o por natural amabilidad, saca de apuros a alguna compañera retrasada.

Pero lo que más le gusta a Mania es instalarse como esta tarde, con un libro, en la mesa grande, apoyada sobre los codos, con las manos en la frente, los pulgares tapándose las orejas para no oír a Hela que no sabe repasar sus lecciones sin repetirlas a media voz. De todas maneras es una precaución superflua, porque al cabo de un instante, Mania, fascinada por la lectura, pierde toda noción de cuanto ocurre a su alrededor. Este don de aislamiento, que es de una rareza excepcional en un niño normal en perfecto estado de salud, divierte enormemente a sus hermanas y a sus amigas. Más de veinte veces, con la complicidad de los pensionistas; Bronia y Hela han organizado, cerca de la pequeña que lee ávidamente, un imponente escándalo, sin lograr que Mania levantara los ojos de la lectura.

Hoy quisieran hacer algo más extraordinario. Está con ellas Enriqueta Michalowska, hija de tía Lucía. Se acercan sobre la punta de sus pies y acuerdan construir un andamiaje de sillas alrededor de Mania, que permanece inmóvil. Dos sillas por cada

lado, una detrás, dos más encima de éstas y una en lo alto, coronando el edificio. Luego se retiran silenciosamente simulando que trabajan, y esperan.

Esperan; esperan mucho. La niña no se da cuenta de nada. Ni de los murmullos, ni de las risas ahogadas, ni de la sombra de las sillas sobre la mesa. Durante media hora permanece aislada, amenazada, sin saberlo, por la inestable pirámide. Terminado el capítulo, cierra el libro, levanta la cabeza. Se derrumba todo, y el ruido que se produce es el de un terremoto.

Las sillas valsan sobre el piso. Hela se ríe a grandes carcajadas, Bronia y Enriqueta se apartan por temor a un contraataque. Pero Mania ha permanecido impasible. Ni ha montado en cólera, ni se divierte con la broma con que han querido asustarla. Sus ojos color de ceniza manifiestan el estupor de una sonámbula bruscamente despertada de su sueño. Se frota el hombro izquierdo, que una silla ha tocado bastante fuerte, recoge su libro y se lo lleva a la habitación contigua. Al pasar ante las "mayores" no pronuncia más que dos palabras:

— ¡Es estúpido!

Reposada sentencia de la que no quedan muy satisfechas las "mayores".

Estos momentos de total ausencia son los únicos en que Mania halla la maravilla de su niñez. Lee, en un batiburrillo permanente, manuales escolares, poesías, relatos de aventuras, obras técnicas tomadas de la biblioteca del señor Sklodowski.

Y así aparta de su vida, por breves instantes, los fantasmas sombríos. Olvida los espías rusos, las visitas de Hornberg, el rostro fatigado de su padre, aniquilado por los pobres menesteres y el perpetuo tumulto de la casa, y las madrugadas oscuras, cuando, todavía profundamente dormida, debe saltar del diván que le sirve de lecho y de donde se caen a cada instante las sábanas por un lado y por otro. Y hay que levantarse forzosamente, ya que los pensionistas deben tomar el desayuno en el comedor, que es, por unas horas, el dormitorio de las niñas Sklodowska.

Mania olvida así sus terrores: el terror del opresor, los terrores religiosos, el terror de la enfermedad y de la muerte. Por eso, instintivamente procura evadirse de un "clima" tan pesado.

Fugaces treguas. En cuanto adquiere conciencia de lo que ocurre, todos los temores se le presentan amontonados, y antes que ningún otro, el constante temor por el estado de salud de su madre. La enferma, antes tan hermosa, hoy no es más que

una sombra. Y a pesar de las palabras reconfortantes con que se la engaña, Mania comprende que su admiración extasiada, su gran amor, el frenesí de sus oraciones no serán suficientes para evitar la horrible cosa que se acerca.

La señora Sklodowska también piensa en el fatal término. Con la autoridad superior, que es uno de sus rasgos característicos, quiere que el acontecimiento la encuentre preparada y no altere la existencia de la casa. El día 9 de mayo de 1878, el médico, a petición suya, cede la plaza al sacerdote. Éste solo conoce las angustias de la cristiana, el dolor de abandonar a un esposo querido, la carga de cuatro hijos, inquietud que le produce el porvenir de los seres que abandona y, parcialmente, el de su Manusia, que sólo cuenta diez años.

Ante los suyos, la señora Sklodowska aumenta su gracia y su bondad, a medida que se acerca la hora fatal. Muere como quería morir: sin delirio, sin desorden. Su esposo, sus hijos, velan alrededor de la cama, en la limpia alcoba. Los largos y patéticos ojos grises, empañados por la muerte, se van fijando uno a uno en los cinco rostros torturados, como si la agonizante quisiera pedirles perdón por ser la causa de la pena que reflejan.

Todavía encuentra energías para despedirse de cada uno. Lentamente, la debilidad va ganándola. La centella de su vida que subsiste en ella no le consiente más que un gesto y una breve frase.

El gesto es un signo de la cruz, que seguido de un terrible temblor, dibuja su mano para bendecir a los suyos.

Su frase última la murmura en un soplo contemplando por última vez al hombre y los niños de quienes se despide:

— ¡Os quiero mucho!...

Mania vuelve a ponerse de luto. La silueta vestida de negro vaga miserablemente en el departamento de la calle de los Carmelitas. No puede acostumbrarse a que Bronia ocupe la habitación de la muerta y que sean tan sólo Hela y ella las que duerman en el sofá de hule. Tampoco puede acostumbrarse a que un ama, tomada

precipitadamente por el profesor, venga todas las mañanas a dar órdenes severas a las doncellas, indicar el menú de los huéspedes y vigilar distraídamente el aseo de los niños. El señor Sklodowski consagra todas sus horas libres a sus hijos, pero no puede darles más que cuidados torpes y sensibles. Cuidados varoniles.

Temprano aprende Mania que la vida es cruel. Cruel para los pueblos, cruel para los seres.

Zosia ha muerto. La señora Sklodowska ha muerto. Sin la ternura maternal y la protección de su hermana mayor, Mania crece en medio de cierto abandono y sin quejarse jamás.

No se resigna. Y cuando se arrodilla en la iglesia católica, donde acompañaba a su madre, siente en su fuero interno una sorda protesta.

No invoca ya con la misma dulzura, con el mismo amor, al Dios que injustamente la golpeara tan terriblemente y que ha matado en ella la alegría, el ensueño, la dulzura...

Capítulo 3

Adolescencia

En la historia de todas las familias hay, al parecer, un instante de total reafirmación. Razones misteriosas hacen que una generación se distinga de las que preceden y de las que ella antecede por la abundancia de dones, por un magnífico exceso de vitalidad, por la belleza y por el triunfo.

Este instante llega a la familia Sklodowski, a pesar del tributo que acaba de pagar al dolor. Ha muerto Zosia, pero los cuatro adolescentes, nacidos de una tuberculosa y de un intelectual extenuado por el trabajo, llevan en sí mismos una invencible fuerza. Y vencerán la adversidad, saltarán todos los obstáculos y serán seres excepcionales.

Daba gozo verles esa mañana llena de sol en la primavera de 1882 reunidos alrededor de la mesa en que se sirve el desayuno. Hela tiene dieciséis años, es alta, graciosa e, incuestionablemente, la niña más hermosa de la casa; Bronia tiene el rostro desmayado, colores sonrosados y cabellos áureos; José, el mayor, bajo su trajecito de estudiante, muestra la silueta de un atleta nórdico. Y, por último, Mania, con su cara de excelente salud. Ha engordado, y su uniforme ajustado marca una talla que no es precisamente de muy delgada. Tiene, como sus hermanas, un rostro animado y agradable, los ojos y los cabellos claros y la clara piel de las polacas.

Sólo las dos hermanas menores usan el uniforme de colegialas: azul es el de Hela, fiel discípula de la pensión Sikorska, y marrón el de Mania, que a los catorce años de edad es la más brillante alumna de uno de los gimnasios del gobierno. En ese mismo gimnasio Bronia ha terminado sus estudios el año último, obteniendo la medalla de oro, que ha completado su gloria.

Bronia ya no es la colegiala sino una señorita. Ha tomado a su cargo la dirección de la casa, sustituyendo así a las amas molestas. Hace las cuentas, vigila a los pensionistas — los eternos huéspedes que sólo cambian de rostro y de nombre— y usa, como las personas mayores, un moño alto y una falda que le arrastra por el suelo.

José, al abandonar el Gimnasio de Niños, también ha ganado una medalla de oro como la de Bronia. José, envidiado y admirado por sus hermanas, ha comenzado sus cursos en la Facultad de Medicina. ¡Ha tenido suerte! En cambio, sus hermanas, atormentadas por ambiciones intelectuales, maldicen por anticipado del reglamento de la Universidad de Varsovia, que no admite alumnos del sexo femenino. Y ávidamente escuchan por las noches los relatos que hace José sobre esa "Universidad del Zar", bastante mediocre por cierto, en donde dan clase rusos ambiciosos y polacos envilecidos.

La conversación, de todas maneras, no les distrae de la comida, y mientras José habla, el pan, la manteca, la crema, las mermeladas desaparecen como por encanto.

— José, esta noche hay clase de baile y necesitamos que hagas de caballero... — advierte Hela, que no olvida jamás las cosas serias, y añade:

— Bronia, ¿crees que este vestido bien repasadito puede durarme todavía unas semanas más?

— ¡Pero si no tienes otro! ... ¡Naturalmente que ha de durar!, responde Bronia con filosofía. Cuando vuelvas nos ocuparemos de tu vestidito.

Mania afirma:

— ¡Qué bonitos son vuestros vestidos!

— ¡Oh, tú no entiendes de esas cosas, Mania! ... Eres demasiado pequeña.

Se dispersa el grupo. Bronia sacude los manteles. José se eclipsa con sus cuadernos bajo el brazo. Hela y Mania, empujándose, corren hacia la cocina.

— ¡Mi tarta!... ¡Mi serdelki!... ¿Dónde está la manteca?

¡A pesar del desayuno copioso, los niños tienen todavía necesidades gastronómicas! Colocan en sus carteras de tela la colación que comerán en el liceo durante el recreo de las once de la mañana: un panecillo, un par de salchichas polacas, los serdelkis, una manzana...

Mania ata su cartera repleta, se la coloca en la espalda como una mochila.

— Vamos, date prisa... Llegaremos tarde... — refunfuña Hela, que se dispone a salir...

— Pero isí no son más que las ocho y media!... Hasta luego... En la escalera tropieza con dos pensionistas de su padre, que, con menos prisa que ella, se dirigen hacia el gimnasio.

Gimnasios, pensionados, escuelas... La juventud de Marya Sklodowska está familiarizada con esas palabras. El señor Sklodowski enseña en un gimnasio. Bronia sale del gimnasio. Mania va al gimnasio. José a la Universidad. Hela al pensionado Sikorska... Hasta el hogar es, a su modo, una escuela. Seguramente, Mania imagina que el universo es una gran escuela, en donde no hay más que profesores y discípulos y en donde reina un solo ideal: ¡aprender!

Los pensionistas son un poco más soportables desde que la familia se ha trasladado de la triste calle de los Carmelitas a la de Leschen. La casa es encantadora: la fachada, de estilo; hay un patio tranquilo donde picotean palomos grises, y unos pesados balcones con emparrados. El primer piso es lo suficientemente espacioso para que el señor Sklodowski se haya reservado cuatro habitaciones, además de las que usan los huéspedes.

La calle Leschen, de bellos edificios, tiene calidad. Es decir, no hay en ella ninguna nota pintoresca eslava. En este barrio, casi elegante, todo evoca el occidente: desde la iglesia calvinista, que se halla frente a la casa, hasta el edificio de columnas de la calle Rymanska, tan francés que atestigua la devoción que Napoleón ha inspirado a Polonia y que se mantiene aún.

Mochila al hombro, Mania camina rápidamente hacia la morada de los condes de Zamoyski, el "Palacio Azul". Rehúye cruzar la entrada principal y penetra en el patio antiguo, que guarda un gran león de bronce. De pronto, se detiene desilusionada. En el patio no hay nadie.

Una voz cariñosa le advierte:

— ¡No te vayas, Manusia! ... Kazia descenderá en seguida.

— ¡Oh, muchas gracias, señora! ... ¡Buenos días, señora!... Desde una ventana del entresuelo, la señora Przyborowska, la esposa del bibliotecario de los condes Zamoyski, cabellos oscuros, rutilantes y trenzados, mira con simpatía a la pequeña Sklodowska de redondas mejillas y mirada expresiva, que desde hace dos años es la mejor compañera de su hija:

— Esta tarde tienes que venir a merendar... Os daré paczki y el helado de chocolate que tanto os gusta...

— Claro que tiene que venir a merendar — repite Kazia, que, habiendo descendido la escalera rápidamente, se acerca a Mania, la agarra del brazo y se dispone a ganar la calle:

— Vamos, de prisa... Se nos hace tarde...

— Sí... Pero iba a levantar el anillo del león.

Mania viene todos los días en busca de Kazia, que la espera bajo la bóveda de la casa. Cuando Mania llega y ve que Kazia no la espera se acerca al león de bronce, agarra el anillo que atraviesa su rostro y lo levanta, poniéndolo sobre la nariz del animal, y luego sigue su camino hacia el gimnasio. Kazia, al ver el anillo levantado, sabe que Mania ha pasado ya y que si quiere alcanzarla, tiene que darse prisa.

Kazia es muy simpática. Expresiva y juguetona, es una niña feliz a quien sus padres miman constantemente. Los señores Przybcrowski miman también a Mania, la tratan como si fuera hija suya y procuran hacerle olvidar su orfandad. Pero por mil detalles ínfimos se nota, a pesar de que ambas niñas lucen el mismo uniforme, que una de ellas es un ser mimado, cuya madre, todas las mañanas peina sus cabellos y anuda sus cintas, y que la otra, a los catorce años y medio, crece en un hogar donde nadie tiene mucho tiempo para ocuparse de ella.

Cogidas del brazo, Mania y Kazia descienden la estrecha calle Zabia. No se han visto desde la hora de la merienda del día anterior y tienen mucho que contarse. Mil chismes, que casi todos se refieren al gimnasio del barrio de Cracovia.

Gran cambio es pasar del pensionado de la señorita Sikorska, fundamentalmente polaco, a una institución oficial, donde domina el espíritu rusificador. Un cambio necesario, ya que los gimnasios imperiales son los únicos que pueden dar diplomas oficiales. Pero tanto Mania como Kazia, con sus chistes y burlas, se vengán de los profesores rusos, sin olvidar al pastor Medigg, maestro alemán, ni a la señorita Mayer, la odiada celadora.

La señorita Mayer, menuda, morena, de cabellos grasientos, calzada con zapatillas silenciosas, es la declarada enemiga de Mania Sklodowska. Se lo reprocha todo: su carácter firme, su "sonrisa irónica", con la cual Mania acepta todas las observaciones hirientes.

— La Sklodowska... ¡Bah! ¡No vale la pena hablar de ella! Es lo mismo que hablar con las paredes — advierte esta celadora pedante.

Molesta por la cabellera rizada de la niña, que la celadora considera como un peinado "desordenado y ridículo", decide aplastárselo con un cepillo duro para dominar los mechones rebeldes y transformar la polaca en una gretchen de trenzas alisadas. Es inútil. Después de unos minutos, los bucles ligeros y caprichosos encuadran de nuevo el rostro fresco de la joven Mania. Y los ojos de ésta, extasiados, demasiado inocentes, se fijan con singular insistencia en la celadora.

— Te prohíbo que me mires así... ¡Que me mires con tanta altivez! ... — exclama la señorita Mayer, exasperada.

— No puedo mirarla de otra manera — contesta Mania en una crisis de impertinencia, harta también de la celadora.

Entre la irritada señorita y la independiente alumna aumenta la guerra día a día. El momento más dramático de esta contienda fue en el año anterior, el día que la señorita Mayer entró de improviso en la clase, sorprendiendo a Mania y Kazia bailando de alegría entre los pupitres y celebrando así el asesinato del zar Alejandro III, cuya muerte súbita enlutó el Imperio.

Una de las consecuencias más tristes de la guerra política es la espontánea ferocidad con que trata a las discípulas oprimidas. Mania y Kazia sienten rencores que ignorarán siempre los seres libres. A pesar de que por naturaleza son tiernas y generosas, viven bajo una moral particular — la moral de los esclavos—, que hacen del odio una virtud y de la obediencia una cobardía.

Por reacción, estas adolescentes se entregan con pasión al primero que les está permitido querer. Así adoran, casi veneran al joven y apuesto señor Glass, que les da clase de matemáticas, y al señor Slosarski, profesor de ciencias naturales. Ambos polacos y, por lo tanto, cómplices. Incluso vis-a-vis de los rusos, sus sentimientos se matizan. ¿Qué pensar, por ejemplo, de este misterioso señor Mikieszin, que para premiar a una discípula le entrega, silenciosamente, un ejemplar de los poemas Nekrassow, el autor revolucionario? Las discípulas descubren con sorpresa que, procedentes del campo enemigo, hay algunos movimientos de solidaridad. En la Santa Rusia todos los súbditos no le son fieles al Zar.

Polacos, judíos, rusos y alemanes fraternizan en la clase de Mania. Nada serio les divide. Su común juventud, la excitante rivalidad escolar, nivela momentáneamente las diferencias de raza y de pensamiento. Viéndolas ayudarse en su trabajo y jugar conjuntamente, a la hora de los recreos., se diría que reina entre todas las discípulas una perfecta "entente". Pero a la salida del liceo, cada una recupera su idioma, su patriotismo, su religión. Más arrogantes que las otras, porque son las perseguidas, las polacas salen en grupos cerrados y se encuentran un poco más tarde en meriendas a las que no sería permitido invitar jamás a una rusa o a una alemana.

Esta intransigencia tiene sus consecuencias secretas. ¡Cuántos nervios contenidos, cuántos escrúpulos excesivos! Todo les parece culpable, desde la amistad que pueden sentir por una extranjera, hasta el placer involuntario que sienten de escuchar de la boca de sus opresores lecciones de ciencia o de filosofía en esta educación oficial, que consideran odiosa, en principio.

En una de las cartas escritas el verano anterior, Mania Sklodowska hizo a Kazia una confesión emocionante y tímida, una confesión llena de vergüenza:

"¿Sabes, Kazia? A pesar de todo, quiero el gimnasio. Acaso te burles de mí y, no obstante, he de confesarte que le quiero y que le quiero mucho. Me doy cuenta ahora. No te imagines que lo eche de menos, no. No es eso. Pero la idea de que he de volver pronto a él no me entristece y los dos años que aun he de seguir acudiendo a sus clases no me parecen tan horrorosos, tan penosos, tan largos como creía..."

Después del parque de los Lazienki, en donde Mania pasa la mayor parte de sus horas de asueto, el jardín de Saxe es uno de los lugares que prefiere de su villa natal, población que durante muchos años denominará "mi pequeña y querida Varsovia"...

Mania y Kazia atraviesan la verja de hierro y cruzan la avenida que conduce al palacio. Hace dos meses las dos niñas jugaban a meter los pies en el fango, lo bastante para que el barro llegara hasta el borde del zapato sin meter del todo los

pies en las charcas. Pero al secarse el barro, las dos niñas se divierten con "el juego verde":

— ¿Quieres venir conmigo a comprar un cuaderno nuevo? — comienza Mania con un tono tranquilo—. He visto uno muy bonito con tapas verdes, que...

Pero Kazia estaba atenta... Y cuando Mania pronuncia la palabra verdes, le ofrece bruscamente un pequeño trozo de tela verde que tenía escondido en su bolsillo, evitando así pagar prenda. Mania abandona el juego y orienta la conversación hacia la lección de historia, que un profesor les ha dictado en la clase y en la que se decía que Polonia era una provincia, el polaco un dialecto y que por su ingratitud, los polacos hicieron morir de pena al zar Nicolás I, que tanto les amaba...

— De todas maneras, al contarnos todas esas infamias el pobre hombre estaba avergonzado... No sabía dónde poner la mirada... ¿Te has fijado qué cara puso?

— Sí, estaba completamente verde — arriesgó Kazia.

Pasan junto a unos grupos de niñas que construyen casas de arena, atraviesan la graciosa columnata del palacio de Saxe y al pasar la amplísima plaza, Mania lanza un grito:

— ¡Ay, hemos pasado el monumento! ¡Tenemos que retroceder!

Sin discutir, Kazia da media vuelta. La falta que acaban de cometer es imperdonable. En el centro de la plaza de Sajonia¹ se eleva un pomposo obelisco rodeado de cuatro leones en cuyo zócalo puede leerse: "A los polacos fieles al Zar". Este homenaje ofrecido por el Zar a los traidores que se aliaron al opresor, es para los patriotas, un objeto asqueroso, y la tradición quiere que se escupa cada vez que se pasa por delante del monumento. Si por descuido se falta a esta regla, hay que retroceder y reparar el olvido.

Cumplido ese deber por las dos jovencitas, reanudan el diálogo:

— Esta noche bailan en casa — dice Mania—. ¿Te gustaría verlo?

— ¡Oh, mucho! ¿Cuándo tendremos derecho a bailar nosotras? ¡Con lo bien que bailamos el vals! — exclama Kazia, soñadora.

¿Cuándo? Pues poco antes de que las colegialas "entren en la sociedad". Por ahora tienen derecho a bailar entre ellas y aprender con el maestro de baile del gimnasio los lanceros, la polca, la mazurca y el oberek. También asisten a los cursos de

¹ En la actualidad, plaza del Mariscal Pilsudski

danza que reúne todas las semanas en el domicilio de Sklodowski, la juventud de algunas familias amigas, pero desde la segunda fila de asientos.

Mientras llega la hora de que los jóvenes puedan invitarlas a bailar, pasarán todavía algunos meses en el gimnasio, cuyo edificio de tres pisos da a la avenida y se une a la exquisita capilla de la Visitación, que parece una isla del Renacimiento italiano, perdido entre los edificios severos. Entran en clase las otras compañeras: la pequeña Wulf, de ojos azules; Ania Rotttert, la alemana, la nariz roma, que, después de Mania, es la mejor alumna de la clase, y Leonia Kunichka...

¿Qué tiene Kunichka? Sus ojos están llenos de lágrimas, y ella, tan aseada y pulcra, va vestida de cualquier manera. Mania y Kazia han dejado de reír y se acercan a su amiga.

— ¿Qué te pasa, Kunichka? ¿Qué tienes?

El rostro distinguido de Kunichka ha perdido el color. Las palabras cruzan con dificultad por entre sus labios.

— Mi hermano... Dicen que formaba parte del complot... Le han denunciado... Hace tres días que no sabemos dónde está. Y añade, ahogada por los sollozos:

— Le van a colgar mañana por la mañana...

Las niñas, trastornadas, rodean a la desgraciada amiga, preguntan, quieren ampararla... Pero la voz aguda de la señorita Mayer lanza unas órdenes imperativas:

— ¡Vamos, señoritas, vamos! ¡Se terminaron las murmuraciones! ¡Aprisa!

Mania, muda de horror, se dirige lentamente a su pupitre. Hace un instante soñaba con la música, el baile, el vals... Ahora, mientras runrunea las primeras frases de una lección de geografía, de la que ni siquiera quiere conocer el sentido, imagina la figura ardiente y joven del muchacho condenado, y la horca, el verdugo, la cuerda...

Esa noche, en vez de acudir al curso de baile, seis niñas de quince años han velado en la estrecha habitación de Leonia Kunichka. Mania, Hela y Bronia han ido con Kazia y su hermana Ula a esperar el alba cerca de su compañera de escuela.

Han unido su indignación y sus lágrimas. Han prodigado a su amiguita, convulsionada por la pena, cuidados tiernos y sencillos, limpiando sus párpados hinchados, obligándole a beber un poco de té hirviendo. Las horas han pasado

lentamente o de prisa para estas niñas, cuatro de las cuales usan todavía el uniforme del liceo.

Cuando la palidez de la aurora ha venido a juntarse a su propia palidez señalando con su llegada el momento final, las niñas se han arrodillado y, murmurando una última plegaria, han escondido los rostros asustados entre sus manos temblorosas.

Una medalla de oro, dos medallas de oro, tres medallas de oro... La tercera es para Mania y con ella se graba el final de los estudios secundarios. Es el día 12 de junio de 1883.

Bajo un calor horrible, Mania ha escuchado la lectura de los premios, los discursos, las bandas de música, las felicitaciones de los profesores. Ha estrechado la blanda mano del señor Apuchtin, rector de la enseñanza en la Polonia rusa, mientras hacía una última reverencia. Mania, vestida con un traje de ceremonia completamente negro, y en cuyo corpiño va prendido un ramito de rosas de té, se despide de todas sus compañeras, les jura que les escribirá todas las semanas y, cargada de libros y premios rusos que, altivamente, califica de "horrendos" (es el último día de clase y ¿qué compromete ya al decir lo que se le antoja?) abandona para siempre el gimnasio del barrio de Cracovia del brazo de su padre, orgulloso del triunfo de su hija.

Mania ha trabajado mucho y bien. El señor Sklodowski ha decidido que, antes de que su hija escoja una carrera, pase un año viviendo en el campo.

¡Un año de vacaciones! Estamos tentados de imaginar a la niña genial, obsesionada por una precoz vocación y que estudia en secreto manuales científicos. Pero, no..., en el decurso misterioso que va de la niñez a la adolescencia, mientras su cuerpo se transforma y el rostro se afina, Mania, súbitamente, parece que se transforma en un ser indolente. Abandona los libros de clase y saborea, por primera y última vez en su vida, el ensueño de la ociosidad.

Un hermoso entreacto campestre se intercala en la historia de la hija del profesor. No puedo creer en la existencia de la geometría y del álgebra — escribe a Kazia-. Las he olvidado completamente. Lejos de Varsovia y del gimnasio, vive en la casa

de unos parientes provincianos que le dan hospedaje durante unos meses a cambio de unas vagas lecciones a los hijos o una modesta cantidad.

Y Mania se abandona a la dulzura de vivir.

¡No le interesa nada! Se siente alegre y joven como nunca lo había sido, más alegre y más joven que en los sombríos días de su infancia. Entre una excursión y una siesta, apenas tiene energías para tomar la pluma y describir su beatífica existencia en unas cartas que tienen encabezamientos como éstos: "Mi querido diablillo" o bien "Kazia de mi corazón".

Mania a Kazia:

Aparte de una hora de clase de francés, que doy a un niño, no hago nada, lo que se dice nada. Incluso he abandonado una labor de bordado que empecé... No tengo ningún trabajo a hora determinada... Lo mismo me levanto a las diez de la mañana que a las cuatro o las cinco (de la mañana, no de la tarde). No leo ninguna obra seria, tan sólo novelitas anodinas y absurdas. A pesar del diploma que me ha conferido la dignidad y madurez de una persona que ha terminado sus estudios, me siento increíblemente tonta. ¡A veces, estando sola, me pongo a reír y admiro con verdadera satisfacción mi estado de estupidez integral!

Paseamos en grupos por los bosques, jugamos al corro, al volante (lo hago muy mal), al gato y al ratón, al juego de la oca y a muchos otros esparcimientos tan pueriles como éstos. Hay tantas fresas en estos bosques que por cinco groszy puedes comprar una ración más que suficiente: un enorme plato hondo, completamente lleno y hasta con colmo. Pero, ¡ay, ha pasado ya el tiempo de las fresas! De todas maneras estoy temiendo que al regreso mi apetito no tenga límites y que mi voracidad sea feroz.

Jugamos mucho en los columpios y nos columpiamos a grandes alturas, nos bañamos, de noche pescamos cangrejos... Todos los domingos se pone el tiro de caballos para ir a misa y pagamos una visita al presbiterio. Los dos curas son muy espirituales, muy alegres y nos divertimos enormemente en su compañía.

Estuve unos días en Zwola. Había un actor, el señor Kotarbinski, que hizo nuestras delicias. Nos ha cantado canciones y recitado versos, representado

farsas y buscado grosellas en nuestro honor. El día de su partida le hicimos una gran corona de amapolas, de claveles salvajes, de azules centauros, y en el momento en que el convoy partía se la hemos tirado, gritando: "¡Viva!... ¡Viva el señor Kotarbinski!..." Se coronó él mismo y luego, al parecer, guardó en la valija la corona y se la llevó a Varsovia. ¡Ah, qué alegre es la vida en Zwola! Siempre hay mucha gente y reina una libertad, una igualdad y una independencia como no puedes imaginarte. Durante el trayecto de vuelta, Lancet ha ladrado tanto que no sabíamos qué hacer.

Lancet juega un papel importante en la vida de los Sklodowski. Debidamente adiestrado, este perro de raza inglesa hubiera podido ser un eficaz perro de caza. Pero Mania, sus dos hermanas y José le dieron una desastrosa educación. Mimado, besado, cebado, Lancet se convirtió en un pesado animal cuya dictadura pesaba sobre toda la familia. Estropeaba los muebles, tiraba los jarrones de flores, devoraba los dulces que no eran para él, saltaba sobre los invitados a título de bienvenida y luego despedazaba los sombreros y los guantes que éstos habían abandonado imprudentemente en el vestíbulo. Tantas virtudes le granjearon la estimación de sus dueños, que, al llegar el verano, se disputaban el privilegio de llevarse al déspota de vacaciones.

En este año de pereza, en que la pasión intelectual de Mania parece adormecida, otra pasión, que durará tanto como su vida, domina a la jovencita: el campo. Admirando de una provincia a otra el cambio de las estaciones, descubre constantemente nuevas bellezas en esta tierra polaca sobre la cual su familia vive dispersa. En Zwola, apacible comarca en donde nada detiene la mirada, el horizonte circular parece más lejos que en ninguna otra parte; en Zawieprzycze, en casa del tío Javier, hay, en los prados que rodean la finca, cincuenta caballos de raza. Con los pantalones poco elegantes de sus primos, Mania aprende a montar a caballo y trota y galopa hábilmente, convirtiéndose en un excelente jinete.

Pero ¿qué vamos a decir de su emoción cuando Mania descubre los Cárpatos? Las crestas brillantes de nieve, los abetos erectos y negros, producen gran estupor en la retina de la niña del llano. Mania no olvidará jamás sus paseos por los senderos tapizados de arándanos y las cabañas de los montañeses, donde cada objeto es una

obra de arte de esculpida madera, como tampoco ha de olvidar el pequeño lago intacto, frío y azul como una mirada que se apretujara entre las cimas y que se llama exquisitamente: "el ojo del mar".

Muy cerca de aquí, sobre la frontera de Galitzia, Mania pasará un invierno con la animada familia de su tío Zdzislaw, notario de Skalbmierz. El padre es un hombre alegre, su esposa es hermosísima y sus tres hijas no piensan más que en divertirse. ¿Cómo iba a aburrirse Mania? Todas las semanas, sea con motivo de la llegada de un nuevo invitado o por la proximidad de cualquier fiesta, se organizan extraordinarios festejos. Los padres preparan la caza, las hijas confeccionan pasteles o, encerradas en sus habitaciones, cosen rápidamente cintas sobre sus vestidos abigarrados y que les servirán como disfraces en los próximos kulig.

¡El kulig!... ¿Hay bastante con decir que es un baile? Francamente, no. Bajo la excitación del carnaval, es algo así como un viaje circular y hechicero. Salen por la noche dos trineos que sobre la nieve llevan a Mania Sklodowska y a sus primas, cubiertas con enormes mantas, vestidas de campesinas cracovianas y con un antifaz. Muchachos que visten trajes pintorescos y rústicos las escoltan a caballo llevando en alto las antorchas. Otras luces parpadean entre los abetos y la noche fría se llena de ritmo. El trineo de los músicos se acerca. Van en él cuatro judíos del pueblo, encantadores y frenéticos, que, durante dos días y dos noches, arrancaran de sus violines las melodías embriagadoras de los valeses, de los krakowiaks y de las mazurcas, cuyos refranes serán repetidos a coro por todos los reunidos. Los músicos judíos seguirán tocando hasta que tres, cinco, diez trineos más, respondiendo a su llamada, se reúnan en la noche. A pesar de las sacudidas y de los descensos vertiginosos sobre las cuestas heladas, no dejarán de tocar un momento y conducirán, triunfalmente, hasta la primera etapa la fantástica farándula nocturna.

Una banda juvenil que gritando salta de los trineos y pone los pies sobre la nieve, las llamadas violentas en la puerta de una casa adormecida, la falsa sorpresa de los dueños de la morada... Y, unos instantes después, los músicos encima de una mesa inician el baile, iluminado por antorchas y blandones, mientras que las vituallas, preparadas con tiempo, surgen sobre las mesas. Y más tarde, a una señal, la casa se vacía. Se vacía de todo: de máscaras, de gente, de alimentos, de caballos, de

trineos. Y la farándula aumentada resbala a través del bosque hacia otra casa, y luego hacia otra, y todavía hacia otra, reclutando cada vez nuevas tropas. Sale el sol y el sol se pone... Los violinistas apenas tienen tiempo de tomar aliento y de dormir un poco en cada granja mezclados a los bailarines agotados. No obstante, cuando en la segunda noche la batahola de los trineos detiene su marcha escandalosa y piafante ante la morada más vasta del país, aquella en que debe celebrarse el "verdadero" baile, los músicos judíos inician con un triunfal *fortissimo* el primer *krakowiak*, mientras que todos ocupan su puesto para iniciar las maravillosas danzas personales.

Entonces un muchacho, vestido con un traje de blanca lana bordada, se precipita para invitar a la danza a la mejor bailarina de la reunión: una joven vigorosa de dieciséis años que se llama Mania Sklodowska. Mania, con su corpiño de terciopelo, sus huecas mangas de batista y las largas cintas de múltiples colores que se escapan de su diadema de flores, parece una campesina en día de fiesta.

Claro, Mania comunica a Kazia su entusiasmo:

Estuve en un kulig... No puedes imaginarte qué divertido y arrebatador es, sobre todo cuando los trajes son hermosos y los muchachos elegantes. Mi vestido era muy bonito. Después del primer kulig estuve en otro en el cual me he divertido enormemente. Había muchos jóvenes de Cracovia, guapos mozos y que bailaban muy bien. En verdad te digo que es algo excepcional hallar por estos contornos tan excelentes compañeros de danza. A las ocho de la mañana bailamos la última danza: una mazurca blanca.

Era necesario que todas estas diversiones tuvieran una apoteosis.

En julio de 1884, una dama visita al señor Sklodowski en su departamento de Varsovia, al que Mania había vuelto desde hacía muy poco tiempo. Era la condesa de Fleury, una polaca casada con un francés y ex alumna de la señora Sklodowska. Dado que las hijas mayores del profesor no tienen todavía ningún plan de vacaciones, ¿por qué no van a pasar un par de meses con ella en el campo?

"Esto ocurría un domingo — escribe Mania a Kazia— y el lunes por la noche viajábamos ya Hela y yo. Un telegrama que había llegado nos anunciaba que los caballos nos esperarían en la estación. Hace ya bastantes semanas que

estamos en Kempa. Ya sé que debería contarte nuestra vida actual, pero como no me siento con fuerzas para ello, te diré que es maravillosa. Kempa se halla en la confluencia del Narew y el Biebrza, y, por lo tanto, el agua no nos falta ni para bañarnos ni para remar. Esto me encanta. Aprendo a remar — y sé bastante— y los baños son ideales. Hacemos cuanto se nos antoja. Lo mismo dormimos de noche como de día; bailamos y hacemos tantas locuras que a veces creo que mereceríamos que se nos encerrara en un manicomio.

No exagera Mania. Un viento de inocente demencia sopla sobre la hermosa morada que los dos anchos ríos, lisos y relucientes, rodean con sus meandros.

Desde la ventana de su habitación, las dos Sklodowski ven hasta el infinito los campos y los ríos bordeados de álamos y sauces, de dulces ribazos, que muy a menudo el caudal aumentado franquea sin esfuerzo alguno para desbordarse sobre los campos en un inmenso mantel eh donde se refleja el cielo.

Hela y Mania han tomado a su cargo, en poco tiempo, el mando del grupo de jóvenes que habitan Kempa. Los dueños de la casa han adoptado una actitud original: juntos sermonean, condenan y pretenden protestar contra los despropósitos del grupo, pero separadamente cada uno de los esposos se transforma en cómplice de los culpables, a los cuales ofrecen su activa colaboración y una indulgencia total. Pero, eso sí, ignorando esto el uno del otro.

¿Qué se hace hoy? ¿Se monta a caballo? ¿Se va al bosque en busca de hongos o de jacintos, o bien se paseará por la selva? Todo esto sería excesivamente tranquilo. Mania ruega a Jean Moniusko, el hermano de la señora de Fleury, que vaya a la población vecina con una excusa cualquiera. En su ausencia, y ayudada por los demás, logrará suspender de las enormes vigas de la habitación todo el mobiliario del ajuar del muchacho: la cama, la mesa, las sillas, las valijas, las ropas. En fin, todo. Y el pobre Moniusko, a su regreso, se asustará, en la oscuridad, del vuelo de su mobiliario.

¿Qué merienda es ésa, preparada para huéspedes de importancia y de la cual los "niños" son excluidos? Esto es intolerable. Aprovechando el instante en que los visitantes pasean por el jardín, los "niños" se tragan los dulces y colocan ante la

mesa devastada un maniquí, precipitadamente confeccionado, que representa al conde de Fleury harto y huyendo...

¿Dónde hay que buscar a los autores de tal fechoría? ¿Dónde buscarlos este día o todos los demás del verano? Cada vez que han cometido un delito desaparecen como fantasmas. Cuando se cree que se hallan en sus habitaciones están tendidos sobre el césped en el fondo del parque; cuando se cree que están de paseo, se encuentran en la bodega en tren de devorar una cesta llena de grosellas robada en la cocina, y si a las cinco de la mañana el orden parece reinar por fin en la casa, es porque se halla desierta y porque Mania, Hela y sus acólitos han escogido el alba para bañarse en la ribera. No hay más que un medio de hacerles acudir con prontitud: anunciándoles una diversión, una fiesta, un baile. Este medio lo emplea la condesa de Fleury con bastante frecuencia. En ocho semanas ha organizado tres bailes, dos fiestas campestres y muchas excursiones y paseos en barca.

Su marido y ella encuentran la recompensa de esta liberal hospitalidad. Son queridísimos por esta banda de jóvenes perturbados y poseen la amistad y las confesiones de todos ellos, y el espectáculo de su maravillosa alegría; una alegría que, hasta en la extravagancia, se mantiene pura.

Tienen también las sorpresas que la banda les prepara. Con motivo del XIV aniversario de su matrimonio, dos delegados les han ofrecido una enorme y decorativa corona de legumbres, que pesa más de cincuenta kilos, y les invitan a sentarse en un baldaquín cubierto con un manto. En medio de un solemne silencio la más joven de las muchachas recita gravemente un poema de circunstancias.

El poema es obra de Mania. Lo ha compuesto paseando a grandes zancadas por su cuarto y en el fuego de su inspiración, y termina así:

*Esperemos que en la fiesta de San Luis
organizarán un picnic.*

*Inviten muchos jóvenes,
un joven para cada una de nosotras.
A fin de poder imitar vuestro ejemplo
y subir cuanto antes.
los peldaños del altar.*

La súplica no queda sin contestación. Los Fleury anuncian inmediatamente un gran baile. La dueña de la casa encarga masas, dulces, guirnaldas, candelabros. Y Mania y Hela combinan sus vestidos para esta noche codiciada.

No es muy fácil ser elegantes cuando se es pobre y cuando una modista humilde confecciona dos trajes por año: uno para los bailes y otro para la calle. Las dos hermanas cuentan su fortuna y toman acuerdos. Si el tul que cubre el vestido de Mania está usado, el fondo de satén azul se conserva todavía. Hay que ir a buscar a la población cercana unos metros de tarlatana azul, que reemplazará el tul descolorido. Hay que adornar el fondo poco usado. Una cinta acá, un nudo allá... Comprar además un par de escaarpines de piel castaña rojiza y arrancar del jardín un ramillete para el corpiño y unas rosas para la cabeza.

En la noche de San Luis, mientras los músicos afinan los instrumentos y Hela, sorprendentemente bella, recorre la casa, Mania se mira por última vez ante el espejo. Y se dice a sí misma que está muy bien, tanto la tarlatana, rígida y pimpante, como -las flores, recién cortadas, cerca del rostro juvenil, y sus hermosos zapatos nuevos, esos zapatos que al llegar la aurora Mania arrojará a un rincón, porque habrá bailado tanto que ya no tendrán suela.

Años más tarde, mi madre, con una voz dulce y resignada, ha evocado algunas veces, para mí sola, estos días felices. Yo, mientras tanto, me fijaba en su fatigado rostro, ajado por cerca de medio siglo de inquietudes y enormes trabajos. Y agradecía al Destino que, antes de dictar a esta mujer su vocación austera e inexorable, le había concedido volar en un trineo de kuligs alocados y haber usado escaarpines de cuero castaño rojizo en una noche de baile.

Capítulo 4

Vocaciones

He procurado describir a Mania Sklodowska, niña y adolescente, en sus estudios y en sus juegos. Mania es sana, honesta, sensible y alegre. Tiene un corazón amante. Está, al decir de los profesores, "magníficamente dotada". Es una discípula brillante. Pero, en fin, no se distingue de las demás que van creciendo conjuntamente con ella, por rasgos fulgurantes. Nada todavía ha señalado en Mania el rasgo genial.

He aquí otro retrato de la joven Mania. Es más grave. De la vida de Mania han ido desapareciendo siluetas amadas que su tierna memoria mantendrá hasta el último día de su vida. Las amistades también han ido cambiando poco a poco: la pensión, el liceo no existen más, ni tampoco esa amistad, tan fuerte en la apariencia, pero que se deshace pronto si no está mantenida por la cotidiana familiaridad. El destino de Mania comienza a precisarse, entre dos seres que quiere, que admira, dos seres llenos de bondad, de comprensión y de honestidad, que se encuentran entre sus parientes más cercanos: su padre y su hermana mayor.

Quisiera presentar a Mania construyendo su porvenir juiciosamente y cerca del señor Sklodowski y Broniza.

Mientras que la mayor parte de los humanos imaginan futuros desorbitados, ¡qué humilde es — hasta en su aparente audacia— el sueño de la futura María Curie!

Aturdida por un año completo de vagancia, en septiembre, Mania toma el camino de Varsovia y del nuevo domicilio familiar, situado cerca del gimnasio de su niñez.

Un importante cambio en las condiciones de vida de los Sklodowski justifica el abandono de la calle Leszno por la calle Nowolipki. Con el curso, el profesor, conservando aún sus funciones en el liceo, renuncia a tomar más pensionistas. En un piso más pequeño, más íntimo — más pobre también— se instala Mania con los suyos. El ambiente y la compañía invitan a la reflexión.

Los que por primera vez hablan con el señor Sklodowski le encuentran muy severo. Treinta años de enseñanza secundaria han dado cierta solemnidad a este hombre bajo y grueso, en quien mil detalles revelan al perfecto funcionario: los trajes

oscuros, siempre cuidadosamente cepillados, los gestos precisos, la palabra doctoral. Cada una de las acciones de su vida está realizada con método. Si escribe una carta la frase es lógica, la escritura apretada. Si, durante las vacaciones, lleva a sus alumnos de excursión, nada se deja al azar. Un itinerario estudiado anteriormente conduce los paseantes a los lugares más dignos de mención, y en el paseo, el profesor comenta con elocuente gracia un paisaje o el interés histórico de un monumento.

Mania apenas se da cuenta de estas pequeñas costumbres de pedagogo. Ama tiernamente a su padre. Es su protector, su maestro. Y no está muy lejos de creer que su padre posee la sabiduría universal.

Cierto es que el señor Sklodowski lo sabe todo o casi todo. ¿En qué país de Europa se encontraría en nuestro tiempo un oscuro universitario con erudición semejante? Este padre de familia, que difícilmente equilibra su presupuesto, encuentra el tiempo necesario para desarrollar sus conocimientos científicos compulsando publicaciones que se procura con grandes dificultades. Le parece lo más natural del mundo estar al corriente de los progresos de la química y de la física, saber griego, latín, y además del polaco y el ruso, hablar francés, inglés, alemán. Traducir en su lengua natal, en prosa y verso, las obras maestras de la literatura extranjera. Y, en instantes de ociosidad, escribir poesías que anota con cuidado sumo en un cuaderno de escolar, de tapas negras y verdes: A mis amigos en el día de un aniversario. Brindis en un casamiento. A mis ex alumnos...

Todos los sábados el señor Sklodowski y sus hijos pasan la velada dedicados a la literatura. Hablan alrededor del té humeante en la casa silenciosa. El padre recita poesías o bien lee. Y sus hijos le escuchan con una sincera admiración. Este profesor de amplia frente, de rostro plácido, que alarga una pequeña barbita gris, posee una elocuente palabra. De sábado a sábado, las obras maestras del pasado llegan a Mania dichas por su voz familiar. Antes esta voz le contaba historias, viajes o bien la iniciaba en el conocimiento de David Copperfield, que el señor Sklodowski traducía al polaco sin una duda, con el libro inglés en la mano. Ahora la misma voz, que los largos cursos del gimnasio han quebrado un poco, interpreta para los cuatro hijos atentos las obras de los autores románticos que fueron en Polonia los poetas de la servidumbre y de la protesta. ¡Slowacki, Krasinski, Mickiewicz! Y volviendo las

páginas de los volúmenes antiguos, algunos de los cuales, prohibidos por el Zar, fueron editados clandestinamente, el lector aprende las tiradas heroicas de Monseñor Tadeo y los versos dolorosos de Kordyan.

Jamás olvidará Mania estas veladas. Gracias a su padre, Mania vive una atmósfera intelectual de una rara cualidad y que pocas hijas conocen. Un potente lazo la une a este hombre que hace tan extraordinarios esfuerzos para que su vida sea interesante y atractiva. En su inquieto afecto, Mania adivina el tormento interior que esconde el señor Sklodowski en su aparente serenidad. Tristeza de viudo que no se ha consolado. Tristeza de funcionario escarnecido, condenado a labores subalternas. Remordimientos de un ser excesivamente escrupuloso que todavía se reprocha la famosa especulación que se tragó la pequeña fortuna.

A, veces, sin poderse dominar, el pobre hombre deja escapar su lamento:

— ¡Cómo he podido perder ese dinero! ¡Yo que soñaba con daros una refinada educación, haceros viajar y enviaros al extranjero!... Lo comprometí todo. No tengo dinero, no puedo ayudaros... Pronto os seré una carga. ¿Qué va a ser de vosotros?

El profesor suspira de angustia y dirigiéndose a sus hijos suplica inconscientemente las protestas alegres que van a darle ánimos. Aquí están sus hijos, alrededor de la lámpara de petróleo, en el pequeño despacho que alegran unas verdes plantas, cuidadas amorosamente. Cuatro frentes obstinadas, cuatro sonrisas animosas. Y en todos los ojos expresivos, que van del azul oscuro al gris ceniza, se lee con la misma firmeza y la misma ilusión: — ¡Somos jóvenes, fuertes, y triunfaremos!

Se comprenden así las angustias del señor Sklodowski en este año del que depende el porvenir y en el cual la situación de los adolescentes está lejos de ser brillante.

El problema es sencillo: con su sueldo, que pronto será sustituido por una pensión de retiro, menor, el jefe de la familia apenas puede pagar el alquiler, la alimentación y la sirvienta. Es necesario, pues, que desde ahora José, Bronia, Hela y Mania se ganen la vida.

La primera idea que tienen los cuatro hijos es, naturalmente, la de dar lecciones. Estudiante de medicina daría repasos en privado, lecciones de aritmética, geometría, francés, por señorita diplomada. Precios moderados. Los Sklodowski

entran en las filas de los centenares de muchachos intelectuales que en Varsovia van a la caza de una ayuda monetaria.



María Curie en 1903

Oficio ingrato. Antes de los diecisiete años, Mania sabe ya de las fatigas y de las humillaciones que acechan a una repasadora. Las largas caminatas a través de la ciudad, lo mismo cuando hace frío que cuando llueve. Los alumnos recalcitrantes o perezosos. Los padres de los alumnos, que hacen esperar en los vestíbulos, atravesados por las corrientes de aire. (*"Que la señorita Sklodowska tenga la bondad de esperar... Mi hija irá antes de un cuarto de hora..."*), o que, por simple aturdimiento, olvidan, a fin de mes, el pago de los pocos rublos que adeudan y que se confiaba cobrar aquella misma mañana, por la falta que hacían en el hogar.

Se acerca el invierno. En la calle Nowolipki la existencia es igual y cada día se asemeja al precedente.

Nada nuevo en la casa, escribe Mania. Las plantas se conservan, las azaleas florecen. Lancet duerme sobre un edredón. Gucia, la modista de casa, transforma un vestido que mandé teñir. Me parece que quedará bien y que hasta será bonito. El de Bronia está terminado y le quedará muy bien. No escribo a nadie. Tengo muy poco tiempo y menos dinero. Una persona que nos conocía por relaciones ha venido a enterarse de nuestras lecciones. Bronia le ha pedido medio rublo por hora y la señora ha huido como si hubiera tropezado con un loco.

Mania no es más que una señorita sin dote, activa y razonable, cierto. Pero, ¿su única preocupación es la de aumentar su clientela? No. Por necesidad ha aceptado, valientemente, la miserable vida de las lecciones privadas. Pero tiene otra vida apasionada y secreta. Como todas las polacas de su medio social y de su tiempo, está exaltada por sus sueños.

Tiene un sueño común al de todos los jóvenes: un sueño nacional. La voluntad de servir a su patria es antes que sus proyectos futuros, antes que su ambición personal, antes que su matrimonio, antes que su amor.

Éste sueña con una lucha violenta y peligrosa para sus días y organiza complots. Aquél sueña actuar en la vida pública discutiendo con la gente. Este otro alimenta un sueño místico, pues la religión católica es, también, un refugio, una fuerza de resistencia contra el opresor ortodoxo.

No posee Mania el sueño místico. Por tradición y por las formas, continúa siendo una practicante, pero su fe, quebrada al morir la señora Sklodowska, se ha disipado poco a poco. Tras haber recibido la influencia profunda de una madre piadosísima, Mania vive, desde hace seis o siete años, bajo la influencia de un padre católico bastante tibio y librepensador inconfesado. Y de la devoción de la niñez no le quedan más que vagas aspiraciones y el deseo inconsciente de adorar alguna cosa muy elevada, muy grande...

A pesar de que cuenta entre sus amigas patriotas revolucionarias a las que presta su pasaporte en caso de peligro, Mania no sueña tampoco en participar en los

atentados políticos, en tirar bombas sobre el coche del Zar o del gobernador de la ciudad. Se dibuja un poderoso movimiento entre la intelligentsia, a la cual pertenece Mania para alejar de sí las "vanas quimeras". Se acabaron las lamentaciones estériles, se acabaron los impulsos desordenados hacia la autonomía. Una sola cosa cuenta: trabajar, convertir Polonia en un magnífico país intelectual e intensificar la educación del pueblo, que las autoridades mantienen, ex profeso, en el obscurantismo.

Las doctrinas filosóficas de la época dan a ese progreso nacional una particular orientación. Desde hace muchos años el positivismo de Augusto Comte y de Herbert Spencer ha creado en Europa maneras nuevas de pensar. Al mismo tiempo, los trabajos de Pasteur, de Darwin, de Claude Bernard han dado a las ciencias exactas un prestigio inmenso. En Varsovia, como en todas partes, o más que en todas partes, la moda se aleja de las obras románticas, desdeñando, por un tiempo, el mundo de la sensibilidad y del arte. Los adolescentes, cuya edad lleva a los juicios categóricos, ponen la química y la biología por encima de la literatura, y abandonan el culto de los escritores por el de los hombres de ciencia.

Ahora bien; si en los países libres esa corriente de ideas puede desenvolverse a la luz pública, no ocurre lo mismo en Polonia, donde cada manifestación de independencia espiritual se considera como sospechosa. Las teorías nuevas se desarrollan por subterráneas comunicaciones.

A poco de su regreso a Varsovia, Mania Sklodowska se junta con ardientes "positivistas". Una mujer, la señorita Piasecka, ejerce gran influencia sobre ella. Esta institutriz del gimnasio, rubia, delgada, fea, pero simpática, tiene veintiséis o veintisiete años. Enamorada de un estudiante apellidado Norblin, recientemente expulsado de la Universidad por sus actividades políticas, se interesa apasionadamente por las doctrinas modernas. Mania, que se acercaba con cierta desconfianza a su nueva amiga, queda seducida por las atrevidas ideas de la señorita Piasecka. En compañía de su hermana Bronia y de una compañera de ésta, Marya Rakowska, es admitida a las sesiones de la "Universidad Volante", donde se dan clases de anatomía, historia natural, sociología, explicadas por profesores benévolos, a los jóvenes que desean intensificar su cultura. Esos cursos se celebran, clandestinamente, en casa de la señorita Piasecka o en algún otro domicilio

particular. Se reúnen ocho o diez discípulos, que toman notas y se prestan mutuamente folletos y artículos. Al menor ruido extraño, todos los muchachos tiemblan. Si fuesen descubiertos por la policía, irían a la cárcel.

Tengo un recuerdo muy vivo de aquella simpática atmósfera de camaradería intelectual y social, escribiré, cuarenta años más tarde, María Curie. Los medios de acción eran pobres; los resultados no podían ser considerables, pero, no obstante, sigo creyendo que las ideas que nos guiaban entonces eran las únicas que podían conducirnos a un verdadero progreso social. No podemos confiar en construir un mundo mejor sin mejorar los individuos. Con este propósito, cada uno de nosotros debe trabajar su propio perfeccionamiento, aceptando, en la vida general de la humanidad, su parte de responsabilidad, ya que nuestro deber particular es el de ayudar a aquellos a quienes podemos ser útiles.

La labor de la "Universidad Volante" no consiste únicamente en completar la instrucción de los adolescentes que salen del gimnasio. Los alumnos, a su vez, hacen obra de educadores. Estimulada por la señorita Piasecka, Mania da lecciones a las mujeres del pueblo y lecturas a las empleadas de un taller de confección. Además, reúne, volumen por volumen, una pequeña biblioteca de libros polacos para obreras.

¿Puede imaginarse la embriaguez que la labor pedagógica y política produce en esta niña de dieciséis años? Su infancia ha transcurrido entre las divinidades misteriosas que eran los aparatos de física de su padre, y antes de que las ciencias estuviesen "de moda", el señor Sklodowski le había transmitido su curiosidad apasionada. Pero este mundo no bastaba a la inquieta Mania. Ahora se sumerge en el profundo conocimiento del mundo. ¡Aquí, Augusto Comte! ¡Aquí, también, la evolución social! La adolescente no sueña sólo con aprender matemáticas y química. Quiere reformar el mundo establecido. ¡Quiere instruir, además, a las masas populares! Por sus avanzadas ideas y la generosidad de su alma, es, en el sentido puro de la palabra, socialista. Y, no obstante, no se adhiere al grupo de estudiantes socialistas que existe en Varsovia. Su libertad de pensamiento le hace temer; el espíritu de partido

y su amor a Polonia la alejan del marxismo y del internacionalismo. Antes que nada, por encima de todo, quiere servir a su país.

No sabe aún que entre estos sueños tendrá que escoger. Confunde, en la misma exaltación, su sentimiento nacional, sus ideas humanitarias y sus aspiraciones intelectuales.

En medio de estas doctrinas y de estas inquietudes, Mania sigue siendo, milagrosamente, encantadora. La educación estricta y elevada que ha recibido, el ejemplo de los seres púdicos que velaron su juventud, la protege en demasía. Hay en su naturaleza una discreta dignidad, una gracia que acompañará siempre su entusiasmo, es decir, su pasión. En ningún momento de su vida la veremos posar de protestataria recalcitrante o adoptar posiciones excesivamente libres. Jamás pronunciará Mania una palabra del argot. Jamás se le ocurrirá encender un inocente cigarrillo.

Cuando las clases de la ciudad, las lecciones en los talleres y los cursos clandestinos de anatomía le dejan algún tiempo libre, se encierra en su habitación para leer, para escribir. ¿Dónde están los tiempos de las "novelas anodinas y absurdas? Actualmente devora Dostoievski y Gontcharow y los "Emancipados" de Boleslwa Prus, en donde ella encuentra el retrato de sus semejantes, de las jóvenes polacas deseosas de cultura. Su cuaderno íntimo refleja la vida interior de un ser juvenil demasiado ambicioso y desorientado por la diversidad de sus dones. En diez páginas seguidas sólo aparecen dibujos a lápiz que ilustran, con esmero, las fábulas de La Fontaine, poesías alemanas y polacas. Un fragmento de Max Nordau sobre las Mentiras convencionales, Krasinski, Slowacki, Heine. Tres páginas de la Vida de Jesús, de Renán. Nunca, nadie como él ha hecho predominar en su vida el interés de la humanidad sobre las vanidades mundanas. Ensayos filosóficos rusos, un párrafo de Louis Blanc, una página de Brandés. Otra vez dibujos de flores, de animales. Otra vez Heine. Y Musset. Y Sully Prudhomme y François Coppée, traducidos por Mania en versos polacos.

Y, ¡oh paradoja!, "la emancipada" que por desprecio de la coquetería se ha cortado sus maravillosos cabellos áureos, suspira en secreto y copia por entero los versos encantadores y un poco vulgares:

*Si te dijera, no obstante, que te amo,
quién sabe, morena de ojos azules, lo que dirías.*

Mania calla a sus compañeras intransigentes que admira el Adiós, Suzón, o el Vaso roto. Apenas se lo confiesa a sí misma. Vestida con severidad y el rostro singularmente infantil, debido a los cortos rizos, que, lejos de señalar su personalidad, la transforman en una joven pueril, va a las reuniones y a las conferencias, discute y se excita. Si ante sus amigas declama poesías, escoge las súplicas de Asnyk, cuyas obras, inspiradas por un arrebató simpático, se han convertido en el credo del grupo:

*Buscad el claro rayo de la Verdad;
buscad las rutas ignoradas y nuevas.
Cuando la mirada del hombre se ponga a lo lejos,
no le faltarán las divinas sorpresas.
Cada época tiene sus propios ensueños
y abandona los sueños de ayer.
Venid, tomad la antorcha del saber.
Haced una obra nueva con el trabajo de los siglos
y construid el palacio del Porvenir.*

Y si Mania regala a Marya Rakowska su fotografía, donde está en pie junto a Bronia y en una "pose" enternecedora, no se olvida de dar a su ofrenda el sentido de una profesión de fe, estampillando la imagen con una frase graciosa, pero definitiva: *A una positivista ideal, dos idealistas positivas.*

Nuestras dos "idealistas positivas" se reúnen horas y horas. En estos diálogos imaginan el plan de su futura existencia. Pero ni Asnyk ni Brandés les indican el medio de seguir los cursos de enseñanza superior en una ciudad cuya Universidad está cerrada a las mujeres. Tampoco les dan mágicas recetas para obtener rápidamente una fortuna con las lecciones que se cobran a medio rublo por hora.

La generosa Mania se aflige. Esta criatura, la menor de la casa, lleva en sí un instinto de terranova. Se siente responsable del futuro de su padre, del de sus hermanos mayores. José y Hela, afortunadamente, le dan pocas inquietudes. El muchacho va a ser médico y la hermosa e inquieta Hela duda entre el profesorado y la carrera de artista. Hela canta con espléndida voz, consigue diplomas y, al mismo tiempo, rechaza todas las peticiones de mano.

Pero Bronia... ¿Cómo va a ayudar a Bronia? Desde que ha abandonado el liceo, todas las preocupaciones de la casa caen sobre ella. A fuerza de comprar provisiones, combinar menús, presidir la cocción de las confituras, se ha convertido en una perfecta ama de casa. Bronia se desespera de no ser más que esto. Mania sabe el tormento de su hermana, cuya ilusión es ir a París para seguir sus estudios de medicina y luego regresar a Polonia para ejercer la profesión en el campo. La pobre Bronia ha economizado un tesoro de guerra, pero una temporada en el extranjero cuesta mucho dinero. ¿Cuántos meses, cuántos años habrá que esperar aún?

El nerviosismo visible y el desaliento de su hermana son para Mania una constante preocupación. Tanto, que incluso se olvida de su ambición personal. Olvida que, fascinada también por la tierra prometida, sueña a menudo con franquear los miles de kilómetros que la separan de la Sorbona y aplacar en ella la sed de conocimientos que es su ambición esencial, para, más tarde, de regreso a Polonia con el equipaje espiritual, hacer, modestamente, una obra de educación entre sus queridos compatriotas.

Si sufre tanto por la carrera de Bronia es porque lazos más fuertes que los de la sangre la unen a esta adolescente, cuyo afecto exquisito le aporta, desde la muerte de la señora Sklodowska, un socorro maternal constante. En una familia tan unida, las dos hermanas se quieren y se distinguen con preferencia. Sus naturalezas se complementan singularmente. La mayor, por su sentido práctico y su experiencia, alecciona a Mania en los pequeños problemas que la vida cotidiana le plantea. La menor, más apasionada y más tímida, es para Bronia una joven compañera admirable, en quien la amistad se enriquece con un sentimiento de gratitud y la vaga noción de quien debe pagar una deuda.

Un día que Bronia garabateaba algunas cifras sobre un pedazo de papel y hacía, por milésima vez, la cuenta del dinero que ha ahorrado, o, mejor dicho, del que todavía no tiene, Mania le dice:

— Vamos a ver: con lo que has economizado ¿cuántos meses puedes vivir en París?

— Tengo para pagarme el viaje y los gastos de un año escolar en la Facultad, contesta rápidamente Bronia, y añade: pero los cursos de medicina ya sabes que duran cinco años.

— Sí. Y ya comprenderás, Bronia, que con lecciones a medio rublo por hora no vamos a salir jamás del atolladero.

— ¿Entonces?

— Entonces nos podemos aliar. Si luchamos cada una por nuestra cuenta, ninguna de las dos logrará hacer el viaje. Mientras que con mi sistema tú tomas el tren el próximo otoño, es decir, dentro de unos meses.

— ¡Estás loca!...

— No. Al principio tú gastarás tu dinero. Luego mi padre y yo te lo enviaremos. Al mismo tiempo yo acumularé los fondos necesarios para mis futuros estudios. Cuando tú seas doctora, yo partiré a mi vez. Y entonces serás tú la que me ayudarás.

Las lágrimas han escapado de los ojos de Bronia. Comprende la grandeza del ofrecimiento, pero en el programa que Mania acaba de exponerle sólo un punto queda oscuro.

— No entiendo muy bien una cosa. ¿Cómo vas a ganar el dinero suficiente para tu gasto de aquí, para una parte del mío y, además de todo esto, para hacer economías?

— Precisamente está resuelto, contesta ligeramente Mania. Es ahora cuando interviene mi famoso "medio". Voy a colocarme de institutriz en una familia. Casa, mesa, ropa y, además, cuatrocientos rublos por año de sueldo. Acaso más. ¿Ves como todo cambia?

— ¡Mana..., Maniusia...!

No es la elección de esta labor subalterna lo que impresiona a Bronia. Como "idealista" tiene, igual que su hermana, el desprecio por los prejuicios sociales. No, no es eso, sino la idea de que, para poder empezar inmediatamente sus estudios,

Mania se condena a un oficio sin encanto alguno y a una espera cruel. Por eso se resiste:

— ¿Por qué voy a marchar yo la primera? ¿Por qué no invertir los papeles? Tú estás tan bien preparada, acaso mejor preparada que yo para esos estudios... Y triunfarás más de prisa... ¿Por qué no?

— ¡Oh, Bronia, no seas tonta! ... Porque tú tienes veinte años y yo tengo diecisiete. Porque tú esperas desde hace siglos, y, en cambio, yo tengo la vida por delante... Además, es también la idea de mi padre. Es natural que la mayor termine antes. Cuando tú tengas tu clientela, me podrás cubrir de oro... Cuento con ello. Y, por último, hacemos algo inteligente y eficaz...

Una mañana del mes de septiembre de 1885, una joven silenciosa espera su turno en el vestíbulo de una agencia de colocaciones. De los dos vestidos que posee se ha puesto el más severo. Bajo el sombrero negro, unos peines retienen, más mal que bien, los rizos claros que desde hace unos meses deja crecer. Una "institutriz", incluso "positivista", no debe llevar los cabellos cortos. Una institutriz debe ser correcta, vulgar y parecerse a todo el mundo.

Se abre la puerta. Una mujer delgada, de rostro escéptico, atraviesa el vestíbulo y dirige un gesto de despedida a Mania. Una colega. Acababan de hablar hacía un instante, sentadas la una junto a la otra, en los asientos de rejilla, que son el único mobiliario que hay en la pieza, y se habían deseado mutuamente buena suerte.

Se pone en pie Mania. Se sobrecoge. Su mano apretuja maquinalmente un pequeño rollo de papeles y de cartas. En la habitación vecina, una dama gruesa está sentada tras un escritorio pequeño.

— ¿Qué desea usted, señorita?

— Busco una plaza de institutriz.

— ¿Tiene usted referencias?

— Sí... Ya he dado lecciones... Aquí tiene usted los certificados de los padres de los alumnos... Aquí está mi diploma.

La directora de la agencia examina, con una mirada profesional, los documentos de Mania. Su atención se fija en los papeles. Levanta la cabeza y mira a la joven con más interés que hace un instante.

— ¿De manera que usted habla perfectamente alemán, ruso, francés, polaco, inglés?...

— Sí, señora. El inglés algo menos, pero puedo enseñar los temas de los programas oficiales. He salido del gimnasio con una medalla de oro.

— ¿Cuáles son sus pretensiones?

— Cuatrocientos rublos por año y la comida.

— Cuatrocientos rublos — repite la dama, sin manifestar ninguna sorpresa. ¿Qué hacen sus padres?

— Mi padre es profesor de liceo.

— Bien. Voy a tomar las referencias de costumbre. Creo que tengo algo que puede convenirle. Pero ¿qué edad tiene usted?

— Diecisiete años — dice Mania, que se sonroja, y añade, muy de prisa, con una sonrisa tentadora: Pronto cumpliré los dieciocho.

La dama escribe la ficha de la candidata:

María Sklodowska. Buenas referencias. Capacidad.

Plaza solicitada: institutriz.

Salario: cuatrocientos rublos anuales.

Entrega sus papeles a Mania.

— Muchas gracias, señorita. Cuando haya alguna cosa le escribiré a usted.

Capítulo 5

Institutriz

Mania escribe, el día 10 de diciembre de 1885, a su prima Enriqueta Michalowska:

Querida Enriqueta:

Desde que nos separamos, mi existencia ha sido la de una prisionera. Como sabes, me coloqué en casa de los B., la familia de un abogado. Ni a mi peor enemigo desearía que viva en tal infierno. Mis relaciones con la señora B. llegaron a ser tan frías que, no pudiéndola soportar, se lo dije. Y como ella era exactamente tan entusiasta de mí como yo de ella, nos hemos entendido a las mil maravillas.

Es una de esas familias ricas en donde, cuando hay gente, se habla en francés, un francés de rastacueros, y en donde no se pagan las facturas durante seis meses, y, no obstante, se tira el dinero por la ventana, mientras se economiza avaramente el petróleo de las lámparas. Tienen cinco criados, pasan por ser generosos y liberales y, en realidad, están dominados por el más sombrío embrutecimiento. En fin, bajo el tono más relamido, se murmura cruelmente de todo el mundo, no dejando a nadie a salvo.

He ganado algo conociendo un poco mejor la especie humana. He aprendido que los personajes descritos en las novelas existen, en efecto, y que no hay que entrar en contacto con las gentes a quienes la fortuna ha desmoralizado...

El cuadro pintado no es nada indulgente. Viniendo de un ser desprovisto de maldad, nos muestra la inocencia de Mania y sus ilusiones. Colocándose al azar en una familia polaca acomodada, creía encontrar gentes comprensivas, niños encantadores. Estaba dispuesta a interesarse, a querer. La decepción ha sido bastante dura.

Las cartas de la joven institutriz nos hacen apreciar, indirectamente, la distinción de la familia que acaba de abandonar. En su ambiente de intelectuales ha llegado a encontrar criaturas mediocres, pero no ha encontrado casi ninguna que tuviera un alma innoble y egoísta, o carente del sentido del honor estricto.

En su casa jamás oyó una palabra fea o grosera. Las querellas familiares, los diálogos enconados hubieran inspirado horror en la familia Sklodowski. Cada vez que la joven enfrente a la estupidez, a la bajeza, a la vulgaridad, percibiremos su protesta. ¡Curiosa paradoja! La alta calidad de los compañeros de juventud de Mania, su viva inteligencia, nos trae, acaso, el secreto de un enigma obsesionante. ¿Cómo no han descubierto más pronto la vocación extraordinaria de la adolescente y su poder genial? ¿Por qué no la enviaron a hacer sus estudios a París, en vez de consentir que aceptara un empleo de institutriz?

Viviendo entre seres excepcionales, cerca de tres jóvenes que obtienen diplomas y medallas, que eran, como ella, brillantes, ambiciosos y amantes del trabajo, la futura María Curie no parecía un ser extraordinario. En un ambiente limitado, los dones sorprendentes se señalan inmediatamente, provocan la admiración y los comentarios. Pero aquí crecían, bajo el mismo techo, José, Bronia, Hela y Mania, que rivalizaban en aptitudes y conocimientos. Y se produce esto: que nadie, ni los viejos, ni los jóvenes, reconocen en una de estas criaturas el signo de un gran espíritu. Nadie sospecha aún que Mania sea de otra esencia que la de sus hermanos. Ni ella misma lo sabe.

Cuando se compara a los suyos, su modestia llega a la humildad. Pero en las familias de la burguesía, donde la introduce su nueva profesión, su superioridad brilla. Brilla incluso a los ojos mismos de Mania, y tiene conciencia de ello, no sin cierto placer. Esta joven, que no cuenta los privilegios de la cuna y de la riqueza, y en quien jamás florecerá la envidia, está orgullosa de sus orígenes y de la formación que ha recibido. A través de los juicios que le veremos hacer de sus "señores" surge, a veces, una punta de desprecio y un orgullo inocente.

De su primer experiencia, Mania, no sólo ha sacado algunas enseñanzas filosóficas sobre la especie humana y sobre las gentes a quienes "la fortuna ha desmoralizado", sino que ha aprendido que el plan que expusiera a Bronia reclamaba ciertas modificaciones serias.

Al aceptar una colocación en Varsovia, confiaba en ganar crecidas sumas sin condenarse a un penoso destierro. Quedarse en la ciudad era, para la reciente institutriz, una pena amortiguada: no permanecer cerca del hogar y poder charlar siquiera un momento, todos los días con su padre. Era menester el contacto con sus

amigas de la "Universidad Volante" y, ¿quién sabe?, la posibilidad de instruirse y de asistir a algunos cursos nocturnos.

Pero los seres que llevan en sí el ánimo del sacrificio no pueden sacrificarse a medias. El destino que la adolescente ha escogido no es lo suficientemente árido. No gana bastante dinero y, sobre todo, gasta demasiado. Sus beneficios, desmenuzados en pequeños gastos cotidianos, le dejan, a fin de mes, insignificantes economías. Es necesario que se prepare para socorrer a Bronia, que en París, junto con María Rakowska, vive pobremente en el Barrio Latino. Por otra parte, se acerca el retiro del señor Sklodowski. Dentro de poco también éste necesitará una ayuda. ¿Qué se puede hacer?

La heroína no reflexiona mucho. Hace dos o tres semanas se le habló de una plaza de institutriz muy bien retribuida, en el campo. Dicho y hecho. Acepta la nueva colocación en una provincia lejana, que es el salto a lo desconocido. Durante muchos años será la separación de los seres queridos y el aislamiento total. Pero, ¿qué se le va a hacer? El sueldo es elevado, y, en ese pueblo perdido, los gastos serán nulos.

- ¡Con lo que me gusta la vida en pleno campo! —exclama—. ¡Cómo no lo había pensado antes!

Y da cuenta de ello a su prima:

No tengo mucho tiempo, pues, tras algunas dudas, he decidido aceptar desde mañana una colocación en el gobierno de Plock, con quinientos rublos anuales, a cobrar desde primero de enero. Es la misma colocación que me habían ofrecido hace algún tiempo y que no había aceptado. Esa gente no está contenta con la institutriz que tenían y me reclaman. Claro que puede ocurrir que, lo mismo que las otras, tampoco les guste yo...

El día 1 de enero de 1886, día de la partida, será una de las fechas más crueles en la existencia de Mania. Se ha despedido valerosamente de su padre y le ha repetido varias veces la nueva dirección:

Señorita María Sklodowska

En casa de los Sres. Z.

Szozuki, por Przansnysz.

Ha subido al vagón. Desde la ventanilla ha mirarlo todavía un momento más la silueta del profesor, y ha sonreído. Y, súbitamente, al sentarse en el banco del ferrocarril, ha sentido la presión ignorada de la soledad. ¡Sola, sola, completamente sola, por primera vez en su vida!

Un pánico brusco se apodera de la criatura de dieciocho años. En el vagón que la lleva hacia una casa y una familia extraña, Mania tiembla de miedo y de timidez. ¿Y si los nuevos señores se parecían a los anteriores? ¿Y si se ponía enfermo el señor Sklodowski en su ausencia? ¿Lo volvería a ver siquiera? ¿No ha cometido una locura? Diez problemas, veinte problemas torturan y asaltan el ánimo de la adolescente, que, agazapada cerca de la ventana del compartimiento, mientras anochece, contempla a través de sus lágrimas, que seca con el revés de su mano y que se renuevan, el desfile de las vastas llanuras hundidas bajo la nieve...

Tres horas de tren, luego cuatro horas de trineo sobre pistas estrechas en el majestuoso silencio de una noche de invierno. Los señores Z., que son administradores de algunas propiedades, explotan por su cuenta una parte de las tierras de los príncipes Czartoryski, a cien kilómetros al norte de Varsovia. Al llegar en una noche fría ante la puerta de su casa, Mania, quebrada por la fatiga, entrevé como en un sueño la alta estatura del dueño de la morada, la descolorida figura de la esposa y las miradas intensas de los niños.

Acogen a la institutriz las palabras amables de bienvenida y el humeante té. Después sube al primer piso y la señora Z. indica a Mania su habitación, en donde poco después la deja sola en compañía de sus pobres valijas.

Mania escribe a su primo Enrique el día 3 de febrero de 1886:

...hace un mes que estoy en casa de los señores Z. He tenido tiempo pues, de aclimatarme en mi nueva colocación. Hasta ahora estoy bien. Los Z. son excelentes personas. He hecho con la mayor de las hijas, Bronka, amigables relaciones que contribuyen a hacerme agradable la vida. En cuanto a mi discípula Andzia, que pronto tendrá diez años, es una criatura dócil, pero muy desordenada y mimada. Claro que no se puede pedir la perfección.

En este país nadie hace nada. Las gentes sólo piensan en divertirse y como en la casa estamos un poco alejados de la zarabanda, somos el tema de la comarca. Imagínate que una semana después de mi llegada se hablaba de mí sin favor alguno, porque no conociendo a nadie me había negado a ir al baile de Karwacz, centro regional de los chismes. No he tenido ningún sentimiento, pues los señores Z. han regresado de ese baile a la una de la tarde. Estoy contenta de haber escapado a esta invitación, y sobre todo, más contenta aún porque en estos momentos no me siento muy fuerte.

Aquí se celebró un baile la noche de Reyes. He podido observar, divirtiéndome mucho, un cierto número de invitados dignos del lápiz de un caricaturista. La juventud es muy poco interesante. Las jóvenes son patos que no abren la boca, como no sean provocativas en el más alto grado. Parece ser que hay muchachas más inteligentes, pero hasta ahora mi Bronka (la señorita Z.) me parece una perla rara, tanto por su buen sentido como por la comprensión que de la vida tiene.

Trabajo siete horas al día: cuatro con Andzia y tres con Bronka. Es un poco demasiado, pero ¡qué se le va a hacer! Mi habitación está en lo alto de la casa. Es grande, tranquila, agradable. Hay en esta familia una colección entera de niños: tres hijos están en Varsovia (uno en la Universidad, dos en los pensionados). En la casa, Bronka (18 años), Andzia (10 años), Stas que tiene tres años, y Marychna, una niña de seis meses. Stas es muy divertido. Su ama le ha dicho que Dios está en todas partes.

Y con una voz angustiada nos pregunta: "¿Es que va a prenderme? ¿Es que me morderá?" Nos divierte enormemente.

Mania interrumpe la escritura, pone su pluma sobre el escritorio que ha instalado cerca de la ventana y sale al balcón, desafiando el frío con su vestido de lana. La vista que se ofrece a su mirada tiene el poder de hacerle reír.

¿No es cómico partir hacia una casa de campo aislada; imaginarse por adelantado un paisaje agreste, prados, selvas y después, al abrir el balcón por primera vez, descubrir una chimenea fabril, alta, agresiva, que ensucia el cielo con su opaco penacho de humo negro?

En dos kilómetros a la redonda no hay un monte, siquiera un prado. Nada más que remolachas y más remolachas, que cubren estos grandes campos monótonos. En el otoño estas remolachas pálidas y terrosas, amontonadas en las carretas tiradas por yuntas de bueyes, convergen lentamente hacia la fábrica, que es una azucarera. Los campesinos siembran, escardan y recolectan para esa fábrica. Cerca de estos edificios tristes, de ladrillos rojos, se agrupan las chozas del pueblecito de Krasiniec. Y el río mismo es esclavo de la fábrica, adonde llega limpio y sigue sucio, cargado de una espuma turbia y pringosa.

El señor Z., que es un agrónomo reputado y al corriente de la nueva técnica, controla la explotación de las doscientas hectáreas de remolacha. Es un hombre afortunado. Posee una gran parte de las acciones de la azucarera, y en su casa, como en las otras, la fábrica es el centro de todas las preocupaciones.

No hay nada de grandioso en todo esto. La fábrica, por absorbente que sea, no es más que una empresa de importancia mediana, como hay muchas docenas en la provincia. La propiedad de Szczuki es pequeña: doscientas hectáreas, en un país de vastas propiedades, no son nada. Los Z. son ricos, pero no muy ricos. Y si su casa tiene mejor vista que las granjas vecinas es imposible, no obstante, ni con la mejor voluntad del mundo, considerarla como un castillo. Más bien es una villa anticuada, una de esas grandes barracas bajas, de un solo piso, cuyos tejados pendientes dominan los muros blancos descoloridos, las pérgolas cubiertas de parras y los miradores cerrados con vidrieras, y a pesar de ello, con corrientes de aire.

Una sola concesión a la belleza: el jardín, que en el verano es muy bonito, con su césped, sus breñas y su terreno de croquet, que recorta una cerca de fresnos bien cortados. En la otra parte de la casa hay un huerto. Más lejos, los cuatro tejados rojos de las granjas, de las cuadras y de los establos, en donde hay cuarenta caballos, sesenta vacas, y después, hasta el horizonte, la tierra fuerte y glutinosa de las remolachas.

— ¡Bah! No he caído en mal sitio —se dijo Mania al cerrar el balcón. La fábrica no es hermosa, es cierto. Pero de todas ti maneras, gracias a ella, este rincón de la provincia es un poco más animado que el resto. Las gentes llegan constantemente de Varsovia y otros vuelven a ella. En la azucarera hay un pequeño centro de ingenieros, de directores, que no es desagradable. Se pueden pedir prestadas

revistas y libros. La señora Z. tiene mal carácter, pero no es una mala mujer. Si no me trata con delicadeza es, sin duda alguna, porque a su vez ella fue una institutriz a quien la fortuna sorprendió. Su marido es simpático, su hija mayor un ángel y los niños son insoportables. Debo considerar que soy feliz.

Y después de haber recalentado las manos ante la estufa de loza barnizada, que ocupa del suelo al techo una de las paredes que cortan la habitación, Mania se inclina sobre la carta, en espera de que una llamada imperiosa: "¡Señorita Mania!", le haga saber a través de la puerta que sus señores tienen necesidad de ella.

Una institutriz aislada escribe muchas cartas —acaso para recibir las contestaciones— y con ellas, noticias de la ciudad. Mientras pasan lentamente las semanas y los meses, Mania cuenta a sus parientes las peripecias de su existencia de asalariada en que las humildes labores se unen a las horas de "compañía" y a las obligadas distracciones.

Escribe a su padre, a José, a Hela y a su querida Bronia. Escribe a Kazia, su amiga de la infancia. A su prima Enriqueta, que, casada en Lwow, ha seguido siendo una apasionada "positivista", le confía libremente las reflexiones más graves, sus desazones y sus esperanzas:

El día 5 de abril de 1886, Mania escribe a Enriqueta:

Vivo como se tiene por costumbre vivir en mi posición. Doy mis clases, leo un poco, pero no mucho, ya que la llegada de nuevos invitados altera constantemente el empleo del tiempo normal de mi vida. A veces, esto me irrita mucho, pues mi Andzia es de esa especie de niños que aprovechan con entusiasmo toda interrupción de trabajo y luego no hay ningún medio de volverle a la razón. Hoy hemos tenido una nueva escena por que no quería levantarse a la hora habitual. Por fin, me he visto obligada a agarrarla tranquilamente de la mano y tirarla de la cama. Dentro de mí hervía. No te puedes imaginar lo que me perjudican estas pequeñas cosas. Una tontería semejante me pone enferma horas y horas. Pero era necesario que yo dijera la última palabra.

¿La conversación en sociedad? Chismes y más chismes. Los únicos temas de conversación son los vecinos, los bailes, las reuniones, etc. Por lo que al baile se refiere, habría que ir muy lejos en busca de mejores bailarinas que estas

jóvenes. Todas ellas bailan a la perfección. No son malas criaturas; algunas, incluso son inteligentes, pero su educación no ha desarrollado su espíritu y las fletas de acá, insensatas e incesantes, han acabado de disipar sus ideas. En cuanto a los muchachos, hay muy pocos que sean amables y menos aun inteligentes. Para las unas y para los otros, palabras tales como "positivismo", "cuestión obrera", etcétera, son verdaderas "bestias negras", suponiendo que las hayan oído pronunciar alguna vez, lo cual sería una excepción. La familia de Z. es, relativamente, muy culta. El señor Z. es un hombre a la antigua, pero lleno de buen sentido, simpático y razonable. Su mujer es un poco difícil de tratar, pero, en cuanto se sabe conducirla, incluso es simpática. Llego a creer que me estima bastante.

¡Si vieras qué ejemplar conducta tengo! Voy a la iglesia cada domingo y días de fiesta, sin invocar jamás un dolor de cabeza o una "gripe" para quedarme en la casa. No hablo casi nunca de la educación superior de las mujeres. Y, de una manera general, observo en mis propósitos la retención que mi obligada condición me impone.

Por Pascua iré a Varsovia algunos días. Todo salta en mí de alegría ante esta idea, y penosamente retengo salvajes gritos de entusiasmo...

A Mania le gusta describir con ironía su "ejemplar conducta", puesto que hay en ella un ser audaz y original que no puede tolerar por mucho tiempo una vida convencional. "La idealista positiva" está siempre dispuesta a ser útil y a combatir. Al encontrar cotidianamente en los caminos fangosos a los campesinos, los muchachos de ambos sexos, miserablemente vestidos, rostros desvergonzados bajo sus cabellos de cáñamo, la adolescente ha concebido un proyecto. ¿Por qué no va a poner en práctica, en el minúsculo universo de Szczuki las ideas progresistas que le son tan queridas? ¿El año pasado no soñaba con dar "luces al pueblo"? Pues tiene ante sí una ocasión excepcional, los pocos que van a la escuela aprenden el alfabeto ruso. ¿No sería estupendo crear un curso clandestino de idioma polaco y despertar en estos jóvenes cerebros la belleza de la lengua y la historia nacionales?

La institutriz somete la idea a la aprobación de la señorita Z., y ésta inmediatamente conquistada por ella, decide ayudarla.

— Reflexione bien —dice Mania para calmar su entusiasmo—. Si nos denuncian, seremos deportadas a Siberia...

Pero no hay nada tan contagioso como el valor. En la mirada de Bronka Z., Mania lee el entusiasmo y la decisión. Sólo falta obtener la autorización del jefe de la familia y empezar en las chozas una discreta propaganda.

Mania escribe a Enriqueta, el día 3 de septiembre de 1886:

... Hubiera podido conseguir unas vacaciones veraniegas, pero no hubiera sabido donde ir y he preferido quedarme en Szoczuki. No quería gastar dinero para ir a los Cárpatos. Tengo muchas horas de lección con Andzia, leo con Bronka y hago estudiar una hora diaria al hijo de un obrero que estoy preparando para que vaya a la escuela. Además, Bronka y yo, durante dos horas diarias, damos clase a los hijos de los campesinos. Es casi una clase, puesto que tenemos diez alumnos. Trabajan con muy buena voluntad y a pesar de nuestro trabajo, a veces es muy difícil. Lo único que me consuela es que, poco a poco, los resultados mejoran y a veces muy de prisa. Tengo, por tanto, los días bastante ocupados. Y además, me instruyo trabajando sola.

En diciembre de 1886, Mania escribe de nuevo a Enriqueta:

El número de mis discípulos campesinos es, en la actualidad, de dieciocho. Naturalmente, no vienen juntos, porque no podría salir adelante, pero aun así, me ocupan dos horas diarias.

Los miércoles y los sábados me quedo más tiempo con ellos, hasta cinco horas. Esto me es posible porque mi habitación está en el primer piso y tiene una entrada separada por la escalera del patio. Dado que mi trabajo no me impide cumplir con mis obligaciones, no puede molestar a nadie. Grandes alegrías y consuelos me dan estos niños...

No basta a Mania con enseñar a Andzia, anotar sus lecciones, hacer trabajar a Bronka y prohibir a Julek que se duerma sobre los libros (también se lo han confiado en cuanto llegó de Varsovia). Cuando se ha terminado todo esto, la brava

muchacha sube a su pieza y espera que un ruido de pequeñas botas en la escalera, mezclado con el de los pies desnudos sobre los peldaños, le anuncie la llegada de los discípulos. Con el fin de que puedan trazar más cómodamente sus palos y palotes, ha pedido prestadas una mesa de pino y unas sillas y ha restado de sus economías el dinero necesario para comprar unos cuadernillos y las plumas, que los dedos entumecidos manejan con mucha dificultad.

Cuando siete u ocho muchachos se han instalado en la gran habitación de paredes blanqueadas, Mania y Bronka Z. no bastan para mantener el orden o para ayudar a los alumnos perdidos, que, sorbiéndose los mocos y respirando con angustia, no pueden pronunciar una palabra difícil.

No siempre llegan muy limpios los hijos de los criados, de los quinteros y de los obreros de la fábrica, que se amontonan alrededor del vestido sombrío y de los rubios cabellos de Mania.

Ni tampoco huelen muy bien. Algunos de los discípulos no ponen atención en las clases. Pero en la mayor parte de las claras miradas aparece un deseo inocente y violento de realizar estas hazañas fabulosas: leer, escribir. Y cuando el humilde propósito se consigue, cuando los gruesos caracteres negros sobre blanco han adquirido bruscamente un sentido, el triunfo vanidoso de los niños, la admiración envanecida de los padres analfabetos, que de pie, en el fondo de la habitación, asisten a veces a las lecciones, emocionan el corazón de la joven maestra.

Y piensa en esa gran voluntad no empleada, en los dones que disimulan acaso estas criaturas frustradas. ¡Ante este océano de ignorancia, Mania se siente tan débil, tan impotente!

Capítulo 6

Una larga paciencia

Estos pequeños campesinos ignoran que la "señorita "Marya" medita sombríamente sobre su propia ignorancia. No saben que el sueño de su profesora es volver a ser discípula, y que, en lugar de enseñar, lo que quisiera es aprender.

¡Pensar que en el mismo minuto en que, una vez más, Mania contempla desde su ventana las carretas que transportan la remolacha a la fábrica, hay en Berlín, en Viena, en Petersburgo, en Londres, miles y miles de jóvenes que escuchan lecciones y conferencias, que trabajan en laboratorios, museos, hospitales! ¡Pensar, sobre todo, que en el interior de la Sorbona se enseña biología, matemáticas, sociología, química y física!

Más que en ningún otro país, Mania Sklodowska desea estudiar en Francia. El prestigio de Francia le seduce. En Berlín y Petersburgo reinan los opresores de Polonia. En Francia se ama la libertad, se respetan todos los sentimientos, todas las creencias, se acoge, vengan de donde vengan, a los seres desgraciados o expulsados. ¿Será cierto que un día Mania tomará el tren de París; será posible que este gran honor le sea concedido?

Mania ha perdido la esperanza. Los doce primeros meses de su apagada vida provinciana han minado las ilusiones de una joven que, a pesar de sus pasiones intelectuales y de sus sueños, no es de ninguna manera una mujer de quimeras. Cuando medita, Mania tiene ante sí una situación clara y, aparentemente, sin salida. En Varsovia hay un padre que pronto tendrá necesidad de ella. En París está Bronia, a quien hay que ayudar durante unos años todavía antes de que pueda ganar un céntimo.

Y en la finca de Szczuki está ella, Mania Sklodowska, institutriz. El proyecto de recoger un capital, que hace un tiempo parecía realizable, ahora le hace sonreír. Era un plan infantil. ¡De un lugar como Szczuki no se puede escapar!

Es impresionante comprender que, a pesar de su abatimiento, esta criatura genial de diecinueve años no es invulnerable, y que, lejos de sostener una confianza inhumana, sufre y se descorazona. Es impresionante, también, verla contradecirse, y, en el mismo momento en que cree haber renunciado a todo, luchar heroicamente

contra la servidumbre. ¿Qué instinto la empuja a velar todas las noches ante su mesa de trabajo, a leer todos los volúmenes de sociología y de física sacados de la biblioteca de la fábrica y aumentar por una activa correspondencia con el señor Sklodowski su conocimiento de las matemáticas?

La labor es tan ingrata que hay que admirar la perseverancia de Mania. Desterrada en esta casa de campo, privada de dirección y de consejos, Mania tantea casi al azar, en el dédalo de los conocimientos que quisiera adquirir y que, sumariamente, le exponen manuales anticuados. En los momentos de desesperación se parece a esos niños pequeños cuando tiran al suelo violentamente el alfabeto, con la dolorosa creencia de que jamás sabrán leer. Y a pesar de todo, con una firmeza campesina, Mania prosigue su esfuerzo:

La literatura me interesaba tanto como la sociología y las ciencias —escribe cuarenta años más tarde—, y, no obstante, en el curso de los años de trabajo, al ensayar poco a poco descubrir mis preferencias reales, me convencí formalmente de que mi afición eran las matemáticas y la física.

Mis estudios solitarios estaban erizados de dificultades. La educación científica que había recibido en el liceo era muy incompleta, muy inferior al programa de bachillerato de Francia. Ensayaba el completarlo a mi manera, con la ayuda de los libros reunidos. Este método no era muy eficaz. No obstante, adquirí la costumbre del trabajo independiente y aprendí un cierto número de cosas que debían ser útiles años después...

He aquí, ahora, cómo describe, desde Szczuki, una de sus jornadas:

De Mania a Enriqueta, en diciembre de 1886:

Con todo lo que tengo que hacer, hay días en que de las ocho a las once y media, y de las dos a las siete y media, estoy ocupada sin cesar. De once y media a dos hay el paseo y el almuerzo. Después del té, leo con Andzia, si ha sido buena, y si no tomo mi labor, que tampoco dejo durante mis lecciones. A las nueve de la noche, me hundo en mis libros y a menos que un acontecimiento imprevisto me lo impida...

He adquirido la costumbre de levantarme a las seis de la mañana poder trabajar más, pero no puedo hacerlo siempre. Un anciano, muy simpático,

padrino de Andzia, pasa una temporada aquí en este momento, y, a pedido de la señora Z., he tenido que rogarle, para distraerle, que me enseñe a jugar al ajedrez. También es necesario que haga la cuarta en los juegos de naipes y esto me quita tiempo para mis estudios.

Leo en este momento:

- 1. La física de Daniel, de la que he leído ya el primer tomo.*
- 2. La sociología de Spencer, en francés.*
- 3. Las lecciones de anatomía y de fisiología de Paul Bers, en ruso.*

Leo muchas cosas a la vez; el estudio seguido de una sola materia podría fatigar mi cerebro, ya bastante cansado. Cuando me siento absolutamente inepta para leer con provecho, resuelvo problemas de álgebra y de trigonometría, que no soportan faltas de atención y que me devuelven al buen camino.

Mi pobre Bronia me escribe desde París diciéndome que le dificultan los exámenes, que trabaja mucho y que su salud le inquieta bastante.

¿Mis planes para el porvenir? No tengo, o mejor dicho, son tan corrientes y simples que no vale la pena de hablar. Despabilarme tanto como pueda y cuando no pueda más decir adiós a este bajo mundo. El perjuicio será pequeño y los pesares que dejaré, muy relativos.

Tales son actualmente mis únicos proyectos. Algunas gentes pretenden que, a pesar de todo, es necesario que pase por esta clase de fiebre que se llama amor. Esto no entra absolutamente en mis planes. Si antes los pude tener, han volado como el humo y los he enterrado, encerrado, escondido u olvidado, puesto que tú no ignoras que los muros son siempre más fuertes que las cabezas que intentan derrumbarlos.

Estos vagos pensamientos suicidas, esta frase escéptica sobre el amor reclama una explicación.

La explicación es simple, banal. Podría titularse "la novela de una joven pobre". Son muchos los libros sentimentales que han descrito historias semejantes a ésta.

El comienzo de la historia es que Mania Sklodowska se convirtió en una joven bonita. No tiene todavía la finura irreal que revelaran años más tarde sus retratos, pero la adolescente demasiado molletuda se ha convertido en una joven graciosa y vivaracha. Su piel y su cabello son admirables. Tiene unas manos hermosas y unas piernas perfectas. Y a pesar de que su rostro no es ni regular ni perfecto, llama la atención por el gesto voluntarioso de su boca, por sus ojos de color ceniza, profundamente hundidos bajo las cejas y que la intensidad sorprendente de la mirada convierte en enormes.

Cuando el hijo mayor de los señores Z., Casimiro, ha regresado de Varsovia a Szczuki para pasar primero unos días de fiesta y después las vacaciones veraniegas, ha encontrado en la casa una institutriz que baila maravillosamente, rema, patina, que es espiritual y culta, que improvisa versos tan bien como monta a caballo o conduce el tálburi, que es, en fin, distinta, tan completa y misteriosamente distinta, a las jóvenes que conoce. Y se ha enamorado. Y Mania, que bajo sus doctrinas revolucionarias esconde un corazón vulnerable, se ha enamorado también de este estudiante hermoso y amable.

Mania apenas tiene diecinueve años y él apenas unos meses más que ella. Y ambos llegan a hacer algunos proyectos de matrimonio.

Nada parece oponerse a esta unión. Ciertamente es que Mania no es más, en Szczuki, que la señorita Marya, la institutriz de los niños. Pero todo el mundo le ha tomado afecto. El señor Z. hace con ella, a través de los campos, largos paseos. La señora Z. la protege. Bronka la adora. Los Z. tienen con ella atenciones particulares y en muchas ocasiones han invitado a su casa a su hablar y a sus hermanos. El día del aniversario de Mania le ofrecieron flores y regalos.

Es, por lo tanto, sin aprensión, casi con confianza, como Casimiro Z. solicita de sus padres que aprueben las relaciones.

La respuesta no se hace esperar. El padre se indigna, la madre está a punto de desvanecerse. ¡Él, Casimiro, el hijo preferido, escoger a una persona que no tiene un centavo, que está obligada a colocarse "en casa de otros"! ¡Él, que el día de mañana puede casarse con la mujer mejor nacida y más rica de la región! Pero ¿es que se ha vuelto loco?

En un instante, en aquella casa en donde se hace gala de tratar a María como una amiga, se levantan, infranqueables, las barreras sociales. El hecho de que la adolescente sea de buena familia, culta, brillante y de una reputación sin tacha; el hecho de que su padre sea dignamente conocido en Varsovia como un caballero honorable, no cuentan ante siete palabras implacables: *¡No es posible casarse con una institutriz!*

Sermoneado, apostrofado, sacudido, el estudiante ve hundir su resolución. Tiene poco carácter. Teme los reproches y la cólera de los suyos. Y Mania, herida por el desprecio de estos seres que le son inferiores, se encierra en una equivocada indiferencia y en un mutismo categórico. Lo ha resuelto: nunca más otorgarte un recuerdo a ese idilio.

Pero en el amor, como en la ambición, no basta decretar su muerte para hacerlo perecer.

Mania no ha podido escoger la decisión cruel pero categórica de abandonar Szczuki. Teme asustar a su padre. Sobre todo, no puede permitirse el lujo de abandonar una colocación tan buena. Ahora que las economías de Bronia son sólo un recuerdo, es Mania la que con el señor Sklodowski paga los estudios de su hermana mayor en la Facultad de Medicina. Todos los meses envía a su hermana quince rublos, algunas veces veinte, casi la mitad de sus beneficios. ¿Dónde hallar un sueldo semejante? Entre los Z. y ella no ha habido ninguna explicación directa, ninguna discusión penosa. Vale más tragarse la humillación y quedarse en Szczuki como si no hubiera pasado nada.

Se reanuda la vida. Mania da sus clases, reta a Andzia, sacude a Julek, a quien el menor trabajo intelectual adormece, continúa su obra cerca de los pequeños campesinos. Como antes, estudia libros de química, burlándose de sí misma, y encogiéndose de hombros ante su inútil perseverancia, juega al ajedrez, va al baile y se pasea al aire libre...

En invierno, escribirá más tarde, las vastas llanuras cubiertas de nieve no carecen de encanto y hacemos largas carreras en trineo. Algunas veces apenas podemos distinguir nuestro camino.

"No perdamos la pista" —gritó el conductor—. Él me contesta: "Estamos en ella" o "No tenga usted miedo..." y volcamos. Pero estas catástrofes añaden alegría a nuestras excursiones.

Me acuerdo también de la maravillosa casa que construimos un año que había mucha nieve sobre los campos. Pudimos sentarnos dentro de ella y contemplar la inmensa llanura blanca, teñida de rosa.

Desgraciada en amores, decepcionada en sus sueños intelectuales, y materialmente necesitada, puesto que tras ayudar a unos y a otros apenas le quedaba nada, Mania intentaba olvidar su destino, esta vía en donde ella se siente atascada para siempre. Mania se vuelve hacia la familia. No les pide ayuda, ni siquiera les cuenta sus amarguras. En cada una de sus cartas prodiga consejos y ofrece su apoyo, porque quiere que los suyos tengan una vida agradable.

Así el día 9 de marzo de 1887 Mania escribe a José:

Creo que si pides prestados algunos centenares de rublos podrías quedarte en Varsovia, en vez de enterrarte en provincias. Ante todo, querido hermanito, no te enojas si te escribo alguna tontería. No olvides que, según nuestras convenciones, te digo sinceramente lo que pienso.

...Todo el mundo está de acuerdo sobre el hecho de que ejercer en un pequeño pueblo te privará de desarrollar tu cultura y de hacer investigaciones. Te envilecerás en un rincón y no tendrás carrera. Sin farmacia, sin hospital, sin libros, se embrutece uno, a pesar de las más firmes decisiones. Y si esto te llegara a suceder, yo sufriría enormemente, puesto que ahora he perdido la esperanza de llegar a ser algo y toda mi ambición se limita al porvenir de Bronia y al tuyo. Es necesario que vosotros dos, por lo menos, encaminéis vuestra vida según vuestros dones. Es necesario que estos dones, que sin duda alguna existen en nuestra familia, no desaparezcan jamás, y que triunfen a través de alguno de nosotros. Cuantas más decepciones tengo por mí, más esperanzas cifro en vosotros.

Acaso te burles de mí o encojas los hombros ante este apóstrofe. No tengo costumbre de hablarte y de escribirte en este tono, pero me sale del fondo de

mi corazón y pienso en ello desde hace mucho tiempo, desde que empezaste tus estudios...

Y recuerda también la alegría que será para papá tenerle al lado. ¡Te quiere tanto! ¡Te quiere más que a nosotras juntas! Si Hela se casa con el señor B. y si tú te alejas de Varsovia, ¿qué será de nuestro pobre padre cuando se quede solo? Sería dolorosamente triste. Mientras que así viviréis juntos y la cosa será perfecta. ¡Tan sólo por espíritu de economía no olvides de guardarnos un pequeño rincón para nosotras, en el caso de que pudiéramos volver!

De Mania a Enriqueta (que acaba de dar a luz un hijo muerto), el día 4 de abril de 1887:

¡...Qué gran dolor ha de ser para una madre atravesar tantas pruebas para nada! Si tan sólo pudiera decirse con resignación cristiana: "¡Dios lo ha querido, Hágase su voluntad!", esto disiparía una parte de la terrible amargura. Pero, ¡ay!, este consuelo no le es dado a todo el mundo. Yo veo qué felices son las gentes que admiten esta explicación. Pero, cosa extraña, cuanto más reconozco su suerte menos puedo compartir su creencia y menos capaz me siento de probar su felicidad.

Perdóname estas reflexiones filosóficas: me fueron inspiradas por tus quejas contra el espíritu retrasado y conservador del pueblo que habitas. No lo juzgues tan duramente, pues el conservadorismo político y social trasciende generalmente del conservadorismo religioso, y este último es una dicha, aunque para nosotras se haya convertido en incomprensible. En lo que a mí concierne, no contribuiré nunca voluntariamente a hacer perder la fe a nadie. Que cada cual conserve la suya, mientras sea sincera. Sólo la hipocresía me irrita, y ésta se halla tan extendida, que la verdadera fe es rarísima... Odio la hipocresía. Pero respeto los sentimientos religiosos sinceros en donde los halle, incluso cuando provienen de un espíritu bastante limitado.

Mania escribe a José el día 20 de mayo de 1887:

... Todavía no sé si mi discípula Andzia se presentará en los exámenes, pero de antemano me atormenta. ¡Su atención y su memoria son tan inciertas! Lo mismo me ocurre con Julek. Intentar instruirles es edificar sobre la arena, pues en cuanto saben una cosa se olvidan de lo que aprendieron el día anterior. A veces es algo así como un suplicio. También tengo miedo por mí misma. Me parece que me embrutezco terriblemente. Los días pasan tan rápidos sin que yo me dé cuenta de que haga progresos sensibles... Incluso he tenido que suspender las clases con los niños del pueblo con motivo de las misas del mes de María.

Y, no obstante, no necesitaría mucho para que me sintiera satisfecha. Quisiera simplemente tener la impresión de que soy útil.

A propósito de Hela, que acaba de perder un matrimonio, dice:

Me imagino cómo debe haber sufrido el amor propio de Hela... ¡Verdaderamente empieza uno a tener buena opinión de las gentes! ¡Si no quieren casarse con las jóvenes pobres, que se vayan al diablo! Nadie se lo pide. Pero ¿por qué añadir ofensas, por qué perturbar la paz de un ser inocente?

¡Siquiera alguna cosa que viniera de ti me consolara! Me pregunto muy a menudo cómo van tus asuntos y si no lamentarás haberte quedado en Varsovia. A decir verdad, yo no debería atormentarme, porque te saldrás bien de la cuestión. Lo creo firmemente. Con las "babas"² siempre hay mayores complicaciones, pero, incluso yo, tengo una cierta esperanza de que no desapareceré completamente en la nada...

El día 10 de diciembre de 1887 Mania escribe a Enriqueta:

... No creas en los rumores de mi próximo matrimonio, que carecen de todo fundamento. Sé que el chisme ha corrido por toda la comarca y que ha llegado a Varsovia. A pesar de que no tengo la culpa, tengo miedo de que ello me traiga algunos disgustos.

² Las "buenas mujeres"

Mis proyectos para el porvenir son más modestos. Mi sueño es tener un rincón mío donde vivir con mi padre. Le hago mucha falta al pobre. ¡Él desearía mi presencia en casa y languidece sin mí! Y yo, por encontrar de nuevo la independencia y un domicilio, daría la mitad de mi vida.

Si las cosas se presentan factibles abandonaré Szczuki —lo que no puede hacerse antes de algunos meses—, me instalaré en Varsovia, me haré cargo de una plaza de profesora en un pensionado y ganaré el complemento con lecciones particulares. Es todo lo que deseo. La vida no merece que una se preocupe tanto.

Mania escribe a José el día 18 de marzo de 1888:

Querido Jozic: Voy a poner sobre este sobre la última estampilla de correo que poseo y como no tengo literalmente un centavo —ni uno solo—, no os escribiré, sin duda alguna, hasta antes de las fiestas, a menos que por casualidad caiga en mis manos otra estampilla.

El verdadero objeto de esta carta es felicitarte en tu fiesta, pero cree que si lo hago retrasada es debido solamente a la falta de dinero y de estampillas que me ha perseguido y en cuanto a pedir las prestadas, es cosa que todavía no he aprendido a hacerlo.

¡Mi querido Jozic, si supieras cuánto suspiro por pasar unos días en Varsovia! No te hablo ya de los vestidos que no resisten más y que tantos cuidados necesitan... Es que mi alma tampoco puede más. ¡Ah, escapar por unos días de esta atmósfera helada, glacial, de críticas, a la vigilancia perpetua de mis propias palabras, de la expresión de mi rostro, de mis gestos! Tengo necesidad de esto como de un baño fresco en un día tórrido. Y tengo, además, otras muchas razones para desear este cambio.

Hace tiempo que Bronia no me ha escrito. Sin duda alguna tampoco tiene estampillas. Si tú puedes sacrificar una, escíbeme, te lo ruego. Escribe largamente, todo cuanto pase en casa, pues en las cartas de Hela y en las de papá hay siempre quejas y me pregunto si verdaderamente todo va tan mal, y me atormento, ya que a esas preocupaciones se añaden la cantidad de disgustos que aquí tengo y de los que te podría hablar, pero no lo quiero

hacer. Si no tuviera que pensar en Bronia, presentaría mi dimisión a los Z. ahora mismo y buscaría otra colocación, a pesar de que ésta esté tan bien retribuida.

Mania escribe el día 25 de octubre de 1888 a su amiga Kazia (que le ha anunciado su casamiento y en la morada de quien ha de pasar unos días dentro de poco tiempo):

Nada de lo que me confíes me parecerá nunca excesivo o ridículo. ¿Cómo no va a saber de memoria tu hermanita de elección cuanto contigo se relacione como si se tratara de ella misma?

En cuanto a mí, estoy muy contenta, y muy a menudo disimulo bajo las risas mi profunda falta de alegría. Es una cosa que he aprendido a hacer cuando me he dado cuenta de que los seres que sienten las cosas tan sensiblemente como yo y que no están en estado de cambiar esta disposición de su naturaleza, deben por lo menos disimular cuanto les sea posible. ¿Crees que es eficaz, que sirve de alguna cosa? De nada. Lo más a menudo, la vivacidad de mi temperamento me asalta y entonces se dicen cosas que se lamentan.

Te escribo con un poco de amargura, Kazia... ¿Qué quieres? Me dices que acabas de vivir la semana más feliz de tu existencia, y yo, durante estas vacaciones, he pasado semanas que tú no comprenderás jamás. Ha habido días muy duros, y la única cosa que ha endulzado mi recuerdo es que, a pesar de todo, he salido de ellos honestamente, con la cabeza alta (como puedes ver no he renunciado todavía en la vida a esta actitud que me valía hace muchos años el odio de la señorita Mayer.)

Vas a decir, Kazia, que estoy volviéndome sentimental. No tengas miedo, no caeré en ese pecado extraño a mi naturaleza. Solamente me he vuelto muy nerviosa en estos tiempos. Hay gentes que me han dado motivos para ello. Esto no me privará de llegar a tu casa más contenta y libre que nunca. ¡Cuántas cosas tenemos que decirnos! Llevaré cadenas para nuestras bocas, porque si no, nos iríamos a dormir con el alba. ¿Es que tu madre nos dará jarabe y helado de chocolate como antes?

Mania escribe a José en octubre de 1888:

Miro con melancolía mi calendario: este día me cuesta cinco estampillas sin contar el papel de cartas. Pronto no tendré nada que deciros.

Figúrate que aprendo la química en un libro. Te imaginas lo poco que esto me enseña, pero ¿qué quieres que haga, puesto que no tengo donde hacer los trabajos prácticos y las experiencias?

Bronia me ha enviado desde París un álbum muy elegante.

Mania escribe a Enriqueta el 25 de noviembre de 1888:

He caído en una negra melancolía, ya que los compañeros cotidianos son los espantosos vientos del oeste, salpicados de lluvia, de inundaciones y de barro. El cielo es hoy un poco más clemente, pero el viento ruge en el atrio. No hay sombra de hielo y los patines cuelgan tristemente del armario. Tú ignoras, sin duda alguna, que en nuestro rincón provinciano el hielo y las ventajas que aporta tienen para nosotros, por lo menos, tanta importancia como una discusión entre conservadores y progresistas en tu Galitzia.

No lo interpretes como que tus relatos me aburran. ¡Al contrario, es una verdadera satisfacción para mí saber que existen comarcas geográficas donde las gentes se agitan e incluso piensan! Mientras tú vives en el centro del movimiento, mi existencia semeja extrañamente a una de esas limazas que codician las aguas que bañan nuestras riberas. Felizmente, espero salir pronto de este letargo.

Me pregunto si, al verme de nuevo, juzgarás que los años que acabo de pasar entre estos seres me han hecho bien o mal. Todo el mundo dice que durante mi permanencia en Szczuki he cambiado mucho física y moralmente. No me sorprendería. ¡Apenas tenía dieciocho años cuando llegué aquí, y qué será lo que no haya padecido! ¡Ha habido momentos que los contaré entre los más crueles de mi vida! Siento muchas cosas violentamente, con una violencia física, y luego me sacudo, el vigor de mi naturaleza se remonta de nuevo y me parece que salgo de una pesadilla. Primer principio: no dejarse abatir ni por los seres ni por los acontecimientos.

Cuento las horas y los días que me separan de las fiestas de mi viaje hacia los míos. También, la necesidad de nuevas impresiones, de cambio de vida y de movimiento me atenaza por momentos con tal fuerza que tengo deseos de cometer las más grandes locuras a fin de que mi vida no sea eternamente igual. Felizmente tengo tanto trabajo que estos accesos me dominan raramente.

Es mi último año de estar aquí. Es necesario que me esfuerce para que los exámenes de los niños salgan bien.

Capítulo 7

La evasión

Han pasado tres años desde que la "señorita Marya" es institutriz. Tres años monótonos: mucho trabajo, poco dinero, algunas breves satisfacciones, un dolor. He aquí como, por sensibles movimientos, la trágica inmovilidad de la existencia de la joven se anima. En París, en Varsovia, en Szczuki, ciertos acontecimientos mínimos en apariencia modifican los juegos de la misteriosa partida donde juega la suerte de Mania.

El señor Sklodowski, tras haber tomado su retiro de funcionario, ha buscado un empleo lucrativo. Quiere probar a ayudar a sus hijas. En abril de 1888 acepta un puesto ingrato, penoso: la dirección de un correccional de niños, situado en Studzieniec, no muy lejos de Varsovia. La atmósfera y las gentes que le rodean, todo es desagradable. Todo, excepto el sueldo, relativamente elevado y del cual el excelente padre descuenta inmediatamente una mensualidad para los estudios de Bronia.

Lo primero que hace Bronia es encarecer a Mania que no le envíe más dinero. Lo segundo es pedir a su padre que retire de los cuarenta rublos que le remite mensualmente, ocho destinados a devolver poco a poco las cantidades que ha recibido de su hermana menor. A partir de este instante la fortuna de Mania, iniciada con cero, aumenta...

Las cartas de la estudiante de medicina dan otras noticias. Bronia trabaja. Se ha examinado con éxito y está enamorada. Enamorada de un polaco, Casimiro Dluski, un compañero de estudios, lleno de encantos y de cualidades y cuya sola particularidad incómoda es la de estar condenado, tener prohibida la entrada en la Polonia rusa y estar amenazado de deportación.

En Szczuki la labor de Mania toca a su fin. En 1889, a partir de San Juan, los Z. no tendrán necesidad de sus servicios. Hay que buscar otra colocación. La joven institutriz sabe de una, en casa de unos grandes industriales que viven en Varsovia, los F. ¡Ella será, por fin, un cambio: el cambio que Mania reclamaba con tanta fuerza!

Mania escribe a Kazia el 13 de marzo de 1889:

Dentro de cinco semanas llegarán las Pascuas... Para mí es una fecha importantísima, pues en ese momento se decide mi suerte futura. Aparte de la colocación en casa de los F., me ofrecen otra. Dudo entre las dos y no sé qué hacer.

... Sólo pienso en las Pascuas. Mi cabeza bulle, toda ella está llena de proyectos. No sé qué será de mí. Tu Mania será hasta su último día un fósforo encima de otros fósforos.

¡Adiós Szczuki y campos de remolacha! Con amables sonrisas —un poco demasiado amables tanto por una parte como por otra— María Sklodowska se despide de los Z. y, libre ya, emprende el viaje a Varsovia y aspira con delicia el aire de su villa natal. ¡Ya está en el tren! Ha de juntarse con sus nuevos señores sobre una aburrida playa del Báltico, en Zoppot.

Desde Zoppot Mania escribe a Kazia el día 14 de julio de 1889:

He hecho un buen viaje a pesar de mis trágicos presentimientos. Nadie me ha desvalijado, ni lo han intentado siquiera. No me he equivocado de tren en ninguno de los cinco cambios de línea, y me he comido todos los serdelki. No he podido acabar los panecillos y los caramelos.

Durante el camino he encontrado benévolos protectores que me han facilitado todo cuanto necesitaba. De miedo que no llevaran su amabilidad hasta comerse mis provisiones, no les he mostrado los serdelki.

Los señores F. me esperaban en la estación. Son muy simpáticos y me he encariñado con los niños. Todo irá bien y, sobre todo, es necesario que así sea.

En el Schulz Hotel de esta zona estival, desde donde escribe Mania, "se encuentran constantemente las mismas gentes alrededor de Kurhaus, en donde no se habla más que de trapos y de otras cosas tan interesantes". La vida no es muy divertida.

Hace frío, todo el mundo se queda en casa. La señora F., su esposo, su madre. ¡Y están de tal humor que si pudiera me escondería bajo tierra!

Pero pronto padres, hijos e institutriz regresan a Varsovia.

El año que sigue será para la joven una tregua relativamente dulce. La señora F. es muy hermosa, muy elegante y muy rica.

Tiene pieles y joyas. Tiene vestidos de Worth en sus armarios y en el salón su retrato en traje de noche. Durante esta tregua, Mania conocerá, en espectadora, las cosas frívolas y encantadoras que la fortuna ofrece a una mujer mimada, estas cosas que ella no poseerá jamás.

¡Primero y último encuentro con el lujo!

Se ha hecho simpática a la señora F., quien, seducida por "la exquisita señorita Sklodowska", canta las virtudes de Mania y exige que sea invitada a todas las fiestas y a todos los bailes...

Y repentinamente, un trueno. El cartero llega una mañana con una carta de París. Una pobre carta sobre papel cuadriculado, que Bronia ha garabateado entre dos sesiones en el anfiteatro y en donde la noble muchacha ofrece a Mania para el próximo año la hospitalidad de un nuevo hogar.

Bronia escribe a Mania desde París, en marzo de 1890:

Si todo marcha como esperamos, podré casarme durante las vacaciones. Mi novio ya será doctor y yo no he de hacer más que mi último examen. Nos quedaremos todavía un año en París, durante el cual terminaré mis exámenes, y luego iremos a Polonia. No veo nada en nuestros proyectos que no sea razonable. Dime tú misma si no tengo razón. Recuerda que tengo veinticuatro años —que no son nada—, pero que él tiene treinta y cuatro, lo cual ya es más grave. Sería absurdo esperar más tiempo.

Y ahora tú, querida Mania. Es necesario que hagas algo de tu vida. Si reúnes este año algunos centenares de rublos, el año próximo podrás venir a París y vivir con nosotros, en donde tendrás cama y comida. Es necesario, de todas maneras, que tengas estos centenares de rublos para la inscripción en la Sorbona. El primer año vivirás con nosotros. Para el segundo y tercero, cuando nosotros no estemos, creo que papá podrá ayudarte.

Es necesario que tomes esta decisión. Hace demasiado tiempo que esperas. Te garantizo que en dos años te licenciarás.

Piénsalo y ahorra dinero, ponlo en lugar seguro y no lo prestes. Acaso será preferible que lo vayas convirtiendo en francos, pues el cambio es bueno ahora y más tarde puede bajar.

¿Se creará que Mania, entusiasmada, va a contestar que está contentísima de lo que ocurre? De ninguna manera. Los años de destierro, en lugar de amargar a esta joven extraordinaria, le han dado la enfermedad del escrúpulo. Su demonio del sacrificio es capaz de hacerle faltar a su destino. Ha prometido a su padre vivir con él, quiere ayudar a su hermana Hela y a su hermano José, y Mania no quiere hacer el viaje. Por eso, Mania contesta a la invitación de Bronia el día 12 de marzo de 1890 con estas líneas:

Querida Bronia:

He sido tonta, soy tonta y seguiré siendo tonta durante todos los días de mi vida, o mejor aún, para decirlo en estilo corriente, no he tenido nunca, no tengo y no tendré jamás suerte alguna.

Había soñado con París como la redención, pero desde hace mucho la esperanza del viaje me había abandonado. Y ahora que esta posibilidad se me ofrece, no sé qué hacer...

Tengo miedo de hablar a papá. Creo que nuestro proyecto de vivir juntos el año próximo le ha llegado al corazón y que está seguro de ello. Quisiera darle un poco de felicidad en su vejez. Por otra parte, se me parte el corazón cuando pienso en mis aptitudes perdidas y que, de todas maneras, algo deben valer. También hay de por medio la promesa que le he hecho a Hela de tenerla en casa dentro de un año y de buscarle una situación en Varsovia. Tú no puedes saber la pena que me da. Siempre será la "pequeña" de la casa, y siento que mi deber es velar por ella; ¡la necesito tanto!

Pero a ti, Bronia, te lo ruego; encárgate con toda energía de los intereses de José, e incluso, si te parece que no es tu papel el de mendigar cerca de esta señora S., que puede sacarle de apuros, domina este sentimiento. Después de todo, el Evangelio dice, textualmente: "Llama y te será abierto". Y si tienes que sacrificar un poco de amor propio, ¿qué puede importarte? Una petición afectuosa no puede ofender. ¡Cómo sabría escribir yo esa carta! Hay

que exponer a esta señora que no se trata de una suma considerable, sino, simplemente, unos centenares de rublos, para que José pueda quedarse en Varsovia, estudiar y ejercer, que su porvenir depende de esto, que si falta esa ayuda van a perderse unos magníficos dones... Hay que escribir eso largamente, pues, querida Broniechka, si te limitas a pedir prestado ese dinero a la dama en cuestión, no le importará el asunto. No es ese el medio de triunfar. Incluso, aunque tengas la impresión de ser importuna. Y bien, ¿qué? ¿Qué importa, con tal de que se logre lo que se desea? Además, no es una petición tan abrumadora. ¿Es que las gentes no importunan, a veces, más que eso? Con esta ayuda, José puede ser útil a la sociedad, mientras que si va a una provincia está perdido.

Te molesto con lo de Hela y lo de José y con lo de mi padre, y con lo de mi propio porvenir fracasado. Mi corazón está tan sombrío y tan triste que comprendo que hago mal hablarte así y en envenenar tu felicidad. Tú sola, entre todos nosotros, has sido la que has tenido eso que se llama suerte. Perdóname, pero, ¿ves?, tantas cosas me hacen daño que me es difícil terminar esta carta alegremente.

Te beso tiernamente. La próxima vez te escribiré más largo y con mayor alegría, pero hoy me siento excepcionalmente mal en este mundo. Piensa en mí con ternura y acaso lo sienta desde aquí.

Bronia insiste, discute. Le falta, ¡ay!, el argumento decisivo. Es demasiado pobre para pagar los gastos del viaje de su hermanita y para meterla a la fuerza en el tren. Por último, se decide que, cuando Mania haya cumplido su contrato con la señora F., se quedará todavía un año en Varsovia. Vivirá junto a su padre, recientemente liberado de su empleo en Studzieniec, y completará sus economías dando lecciones. Y, seguidamente, partirá...

Tras el embotamiento de la provincia y la agitación mundana en casa de los F., Mania encuentra el clima que necesita: un hogar propio, la presencia del viejo profesor Sklodowski, conversaciones interesantes que estimulan su espíritu. La "Universidad Volante" le abre nuevamente sus puertas misteriosas. ¡Y alegría, alegría incomparable: por primera vez Mania penetra en un laboratorio!

En el número 66 del arrabal de Cracovia, al fondo de un patio con macetas de lilas, hay un pequeño edificio de un piso, al que penetra la luz del día por liliputienses ventanas. Un primo de Mania, José Boguski, dirige lo que pomposamente ha sido bautizado con el nombre de Museo de la Industria y de la Agricultura. Este título, voluntariamente presuntuoso y vago, es una fachada destinada a las autoridades rusas. ¡Un "museo" no despierta sospechas! Nada priva, tras los cristales del museo, de enseñar las ciencias a los jóvenes polacos.

Poco tiempo tenía para trabajar en ese laboratorio —escribirá más tarde María Curie—. No podía ir, generalmente, más que por la noche, después de la cena, o el domingo, y me abandonaba a mí misma. Ensayaba el producir diversas reacciones descritas en los tratados de física y de química, y los resultados, a veces, eran inesperados. De vez en cuando, pequeños éxitos sorprendentes me animaban, otras veces me abatía ante la desesperación, a causa de accidentes y de fracasos debidos a mi inexperiencia. En conjunto, aprendiendo a mis costas que el progreso en estas materias no es ni rápido ni cómodo, desarrollaba en el curso de estos primeros ensayos mi gusto por la investigación experimental.

De regreso a su casa a altas horas de la noche, habiendo abandonado con sentimiento los electrómetros, los tubos de ensayo, las balanzas de precisión, Mania se desnuda y se tiende sobre su estrecho diván. Pero no puede dormir. Una trepidación interior, una exaltación diferente de todas las que hasta ahora ha conocido, la retienen palpitante lejos del sueño. Su vocación, largo tiempo indecisa, la asaetea, la obliga a obedecer una orden secreta. La joven se siente perseguida, acosada. Al tomar entre sus bellas manos hábiles las probetas del Museo de la Industria y de la Agricultura, Mania mágicamente ha juntado los recuerdos emboscados de su infancia, los aparatos de física de su padre, inmóviles en su vitrina, con los cuales, antes, tenía deseos de jugar. Mania ha reanudado el hilo de su vida.

Si sus noches son febriles, si los días son, en apariencia, tranquilos, Mania esconde a los que le rodean la impaciencia insensata que la sostiene. Mania quiere que, durante estos últimos meses de intimidad, su padre esté tranquilo, apaciguado. Se

preocupa del casamiento de su hermano, busca una situación para Hela. Acaso, una preocupación más egoísta la priva también de fijar la fecha de su viaje. Cree amar todavía a Casimiro Z. Y, a pesar de que se siente empujada hacia París por una fuerza imperiosa, no es con dolor que Mania se encara con un destierro de muchos años.

En septiembre de 1891, cuando Mania está de vacaciones en Zakopane, en los Cárpatos, en donde debe encontrarse con Casimiro Z., el señor Sklodowski expone a Bronia la situación.

En esa fecha, el señor Sklodowski escribe a Bronia:

Mania se ha quedado en Zakopane. No regresará hasta el 15 debido a un fuerte ataque de tos y a una gripe que, según el médico local, podrían durar todo el invierno si no se cura inmediatamente. ¡La bribonzuela! Debe ser culpa suya, pues siempre se ha burlado de las precauciones y no ha aceptado jamás adaptar su vestido a las condiciones atmosféricas.

Me ha escrito que estaba muy pesimista. Tengo miedo que su dolor y la incertidumbre de su situación la minen. Mania tiene un secreto respecto de su porvenir, del cual me ha de hablar largamente cuando regrese. A decir verdad, ya me imagino cuál es, y no sé si debe alegrarme o inquietarme. Si mis previsiones son exactas, las mismas inquietudes, procedentes de las mismas personas que le han causado otros disgustos, esperan a Mania. Y, no obstante, se trata de edificar una vida según su corazón y de hacer felices a dos seres. Acaso valga la pena, por esto, de enfrentarse con los obstáculos. De todas maneras, yo no sé nada.

Tu invitación para ir a París ha caído sobre Mania de una manera tan inesperada que le ha dado fiebre y ha venido a añadirse a su malestar. Yo siento con qué fuerza desea acercarse a esa fuente de ciencia, en la cual sueña sin cesar. Pero las condiciones actuales son menos favorables, y, sobre todo, si Mania no regresa completamente restablecida me opondré a su viaje, en razón a las duras condiciones en que se encontraría en París durante el invierno. No hablo de todo lo demás y no hago mención de lo penoso que sería separarme de ella, pues esta última consideración es evidentemente secundaria. Le he escrito ayer y he intentado reconfortarla. Si se queda en

Varsovia, aunque no encuentre lecciones, tendré durante un año un poco de pan para ella y para mí.

Me entero con gran alegría de que tu Casimiro está bien. ¡Qué original fuera que cada una de vosotras tuviera su Casimiro!

¡Querido señor Sklodowski! En el fondo de su corazón no desea que su Mania, la preferida, parta a la ventura por el vasto mundo. Desearía vagamente que alguna cosa la retuviera en Polonia: el matrimonio con Casimiro Z., por ejemplo.

Pero, en Zakopane, entre dos pasos de montaña, los jóvenes se han dado una explicación definitiva. Por centésima vez, el estudiante le ha confiado sus dudas, sus temores. Mania, cansada, ha pronunciado la frase que ha volado los puentes: "Si usted no ve el medio de aclarar nuestra situación, no soy yo quien ha de enseñárselo".

Al hablar de este largo idilio, en la actualidad bastante tibio, el profesor Sklodowski dirá más tarde que Mania se mostró "altiva y orgullosa".

La joven rompe el débil lazo que la retenía aún. Cesa de contener su prisa. Hace la cuenta de los años de paciencia inquieta que acaba de vivir. Hace ocho años que abandonó el gimnasio, seis que se ha colocado de institutriz. No es una adolescente que ve ante sí la toda vida. Dentro de algunas semanas tendrá veinticuatro años.

Y, bruscamente, pide socorro a Bronia.

El día 23 de septiembre de 1891, escribe Mania a Bronia, desde Varsovia:

...Ahora, Bronia, te pido una contestación definitiva. Decide si verdaderamente puedes tenerme en tu casa, pues estoy dispuesta a ir. Tengo con qué pagar mis gastos. Si, sin privarte de mucho, puedes darme de comer, escíbeme. Será un gran honor, pues, moralmente, esto me daría aplomo, después de las crueles pruebas que he atravesado este verano y que influirán sobre toda mi vida, pero, por otra parte, tampoco quiero ser una carga para ti.

Puesto que esperas un niño, podría ser útil en tu casa. De cualquier manera, escíbeme lo que sea. Si solamente mi ida es una cosa posible, me lo dices, y dime a qué exámenes de ingreso debería someterme, y en qué fecha, lo más tardar, me puedo inscribir como estudiante.

Estoy tan nerviosa ante la perspectiva de mi viaje que no te puedo hablar de nada más antes de tener tu contestación. Te ruego que me escribas inmediatamente, y os envío a los dos mis cariños.

Me podéis colocar donde sea y no os importunaré. Te prometo no daros ningún disgusto, ni produciros ningún desorden. Te imploro una contestación, pero muy franca".

Si Bronia no ha contestado por telegrama, es porque los telegramas son un lujo ruinoso. Si Mania no ha montado en el primer tren es porque necesita, con una parsimoniosa economía, organizar el gran viaje. Tiene sobre la mesa todos los rublos que posee, y a los cuales su padre, en el último momento, ha añadido una modesta suma, para él muy importante. Y ha empezado sus cálculos.

Tanto para el pasaporte, tanto para el billete de ferrocarril... No hay que cometer la locura de tomar una tercera clase de Varsovia a París, la menos cara entre Rusia y Francia. A Dios gracias, existen en el recorrido alemán vagones de cuarta clase, sin compartimientos, casi tan desnudos como los vagones de mercancías. ¡Un banco sobre los cuatro lados, y en el centro un espacio vacío, en donde, sentada sobre una silla plegable, no se está del todo mal!

No hay que olvidar las recomendaciones de la práctica Bronia: llevar de casa lo que es necesario para la vida, para no tener que hacer en París ningún gasto imprevisto. El colchón de Mania, su ropa blanca, las sábanas, sus servilletas, partirán al mismo tiempo en pequeña velocidad. Su ropa blanca de tela fuerte, sus trajes, sus zapatos, sus dos sombreros, ya están reunidos sobre un canapé, cerca del cual, única y fastuosa compra, bosteza, levantada la tapa, un gran baúl, sobre el cual la joven ha hecho pintar, en grandes letras negras, sus iniciales: M. S.

Enviado el colchón y facturado el baúl, sólo le falta a la viajera llevar consigo toda clase de paquetes, poco gráciles, que serán sus compañeros de ruta: la comida y la bebida para tres días de tren, la silla plegable para el vagón alemán, libros, un pequeño paquete de caramelos y una manta.

Después de haber colocado sus paquetes en la red del vagón y retenido su plaza sobre la banqueta estrecha y dura, Mania desciende de nuevo al andén. ¡Qué joven

está dentro de su grueso abrigo usado, con sus mejillas sonrosadas y sus ojos grises, en los que brilla una insólita fiebre!

Bruscamente emocionada, nuevamente atormentada por los escrúpulos, abraza a su padre, le colma de palabras tiernas y tímidas que casi son excusas:

—No voy a estar ausente mucho tiempo... Dos años... Tres años, todo lo más. En cuanto haya completado mis estudios y sufrido algunos exámenes, volveré, y viviremos juntos y no nos separaremos nunca más. ¿Verdad?

—Sí, querida Manusia —murmura el profesor con voz enronquecida, y abrazando a la joven entre sus brazos—. ¡Vuelve pronto! ¡Trabaja mucho! ¡Buena suerte!

En la noche, atravesada de silbatos y de ruidos de herrumbre, el vagón de cuarta clase atraviesa Alemania.

Agazapada sobre su silla plegable, las piernas engualdrapadas, apretando alrededor suyo los paquetes, que de vez en cuando recuenta con esmero, Mania saborea su alegría divina. Sueña en su pasado, en este viaje fantástico tanto tiempo esperado. Intenta imaginar el porvenir. Se figura que pronto estará de vuelta en su villa natal, y que será una modesta profesora.

Lejos — ¡oh, tan lejos de ella!— el pensamiento de que, al montar en este tren, ha escogido por fin entre la obscuridad y la antorcha, entre la pequeñez de los días exactos y una vida inmensa.

Capítulo 8

París

Los barrios más hermosos de París no son, precisamente, los que hay que atravesar para ir de la Villete a la Sorbona. El trayecto, además, no es ni rápido ni cómodo.

La calle de Alemania³, en donde habitan Bronia y su marido, queda unida a la estación del Este por un ómnibus de dos caballos y de dos pisos, con una escalera por la que se sube a la agitada "imperial". En la estación del Este hay que tomar un segundo ómnibus para ir a la calle des Ecoles.

Apretando entre sus manos la cartera de cuero, que ya usaba en los tiempos de la "Universidad Volante", Mania viaja en la "imperial", expuesta a la intemperie, y porque es más divertido y más económico. Encaramada en este trepidante observatorio, en donde el viento frío endurece sus mejillas, Mania, con el cuello tirante y la mirada ávida, lo observa todo. ¡Qué importa la melancolía de la interminable calle Lafayette, o la aburrida sucesión de tiendas del boulevard Sebastopol! Las tiendas, los olmos mustios, la muchedumbre, el olor polvoriento: todo esto es París. ¡Por fin, París!

¡Qué joven se siente en París! ¡Y poderosa, y ágil, y llena de esperanza! Y, para una polaca, además, ¡qué maravillosa impresión de libertad!

En el instante en que, fatigada por el penoso viaje, Mania descendió del tren sobre el muelle gris de la estación del Norte, la tenaza familiar de la servidumbre, cedió bruscamente, los hombros se ensancharon, los pulmones y el corazón se han sentido libertados. Es la primera vez que Mania respira el aire de un país libre. Y, en su entusiasmo, todo le parece milagroso, milagroso que los bobos paseen por las veredas y hablen el lenguaje que les plazca; milagroso que las librerías vendan amprohibición alguna las obras del mundo entero; milagroso, sobre todo, que estas avenidas estrechas, inclinadas en suave pendiente hacia el corazón de la villa, la lleven a ella, Mania Sklodowska, a las puertas abiertas de una universidad. ¡Y qué universidad! La más famosa, la que, hace siglos, se describiera como un "compendio del universo"; aquella de la que Lutero dijo: "¡Es en París donde se halla la más célebre y la más excelente de las escuelas! ¡Le llaman la Sorbona!"

³ En la actualidad, avenida Jean Jaurés.

La aventura es digna de un cuento de hadas. Y el lento, traqueteado, glacial ómnibus es la carroza encantada que lleva a la pobre princesa rubia de un piso modesto al palacio de los sueños...

La carroza atraviesa el Sena, y, alrededor de Mania, todo se convierte en admirable: los dos brazos del río perfumado, las islas majestuosas y llenas de gracia, los monumentos, las plazas, y allá abajo, a la izquierda, las torres de Nuestra Señora. Para subir el boulevard de Saint Michel, los caballos frenan su marcha, yendo al paso. Allí está. Ya se llega. La estudiante agarra su cartera, recoge los pliegues de su pesada falda de lana, y, en su precipitación, empuja, sin querer, a una de sus vecinas. Tímidamente pide perdón en un francés dudoso y luego, tras saltar los peldaños de la "imperial", ya en la calle, corriendo hacia las rejas del palacio.

Este palacio del saber ofrece, en 1891, un aspecto singular: la Sorbona, que están reconstruyendo desde hace seis años, semeja una gigantesca serpiente pitón en el momento de cambiar de piel. Tras la larga fachada nueva, demasiado blanca, los edificios vetustos, que datan de Richelieu, se juntan a los talleres, donde resuena el golpe de las azadas. Este escándalo pone en la vida de los estudiantes un desorden pintoresco. Las clases emigran de una sala a otra, a medida que los trabajos avanzan. Los laboratorios provisionales han quedado instalados en las viejas casas desalquiladas de la calle Saint-Jacques.

Todo esto importa poco, porque este año, como los anteriores, se lee sobre la fachada blanca un cartel pegado en la pared, "cerca de la casilla del" portero, que dice:

REPÚBLICA FRANCESA
FACULTAD DE CIENCIAS
LOS CURSOS SE INAUGURARAN, EN LA SORBONA
EL DÍA 3 DE NOVIEMBRE DE 1891.

¡Palabras mágicas, palabras sugestivas!

Con el poco dinero que ha reunido, rublo a rublo, Mania ha conquistado el derecho de escuchar, entre las muchas clases cuyo horario complicado llena el cartel, las que más le plazcan. Tiene su puesto en la "sala de manipulaciones", en donde, guiada y aconsejada, puede sin titubeos manejar los aparatos, obtener resultados

en sencillas experiencias. Mania es, ahora ¡Oh, qué placer!--, una estudiante de la Facultad de Ciencias.

Ahora ya no se llama Mania, ni siquiera "María". En la hoja de inscripción, la nueva estudiante ha escrito, en francés, Marie Sklodowska. Pero, como sus condiscípulos no logran pronunciar las sílabas bárbaras de su apellido —Sklodowska—, y como la polaca no concede a nadie la libertad de que la llame Marie, conserva una especie de anonimato misterioso. A menudo, al cruzar la joven las ruidosas galerías, vestida con una distinción austera y miserable, de rostro firme y voluntarioso y de cabellos suaves y claros, algunos jóvenes preguntan: "¿Quién es?" La respuesta, si así puede considerarse la vaga contestación, no se hace esperar: "Es una extranjera... ¡Tiene un apellido imposible! En la clase de física está siempre en primera fila... No habla con nadie..." Los estudiantes siguen con los ojos la silueta graciosa que desaparece en el pasillo, y añaden: "¡Qué hermosos cabellos!" Entre los estudiantes de la Sorbona la cabellera color ceniza y el rostro eslavo serán, por mucho tiempo, el único estado civil de su salvaje compañera.

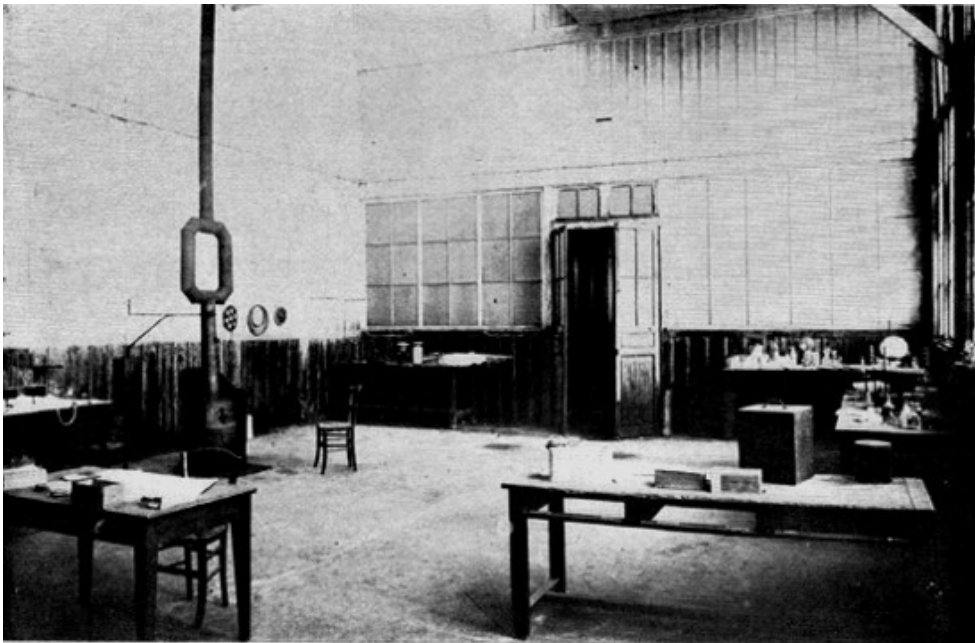
Pero los jóvenes son, en este momento, los que menos interesan a Marie. Marie se siente subyugada por algunos graves caballeros, a los cuales quiere arrancar sus secretos, y que se llaman "los profesores de la enseñanza superior". Según el honorable reglamento de la época, dan sus clases con corbata blanca, vestidos de frac negro, eternamente manchado de tiza. Marie vive en la contemplación de estos fracs solemnes y de estas barbas grises.

Anteayer era el curso del señor Lippmann, tan ponderado, tan lógico. Ayer escuchó al señor Bouty, cuya cabeza simiesca alberga tesoros científicos. Marie quisiera escuchar todas las lecciones, conocer los veintitrés profesores cuyos nombres halló inscriptos en el blanco cartel. Le parece que jamás podrá apagar la enorme sed que tiene.

Algunos obstáculos imprevistos se han puesto bruscamente en su camino, en estas primeras semanas. Marie creía conocer perfectamente el idioma francés. Se equivocaba. Frases enteras, dichas rápidamente, se escapan a su conocimiento. Creía poseer un caudal científico suficiente para seguir tranquilamente las clases de la universidad. Los estudios solitarios en el campo, en una habitación de institutriz, allá en "Szczuki, por Przansysz"; los conocimientos adquiridos en el cambio de

correspondencia con el señor Sklodowski, las experiencias intentadas felizmente en el Museo de la Industria y de la Agricultura, de Varsovia, no pueden reemplazar el sólido bachillerato de los liceos de París. En matemáticas y en física, Marie descubre enormes baches en su "cultura". ¡Cuánto deberá trabajar para obtener el título magnífico que codicia toda la vida: licenciada en Ciencias!

Hoy, Paul Appell da clase. Claridad en la exposición y estilo pintoresco. Marie ha llegado de las primeras y ha buscado un puesto bajo, cerca de la cátedra, en el anfiteatro iluminado por una luz decembrina. Prepara metódicamente su pluma y el cuaderno con tapas de tela gris, sobre el cual, dentro de poco, tomará sus notas con su bella escritura regular. Se recoge en sí misma anticipadamente, concentra su atención, sin oír alrededor suyo el murmullo de las conversaciones, que se interrumpen a la entrada del profesor.



Interior del pabellón donde fue descubierto el radio. (Escuela de Física en la calle Lhomond de París).

¡Es admirable el silencio intenso que ciertos maestros saben crear sin decir una palabra! Appell habla. Los jóvenes, encorvados, de claros rostros, sellados ya por el trabajo intelectual, copian las ecuaciones que traza en la pizarra la mano del sabio. Aquí no hay más que discípulos apasionados. ¡En pie las matemáticas!

Con la voz tranquila del que articula cada sílaba y que entorpece su acento alsaciano, Paul Appell continúa su exposición. Está admirable, vestido con un frac rígido y luciendo una barba cuadrada. Sus demostraciones son tan elegantes, tan claras, que parecen escamotear los peligros y reducir el mundo a su dominio. Poderoso, tranquilo, se aventura en las regiones más delicadas del conocimiento humano y hace malabarismos con las cifras y los astros. Y como las imágenes no le dan miedo, dice, con el tono más natural del mundo y acompañando las palabras con un gesto habitual de gran propietario: "Agarro el sol y lo tiro..."

En su asiento, la polaca tiene una sonrisa de éxtasis. Bajo la amplia frente, sus ojos grises, clarísimos, se iluminan de felicidad. ¿Cómo puede decirse que el estudio de la ciencia es árido? ¿Hay algo más apasionante que las reglas inmutables que gobiernan el universo y nada más maravilloso que la ciencia humana, capaz de descubrirlas? ¿Cómo no han de parecer huecas las novelas y carentes de imaginación los cuentos de hadas, ante estos fenómenos extraordinarios, unidos entre sí por principios armoniosos, de este orden, en el desorden aparente?... Un impulso que sólo puede compararse al amor salta del alma de la muchacha hacia el infinito de saber, hacia las cosas y hacia sus leyes.

"Agarro el sol y lo tiro..."

Para escuchar esta frase, dicha por un sabio pacífico y majestuoso, valía la pena haber luchado y sufrido durante tantos años. Marie es completamente feliz.

Casimiro Dluski, esposo de Bronia, escribe a su padre político, el señor Sklodowski:

92, calle de Alemania.

Consulta de 1 a 3.

Consultas gratuitas, lunes y jueves, de 7 a 8.

Querido y respetable señor:

En casa todo marcha bien. La señorita Marie trabaja nuevamente, pasa casi todo el día en la Sorbona, y sólo nos reunimos a la hora de comer. Es una muchacha muy independiente, y, a pesar de la formal delegación de poderes por la cual la puso usted bajo mi protección, no sólo no me demuestra ningún respeto, ni ninguna obediencia, sino que se burla de mi autoridad y de mi seriedad, como de un zapato agujereado. Tengo la esperanza de reducirla por

el convencimiento, pero, hasta ahora, mis talentos pedagógicos no han demostrado su eficacia. De todas maneras, vivimos muy bien y nos entendemos perfectamente.

Espero con impaciencia la llegada de Bronia. Mi joven esposa no se da prisa para regresar al hogar, donde, no obstante, su presencia sería bastante útil y en donde se la aguarda con impaciencia.

He de añadir que la señorita Marie está bien de salud y que tiene muy buen semblante. Reciba usted mis más respetuosos saludos.

Estas son las primeras noticias que el doctor Dluski envía a su padre político de la joven cuñada, a la que ha instalado en el piso de la calle de Alemania, en ausencia de Bronia, retenida en Polonia por algunas semanas. Sería superfluo añadir que Marie ha recibido del joven burlón una exquisita acogida. Entre todos los emigrados polacos que merodean por París, Bronia se ha quedado con el más encantador, brillante y espiritual... ¡Y activo! ¡Qué actividad la suya! Casimiro Dluski ha estudiado en Petersburgo, en Odesa, en Varsovia. Obligado a huir de Rusia por estar acusado de complicidad en el atentado contra Alejandro II, se convirtió en propagandista revolucionario, en Ginebra, y más tarde en París, en donde también fue alumno de la Escuela de Ciencias Políticas, estudiante de medicina, y, por último, doctor. En las fichas del Ministerio de Negocios Extranjeros, de Francia, hay una, deplorable, inspirada en las confidencias de la policía del Zar; ficha que no le permite obtener su naturalización francesa, ni establecerse en París.

A su regreso, Bronia es recibida por las aclamaciones de su esposo y de su hermana. Como lo indicaba la carta de Casimiro, era urgente que la avispada dueña de casa volviera al domicilio conyugal. Algunas horas después de su llegada, nuevamente reinaba el orden en aquel segundo piso, cuyo amplio balcón daba sobre los árboles de la calle de Alemania. La cocina era, otra vez, apetecible; el polvo había desaparecido, y, en algunos jarrones, las flores compradas en la feria adornaban las habitaciones. ¡Y es que Bronia era el genio de la organización!

De ella fue la idea de abandonar el centro de París y alquilar, cerca del parque de Buttes-Chaumont, un departamento en la Villette. Con una pequeña suma prestada hizo misteriosas visitas al Hotel Municipal, y una mañana el hogar estaba provisto

de muebles venecianos, labrados y graciosos, un piano vertical y cortinajes de hermoso paño. En suma, había creado la atmósfera. Con el mismo ingenio, la joven esposa había distribuido el empleo del tiempo de cada uno. A ciertas horas, el gabinete médico pertenecía a Casimiro, quien recibía las visitas de enfermos reclutados entre los carniceros de los mataderos; a otras horas, era Bronia la que recibía las primeras consultas ginecológicas. Ambos esposos trabajaban muchísimo, visitando sus enfermos de casa en casa.

Pero, llegada la noche, encendidas las lámparas, alejaban todas las preocupaciones. A Casimiro Dluski le gustaba distraerse. El esfuerzo más penoso y más completo no le hacía perder ni el ánimo, ni su gracia. Tras las laboriosas jornadas, organizaba en algunos instantes dónde pasar la noche: unas veces era en las localidades más baratas de un teatro de los suburbios. Cuando no había dinero, se sentaba ante el piano y ejecutaba alguna pieza musical, pues era un excelente pianista. Otras noches, algunos amigos llamaban a la puerta; en su mayor parte eran jóvenes matrimonios polacos que sabían que siempre se podía llamar a la puerta de los Dluski. Bronia desaparecía y reaparecía. El té humeaba, sobre la mesa, junto a los jarabes y al agua fresca, y había unos platos con dulces y pasteles, que la doctora ha tenido tiempo de hacer, por la tarde, entre dos consultas.

Una noche en que Marie, inclinada sobre los libros, en su pequeña pieza, situada en el extremo del piso, se dispone a trabajar, solitaria, durante gran parte de la noche, su cuñado entra bruscamente en la alcoba y dice:

— ¡Vamos, pronto, tu sombrero y tu abrigo! ¡Tengo entradas de favor y vamos a un concierto! ...

—Pero...

— ¡No hay pero que valga! ¡Es el pianista polaco de quien te hablé! Ha vendido muy pocas localidades y hay que hacerle el favor de llenar la sala como sea. He reclutado unos amigos voluntarios. ¡Vamos a aplaudir hasta rompernos las manos y crear un ambiente de éxito! ¡Si supieran lo bien que toca!

No es posible resistir el ataque convincente de Dluski, de este gran muchacho barbudo, de alegres y expresivos ojos. Marie deja el libro. Se cierra la puerta del piso, y los tres jóvenes saltan de la escalera a la calle y corren para no perder el ómnibus que llega al trote de sus pesados caballos.

Poco después, en la sala Erard, tres cuartas partes vacía, Marie ve aparecer sobre el estrado un hombre alto y delgado, con un rostro extraordinario, y cuyas melenas, sueltas y pajizas, cobrizas, parecen llamas. Se acerca al negro piano. Baja sus dedos sutiles. Liszt, Schumann, Chopin renacen. Su silueta es imponente y noble, sus ojos inspirados miran a lo lejos. Marie escucha, embriagada, a este ejecutante raro, que, dentro de su viejo frac, ante los bancos casi desiertos, no tiene el aire de un debutante, sino de un emperador, de un dios.

El músico, algunas veces llegará, por las tardes, a la calle de Alemania, llevando del brazo a una simpatiquísima mujer, la señora Gorska, de la cual está enamorado y a quien, andando el tiempo, hará su esposa. El concertista habla con amargura de su vida miserable, de sus decepciones, de sus luchas. Bronia y Marie evocarán con la señora Gorska la lejana época en que ésta, con dieciséis años de edad, acompañó a su madre, la señora Sklodowska, durante el viaje que hizo para restablecer su salud. —Al regresar del viaje —recuerda, sonriendo, Bronia—, mamá nos dijo que no se atrevería nunca más a llevarla a los balnearios, porque era usted demasiado hermosa.

El joven músico interrumpe la conversación, y, súbitamente, siente la necesidad de la música. Se levanta, se acerca al piano y ejecuta algunos acordes..., y como un sortilegio, el piano de Dluski se convierte en un instrumento sublime.

Este artista famélico, encantador; este pianista enamorado, nervioso, feliz y desgraciado, será, un día, un virtuoso genial y, en Polonia libre y reconstruida, presidente del Consejo.

Se llama Ignacio Paderewski.

Marie se ha entregado ardientemente a cuanto le ofrece su existencia nueva. Trabaja febrilmente. Descubre las satisfacciones de la camaradería, de la solidaridad, creada por el trabajo universitario. Pero, demasiado arisca para intimar con los franceses, se refugia entre sus compatriotas: en este pequeño islote de la patria libre, que es la colonia polaca del Barrio Latino, Marie es amiga de dos estudiantes de matemáticas, las señoritas Kraskowska y Dydniska, el doctor Motz, el biólogo Danysz; Stanislas Szalay, que años después entrará en la familia al casarse

con Hela; el joven Wojciechowski, inada menos que un futuro presidente de la República Polaca!

Estos muchachos pobres organizan reuniones, cenas de Navidad, en las cuales, benévolo cocineros preparan los platos típicos de Varsovia: caliente barszcz, algunas gotas de vodka, torrentes de té. Se dan algunas representaciones teatrales, en las que actores aficionados representan dramas y comedias. El programa de estos espectáculos —redactado en polaco, naturalmente— está ilustrado con imágenes simbólicas. En la parte alta, una llanura nevada, una choza. Más abajo, una buhardilla, en donde un muchacho soñador se inclina sobre sus libros... Un padre Noel, en fin, que por una chimenea tira manuales científicos en un laboratorio. En primer plano, una bolsa vacía, por las ratas...

Marie colabora en estas fiestas. No tiene tiempo de aprender papeles y de hacer teatro, pero en una fiesta patriótica organizada por el escultor Waszinkowski, en los cuadros vivientes se elige a Marie para que represente el gran personaje de la apoteosis: "Polonia rompiendo sus cadenas".

Esa noche, la severa estudiante se convierte en una mujer desconocida: vestida con una túnica a la antigua, cubren su cuerpo largos velos con los colores nacionales, y sus cabellos, sueltos, caen sobre los hombros. Entre los pliegues de la tela granate, con su piel transparente y su rostro resuelto, de pómulos eslavos, Marie aparece ante los emigrados como la imagen de su raza.

A pesar del destierro, de la lejanía, ni Marie ni su hermana han abandonado espiritualmente Varsovia. Por instinto, escogieron vivir en la calle de Alemania, cerca de la capital, en la cual todavía no se atreven a penetrar, junto a la estación del Norte y de los trenes que las condujeron a Francia. Su patria está con ellas, reteníéndolas por lazos, de entre los cuales, las cartas que cruzan con su padre no son los menos fuertes. Estas hijas, bien educadas, deferentes, que escriben al señor Sklodowski en tercera persona⁴ y terminan cada una de las misivas con esta frase: "Beso las manos de mi padrecito", relatan al viejo señor su vida pintoresca y le solicitan toda clase de encargos. No se les ocurre que puedan comprar té en otra parte, como no sea en Varsovia, ni que les sea posible adquirir en Francia, por precio módicos, una plancha.

⁴ En polaco, la "tercera persona" substituye al tratamiento de usted.

Así, Bronia escribe al señor Sklodowski:

... Quedaría muy agradecida a mi querido padrecito si pudiera enviarme dos libras de té ordinario, de dos rublos veinte. Aparte de esto, no tenemos necesidad de nada, ni nosotros ni Mania.

Estamos bien, Mania tiene muy buen semblante y me parece que la vida laboriosa que lleva no la fatiga nada.

El señor Sklodowski contesta a Bronia:

Querida Bronia:

Estoy muy contento de que la plancha os haya servido. La escogí yo mismo, y temía que no fuera de tu completo gusto. No sabía a quién encargar la compra, lo mismo de la plancha que de todo lo demás. Aunque se trataba de cosas que son del frívolo dominio de las damas, he tenido que ser yo quien se ocupara de ello.

Naturalmente, Marie relata a su padre la velada en el taller del escultor y su triunfo personal en el papel de "Polonia". Pero al profesor no le entusiasma la cosa.

Querida Mania:

Tu última carta me ha entristecido. Lamento que hayas tomado parte tan activa en la organización de esa representación teatral. Aunque sea una cosa inocente, se llama la atención, y bien sabes que hay en París gentes que espían con suma atención vuestra conducta, que anotan los nombres de las personas que se comprometen, y que envían aquí esas informaciones, para ciertos usos.

Ello puede ser la fuente de muchas molestias, e incluso puede privar a esas personas el acceso a ciertas profesiones. Por eso, todos aquellos que quieran ganarse la vida, más tarde, en Varsovia, sin estar expuestos a determinados peligros, deben tener interés en permanecer tranquilos y en una especie de retiro, y completamente ignorados. Las fiestas, tales como bailes, conciertos, etc., son descritas por algunos corresponsales de periódicos que citan los nombres.

Sería para mí un gran dolor ver tu nombre citado. Por estas razones, he hecho en mis cartas anteriores algunas indicaciones, y te ruego que procures estar alejada de todo esto lo más posible.

¿Se deberá a la firme autoridad del señor Sklodowski o al buen sentido de Marie, que reacciona siempre contra las agitaciones estériles, el hecho de que se aparta de todo al darse cuenta de que esas anodinas distracciones la privan de trabajar en paz? Marie no ha ido a Francia para actuar en cuadros vivientes, y cada uno de los minutos que no consagra al estudio es un minuto perdido.

Se plantea, además, otro problema. En la calle de Alemania la existencia es encantadora y apacible, pero Marie no halla el recogimiento necesario para su labor. No puede privar a Casimiro de tocar el piano, de recibir a los amigos o de entrar en su habitación en el momento en que está resolviendo ecuaciones difíciles; no puede privar, tampoco, a los clientes del matrimonio de doctores que invadan el departamento. Por la noche, las llamadas de la campanilla la despiertan sobresaltada, lo mismo que los pasos de los mensajeros que llegan en busca de Bronia, para el parto de alguna vendedora de carnes.

Sobre todo, es horriblemente incómodo vivir en la Villette, desde donde hay una hora de trayecto para llegar a la Sorbona. Y hay que añadir que el precio de los ómnibus es exagerado.

Tras un consejo de familia, se decide que Marie se trasladará a vivir al Barrio Latino, cerca de la Universidad, de los laboratorios, de las bibliotecas. Los Dluski insisten para que Mania acepte prestados los francos que costará a ésta su cambio de domicilio. Y desde el día siguiente, Marie se pone en campaña y visita todas las buhardillas por alquilar.

Con sentimiento, abandona el estrecho departamento del barrio de los mataderos, perdido en un prosaico paisaje, pero donde existen la ternura, el coraje y el buen humor. Entre Marie y Casimiro Dluski ha nacido un fraternal afecto, que durará toda la vida. Entre Marie y Bronia se desarrollará, años después, una magnífica novela: la novela del sacrificio y de la devoción, la novela de la ayuda mutua.

A pesar de su estado de gracia, Bronia cuida el embalaje de los pobres enseres de su hermana menor, que amontonan en un carrito de mano para el corto traslado. Y,

tomando una vez más los famosos ómnibus, pasando de imperial en imperial, Casimiro y su mujer acompañan solemnemente a la "pequeña" hasta su cuarto de estudiante.

Capítulo 9

Cuarenta rublos por mes

La vida de María todavía no está suficientemente limpia de obstáculos. Los meses vividos en la calle de Alemania sólo han servido de aclimatación. Ahora, la muchacha entra en la soledad. Los seres que trata apenas existen para sus ojos, lo mismo que las paredes que la albergan, o que las conversaciones que interrumpen el silencio de que se rodea. Durante más de tres años va a vivir dedicada únicamente a sus estudios. Vive, de acuerdo con su sueño, una perfecta vida, en el sentido de perfección que le dan a la existencia los frailes y los misioneros.

Es necesario que esta vida sea de una simplicidad monacal. Desde el instante mismo en que Marie se ha privado, voluntariamente, del techo y la mesa que tenía en casa de los Dluski, subviene a todas sus necesidades. Y sus ingresos —hechos de las economías, divididas en pequeñas partes, de las cantidades que puede enviarle su padre— se reducen a esto: cuarenta rublos al mes.

¿Cómo puede vivir en el año 1892, y en París, una mujer, una extranjera, con cuarenta rublos al mes, convertidos en tres francos diarios y pagando su habitación, sus comidas, sus ropas, sus cuadernos, sus libros y los derechos de inscripción en los cursos universitarios? Este es el problema que hay que resolver con urgencia. Pero jamás se le ha planteado un problema a María que ésta no resolviera.

El 17 de marzo de 1892, María escribe a su hermano José:

Por padre debes saber que decidí trasladarme más cerca de la Universidad, lo que por diversas razones me era necesario, sobre todo, para el actual semestre. Este proyecto está realizado ya. Te escribo, precisamente, desde mi nuevo domicilio: 3, calle Flatters. Es una pequeña habitación, muy cómoda y, no obstante, muy barata. En un cuarto de hora puedo estar en el laboratorio de química, y en veinte minutos, en la Sorbona. Naturalmente, sin la ayuda de los Dluski no hubiera podido jamás resolverlo.

Trabajo mil veces más que al principio de mi estada en la calle de Alemania, ya que mi cuñadito había tomado por costumbre molestarme por cualquier cosa. No podía soportar, en absoluto, que estando en la casa, me ocupara de otra cosa que de hablar, agradablemente, con él. Me era necesario dar la

batalla en este sentido. Unos días después, Bronia y él han empezado a lamentarse de mi ausencia y han venido a visitarme. Hemos tomado el té de la solterona y luego hemos bajado a saludar a los S., que viven también en la misma casa.

¿Se ocupa tu mujer de papá, tal como me lo prometió? ¡Que vaya con cuidado, no me despoje del todo del hogar! Padre empieza a hablarme con excesiva ternura de ella, y tengo miedo que pronto se olvide de mí.

María no es la única estudiante en el Barrio Latino que disponga de cien francos mensuales solamente. La mayor parte de sus compañeras polacas son tan pobres como ella. Unas se reúnen en grupos de tres y cuatro para alquilar un mismo departamento, y hacen sus comidas en común. Otras, que viven solas, consagran bastantes horas del día a faenas subalternas, como la limpieza, la cocina, los zurcidos, y a fuerza de ingenio, comen y se visten..., más o menos elegantemente. Ese fue el sistema adoptado por Bronia, cuyos métodos de cocinera eran famosos entre sus discípulos.

María desdeña seguir esos ejemplos reposados. Tiene demasiada sensibilidad para compartir su casa con otras amigas. Tiene demasiado trabajo para preocuparse de la comodidad. Aunque quisiera, sería incapaz de cualquier labor doméstica. Esta muchacha, que a los diecisiete años de edad ejercía en hogares extraños la profesión de institutriz y daba siete u ocho horas diarias de clase, no ha podido hacer nunca un menester casero. Todo cuanto Bronia aprendió en casa de su padre, María lo ignora. Y circula el rumor entre la colonia polaca de que "la señorita Sklodowska ignora con qué se prepara un caldo".

No lo sabe, ni quiere saberlo. ¿Por qué va a entretenerse en iniciarse en los misterios del puchero, cuando puede aprender en ese tiempo unas páginas más del tratado de física o hacer en el laboratorio un análisis interesante?

Deliberadamente, ha suprimido de su vida las diversiones, las reuniones amistosas, el contacto con los humanos. También ha decidido que la vida material no tenga ninguna importancia, y que apenas exista. Firme en estos principios organiza una existencia espartana, extraña, inhumana.

Calle Flatters, boulevard Port-Royal, calle de las Feuillantines... Las piezas que habitará María se parecerán unas a otras por lo reducido de su alquiler y por su incomodidad. La primera está situada en un pobre hotel amueblado, en donde viven estudiantes, médicos y oficiales del cuartel vecino. Tiempo después, la muchacha, buscando la calma absoluta, alquilará una buhardilla, semejante a las habitaciones de los criados, en lo alto de los inmuebles distinguidos. Por quince o veinte francos mensuales, encuentra un reducto minúsculo, iluminado por un tragaluz que da al tejado perpendicular. A través de esta lumbrera, aparece un cuadrante del cielo. Ni calefacción, ni luz, ni agua.

María amuebla esta pieza con todos los objetos que posee: una cama plegable, de hierro, y el colchón que se trajo de Polonia. Una estufa, una mesa de blanca madera, una silla de cocina, un tacho. Una lámpara de petróleo, cubierta de una pantalla de diez centavos. Una vasija que hay que ir a llenar al grifo de la escalera. Una estufilla de alcohol, grande como un platillo de café, que durante tres años bastará para calentar las comidas. Dos platos, un cuchillo, un tenedor, una cuchara, una taza y una cacerola. Además, una tetera y tres vasos, donde, según la costumbre polaca, la estudiante echará el té cuando los Dluski vayan a visitarla. Algunas veces, rarísimas, María recibirá visitas. La hospitalidad no pierde sus derechos, y María encenderá la estufa, cuyo tubo, en zigzag, describe en la habitación complicadas siluetas. Sale de un rincón, en forma de asiento, el enorme baúl marrón y ventrudo que sirve de cómoda y de armario.

No hay servidumbre de ninguna clase. Una sola hora de una mujer que limpiara la habitación, aumentaría, con exceso, el presupuesto de gastos. Suprimidos los gastos de transportes, María va, en todo tiempo, a pie, hasta la Sorbona. El mínimo gasto de carbón. Uno o dos sacos de carbón para todo el invierno, que la muchacha compra en la carbonería de la esquina, y que sube ella misma, tacho tras tacho, al sexto piso, por una escalera de peldaños rectos, y deteniéndose en cada rellano para descansar. El mínimo gasto de luz. En cuanto es de noche, la estudiante se refugia en este bondadoso asilo que es la biblioteca de Santa Genoveva, en donde hay luz de gas, y se está agradablemente. Sentada, con la cabeza entre las manos, en una de las grandes mesas rectangulares, una polaca pobre puede trabajar hasta que cierran las puertas, a la diez de la noche. Entonces, basta con tener petróleo

suficiente para que haya luz hasta las dos de la madrugada... Y a esa hora, rojizos los ojos de tanta fatiga, María deja los libros y se acuesta.

Lo único que María sabe hacer, en el humilde dominio de lo práctico, es coser — recuerdo de los "trabajos manuales" del pensionado Sikorski, recuerdo de las largas jornadas de Szczuki, en donde, mientras atendía las lecciones de los niños, la institutriz preparaba una labor. Ni en un exceso de coquetería, la emigrada ha comprado jamás, a bajo precio, un corte de tela y se ha confeccionado una blusa nueva. Al contrario, parece que sea una promesa el no dejar de usar sus vestidos de Varsovia, y, a pesar de su uso y de su lustre, los lleva hasta que no sirven más. Cuida con esmero sus vestidos, los limpia, los cose y recose, etc. Y cuando está muy fatigada por el estudio y necesita algún descanso, inicia el lavado de la ropa en una palangana.

María no admite que tenga hambre o frío. Para no tener que comprar carbón de nuevo — ¡también por olvido!—, descuida el encender la estufa, y escribe cifras, y ecuaciones, sin darse cuenta de que sus dedos se entumecen y que sus hombros tiemblan. Una sopa caliente, un trozo de carne, la reconfortarían. Pero María no sabe hacer una sopa, y no puede gastar un franco, y perder media hora preparando un pedazo de ternera. Apenas entra en la carnicería, y menos aún en el restaurante. Es demasiado caro. Durante muchas semanas, no come más que pan con manteca y bebe té. Cuando siente la necesidad de un festín, entra en una lechería del Barrio Latino, donde sirven huevos crudos, o compra una pastilla de chocolate, o fruta.

Con este régimen, la muchacha sólida y hermosa, que hace unos meses llegó de Varsovia, va adquiriendo, rápidamente, una anemia. A menudo, cuando se levanta de la mesa, se le va la cabeza. Apenas llega a la cama, se desvanece. Más tarde, cuando vuelve en sí, se pregunta por qué se habrá desmayado. Cree que está enferma, pero desdeña su enfermedad como todo lo demás. No se le ocurre que se cae de debilidad y que su único mal es morir de hambre.

Claro que ante los Dluski no se jacta de esta soberbia organización de su existencia. Cada vez que va a visitarles, les contesta con monosílabos a las preguntas que le hacen sobre sus progresos culinarios y los menús que prepara. Si su cuñado la encuentra pálida, María asegurará que está sobrecargada de trabajo, y a su consideración, ésta es la única razón de su fatiga. Y luego, apartando de sí estas

preocupaciones, con un gesto de indiferencia, se pone a jugar con su sobrina, la hija de Bronia, con quien se ha encariñado muchísimo.

Pero, un día que María se ha desvanecido ante sus compañeras, una de éstas ha ido a la calle de Alemania para comunicarlo al matrimonio de doctores. Dos horas más tarde, Casimiro sube precipitadamente la escalera del domicilio de María, irrumpe en la buhardilla donde la muchacha, un poco pálida, estudia las lecciones del día siguiente. Examina a su cuñada. Y observa, sobre todo, los platos limpios, la cacerola vacía, la habitación, en donde no halla rastros de comestibles que un paquetito de té. Inmediatamente se inicia el diálogo.

– ¿Qué has comido hoy?

– ¿Hoy? No se... Acabo de almorzar ahora mismo...

– ¿Qué has comido hoy? —repite la voz implacable de Casimiro.

– Cerezas... y no sé cuántas cosas más.

Por último, no hay más remedio que confesar, y María confiesa: desde el día anterior sólo ha comido una lata de rabanitos y media libra de cerezas. Ha trabajado hasta las tres de la madrugada y ha dormido cuatro horas. Luego ha ido a la Sorbona y al regresar a su casa ha terminado de comer los restos de la lata de rabanitos. Y en seguida ha perdido el conocimiento.

El médico no inicia ningún gran discurso. Está furioso. Furioso contra María, cuyos ojos color de ceniza le miran con una profunda fatiga y una inocente alegría, y furioso contra sí mismo, puesto que se acusa de no haber vigilado más atentamente a la "pequeña" que le había confiado el señor Sklodowski. Sin escuchar las protestas de su cuñada le tiende el abrigo, el sombrero y la obliga a tomar los libros y los cuadernos de que pueda tener necesidad durante una semana. Y silencioso, descontento, desesperado, la lleva consigo a la Villette y al entrar en su casa, llama a gritos a Bronia, que irrumpe en la cocina.

Veinte minutos después, María traga, poco a poco, los medicamentos que le ha dado Casimiro: un enorme bife a medio cocer, un plato de patatas fritas. Como por milagro los colores reaparecen sobre las mejillas de María. Esa misma noche Bronia, a las once, apagará la luz de la estrecha habitación en que ha preparado una cama para la pequeña. Durante unos días bien alimentada, bien cuidada, María se porta

juiciosamente y renueva sus fuerzas. Más tarde, obsesionada por los exámenes, que se acercan, vuelve a su buhardilla con la promesa formal de ser razonable.

Y al día siguiente empieza de nuevo a vivir del aire.

¡Trabajar! ¡Trabajar! Enteramente hundida en el estudio, embriagada por sus progresos, María se siente con altura suficiente para aprender todo cuanto los hombres han descubierto. Sigue los cursos de matemáticas, de física, de química. La técnica manual y la minuciosa precisión de las experiencias científicas le son cada vez más familiares. Poco tiempo después tendrá la alegría de que el profesor Lippmann le confíe investigaciones poco importantes, pero que le permitirán demostrar su sutileza y la originalidad de su espíritu. En el laboratorio de física de la Sorbona, alta y vasta habitación ornamentada con dos pequeñas escaleras de caracol, que conducen a una galería interior, María Sklodowska ensaya sus conocimientos.

Se siente feliz en esta atmósfera de sigilo y silencio, en este "clima" de los laboratorios, que hasta su último día María preferirá a todo lo demás. María está de pie, siempre de pie, ante una mesa de roble en que hay un aparato de precisión o bien ante el cuévano en que, hostigada por el soplete abrasador, hierve alguna materia en infusión. María se distingue apenas, bajo su bata de arrugada tela, de los reflexivos caballeros que se inclinan junto a ella sobre otros sopletes y sobre otros aparatos. Como los demás, María respeta el recogimiento del lugar. No hace ruido ninguno, no pronuncia ninguna palabra inútil.

No le basta con una licenciatura. María está dispuesta a pasar dos: física y matemáticas. Sus proyectos, ayer tan humildes, aumentan y se enriquecen tan rápidamente que no tiene tiempo —ni valor sobre todo— para comunicárselos al señor Sklodowski, quien espera impaciente el regreso de su hija. Como es costumbre, el buen hombre ofrece su ayuda. Pero se le nota ligeramente preocupado por haber dado vida a este ser independiente que inicia el vuelo con sus propias fuerzas tras tantos años de sumisión y sacrificio.

De ahí que el día 5 de marzo de 1893 el señor Sklodowski escriba a Bronia:

...Tu última carta me dice por primera vez las intenciones que Mania tiene de examinarse para dos licenciaturas. Jamás me ha dicho nada en sus cartas, a

pesar de que se lo he preguntado repetidamente en las mías. Escribe con exactitud en qué época se celebrarán los exámenes y en qué fecha Mania puede esperar hacerlos, cuáles son los gastos y cuánto se necesita para pagar el diploma. Es necesario que lo sepa con tiempo para poder enviar dinero a Mania, y de esto han de depender mis proyectos particulares. ...Tengo la intención de conservar hasta el próximo año el piso que ahora ocupo. Para mí y para Mania —si regresa—está bien. Poco a poco, Mania logrará un buen número de discípulos y, en todo caso, compartiré con ella cuanto tengo. No saldremos de todo sin gran esfuerzo.

Por salvaje que sea, María no puede evitar el cotidiano encuentro con los seres humanos. Algunos muchachos son deferentes y amables con ella. En la Sorbona, las extranjeras se cotizan alto. Estas pobres muchachas, generalmente bien predisuestas para los estudios, que vienen de lejos hacia la Universidad que los Goncourt calificaban de "madre nutritiva del estudio", inspiran gran simpatía a los franceses. La polaca se domestica y descubre que sus compañeros, muy aplicados en su mayor parte, la estiman y desearían demostrarle su cordialidad. Su gentileza no pide más que sea un poco más amable con ellos. María debe ser muy hermosa, pues su amiga, la señorita Dydyńska, una encantadora exaltada que se ha constituido en su guardia "de corps", amenaza un día con alejar a golpes de paraguas a los aspirantes demasiado apretujados alrededor de la alumna de física. Mientras deja que la señorita Dydyńska aleje a los pretendientes, que le son indiferentes, María se acerca a los hombres que no la cortejan y con quienes puede hablar de su trabajo. Entre una lección de física y una sesión de laboratorio, María habla con Paul Painlevé, que ya es profesor, con Jean Perrin, Charles Maurain — futuros maestros de la ciencia francesa—. Estas camaraderías son, de todas maneras, muy vagas. María no tiene tiempo para distribuir entre el amor y la amistad. Prefiere las matemáticas, la física.

Su cerebro es tan preciso, su inteligencia tan maravillosamente clara, que ningún desorden "eslavo" interrumpe su esfuerzo. Está sostenida por una voluntad de bronce, por un gusto maniático de la perfección, por una increíble testarudez. Sistemática y pacientemente logra cada uno de los objetivos que se ha propuesto.

Se recibe primero en la licenciatura de Ciencias Físicas, en 1893, y en 1894 en la de Ciencias Matemáticas.

Ahora ha decidido conocer a fondo la lengua francesa, que le es indispensable. En vez de reunir durante muchos meses frases sonoras e incorrectas, como hacen muchos polacos, aprende con una seguridad infalible la ortografía y la sintaxis y aleja de su habla hasta los últimos vestigios de su acento, únicamente el ligero rodar de la "r" será siempre una de las gracias de su voz un poco sorda, pero dulce y encantadora.

Con sus cuarenta rublos mensuales ha conseguido vivir privándose de lo indispensable, llegándose a ofrecer algunas veces un lujo considerable: una velada teatral, un paseo por las afueras, de donde regresa con unas flores recogidas en el bosque y que brillarán durante unos días sobre su mesa. La campesina de antes no ha muerto. Perdida en la gran ciudad, observa el nacimiento de las hojas y en cuanto tiene un poco de tiempo y de dinero corre hacia los bosques cercanos.

El 16 de abril de 1893 María escribe al señor Sklodowski:

El otro domingo estuve en Raincy, cerca de París, un campo bastante bonito y agradable. Las lilas, todos los árboles frutales, hasta los manzanos, estaban en flor y el aire estaba embalsamado del perfume de las flores.

En París los árboles son verdes desde el mes de abril. Ahora han brotado las hojas de los castaños. Hace calor como en verano. Todo es verde. En mi habitación empieza a hacer calor. Felizmente en julio, cuando prepare mis exámenes, no viviré aquí, pues este cuarto lo tengo hasta el 8 de julio.

A medida que se acercan los exámenes, tengo miedo de no estar preparada. En el peor de los casos, esperaré a noviembre, pero ello me haría perder mis vacaciones, lo que no me alegra. Por lo demás, quien viva verá.

Julio. La fiebre, la precipitación, los trances angustiosos, las mañanas agotadoras, en que, encerrada con treinta alumnos en una sala de examen, María está tan nerviosa que las letras bailan ante sus ojos y que, durante muchos minutos, incluso no puede leer en los fatídicos papeles el enunciado del problema y "los temas de los cursos". Enviada la composición, llegan los días de espera y el momento solemne de la publicación de los resultados. María se escurre entre los concurrentes y sus

familias, apretujados en el anfiteatro, en donde deben anunciarse por orden de méritos los nombres de los elegidos. Apretujada y empujada, espía la entrada del que examinó. Y en medio de un gran silencio oye pronunciar, antes que ningún otro y por encima de todos, este nombre: MARÍA SKLODOWSKA.

Nadie adivinará su emoción. Rehúye la felicitación de sus compañeros, se escapa del grupo, se aleja... Ha sonado la hora de las vacaciones, del regreso a Polonia, al hogar.

Este regreso al redil tiene entre los polacos pobres unos ritos que María observa con escrúpulo. Deposita sus muebles —cama, estufa, enseres— en casa de una compatriota bastante rica para conservar el piso en París durante los meses de verano. Se despide de su buhardilla, antes de abandonarla para siempre, y la limpia perfectamente. Se despide también de la portera, a la cual no volverá a ver más; compra algunas provisiones para el camino y habiendo contado lo que le resta, entra en una gran tienda y —lo que no ha hecho una sola vez durante un año— lo ejecuta ahora: manosea muñecas y ropas.. .

¡Condenación para los que regresan a su país natal con algún dinero en el bolsillo! La gran moda, la suprema elegancia, la ley, es gastarlo todo, literalmente todo, en regalos para los suyos y subir al tren de la estación del Norte sin un solo centavo. ¿No es esto lo más inteligente? A dos mil kilómetros de aquí, a la otra punta de los rieles están el señor Sklodowski, y José y Hela, y un techo familiar, comida para saciar su hambre y una modista que por algunos *groszy*, cortará y coserá la ropa interior o los espesos vestidos de lana... Esos vestidos que en el mes de noviembre, cuando regrese a París, María usará en la Sorbona...

Volverá rebosante y, digámoslo, bastante gruesa, hinchada de la comida que durante tres meses ha tragado en todos los hogares de los Sklodowski, de Polonia, que estaban indignados por el rostro paliducho de María. Nuevamente la muchacha tiene ante sí un año escolar. Podrá trabajar, aprender, prepararse para un nuevo examen y adelgazar...

Cada vez que vuelve el otoño, María siente la misma angustia. ¿Dónde encontrar el dinero? ¿Cómo volver a París? Los grupos de cuarenta rublos van agotando sus economías y piensa con dolor en las pequeñas alegrías de que se priva su padre para ayudarla. En 1893 la situación parece tan desesperada que María está a punto

de renunciar al viaje, cuando se produce el milagro. La señorita Dydynska, que el pasado año la defendía a golpes de paraguas de sus admiradores, ha extendido sobre María una protección mucho más oportuna. Convencida de que María está llamada a tener un gran porvenir, ha removido cielo y tierra en Varsovia para que le sea concedida la "bolsa Alexandrowitch", destinada a los estudiantes de mérito que quieren continuar sus estudios en el extranjero.

¡Seiscientos rublos! ¡Dinero para vivir durante quince meses! María, que sabe pedir tantas cosas para los demás, no hubiera tenido jamás la idea de solicitar este apoyo, ni sobre todo la audacia de realizar los pasos necesarios. Deslumbrada y encantada, vuela de nuevo a Francia.

Y desde París, el día 15 de septiembre de 1893, María escribe a su hermano José:

Ya he alquilado una habitación que me convierte en un sexto piso y en una calle limpia y decente. Dile a padre que donde debía alquilarla no había nada libre y que estoy muy contenta de esta habitación. Tiene una ventana que cierra bien y cuando haya arreglado la pieza no hará frío en ella, puesto que no está enladrillada y tiene piso de madera. Comparada con mi habitación del pasado año es un verdadero palacio. Cuesta 180 francos por año. Por lo tanto, es sesenta francos menos cara que aquella de que me había hablado padre.

¿Es necesario que te diga que estoy locamente satisfecha de mi regreso a París? Me ha sido muy doloroso separarme nuevamente de padre, pero he visto que está bien de salud, muy ágil y que puede pasarse sin mí, tanto más cuanto que tú vives en Varsovia. Para mí esto es la vida que está en juego. Me ha parecido que podía quedarme aquí sin tener remordimientos de conciencia.

Estudio matemáticas de una tirada para poder estar al corriente en cuanto empiecen los cursos. Tres veces por semana tengo lecciones con una de mis compañeras, francesa, que prepara el examen que yo acabo de pasar. Dile a padre que estoy acostumbrada a este trabajo, que no me fatiga más que el de antes y que no tengo la intención de abandonarlo.

Empiezo hoy la instalación de mi rincón del año actual, muy pobremente, pero ¿qué se le va hacer? Uno se lo debe hacer todo, porque si no todo está

fuera de nuestro alcance. Voy a limpiar mis muebles o, mejor dicho, lo que pomposamente denomino así, pues el conjunto no vale una veintena de francos.

Uno de estos días escribiré a José Boguski para que me dé noticias de su laboratorio. De esto dependerá mi futura labor.

El día 18 de marzo de 1894 María escribe a José:

... Me es difícil contarte mi vida al detalle, ¡es tan monótona y poco interesante! No obstante, no me causa pena su uniformidad y sólo lamento una cosa: que los días sean tan cortos y que pasen tan de prisa. No se da uno cuenta de lo que se ha hecho. Sólo se ve lo que falta por hacer, y si no se tuviera cariño por la obra, se perdería el coraje que se necesita.

Me gustaría que hicieras tu tesis de doctor... La vida, al parecer, no es nada fácil para ninguno de nosotros. Pero hay que tener perseverancia y, sobre todo, confianza en sí mismo. Hay que creer que se está dotado para alguna cosa y que esta cosa hay que obtenerla cueste lo que cueste. Acaso todo saldrá bien en el momento en que menos lo esperemos.

Ha sido providencial la "bolsa Alexandrowitch". Con vehemente avaricia, María intenta estirar los seiscientos rublos para permanecer un tiempo más en el paraíso de anfiteatros y laboratorios. Años más tarde, con la misma avaricia vehemente, economizará seiscientos rublos sobre su primera ganancia —un estudio técnico que le será encargado por la Sociedad de fomento de la industria nacional— y los pondrá en manos del secretario de la Fundación Alexandrowitch, que quedará estupefacto de semejante restitución, sin precedentes en los anales del comité.

María había aceptado la bolsa como un testimonio de confianza, como un préstamo de honor. De alma intransigente, María hubiera juzgado deshonesto conservar un instante más ese dinero que podía ser el áncora de salvación de otra pobre muchacha.

Releyendo un breve poema de mi madre, escrito en polaco sobre este tiempo de su vida, acuden a mi memoria relatos que me hiciera en ciertas ocasiones, esmaltados de sonrisas y cómicos detalles o contemplando el único retrato suyo que guardaba

con extremo cariño (la pequeña fotografía de una estudiante de mirada audaz y firme mentón), y he comprendido que no había dejado de preferir a otros días mejores, estas jornadas fervorosas y duras.

*¡Ah, como la juventud del estudiante transcurre amargamente
mientras que a su alrededor, con eterna pasión lozana,
otros jóvenes buscan ávidamente los fáciles placeres!
¡Y, no obstante, en su soledad
vive, oscuro y feliz,
pues en su celda halla la fuerza
que hace inmenso el corazón!
Mas el tiempo bendito se esfuma,
pues debe abandonar el país de la ciencia
para luchar por su pan
en los grises caminos de la vida.
...Y muy a menudo, el espíritu fatigado
vuelve bajo los techos
de este rincón siempre amado por su corazón,
en donde albergaba la labor silenciosa
y en donde quedó un mundo de añoranzas.*

Es indudable que María ha tenido, años después, otras satisfacciones. Pero incluso en las horas de ternura infinita, en las horas de triunfo y gloria, la eterna estudiante no estuvo jamás tan contenta de sí misma, digámoslo de una vez, tan orgullosa como entre la miseria y el fuego de este esfuerzo integral. Orgullosa de vivir sola e independiente en una ciudad extraña. Trabajando de noche, bajo la lámpara en su pobre domicilio, siente que su destino todavía pequeño se une misteriosamente a las altas existencias que más admira y que se transforma en la humilde compañera de los sabios del pasado. ¡Cuando está encerrada en su pieza mal iluminada, cómo se aleja del siglo, cómo agujonea su espíritu para trasladarse al más allá de los conocimientos adquiridos!

Sí; estos cuatro años heroicos, no sólo fueron los más felices de María Curie, sino los más perfectos, los más cercanos a las cumbres de la misión humana hacia los

cuales su mirada se había elevado. Cuando se es joven y sola y se abisma en el estudio, se puede "no tener de qué vivir", pero vivir intensamente. Un inmenso entusiasmo da a la polaca de veintitrés años el poder de ignorar las pruebas y las privaciones que soporta, y de magnificar su sórdida existencia. Más tarde, el amor, las maternidades, las preocupaciones de esposa y madre, las complejidades de una pesada labor, devolverán a la iluminada a la vida real. Pero en el mágico momento en que María es más pobre que nunca, es indiferente como un niño. Planea, ligera, sobre otro mundo, aquel que su pensamiento concebirá siempre como el más puro, el verdadero.

Los días no serían dignos de ser vividos sin una aventura como ésta. Hay el imprevisto accidente que, bruscamente, lo trastorna y detiene todo: una fatiga imposible de ser dominada, una breve enfermedad que exige cuidados. Y otras catástrofes aun más terribles: el único par de zapatos, con las suelas agujereadas, se cae a trozos y se impone la compra de otro par.

El presupuesto sin altibajos de todas las semanas se altera con esa compra y hay que nivelarlo, ahorrando sobre las comidas o el petróleo de la lámpara.

El invierno se prolonga dejando helada la buhardilla del sexto piso. Hace tanto frío que María no puede dormir y tiembla. Su depósito de carbón se ha agotado. Pero ¿una hija de Varsovia va a dejarse vencer por un invierno parisiense? María enciende nuevamente la lámpara, mira a su alrededor, abre el enorme baúl, reúne todos los trajes que posee, se pone cuantos puede sobre su cuerpo y, luego, metida otra vez entre las sábanas, amontona el resto —su vestido, su ropa interior— sobre la colcha. Todavía hace mucho frío, extiende la mano, agarra una silla, la levanta y la pone sobre el montón de sus vestidos, creándose la ilusión de que tiene más peso y más calor así.

Sólo le falta conciliar el sueño y, sin moverse mucho, a fin de mantener el calor del cual ella sola es la base viviente.

No obstante, en el jarro de agua se forma lentamente una capa de hielo.

Capítulo 10

Pierre Curie

Del programa de su vida María ha borrado el amor y el matrimonio. Ello no es muy original. Una muchacha pobre, decepcionada y humillada por su primer idilio, se promete no volver a amar nunca más. Es natural que una estudiante eslava, exaltada por ambiciones intelectuales, renuncie cómodamente a lo que hace la servidumbre, la felicidad o la desgracia de sus semejantes, a fin de seguir su vocación. En todas las épocas, las mujeres que deseaban ser grandes pintoras o grandes concertistas despreciaban el amor y la maternidad.

A menudo aceptaban la vida de familia al mismo tiempo que abandonaban sus sueños de gloria. O bien, por hacer una carrera brillante, sacrificaban, en efecto, su existencia sentimental.

María se ha construido un universo secreto, de un implacable rigor, dominado por la pasión de la ciencia. El afecto familiar, el amor por una patria oprimida, tienen también lugar en su espíritu. Pero ¡basta! No cuenta nada más, no existe nada más. Así lo ha decretado una criatura de veintiséis años que vive sola en París y que cada día frecuenta en la Sorbona y en los laboratorios infinidad de muchachos jóvenes.

No nos sorprenda que María aleje de sí tan categóricamente el amor. Está obsesionada por sus sueños, agujoneada por la pobreza y sobrecargada por el trabajo intenso. Ignora la ociosidad y sus peligros. Su firmeza y su timidez la protegen. Y también su recelo. Desde que los Z. no la quisieron por nuera, María tiene la convicción de que las jóvenes sin dote no encuentran respeto ni ternura en los hombres. Resistiéndose a las teorías bellas y llena de amargas reflexiones, María se abraza fuertemente a su independencia.

No; no puede sorprender a nadie que una polaca genial, aislada por una existencia árida, se dedique por entero a su obra. Pero lo que puede sorprender y lo que es maravilloso es que un sabio genial, un ciudadano francés, se haya reservado para esta polaca y la haya esperado, inconscientemente. Es maravilloso que en la misma época en que, allá en el estrecho departamento de la calle Nowolipki, María, casi una niña, soñaba en estudiar en la Sorbona, Pierre Curie, de vuelta de la misma

Sorbona, donde ya lograba importantes descubrimientos de física, haya escrito en su "Diario" estas líneas melancólicas:

...Las mujeres, más que nosotros, aman la vida para vivirla. Son raras las mujeres de genio. Así, cuando empujados por algún amor místico queremos entrar en algunas vías antinaturales, cuando damos todos nuestros pensamientos a una obra que nos aleja de la Humanidad y que nos interesa, hemos de luchar con las mujeres. La madre ante todo quiere el amor de su hijo, aunque deba quedar imbecilizado. La amante quiere poseer al amante y encontraría lo más natural del mundo que se sacrificara el más hermoso genio del mundo por una hora de amor. La lucha, casi siempre, es desigual, pues las mujeres tienen a su favor la buena causa: es en nombre de la vida y de la naturaleza que procuran arrastrarnos...

Los años han pasado. Pierre Curie, entregado en cuerpo y alma a las investigaciones científicas, no se ha casado con ninguna de las muchachas, gentiles o insignificantes, que ha hallado en su camino. Tiene treinta y cinco años. No quiere a nadie.

Cuando por azar hojea su diario, durante mucho tiempo abandonado, y relee sus notas de ayer, cuya tinta palidece, seis breves palabras llenas de sentimiento, de sorda nostalgia, detienen su mirada:

"Las mujeres de genio son raras".

Cuando entré, Pierre Curie se hallaba en el alféizar de una puerta que daba a un balcón. Me pareció muy joven, a pesar de tener ya treinta y cinco años. Me impresionó la expresión de su clara mirada y una ligera apariencia de abandono, su alta estatura. Su palabra un poco lenta y reflexiva, su simplicidad, su sonrisa, a la vez grave y juvenil, inspiraban confianza. Trenzamos una conversación que pronto fue amistosa. Tenía como objeto algunas cuestiones científicas sobre las cuales yo estaba encantada de obtener su consejo.

Tales son los términos simples y púdicos que emplea María para describir este primer encuentro, que tuvo lugar a principios de 1894.

Un polaco, el señor Kowalski, profesor de física en la Universidad de Friburgo, hizo un viaje a Francia con su esposa; María conocía a ésta desde su permanencia en Szczuki. Viaje de novios. Viaje científico, también: el señor Kowalski da conferencias en París y asiste a las sesiones de la Sociedad de Física. Al llegar ha ido en busca de María y cordialmente le ha preguntado por su existencia. La estudiante le ha confiado sus preocupaciones momentáneas: la Sociedad de fomento de la industria nacional le ha confiado un estudio sobre las propiedades magnéticas de diversos aceros. Ha empezado sus investigaciones en el laboratorio del profesor Lippmann, pero le es necesario analizar minerales y agrupar muestras de metales. Esto reclama una instalación embarazosa, demasiado embarazosa para un laboratorio sobrecargado ya. Y María no sabe qué hacer ni en qué sitio montar sus experiencias.

"Tengo una idea —le dice José Kowalski tras algunos instantes de reflexión—. Conozco un sabio de gran valor que trabaja en la Escuela de Física y Química, en la calle Lhomond. Acaso venga a tomar el té a casa mañana por la noche, después de la cena. Me encargo de pedirle que vaya también ese muchacho. Acaso usted le conozca. Se llama Pierre Curie".

Durante la velada apacible, pasada en una habitación de una silenciosa pensión de familia donde vivía el joven matrimonio, una inmediata simpatía acerca al físico francés y a la estudiante polaca.

Pierre Curie tiene un encanto muy particular, hecho de gravedad y de discreta negligencia. Es alto. Sus ropas, de un amplio corte pasado de moda, flotan un poco alrededor de su cuerpo, y, no obstante, le van bien. Sin saberlo él mismo tiene mucho de elegancia natural. Sus manos son largas y sensibles. Su rostro regular, poco movable, alargado por una barba áspera, es muy noble, debido a los ojos apacibles y a su incomparable mirada. Una mirada profunda, serena y alejada de todas las cosas.

A pesar de que este hombre mantiene una constante reserva y que jamás levanta la voz, le es imposible no subrayar una expresión poco común de inteligencia y de distinción. En una civilización donde la superioridad intelectual no siempre va unida

al valor moral, Pierre Curie es una muestra casi única de humanidad. Es un poderoso espíritu y un espíritu noble.

La atracción que siente desde el primer instante por la joven extranjera poco conversadora, aumenta su intensa curiosidad. Esta señorita Sklodowska es, en verdad, una persona bastante sorprendente. ¿De manera que es una polaca que ha venido de Varsovia para seguir los cursos de la Sorbona? ¿Y en los exámenes del año último obtuvo el primer puesto? ¿Y dentro de unos meses se examinará para su licenciatura de matemáticas? ¿Y si sobre sus ojos de ceniza se cruza una pequeña arruga preocupada no es más que por no tener donde instalar sus aparatos para el estudio del magnetismo de los aceros?

La conversación, momentáneamente general, se reduce al cabo de poco tiempo a un diálogo científico entre Pierre Curie y María Sklodowska. María, con su eterno matiz de timidez y deferencia, plantea cuestiones y escucha las sugerencias de Pierre. Y éste, a su vez, explica sus proyectos, describe los fenómenos de cristalografía que le intrigan y de los cuales busca sus leyes. ¡Qué raro es, piensa el físico, hablar a una mujer de los trabajos que uno prefiere empleando términos técnicos, fórmulas complicadas y ver que esta mujer, encantadora y joven, se anima, comprende y discute, incluso, ciertos detalles con una infalible claridad! ¡Qué agradable es!

Observa los cabellos de María, su gran frente abombada, sus manos estropeadas ya por los ácidos de los laboratorios y los trabajos domésticos. Su gracia, que la ausencia de toda coquetería hace más sorprendente, acaba de desconcertarle. Y se agolpa a su memoria cuanto le ha dicho de la joven el profesor que le ha invitado: ha trabajado durante muchos años para poder tomar el tren de París, no tiene dinero y vive completamente sola en una buhardilla...

— ¿Va usted a quedarse para siempre en Francia? —pregunta Pierre Curie a la señorita Sklodowska, sin saber exactamente por qué.

Una sombra pasa sobre el rostro de María. Y contesta con su acento musical.

—No creo. Este verano, si salgo bien del examen de licenciatura, volveré a Varsovia. Me gustaría regresar en otoño, pero no sé si tendré los medios suficientes. Luego seré profesora en Polonia y procuraré ser útil a la sociedad. Los polacos no tenemos el derecho de abandonar nuestro país.

La conversación, en la cual se mezclan los Kowalski, se orienta hacia las dolorosas violencias de la opresión rusa. Los tres desterrados evocan recuerdos de la tierra natal, comunicándose noticias de sus familias y de sus amigos. Sorprendido y vagamente descontento, Pierre Curie escucha a María hablar de sus deberes patrióticos y sociales: del triste destino de Polonia y de que todos sus hijos deben intentar socorrer a su patria.

Físico obsesionado por su ciencia, no puede concebir que una joven extraordinariamente dotada para el estudio consagre un solo pensamiento a algo que no sea la ciencia, y que sus proyectos futuros consistan en emplear todas sus fuerzas en la lucha contra el Zar.

Quisiera volver a verla.

¿Quién es Pierre Curie?

Un sabio francés genial, casi desconocido en su país, pero altamente considerado ya por sus colegas extranjeros.

Nació en París, en la calle Cuvier, el día 15 de mayo de 1859. Es el hijo segundo de un médico, el doctor Eugène Curie, asimismo hijo de médico. La familia es de origen alsaciano y protestante. Los Curie, años antes burgueses poco afortunados, han ido convirtiéndose, de generación en generación, en intelectuales y hombres de ciencia. El padre de Pierre, obligado a ejercer la medicina, para ganarse la vida, estaba enamorado de las investigaciones científicas. Fue preparador en el laboratorio del Museo y era autor de trabajos sobre la inoculación de la tuberculosis.

Sus dos hijos, Jacques y Pierre, desde la infancia se sintieron atraídos por las ciencias. Pierre, que tiene un espíritu independiente y soñador, no ha podido doblegarse jamás a la disciplina y al trabajo sistemático de los liceos. No ha estado jamás en la escuela. El doctor Curie, comprendiendo que este muchacho demasiado original no será nunca un alumno brillante, lo ha educado primero él mismo, confiándolo más tarde a un destacado profesor, el señor Bazille.

Esa educación liberal da sus frutos: Pierre Curie es bachiller a los dieciséis años, licenciado a los dieciocho, y a los diecinueve se le nombra practicante del profesor Desains, en la Facultad de Ciencias, cargo que ocupará durante cinco años. Hace investigaciones con su hermano Jacques, también licenciado y practicante en la

Sorbona. Ambos anuncian el descubrimiento del importante fenómeno de la "piezoelectricidad", y su trabajo experimental les lleva a inventar un nuevo aparato, cuyas aplicaciones son múltiples: el *cuarzo piezoeléctrico*, que sirve para medir con precisión débiles cantidades de electricidad.

En 1863, los dos hermanos se separan, con hartazgo dolor. Jacques ha sido nombrado profesor en Montpellier. Su hermano pasa a ser jefe de trabajos en la Escuela de Física y Química, de la villa de París. A pesar de que las "manipulaciones" de los alumnos de la escuela le ocupan muchísimo tiempo, continúa sus trabajos teóricos sobre la física cristalina. Estos trabajos finalizan con el enunciado del principio de la simetría, que se convertirá en una de las bases de la ciencia moderna.

Al reanudar sus estudios experimentales, Pierre Curie inventa y construye una balanza científica ultrasensible, la "balanza Curie", y, más tarde, emprende las investigaciones sobre el magnetismo y obtiene un resultado capital: el descubrimiento de una ley fundamental, la "ley de Curie".

Por estos esfuerzos, coronados del más brillante éxito, por las atenciones que prodiga constantemente a treinta alumnos que le han sido confiados, Pierre Curie recibe del Estado francés, en 1894, tras quince años de trabajo, un sueldo de trescientos francos mensuales, casi lo que gana en una fábrica un obrero especializado.

Más, cuando el más ilustre de los sabios ingleses, lord Kelvin, va a París, no se conforma con acudir a la Sociedad de Física, para escuchar las comunicaciones de Pierre Curie. A pesar de su gran posición y de su avanzada edad, escribe al joven físico, le habla de sus trabajos y solicita una entrevista.

En agosto de 1893, lord Kelvin escribe a Pierre Curie:

Querido señor Curie:

Le agradezco infinitamente que se haya tomado la molestia de obtenerme un aparato que me permite observar tan cómodamente el magnífico descubrimiento experimental de cuarzo piezoeléctrico, que ha hecho junto con su hermano.

He escrito una nota para el "Philosophical Magazine", precisando que esos trabajos son anteriores a los míos. Esta nota deberá llegar a tiempo para que

se publique en el número del mes de octubre; si no es así, aparecerá en noviembre.

Y el mismo lord Kelvin escribe, el día 3 de octubre de 1893:

Querido señor Curie:

Confío en llegar mañana, por la noche, a París. Le quedaría muy agradecido si pudiera indicarme en qué momento, hasta fin de la semana, le será cómodo permitirme que vaya a visitarlo en su laboratorio.

Durante las entrevistas, en que los dos físicos discuten horas y horas problemas científicos, la sorpresa del sabio inglés fue enorme al comprobar que Pierre Curie trabaja sin colaboradores, en un miserable local, y que dedicaba lo mejor de su tiempo a labores pobremente pagadas, y que casi nadie, en París, conocía el nombre de un hombre a quien él, lord Kelvin, consideraba como un maestro.

Pierre Curie es algo más que un físico destacado.

Es el hombre que, aconsejado para que presente su candidatura a un puesto que mejoraría su situación material, contesta:

Me han dicho que uno de los profesores acaso presente su dimisión, y que yo, en todo caso, debo presentar mi candidatura para substituirle. Esto es el vil trabajo de un candidato a cualquier plaza, y yo no estoy acostumbrado a ese género de ejercicios, que, antes que nada, desmoraliza. Lamento mucho haberle hablado de ello. Creo que no hay nada más perjudicial para el espíritu que dejarse llevar por preocupaciones de ese género.

Propuesto por el director de la Escuela de Física para una condecoración (ilas palmas académicas!), se niega a aceptarla en estos términos:

Señor director:

El señor Muzet me ha dicho que usted tenía la intención de proponer de nuevo, al prefecto, que se me condecorara.

Le ruego, por favor, que no haga nada. Si usted logra que me den esa distinción, me pondrá usted en la situación de rechazarla, pues estoy

dispuesto a no aceptar ninguna condecoración, de cualquier clase que sea. Confío en que querrá usted evitarme un paso que me pondría un poco en ridículo ante las gentes.

Si su intención es la de darme un testimonio de su interés por mí, ya lo ha hecho, y de una manera mucho más eficaz, por lo que le quedo sinceramente reconocido, y es la de facilitarme mayor comodidad en el trabajo.

Tenga la seguridad de mi más completa devoción.

Pierre Curie es —o hubiera podido ser— un escritor. Este hombre, cuya instrucción fue un poco caprichosa, tiene un estilo original, elegante, vigoroso:

Aturdir de cascabeles el espíritu que quiere pensar.

Para que, débil como soy, no deje que mi cabeza se deje llevar por todos los vientos, cediendo al menor soplo que la mece, sería necesario que todo fuera inmóvil alrededor mío, o que, lanzado como un trompo que zumba, el mismo movimiento me hiciera inaccesible a las cosas exteriores.

Cuando, en situación de dar vueltas alrededor de mí mismo, intento dispararme, una quisicosa, una palabra, un relato, 'un periódico, una visita, me detienen, me privan de convertirme en giróscopo o trompo, y pueden hacer retroceder o retardar para siempre el instante en que, con una velocidad suficiente, podría, a pesar de cuanto me rodea, concentrarme en mí mismo.

Nos es necesario comer, beber, dormir, haraganear, amar, es decir, acercarse a las cosas más suaves de la vida, y, no obstante, evitar sucumbir. Es necesario que, haciendo todo esto, los pensamientos antinaturales a los cuales nos hemos dedicado permanezcan dominando y continúen su curso impasible en nuestra pobre mente. Es necesario hacer de la vida un sueño y del sueño una realidad.

Pierre Curie tiene sensibilidad e imaginación; las desazones y las angustias de los poetas, de los artistas...

¿Qué seré en el futuro? —escribe en su diario, en el año 1881—. Rara vez soy enteramente mío. De ordinario, una parte de mi ser está adormecida. Me parece que cada día mi espíritu se entorpece. Antes me dedicaba por entero a

las divagaciones científicas o a otra clase de divagaciones; hoy, apenas afloro los sujetos y no me puedo dejar absorber por ellos... ¡Por tantas cosas que tengo que hacer!

Pobre espíritu mío, ¿tan débil eres que no puedes reaccionar sobre mi cuerpo? ¡Qué poca cosa son mis pensamientos, que no pueden remover mi pobre espíritu! Y el orgullo y la ambición, ¿no podrían empujarme y dejarme vivir así? Sólo en mi imaginación tengo confianza de salir de la rodada. Sólo ella seducirá mi espíritu y se lo llevará tras de sí. Pero mucho me temo que esté muerta...

Es poeta, a la vez que el físico, subyugado por María Sklodowska, ha visto lo que había en ella de excepcional. Con una suave tenacidad, Pierre Curie intenta acercarse a la joven. La ha vuelto a ver, dos o tres veces, en las sesiones de la Sociedad de Física, en donde ella escuchaba las comunicaciones de los sabios sobre las más recientes investigaciones. Le ha enviado, dedicado, un ejemplar de la "edición selecta" de su último trabajo "Sobre la simetría en los fenómenos físicos. Simetría de una zona eléctrica y de una zona magnética, y en la primera página, con letra incierta, ha escrito: "A la señorita Sklodowska, con el respeto y la amistad del autor. P. Curie". La ha observado, además, en el laboratorio de Lippmann, enfundada en su bata de tela, inclinada y silenciosa sobre sus aparatos.

Y más tarde, le ha pedido permiso para visitarla. María le ha dado su dirección: calle des Feuillantines, 11.

María, amistosa y discretamente, lo ha recibido en su pequeño departamento, y Pierre, con el corazón emocionado al observar tanta pobreza, ha admirado, no obstante, en su fuero íntimo, el sutil acuerdo del personaje y del ambiente. En este recinto casi vacío, con su vestido usado, su rostro ardiente y firme, María le ha parecido más hermosa que nunca. Su joven silueta, fatigada por el esfuerzo de una vida ascética, no podía encontrar cuadro más justo que esta buhardilla desnuda.

Pasan algunos meses. La amistad aumenta, crece la intimidad, a medida que aumentan también la estima y la recíproca admiración. Pierre Curie ya es prisionero de la polaca, hartamente inteligente y hartamente lúcida. La obedece y sigue sus consejos.

Empujado, estimulado por María, el físico francés sacudirá su indolencia, redactará sus trabajos sobre el magnetismo y entregará una magnífica tesis de doctorado.

María todavía se cree libre y no parece dispuesta a escuchar las palabras definitivas que el sabio no se atreve a pronunciar.

Esta noche, acaso por décima vez, están reunidos en la habitación de la calle des Feuillantines. Hace un buen día. Se acaba una tarde del mes de junio. Sobre la mesa, cerca de los libros de matemáticas, con la ayuda de los cuales María prepara su próximo examen, hay en un vaso unas blancas margaritas, que han traído del paseo que María y el sabio francés acaban de dar. La muchacha sirve el té, calentado en la fiel lámpara de alcohol.

—Me gustaría que conociera usted a mis padres. Vivo con ellos en un pequeño chalecito, en Sceaux. Son simpatiquísimos...

Y describe a su padre: un anciano descuidado, de ojos azules y vivos, muy inteligente, nervioso y colérico, y, no obstante, de una bondad extrema, y su madre, que, aunque entumecida por las enfermedades, sigue siendo un ama de casa hábil, decidida y alegre. Evoca luego su infancia caprichosa y los interminables paseos que hacía con su hermano Jacques.

María le escucha, sorprendida. ¡Cuántas analogías, cuántas correspondencias misteriosas! Bastaría cambiar algunos detalles, trasladar el chalecito de Sceaux a una calle de Varsovia, para que la familia Curie se convirtiera en la familia Sklodowski. Dejando aparte la cuestión religiosa —el doctor Curie es librepensador y anticlerical, y no ha bautizado a sus hijos—, es el mismo ambiente, lleno de inteligencia y dignidad. El mismo respeto por la cultura, el mismo amor a la ciencia, la misma solidaridad afectuosa entre padres e hijos, el mismo deseo apasionado por la naturaleza.

Más confiada y sonriente, María relata sus alegres vacaciones en el campo de Polonia, ese campo que volverá a ver dentro de unas semanas...

—Pero ¿usted va a volver en octubre, no? ¡Prométame usted que volverá! Si se queda usted en Polonia, le será imposible continuar sus estudios. ¡Usted no tiene derecho, ahora, a abandonar la ciencia!

Estas palabras de banal solicitud traicionan en Pierre una profunda angustia. María sabe que cuando él dice "usted no tiene derecho, ahora, a abandonar la ciencia", quiere decir, sobre todo, "usted no tiene derecho a abandonarme".

Hay un largo silencio. Luego, María, levantando sus ojos color ceniza hacia los de Pierre, contesta con una voz todavía dudosa:

—Creo que tiene usted razón. Me gustaría mucho volver.

Pierre ha hablado muchas veces del porvenir. Le ha dicho a María que se case con él, pero la solicitud no ha sido coronada por el éxito. Casarse con un francés, abandonar para siempre su familia, renunciar a sus actividades patrióticas, alejarse de Polonia... Estas cosas le parecen, a la señorita Sklodowska, que son terribles traiciones. No puede, no debe. Se ha examinado brillantemente, una vez más, y ahora es necesario que vuelva a Varsovia, acaso para el verano y tal vez para siempre. Y María toma el tren, sin prometer nada, dejando entristecido al sabio precoz, que no se conforma con la amistad que se le ofrece.

La sigue con el pensamiento. Le gustaría reunirse con ella en Suiza, donde pasa unas semanas acompañando a su padre, o ir en su busca a Polonia —a esa Polonia de la cual está celoso—, pero es imposible.

Entonces, de lejos, sigue defendiendo su pleito. Esté donde esté —en Crettan, Lemberg, Cracovia o Varsovia—, María recibe unas cartas escritas con rasgo indeciso y un poco infantil, sobre el modesto papel timbrado de la Escuela de Física, que intentan convencerla, recordarle que Pierre Curie la espera.

El día 10 de agosto de 1894, Pierre Curie escribe a María Sklodowska:

No hay nada que me dé tanta alegría como recibir noticias tuyas. La perspectiva de quedarme dos meses sin saber de usted me era completamente desagradable. Con esto queda establecido que su carta ha sido bien recibida.

Confío en que hará usted provisión de aire puro y regresará por el mes de octubre. Yo no pienso viajar; me quedaré en el campo, en donde paso todo el día con la ventana de mi habitación abierta, o en el jardín.

Nos hemos prometido (¿no es cierto?) mantener, cuando menos, una gran amistad. ¡Mientras no cambie usted de intenciones! Pues no hay promesas

que sean firmes. Son cosas que no se pueden imponer. Y, no obstante, sería algo hermoso, en lo que no me atrevo a creer, el hecho de pasar la vida cerca el uno del otro, hipnotizados en nuestros sueños: su sueño patriótico, nuestro sueño humanitario y nuestro sueño científico.

De todos estos sueños, éste, el último, es el que creo legítimo. Quiero decir con esto que somos impotentes para cambiar el estado social, y siendo así, no sabríamos qué hacer, y actuando en algún sentido no estaríamos nunca seguros de hacerlo mejor o peor, retardando alguna evolución inevitable. En cambio, desde el punto de vista científico, el terreno es mucho más sólido, y todo descubrimiento, por pequeño que sea, es un avance.

Usted ve cómo todo se encadena... Está convenido que seremos muy buenos amigos, pero, si dentro de un año usted abandona Francia, sería una amistad demasiado platónica ésta de dos seres que no se verán más. ¿No sería mejor que se quedara usted a vivir conmigo? Ya sé yo que este asunto le enoja, y no quiero volverle a hablar de ello, tan indigno de usted me considero, desde todos los puntos de vista.

Había pensado pedirle permiso para encontrarla por casualidad, en Friburgo. Pero supongo que usted se quedará allí un solo día, y ese día debe usted consagrarse necesariamente a. nuestros amigos Kowalski.

Créame su devoto amigo.

P. CURIE.

Sería muy feliz si usted me contestara asegurándome que piensa regresar en octubre. Si me escribe usted directamente a. Sceaux, las cartas me llegan más rápidamente: Pierre Curie, 13, calle des Sablons, en Sceaux, Seine.

El día 14 de agosto de 1894, Pierre Curie escribe a María Sklodowska:

No estoy muy decidido a ir en su busca. He dudado todo el día, para llegar a esta conclusión negativa. La primera impresión que he tenido al recibo de su carta es que usted prefiere que no vaya. La segunda, que, de todas maneras, era usted muy amable al darme la posibilidad de pasar tres días con usted, y estuve a punto de marchar. Luego me ha sobrecogido una especie de vergüenza de perseguirla así, casi contra su voluntad, y, por último, lo que

me ha decidido a quedarme, la casi certidumbre de que mi presencia podría ser desagradable a su padre y le estropearía el placer de pasear con usted.

Ahora que ya no hay tiempo, lamento no haber ido. ¿Acaso no era doblar la amistad que tenemos el uno para el otro, el hecho de pasar tres días juntos y de tomar fuerzas, para no olvidarnos durante los dos meses y medio que nos separan?

¿Es usted fatalista? ¿Recuerda usted el miércoles de ceniza? La he perdido a usted, bruscamente, entre la multitud. Me parece que nuestras amistosas relaciones fueron bruscamente interrumpidas, sin que lo deseáramos uno y otro. Yo no soy fatalista, pero acaso sea una consecuencia de nuestros caracteres. No sabría actuar en el momento oportuno...

De todas maneras, no será un mal para usted, pues no sé por qué motivo se me ha metido en la cabeza que debo retenerla en Francia, desterrada de su país y de los suyos, sin tener nada que ofrecerle de bueno a cambio de tanto sacrificio.

La encuentro a usted un poco presuntuosa, cuando dice que usted es completamente libre. Todos somos, más o menos, esclavos de nuestros afectos, esclavos de los prejuicios de quienes amamos y, además, debemos ganarnos la vida, y con esto, convertirnos en una rueda más de la máquina, etc.

Lo más penoso son las concesiones que hay que hacer a los prejuicios de la sociedad que nos rodea. Según se siente uno más o menos fuerte, más o menos concesiones se hacen. Si se hacen algunas, acaba uno por ser aplastado. Si se hacen demasiadas, se envilece uno y acabamos por despreciarnos a nosotros mismos. Heme aquí lejos de los principios que tenía hace diez años. En esa época creía que era necesario ser excesivo en todo y no hacer ninguna concesión al ambiente que nos rodea. Creía que era necesario exagerar, tanto los defectos como las cualidades, no me ponía más que camisas azules, como los obreros, etc...

En fin, ya ve usted que he envejecido y que me siento debilitado.

Le deseo muchas satisfacciones.

Su devoto amigo.

P. CURIE.

El día 7 de septiembre de 1894, Pierre Curie escribía a la señorita Sklodowska:

...Como puede usted suponer, su carta me intranquiliza. Le aconsejo que regrese a París en el mes de octubre. Me causaría mucha pena que no volviera este año. No es sólo por un egoísmo de amigo por lo que le digo que venga. Creo, tan sólo, que trabajará mejor, y que aquí dará una labor más sólida y más útil.

¿Qué pensaría usted de alguien que se tirara de cabeza contra un muro de piedra, con la pretensión de derrumbarlo? Eso podría ser la resultante de sus hermosos sentimientos, pero, de hecho, esta idea sería ridícula y estúpida. Creo que ciertos problemas reclaman una solución general, que hoy no pueden tener una solución local, y que cuando se lanza uno a una vía que no tiene salida puede hacerse mucho daño. Creo que la justicia no es de este mundo y que el sistema más fuerte, o mejor aún, el más económico, será el que prevalezca. Un hombre se extenua por el trabajo, y vive por ello miserablemente. Es una cosa indignante, pero no por eso cesará. Probablemente desaparecerá, porque el hombre es una especie de máquina, que tiene la ventaja, desde el punto de vista económico, de hacer funcionar una máquina cualquiera dentro de un régimen normal, sin forzarla.

Tiene usted una manera sorprendente de comprometer el egoísmo. Cuando yo tenía veinte años, tuve una gran desgracia. En circunstancias terribles, perdí una amiga de la infancia, a quien quería mucho... Me falta valor para decir cómo. Los días y las noches que siguieron los pasé con una idea fija; sentía como un placer en torturarme a mí mismo. Me había dedicado, de buena fe, a una existencia de sacerdote, me había prometido a mí mismo no interesarme más que por las cosas y olvidarme de mí y de los hombres. A menudo me he preguntado, años más tarde, si esta renuncia a la existencia no era simplemente un artificio que usaba vis a vis de mí mismo, para adquirir el derecho de olvidar.

¿Es libre el correo en su país? Lo dudo mucho, y creo que para el porvenir será mejor no disertar en nuestras cartas sobre materias que, puramente filosóficas, podrían ser mal interpretadas y causarle algún perjuicio.

Si quiere usted escribir, a calle des Sablons, 13.

Su amigo devoto.

P. CURIE.

El día 17 de septiembre de 1894, Pierre Curie escribe nuevamente a la señorita Sklodowska.

Su carta me inquietó mucho. La sentía a usted trastornada e indecisa. Su carta de Varsovia me tranquiliza y noto que se ha calmado usted. Su retrato me gusta mucho. ¡Qué excelente idea ha tenido usted al enviármelo! Se lo agradezco de todo corazón.

En fin, viene usted a París, y ello es para mí un gran placer. Vivamente deseo que seamos, por lo menos, amigos inseparables. ¿Está usted de acuerdo conmigo?

Si usted fuera francesa llegaría fácilmente a ser profesora en un liceo o en una escuela normal de señoritas. ¿Le gustaría esta profesión?

Su amigo muy devoto.

P. CURIE.

He mostrado su retrato a mi hermano. ¿Hice mal? Le ha encontrado a usted muy bien. Y ha añadido: "Tiene el aire muy decidido, e incluso obstinado.

¿No es ya un timbre de honor haber inspirado tan bellas cartas?

Llegó octubre. El corazón de Pierre estaba henchido de felicidad. María, como prometió, ha vuelto a París. La ve de nuevo en las clases de la Sorbona, en el laboratorio de Lippmann. María, que dice que este año es el último de su permanencia en Francia, no vive en el Barrio Latino, Bronia le ha cedido una habitación en el gabinete que ha abierto en la calle de Chateaudun, 39. Como los Dluski viven en la Villette, y Bronia permanece de día solamente en la calle de Chateaudun, María puede trabajar en paz.

En este piso sombrío, un poco triste, Pierre Curie repite su demanda. A su manera, es tan testarudo como María. Posee la misma fe que su futura esposa, pero es una fe más completa, más pura de toda mezcla. Para él, la ciencia es el único fin. Por eso su aventura es tan extraña, casi increíble, puesto que ella mezcla, al ritmo de su corazón, la aspiración esencial de su espíritu. El sabio se siente atraído hacia María por un impulso pasional, al mismo tiempo que por la más precisa necesidad.

Estaría dispuesto a sacrificar lo que las gentes llaman la felicidad por una felicidad sólo conocida por él. Ha hecho a María una proposición a primera vista extravagante, y que podría interpretarse como un ataque, pero está en la plena lógica de su manera de ser. Si María no siente cariño por él, ¿por qué no aceptar un arreglo simplemente amistoso, el de "trabajar en un departamento de la calle Mouffetard, con ventanas que dan a los jardines; un departamento que puede dividirse en dos partes independientes?"

¿Y si él, Pierre Curie, puesto que es indispensable y hay que pagar su precio, se comprometiera a establecerse en Polonia, se casaría con él? Al principio daría clases de francés, y luego, mejor o peor, se entregaría con ella a la investigación científica. Ante la ex institutriz, despreciada ayer por una familia de hidalgos rurales polacos, este hombre extraordinario se inclina, se humilla, suplica.

María confía a Bronia sus dudas, sus angustias; habla del ofrecimiento, que le ha hecho Pierre, de expatriarse. No se siente con derecho para aceptar semejante sacrificio, pero se siente emocionada y turbada ante la idea de que Pierre la quiere tanto que haya pensado en eso.

Enterado de que María ha hablado de él a los Dluski, Pierre intenta por este lado su nueva ofensiva. Va en busca de Bronia, a quien ya ha visto otras veces, y consigue que se ponga completamente de su parte, y la invita, con María, para que vayan a la casa de sus padres, en Sceaux. La esposa del doctor Curie llama aparte a Bronia, y con una voz insistente y conmovedora le ruega que intervenga cerca de su hermanita:

—No hay en el mundo un ser que valga lo que mi Pierre — repite in madre—. Que no dude su hermana. No será tan feliz con otro corno con él.

Transcurrirán todavía diez meses antes de que la polaca acepte la idea del matrimonio. En auténtica intelectual "eslava", María está llena de teorías sobre la

existencia y sus deberes. Algunas teorías son generosas y hermosas, otras no son más que pueriles. Sobre todo —y Pierre lo ha comprendido desde hace mucho tiempo—, no son las que hacen de María un ser superior. El sabio excusa estos principios, que María comparte con algunos millares de compatriotas cultos. Lo que le atrae y fascina es su devoción total para el trabajo, es su genio, que presiente, es su firmeza y su nobleza. Esta muchacha graciosa tiene el carácter y los dones de un gran hombre.

¿Los principios? ¡Bah! ¡Él también ha vivido de principios durante mucho tiempo, pero la vida misma se ha encargado de demostrarle su absurdo! Él también se había prometido no casarse jamás. No tiene una Polonia que defender, pero siempre había creído que el matrimonio era incompatible con una existencia dedicada a la ciencia. El trágico fin de un amor ardiente de juventud le había hecho recogerse en sí mismo y haber apartado de sí las mujeres. No quería amar. ¡Bienhechor principio que le ha preservado de una unión banal, que le ha hecho esperar el encuentro de una mujer excepcional, de una mujer "hecha para él", de ella, de María! No iba a cometer ahora la estupidez, en nombre de un principio, de dejar escapar la suerte de una gran felicidad, de una maravillosa colaboración. Quiere hacer suya a la muchacha, a la polaca y a la profesora de física, estas tres personas que ya le son imprescindibles.

Todo esto se lo demuestra suavemente a la señorita Sklodowska. Con estas palabras, y con otras, más tiernas, con la protección que sobre ella tiende, con el encanto irresistible y profundo de su presencia cotidiana, y Pierre Curie, poco a poco, consigue hacer de la solitaria un ser humano.

El día 14 de julio de 1895, el hermano de María, José, envía a ésta, desde Varsovia, la afectuosa absolución de la familia Sklodowski:

... Y ahora que eres la novia del señor Curie, te envío, primero, mis más sinceros deseos de que encuentres a su lado tanta felicidad y satisfacción como mereces a mis ojos y ante los ojos de todos aquellos que conocen tu excelente corazón y tu carácter.

Creo que haces bien en seguir tu corazón, y ninguna persona razonable puede condenarte por ello. Estoy persuadido, porque te conozco, que tu alma entera será siempre polaca, y también lo estoy que de corazón seguirás

formando parte de nuestra familia. También nosotros seguiremos ayudándote y considerándote de los nuestros.

Mil veces prefiero saberte en París, feliz y contenta, antes que verte regresar a nuestro país, quebrantada por el sacrificio de una vida entera y víctima de una concepción demasiado sutil de tu deber. De todas maneras, hemos de procurar vernos, a pesar de todo, lo más a menudo posible.

Cien veces te beso, querida María, y una vez más te deseo todo género de felicidades, alegrías y éxitos. Saluda afectuosamente a tu novio de nuestra parte. Dile que veo en él a un futuro miembro de nuestra familia y que le ofrezco sin reserva alguna mi amistad y mi simpatía. Y creo que él también me concederá su amistad y su estima.

Tu hermano, que sinceramente te quiere.

José.

Algunos días más tarde, María escribe a su amiga Kazia y le participa la importante decisión que ha tomado.

Kazia recibe la siguiente carta de María:

Cuando recibas esta carta, tu Mania habrá cambiado de nombre. Voy a casarme con el hombre de quien te hablé el año pasado en Varsovia. Me es muy penoso quedarme para siempre en París, pero ¿qué se le va a hacer? El destino ha hecho que nos hayamos atraído profundamente el uno al otro y que no podamos soportar la idea de separarnos.

No te había escrito, pues todo esto se ha decidido en poco tiempo, muy rápidamente. Durante un año entero he dudado y no sabía qué decidir. Por fin, me he reconciliado con la idea de establecerme acá. Cuando recibas esta carta, escíbeme:

Sra. Curie, Escuela de Física y Química, calle Lhomond, 42. Es así cómo voy a llamarme de ahora en adelante. Mi marido es profesor de esta escuela. El año próximo le llevaré a Polonia, para que la conozca, y no me olvidaré en ese momento de presentarle a mi querida hermanita de elección y de pedirte que le quieras.

El día 26 de julio, María despierta por última vez en su departamento de la calle de Chateaudun. Hace un día espléndido. El rostro de la muchacha es hoy muy hermoso. Algo aparece y brilla en él que sus compañeros de curso no habían observado. En este día, la señorita Sklodowska se convierte en la señora Pierre Curie.

Peina sus cabellos encantadores, se pone su vestido de novia, ofrenda de la anciana madre de Casimiro Dluski, que vive en la actualidad en la calle de Alemania. "No tengo más vestido que el que me pongo todos los días —había dicho María en cierta ocasión—. Si tenéis la gentileza de regalarme uno, quisiera que fuera oscuro y práctico, para podérmelo poner luego, cuando vaya al laboratorio".

Aconsejada por Bronia, una costurerita de la calle Dancourt, la señora Glet, ha cortado un traje de lana azul marino y la blusa azul, alistada de azul claro. María, con ese vestidito, está bonita, joven.

María está encantada de este matrimonio, que hasta en los detalles del gran día será distinto a los demás casamientos. No habrá vestido blanco, anillo de oro, banquete... Tampoco habrá ceremonia religiosa. Pierre es librepensador, y María, desde hace tiempo, ha dejado de ser practicante. Tampoco habrá notario, puesto que los novios no poseen nada en el mundo, únicamente dos bicicletas rutilantes compradas la víspera con el regalo en metálico que les ha enviado un primo, y con las cuales, durante el verano, recorrerán el campo.

En efecto, será un hermoso casamiento, al cual no concurrirán ni la indiferencia, ni la curiosidad, ni la envidia. En la alcaldía de Sceaux y en el jardín de la calle des Sablons, en casa de los padres de Pierre, estarán Bronia y Casimiro, algunos amigos muy íntimos —universitarios— y, llegado de Varsovia, con Hela, el profesor Sklodowski, que se enorgullece de hablar con el anciano doctor Curie el francés más correcto y más selecto. Pero, antes, le habrá dicho en voz baja, muy emocionado, estas palabras, salidas de su buen corazón:

—Va usted a tener, en María, una hija digna de su afecto. Desde que está en el mundo jamás me ha dado el menor disgusto.

PIERRE ha ido a casa de María en su busca. Deben tomar, en la estación de Luxemburgo, el tren para Sceaux, en donde les esperan sus padres. En la imperial

del ómnibus, bajo el sol alegre, suben el boulevard *Saint-Michel*, y de lo alto de su carro triunfal miran, al pasar, los lugares que les son familiares.

Al cruzar frente a la Sorbona, ante la entrada de la Facultad de Ciencias, María ha apretado un poco más fuerte el brazo de su compañero, y ha buscado su mirada luminosa, reposada.

Capítulo 11

Un matrimonio joven

María triunfa siempre en lo que se propone. También en su matrimonio. Ha dudado durante un año antes de casarse con Pierre Curie. Casada, organiza la vida conyugal con una ternura tan clara, que hará de esa existencia una maravilla.

Los primeros días de su vida en común son pintorescos. Ella y él recorren, con sus famosas bicicletas, las carreteras de la Île-de-France. En el correaje de su portamantas han metido algunos vestidos y dos largas capas impermeables, que el verano lluvioso les ha obligado a comprar. Almuerzan sobre el césped de las praderas un poco de pan y de queso, melocotones y cerezas. Todas las noches, a la ventura, duermen en la primera posada que encuentran. Y hallan la sopa espesa y caliente, y una habitación con las paredes empapeladas con papel desteñido, sobre el cual la vela hace danzar sombras mágicas. Quedan solos en el falso silencio de la noche en los campos, lleno de ladridos lejanos, de arrullos de los pájaros, del lamento enloquecido de las gatas y del crujido dramático de los techos.

Cuando quieren explorar los sotos, los peñascos, cortan su viaje con un paseo a pie. Pierre tiene pasión por el campo. Sin duda alguna, los largos paseos silenciosos son necesarios a su genio, favorecen su ritmo exacto, sus meditaciones de hombre de ciencia. No puede permanecer inmóvil, fuera, en el jardín. No sabe "descansar". No le gustan las clásicas excursiones, con los itinerarios previstos de antemano. No tiene ninguna noción del tiempo. ¿Por qué hay que caminar de día, mejor que de noche? ¿Por qué las horas de las comidas deben ser inmutables?

Desde niño se ha acostumbrado a marchar de pronto, lo mismo al alba que en el crepúsculo, sin saber si regresará dentro de tres días o al cabo de una hora. De sus paseos con su hermano ha conservado recuerdos maravillosos.

¡Oh, qué hermoso tiempo pasé allí, en la soledad bienhechora, lejos de las mil pequeñas cosas molestas que en París me martirizan! No; no lamento las noches pasadas en el bosque y las jornadas que corrían solas. Si tuviera tiempo no me cansaría de contar los sueños que hice. También quisiera describir el valle delicioso, embalsamado de aromáticas plantas, el hermoso follaje, tan fresco y tan húmedo que atravesaba el Biebra, el palacio de hadas

de columnas de lúpulo, las rocosas y rojas colinas de brezo, en las que tan bien se estaba. Siempre me acordaré con gratitud del bosque de la Minière. De todos los rincones que conozco, es el que más me gusta y donde he sido más feliz. Me iba, generalmente, de noche y subía por el valle... Volvía con veinte ideas en la cabeza...

Los vagabundeos del verano de 1895, estos "vagabundeos de boda", son mucho más suaves aun: el amor los embellece y los exalta. Por unos cuantos francos, con que se pagan las habitaciones en los pueblos, y miles de golpes de pedal, los recién casados, durante noches y días maravillosos, se ofrecen el lujo de la soledad de ambos.

Hoy, dejan sus bicicletas en una casa de campesinos, se alejan de la carretera y se dirigen, al azar, por un sendero, no llevando más que una brújula y frutas. Pierre va delante, a grandes zancadas, y ella le sigue, sin fatiga. Sacrificando un poco las conveniencias, se ha subido las faldas, para poder caminar más libremente. María va con la cabeza descubierta. Lleva un corpiño blanco, muy fresco, bastante bonito, enormes zapatos, y alrededor del talle, un cinturón de cuero, práctico y poco gracioso, en el que guarda, en sus carteritas, un cortaplumas, dinero y un reloj. No viste a la moda, digámoslo francamente, va mal arreglada y, no obstante, tiene cierto encanto.

Sin volverse siquiera para mirar a su mujer, Pierre sigue en voz alta una meditación interior, y habla de un trabajo de cristalografía que le preocupa. Sabe que María le escucha y que lo que conteste será inteligente, útil, original. María también tiene grandes proyectos: quiere preparar el concurso de agregación, y Pierre está casi seguro de que el director de la Escuela de física, el señor Schutzenberger, le concederá la autorización para hacer investigaciones en el mismo laboratorio de Pierre. ¡Vivir constantemente juntos! ¡No separarse jamás!

A través de los sotos, la pareja llega a la orilla de un estanque rodeado de rosales. Pierre descubre, con una alegría infantil, la flora y la fauna de esta charca durmiente. Conoce maravillosamente bien los animales del aire y del agua, las salamandras, las libélulas, los tritones... Mientras que la joven esposa se tiende sobre el ribazo, Pierre avanza diestramente sobre un tronco de árbol tumbado, y

arriesgando una caída o el baño forzado, tiende las manos para agarrar jóvenes iris y pálidos nenúfares flotantes.

María, tranquila, casi adormecida, mira el cielo, por donde pasan las nubes ligeras. De pronto, da un grito, al sentir sobre la palma de su mano una cosa fría y húmeda. Es una rana verde, palpitante, que Pierre ha puesto delicadamente sobre su mano. No ha querido gastarle una broma. La intimidad con las ranas es a sus ojos una cosa absolutamente natural.

— Pierre, ¡por favor!... — dice María en son de protesta, con un movimiento de espanto.

El físico se sorprende:

— ¿No te gustan las ranas?...

—...pero no en las manos.

— No tienes razón —dice él, sin conmoverse—. ¡Es tan divertido mirar una rana! Abre tus dedos dulcemente. ¡Fíjate qué bonita es!

Agarra el animal que tiene María, y ésta, tranquilizada, sonrío. Pone la rana al borde de la charca y le devuelve su libertad. Y cuando del descanso, reanuda su camino por el sendero. Su mujer, que se ha levantado de un salto, le sigue, llevando nenúfares e iris como un adorno salvaje.

Acechado por su trabajo, Pierre se olvida bruscamente del bosque y del cielo, de la rana y del estanque. Sueña en las dificultades inmensas de sus investigaciones, en los inquietantes misterios del desarrollo de los cristales; describe el aparato que quiere montar para una nueva experiencia; y, otra vez, escucha la voz fiel de María que le plantea lúcidos problemas, meditadas contestaciones.

En esos días felices se anuda uno de los más hermosos lazos que jamás hayan unido a una mujer y un hombre. Dos corazones laten al unísono, dos cuerpos se han juntado, dos cerebros de genio se han acostumbrado a pensar conjuntamente. María no podía casarse con otro hombre que no fuera este gran físico, este ser sereno y noble. Pierre no podía unirse a otra mujer que no hubiese sido esta polaca rubia, suave y vivaracha, que sabe ser, con algunos intervalos, pueril o trascendental, camarada y compañera, amante y profesora.

¡Dulce y maravilloso verano! Hacia mediados de agosto, cansados y encantados, los esposos se instalan cerca de Chantilly, en una granja conocida por La Biche (La

Cierva). Un nuevo descubrimiento de Bronia que ha alquilado esta tranquila morada por unos meses. María y su marido se reúnen allí con la respetable señora Dluska, Casimiro, Bronia y su hija Helena, a quien conocen por el sobrenombre de Lou, el profesor Sklodowski y su hija Hela, que prolongaron su permanencia en Francia.

Estas vacaciones dejarán a este grupo de seres, que el destino reunirá en muy raras ocasiones, un recuerdo precioso y magnífico. El encanto de la casa poética, aislada en un bosque poblado de faisanes y de liebres, y con la tierra tapizada de hojas de muérdago, y la delicia de una amistad que une dos razas y tres generaciones.

Pierre Curie ha conquistado el cariño de su nueva familia para siempre. Habla de ciencias con el señor Sklodowski, conversa seriamente con la pequeña Lou, que tiene tres años, es hermosa, divertida, alegre y hace las delicias de todos. A veces, el doctor Curie y su esposa se trasladan de Sceaux a Chantilly para hacerles una visita. Se añaden unos cubiertos en la mesa grande, y la conversación, animada, pasa, de la química y la medicina, a la educación de los niños; de las ideas sociales, a la vida general de Francia o Polonia.

No hay en Pierre esa instintiva desconfianza hacia los extranjeros, tan frecuente entre los franceses. Por su parte, le han seducido las maneras de los Dluski y de los Sklodowski. Y para dar a su esposa una prueba más de su amor, se compromete, a pesar de las protestas cariñosas de María, a un esfuerzo muy lisonjero: aprender el polaco, la lengua más difícil de Europa y *"la más inútil, puesto que es la lengua de un país que no existe"*...

En La Biche, Pierre ha hecho una cura de "polonización". En Sceaux, María, a su vez, seguirá desde septiembre un curso de "francesismo". No pide nada mejor. Ya que ha escogido un francés por esposo, quiere incorporarse lo más posible a su segunda patria.

María sabe que al romper su resolución celibataria debe renunciar también a su vida espartana. Alrededor del matrimonio de excepción, fundado sobre la labor "antinatural" de la investigación científica, María ha creado una atmósfera humana, y quiere que su esposo tenga, entre sus padres y ella, una suave existencia. María ya quiere a su nueva familia, cuyo afecto hará menos cruel su destierro cuando hayan regresado a Polonia el señor Sklodowski y su hermana Hela.

El casamiento de Pierre con una extranjera pobre, encontrada en una buhardilla del Barrio Latino, no ha chocado ni sorprendido a estos ancianos y a estos espíritus de selección que son los padres de Pierre, y que han admirado a María desde el instante que la conocieron. No es sólo "el encanto eslavo" lo que impresiona a los padres políticos y al cuñado. Éste la distingue con una gran amistad. El doctor Curie está deslumbrado por la masculina inteligencia de su nuera, por su carácter, recto como una espada. Y su mujer está emocionada por la modestia y la gracia de la estudiante.

Una de las pocas sorpresas que tiene María en el ambiente de Sceaux es descubrir el vigor de las pasiones políticas de su suegro y de los amigos de éste. El doctor Curie, influido por las ideas de 1884, está íntimamente unido al radical Henry Brisson y tiene un espíritu batallador. María, que fue educada en la lucha contra los opresores extranjeros y la devoción pacífica por un ideal social, empieza a conocer las querellas partidistas, a las que tan aficionados son los franceses. Escucha largas contraofensivas y la exposición de apasionadas teorías, tan combativas como generosas. Cuando se cansa de ellos, se refugia cerca de su marido, que permanece alejado de las discusiones, soñador, silencioso... Si los invitados de los domingos quieren mezclar a Pierre en una de esas discusiones amistosas, suscitadas por los acontecimientos del día, el profesor contestará dulcemente, como excusándose:

— ¡No estoy muy fuerte para disgustarme!

Pierre Curie estaba poco inclinado a tomar parte activa en la política — escribirá María—. Por educación y por sentimientos, estaba unido a las ideas democráticas y socialistas, pero no estaba dominado por ninguna doctrina de partido. En la vida pública, como en la vida privada, no creía en el empleo de la violencia.

El proceso Dreyfus será una de las raras ocasiones en que Pierre Curie, saliendo de su reserva, se apasionará por una lucha política. Pero, aun en este momento, su conducta no le será dictada por un espíritu sectario, sino que tomará con naturalidad, el partido del hombre inocente y perseguido. Combatirá, porque es un hombre justo, contra una iniquidad que le causa horror.

Las ventanas del departamento de la calle de la Glacière, 24, en donde se instala el joven matrimonio, en el mes de octubre, dan sobre los árboles de un vasto jardín. Es el único encanto que tiene aquel piso, carente de toda comodidad.

Los Curie no han hecho ningún esfuerzo para adornar las tres habitaciones exiguas. Es más, han rechazado los muebles ofrecidos por el doctor Curie. Cada canapé, cada butaca sería un objeto más para limpiar todas las mañanas y para barnizar en los días de limpieza a fondo.



María Curie en su laboratorio (1903).

María no puede. No tiene tiempo. Además, ¿para qué tener canapés y butacas, si los Curie, de común acuerdo, han acordado suprimir las reuniones familiares y las visitas? El importuno que suba los cuatro pisos y vaya a perturbar al matrimonio, en su guarida, queda definitivamente rechazado al penetrar en el despacho conyugal, de limpias paredes, amueblado, únicamente, por una biblioteca y una mesa de madera blanca. A una punta de la mesa se halla la silla de María. En la otra punta,

la silla de Pierre. Sobre la mesa, tratados de física, una lámpara de petróleo, un ramillete de flores. Nada más. Ante las dos sillas, ninguna de las cuales es para el impertinente visitante, y las miradas correctamente sorprendidas de María y de su esposo, el más audaz no tiene otra salida que huir.

La existencia de Pierre tiene un solo ideal: la investigación científica, al lado de esta mujer bien amada, que también vive para lo mismo. La existencia de María es más dura, porque a la importancia de su obra, se mezclan las humildes y pesadas labores de todas las mujeres. María no puede descuidar la vida material, como en la época austera y bohemia de sus estudios en la Sorbona. Y su primera compra, al regreso de las vacaciones, ha sido la de un cuadernillo negro que en la cubierta tiene impreso con doradas letras esta enorme palabra: GASTOS.

Pierre Curie gana, en la actualidad, quinientos francos mensuales en la Escuela de Física. En espera del diploma de agregado, que permita a María dar clases en Francia, los quinientos francos son la única fuente de ingresos de la pareja.

Con esta suma, un matrimonio modesto puede vivir decentemente, y María ha aprendido a ser discreta en los gastos. Lo difícil es lograr que en las veinticuatro horas de un día quepa la pesada labor de una jornada. María pasa la mayor parte de su vida en el laboratorio de la Escuela, en donde le han reservado un puesto. ¡El laboratorio es la felicidad! Sólo que en la calle de la Glacière hay una cama por hacer y un piso por limpiar. Es necesario que la ropa de Pierre esté en buen estado y que sus comidas sean apetecibles. ¡Y todo ello sin servicio alguno!

María se levanta muy temprano para ir a la compra, y al anochecer, al regresar de la escuela, del brazo de su esposo, entra con éste en el almacén o en la lechería. Por la mañana, antes de salir hacia el laboratorio, monda las legumbres del almuerzo. ¿Dónde están los tiempos en que la indiferente señorita Sklodowska ignoraba los extraños ingredientes con los cuales se compone un caldo? Ahora, la señora Pierre Curie tiene a gala conocerlos bien. Desde que su matrimonio fue decidido, la estudiante ha aprendido, en secreto, algunas lecciones de cocina de la anciana señora Dluska y de su hermana Bronia. Ha aprendido cómo se asa un pollo y cómo se fríen las patatas. Prepara discretamente la comida para Pierre, y éste, a pesar de ser la indulgencia misma, no se da cuenta del gran esfuerzo que esto representa.

Un pueril amor propio estimula a María. ¡Qué modificación no sería la suya, si un día, su suegra, francesa, ante una tortilla mal hecha, se preguntara qué clase de educación dan a las niñas en Varsovia! Lee y relee libros de recetarios de cocina y hace anotaciones en los márgenes, describiendo en términos de concisión científica sus ensayos, sus fracasos y sus éxitos.

Inventa platos que piden poca preparación y hace otros que pueden dejarse cocer lentamente, durante las horas que hay que pasar en la escuela. ¡Pero la cocina es algo tan difícil como la química, y tan misteriosa! ¿Qué hacer para que los macarrones no se peguen? ¿Hay que poner en agua fría o en agua caliente la carne de buey hervida? ¿Cuánto tiempo tardan en cocerse las judías verdes? Ante su horno, María, con las mejillas sofocadas, lanza profundos suspiros. Era mucho más cómodo antes, alimentarse de pan con manteca y té, rábanos y cerezas.

Poco a poco va convirtiéndose en una discreta dueña de casa. La estufilla de gas, que tantas veces se había permitido calcinar un asado, conoce ahora sus deberes. Antes de salir, María deja la llama con una precisión de profesora de física y, luego, tras lanzar una última mirada inquieta a las cacerolas que confía al fuego, cierra la puerta de la escalera, desciende los peldaños se reúne con su marido para llegar juntos a la escuela.

Un cuarto de hora después, inclinada sobre otras retortas, arreglará con el mismo gesto cuidadoso la altura de una llama de un mechero del laboratorio.

Ocho horas de investigaciones científicas, dos o tres de trabajos domésticos. No es bastante. Por la noche, una vez inscriptos en pomposas columnas del cuaderno de cuentas —*Gastos del Señor, Gastos de la Señora*— los dispendios cotidianos, María Curie se sienta en la punta de la mesa de madera blanca y se sume en su preparación para el concurso de agregación. En la otra punta, Pierre, con la cabeza inclinada, atentamente, establece el programa de su nueva clase de la Escuela de Física. A menudo, sintiendo sobre sí la bella y profunda mirada de su marido, María levanta los ojos para recibir el mensaje de amor y de admiración. Una sonrisa silenciosa se cambia entre este hombre y esta mujer que se quieren. Hasta las dos o las tres de la mañana hay luz tras los cristales de sus ventanas, y en el despacho

con dos sillas se oye el pianísimo ardiente de la página que se devuelve o de la pluma que araña el papel.

El día 25 de noviembre de 1895 María escribe a José Sklodowski:

En casa toda va bien. La vida es agradable. Poco a poco, voy arreglando mi piso, pero procuro conservar un estilo que no dé ninguna preocupación y que no reclame gran cuidado, pues tengo muy poco servicio: una mujer, que viene una hora diaria para hacer la limpieza de la cocina y las limpiezas extraordinarias. Yo hago la cocina y el arreglo diario.

Frecuentemente vamos a Sceaux, para ver a los padres de mi marido. Esto no complica nuestro trabajo. Tenemos, en el primer piso, dos habitaciones que contienen lo que necesitamos; estamos como en nuestra casa y podemos hacer allí parte del trabajo que no hacemos en el laboratorio.

Mis trabajos "lucrativos" todavía no se precisan. Creo que este año conseguiré trabajo, que haré en el laboratorio. Es un trabajo medio científico, medio industrial, pero que yo prefiero a las lecciones.

El día 18 de marzo de 1896 María escribe a José Sklodowski:

... Nuestra vida es siempre la misma: monótona. Apenas vemos a nadie, con la excepción de los Dluski y, en Sceaux, a los padres de mi marido. No vamos casi nunca al teatro ni a ninguna diversión. Cuando llegue la Pascua tomaremos unos días de vacaciones y nos iremos de excursión.

Me entristece la idea de no poder asistir a la boda de Hela. Si ninguno de vosotros viviera en Varsovia, acaso, a pesar de las dificultades, reuniría el dinero necesario para el viaje. Pero, felizmente, Hela no estará sola ese día. Es necesario que me prive de esta inmensa alegría, que no podría darme, sin escrúpulos.

Desde hace unas semanas el calor aprieta. El campo está verde. Las humildes violetas, que comenzaron a despuntar en el pasado mes de febrero, llenan ahora los campos de Sceaux. Entre las piedras del jardín hay muchísimas. En las calles de París se venden flores a precios muy accesibles, y siempre tenemos ramilletes en nuestra casa.

El 16 de julio de 1896, María escribe a José y a la esposa de éste:

Queridos míos: ¡Me hubiera gustado tanto ir este año, para apretaros entre mis brazos! No he podido, ¡ay!, tanto por falta de dinero, como por falta de tiempo. Los exámenes de los concursos de agregación, que tengo en este momento, pueden prolongarse hasta mediados de agosto...

En el concurso de agregación a la enseñanza secundaria María Curie ha sido recibida en primer lugar. Sin decir una palabra, Pierre ha envuelto, con su brazo protector y orgulloso, el cuello de su polaca. Abrazados, han llegado hasta la calle de la Glacière..., y al instante han hinchado los neumáticos de las bicicletas y llenado las valijas, en ruta para la Auvernia. Viaje de exploración.

El matrimonio Curie prodiga sus fuerzas cerebrales y físicas. Sus vacaciones mismas son un desorden de energías.

Un espléndido recuerdo —escribirá más tarde María, nos ha quedado de un día de sol, en que tras una cuesta larga y penosa, atravesamos el prado verde y fresco de Aubrax, entre el aire puro de las altas mesetas. Otro recuerdo vivo es aquel de una noche en que, retardados, a la hora del crepúsculo, en la garganta del Truyère, nos quedamos pendientes por una canción popular que moría a lo lejos y que venía de una barca que descendía a flor de agua. Por no haber previsto muy bien nuestras etapas, no pudimos llegar a la pensión antes de la aurora. Un tropiezo con unos carros, cuyos caballos se asustaron de nuestras bicicletas, nos obligó a caminar, a campo traviesa, por tierras y sembrados. Luego, tomamos la carretera por la alta meseta, bañada por la luz irreal de la luna, mientras las vacas, que pasaban la noche entre cercas, se acercaban, gravemente, para contemplarnos con sus grandes ojos tranquilos.

Segundo año de matrimonio. No se diferencia del primero, más que por el estado de salud de María, alterado por su embarazo. La señora Curie ha deseado este hijo, pero está atormentada de encontrarse tan mal y de no poder estudiar, sin fatigarse, la imantación de los aceros, de pie ante sus aparatos. Y se lamenta.

El 2 de marzo de 1897, María escribe a Kazia:

Querida Kazia:

He retrasado mucho mi carta de felicitación del año nuevo, pero estos últimos tiempos me he sentido muy delicada, y ello me ha privado de la energía y de la libertad de espíritu necesarias para escribirte.

Voy a tener un hijo, y esta esperanza se manifiesta cruelmente. Desde hace dos meses, tengo continuos aturdimientos, durante todo el día, de la mañana a la noche. Me fatigo y me debilito mucho, y aunque no tengo mal semblante, me siento incapaz para el trabajo.

Mi estado me duele aun más, porque mi madre política está gravemente enferma.

El día 31 de marzo de 1897, María escribe a José Sklodowski:

Nada de particular. Todo el tiempo estoy sufriendo, y, lejos de debilitarme, no tengo mal semblante. La madre de mi marido enferma, y como es un mal incurable (un cáncer en un seno), estamos abatidísimos. Temo, sobre todo, que su enfermedad tenga su desenlace al mismo tiempo que mi parto. Si ello fuera así, mi pobre Pierre pasaría muy malas semanas.

En julio de 1897, María y su marido, que desde hace dos años apenas se han alejado el uno del otro, se separan por primera vez. El profesor Sklodowski ha venido a pasar el verano Francia y se ha instalado, con su hija, en el Hotel des Roches Grises de Port-Blanc, velando sobre ella, en espera de que Pierre, retenido en París, pueda reunirse con ellos.

En julio de 1897, Pierre escribe a su esposa:

Hijita mía, tan querida, tan gentil y a la que yo quiero tanto. He recibido tu carta hoy y me he sentido felicísimo. Aquí no hay nada de particular, si no es que tú haces mucha falta. Mi alma se ha ido contigo.

Estas líneas están escritas... en polaco; esa lengua bárbara de la que el profesor ha querido conocer las más tiernas palabras. En polaco también y en cortas frases, más fáciles de interpretar para un principiante, María le contesta:

Mi querido esposo:

Hace un día hermoso y el sol brilla. Hace calor. Estoy muy triste sin ti. Ven pronto. Te espero de la mañana a la noche y no te veo llegar. Yo estoy bien. Trabajo todo lo que puedo, pero el libro de Poincaré es más arduo de lo que creía. Es necesario que hable contigo y que releamos juntos lo que me ha parecido difícil.

Volviendo al francés, Pierre, en las cartas que empiezan con *Mi querida niñita, a la que quiero mucho*, describe su vida en Sceaux y los detalles de su trabajo de fin de año. Habla con extrema seriedad de las mantillas, de las ropitas y de las camisitas del niño que ha de nacer:

...Te he enviado hoy una encomienda postal, para ti. Encontrarás dentro dos chambras de punto de malla, que provienen, creo, de la señora P. Es la talla pequeña y la siguiente. La pequeña conviene para las chambras de punto elástico, pero hay que hacerlas un poco más anchas en tela o algodón. Es necesario que tengas chambras de las dos tallas.

Y, bruscamente, halla palabras graves y raras para explicar su amor:

...Pienso en el amor que llena mi vida y quisiera tener facultades nuevas. Me parece que concentrando mi espíritu exclusivamente en ti, como acabo de hacerlo, debería llegar a verte, a seguir lo que tú haces y a hacerte sentir todo lo que yo siento por ti en este momento, pero no llego a poseer la imagen.

A principios del mes de agosto, Pierre vuela hacia Port-Blanc. ¿Es de creer, acaso, que enternecido por el estado de María, encinta de ocho meses, va a pasar junto a ella un verano apacible? ¡De ninguna manera! Con una inconsciencia de locos —o, acaso, de sabios—, los esposos parten en bicicleta para Brest, cubriendo etapas tan largas como de costumbre. María ha afirmado que no sentía ninguna fatiga, y Pierre lo ha creído. Tiene el vago sentimiento de que su mujer es un ser sobrenatural que escapa a las leyes humanas.

No obstante, esta vez, el cuerpo de la muchacha reclama una gracia. María se ve obligada, sintiéndose humillada por ello, a abreviar el viaje y regresar a París, donde, el día 12 de septiembre, da a luz una hija: Irene. ¡Un hermoso bebé y un futuro premio Nobel! El doctor Curie preside el parto, que la señora Curie soporta con los dientes apretados, sin un grito.

El parto no ha sido muy celebrado, costando muy poco dinero. El 12 de septiembre encontramos en el cuaderno de cuentas, a título de gastos: *Champaña, tres francos. Telegrama, 1 franco 10*. En el capítulo de "enfermedades": *Farmacia y enfermedad: 71 francos 50*. El total de gastos en el mes de septiembre del matrimonio Curie —430 francos con 40—, lo encuentra María terriblemente aumentado, y por ello subraya la cifra 430 francos, con dos trazos vigorosos y rabiosos.

La idea de optar entre la vida de familia y la carrera científica no atraviesa siquiera el espíritu de María. Está dispuesta a enfrentarse con el amor, las maternidades y la ciencia y no hacer trampas en nada. Pasión y voluntad. Y triunfa.

El día 10 de noviembre de 1897, María le dice al señor Sklodowski:

Crío a mi pequeña reina, pero en estos últimos tiempos hemos temido seriamente que no pudiera resistirlo. Durante tres semanas, el peso de la niña ha disminuido repentinamente. Irene tenía mal aspecto, estaba abatida y sin vida. Desde hace unos días está mejor. Si la niña aumenta de peso normalmente, seguiré criándola; si no, tomaré una nodriza, a pesar del dolor que ello me causará, y a pesar del gasto. Por nada del mundo quisiera perjudicar el desarrollo de mi hija.

Aun hace buen tiempo, caluroso, soleado. Llevo todos los días a Irene a pasear conmigo o con la criada. La baño en una pequeña cubeta de colada".

Bajo las formales indicaciones del médico, María tiene que dejar de dar el pecho a su hija. Pero, por la mañana, a mediodía, por la tarde y por la noche, María cambia la ropita, la lava y la viste. La nodriza pasea la niña por el parque Montsouris, mientras la joven madre trabaja ante los aparatos de laboratorio y redacta el

trabajo sobre las imantaciones, que se publicará en el Boletín de la Sociedad de fomento de la industria nacional.

El mismo año, con tres meses de intervalo, María da a luz su primer hijo y el resultado de sus primeras investigaciones...

A veces, su acrobático régimen de vida parece imposible que se sostenga.

Después del parto, su salud se ha alterado. Casimiro Dluski y el doctor Vauthier, médico de la familia Curie, hablan de una lesión tuberculosa en el pulmón izquierdo. Alarmados por la inquietante herencia de María, cuya madre murió tísica, aconsejan que pase algunos meses en un sanatorio. Pero la obstinada Mara les escucha distraída y se niega categóricamente a obedecerles.

María tiene otras preocupaciones: el laboratorio, su marido, su hogar, su hija ... Los llantos de Irene en el momento de la dentición, una gripe o cualquier otro accidente benigno, perturban frecuentemente la calma del hogar y hacen pasar a los dos profesores de química noches de insomnio y angustia. A menudo, María, sobrecogida por un pánico absurdo, abandona la Escuela de Física y corre hacia el parque Montsouris. ¿Habrá perdido a su hija, la nodriza? No... Allí están, lejos, siguiendo el itinerario señalado, la nodriza y el cochecito, dentro del cual duerme la niña.

En su padre político ha encontrado un aliado precioso. El doctor Curie, cuya esposa murió unos días antes de que naciera Irene, quiere, con pasión, a su nietecita. Vigila sus primeros pasos en el jardín de la calle de Sablons. Cuando Pierre y su esposa abandonaran la calle de la Glacière por un modesto pabellón en el boulevard Kellermann, el anciano doctor fue a vivir con ellos. Será el educador y el mejor amigo de Irene.

¡Cuánto camino se ha hecho desde la mañana de noviembre de 1891, en que una joven polaca, cargada de paquetes, llegaba a la estación del Norte, en un vagón de tercera clase! Mania Sklodowska ha descubierto la física, la química y la vida completa de una mujer. Ha vencido todos los obstáculos, pequeños o gigantescos, sin una duda y merced a una tenacidad sin par y un excepcional coraje.

Estas luchas, estas victorias, la han transformado físicamente, dándole un rostro nuevo. Es imposible mirar sin emoción una fotografía de María Curie, poco después

de cumplidos los treinta años. La muchacha pálida, un poco rechoncha, se ha convertido en un ser inmaterial. Quisiera decirsele: —"¡Qué mujer más seductora, singular, bonita!..." Pero no se atrevería nadie, debido a su frente inmensa y a su mirada del otro mundo.

La señora Curie tiene cita con la gloria. Y se ha embellecido.

Capítulo 12

El descubrimiento del radio

Una casada, joven, cuidaba la casa, lavaba a su hija, ponía las cacerolas al fuego..., y en un pobre laboratorio de la Escuela de Física, una docta mujer hacía el descubrimiento más importante de la ciencia moderna.

Dos licenciaturas, un concurso de agregación universitaria, un estudio sobre la imantación de los aceros templados... Tal es, a fines del año 1897, el balance de la actividad de María, que, apenas repuesta de sus partos, vuelve al trabajo.

La etapa siguiente en el desarrollo de su carrera es el doctorado. Hay unas semanas de dudas. Se trata de escoger un tema de investigaciones que dé una manera fecunda y original. Como un escritor que duda antes de encontrar el tema de su novela, María, en unión de su marido, pasa revista a los más recientes trabajos de física y busca un tema de tesis.

En este momento capital, los consejos de Pierre adquieren en la vida de María una importancia que no debe descuidarse. María mira a su esposo como si fuera una aprendiz. Es un físico de más edad y más experiencia que ella. Es, además, su jefe de laboratorio, su "patrón". Se toman por unanimidad las decisiones importantes, relativas al porvenir de María.

De todas maneras, no hemos de dudar que en la elección del tema tienen una parte preponderante el carácter y la íntima naturaleza de la polaca. María lleva dentro de sí, desde la infancia, la curiosidad y la audacia de los exploradores. Es ese instinto lo que la empujó, ayer, a abandonar Varsovia para descubrir París y la Sorbona, lo que la hizo preferir una habitación solitaria del Barrio Latino al departamento amable de los Dluski... En sus paseos por el bosque, María toma siempre el sendero desconocido, la pista salvaje.

María es como un viajero que sueña en un gran viaje. Inclineda sobre el mapamundi, busca una lejana región, de nombre extraño, que excita su imaginación; el viajero decide, repentinamente, ir allí o a ninguna otra parte. Lo mismo le ocurre a María: hojeando los informes de los últimos estudios experimentales, se fija en los trabajos del físico francés Becquerel, publicados el año

anterior. Su marido y ella los conocían ya. María los relee y los estudia con su habitual atención.

Tras el descubrimiento de los rayos X por Roentgen, Poincaré tuvo la idea de investigar si rayos semejantes a los rayos X no estaban emitidos por los cuerpos "fluorescentes" bajo la acción de la luz. Atraído por el mismo problema, Becquerel examinó las sales de un "metal raro": el uranio. Pero, en vez de hallar el fenómeno previsto, observó otro, completamente distinto, incomprensible: las sales de uranio emitían espontáneamente sin acción previa de luz, rayos de naturaleza desconocida. Un compuesto de uranio, colocado sobre una placa fotográfica, envuelta en papel negro, impresionaba a ésta a través del papel. Y, como los rayos X, estos sorprendentes rayos "uránicos" descargaban un electroscoPIO, convirtiendo en conductor el aire ambiente.

Becquerel se aseguró de que estas propiedades no dependían de una insolación preliminar y que persistían cuando el compuesto de uranio era mantenido largo tiempo en la obscuridad. Descubrió el fenómeno al cual María Curie daría más tarde el nombre de radiactividad. Pero el origen de esta radiación era un enigma.

Los rayos de Becquerel intrigaban a los Curie con la mayor intensidad. ¿De dónde procede, se preguntaban, la energía mínima, claro está, que desprenden constantemente los compuestos de uranio, bajo la forma de radiaciones? ¿Cuál es la naturaleza de esas radiaciones? ¡He aquí un excelente tema de investigación, un tema de doctorado! La materia tienta a María, tanto más cuanto que el campo de exploraciones se halla completamente virgen: los trabajos de Becquerel son recientes y, en los laboratorios de Europa, nadie, que se sepa, ha profundizado todavía el estado de los rayos uránicos. Como punto de partida y por toda bibliografía existen las comunicaciones presentadas por Becquerel a la Academia de Ciencias en el curso del año 1896. ¡Qué apasionado es lanzarse a la aventura por campo desconocido!

Sólo falta encontrar el local donde María pueda desarrollar sus experimentos. Y ahí empiezan las dificultades. Tras muchas gestiones del señor Curie cerca del director de la Escuela de Física, se logra un resultado bastante mediocre: se concede a María un taller, cerrado, con vidrieras, situado en la planta baja de los edificios de la

Escuela. Es una habitación llena de trastos, rezumante de vapores, que sirve a la vez de almacén y de sala de máquinas. Disposición técnica, rudimentaria; comodidad, cero.

Pero María no pierde la paciencia. Privada de una instalación eléctrica adecuada y de cuanto constituye el material necesario para principiar las investigaciones científicas, busca y encuentra el medio de hacer funcionar sus aparatos en este recinto.

No es cosa fácil. Los instrumentos de precisión tienen enemigos solapados: la humedad, los cambios de temperatura. Además; el clima de este pequeño taller, fatal para los electrómetros sensibles, tampoco es bueno para la salud de María. ¡Pero esto último, en realidad, tiene muy poca importancia! Cuando tiene frío, la profesora de física se venga anotando en su carnet de trabajo los grados centígrados que indica el termómetro. El día 6 de febrero de 1898 anota, entre las fórmulas y las cifras: "Temperatura en cilindro, 6°25".

¡Poco son seis grados! ¡María, para señalar su protesta, ha añadido dos puntos de admiración!

El primer cuidado de la candidata al doctorado es medir el "poder de ionización" de los rayos del uranio. Es decir, su poder de convertir el aire conductor de la electricidad y de descargar un electroscopio. El excelente método que emplea — método que será la llave del éxito de sus experimentos— fue inventado antes para el estudio de otros fenómenos por dos físicos que María conoce bastante bien: su marido y su cuñado. La instalación utilizada por María se compone de una "cámara de ionización", de un electrómetro Curie y de un cuarzo piezoeléctrico.

Al cabo de unas semanas, surge el primer resultado: María adquiere la certidumbre de que la intensidad de esa radiación sorprendente es proporcional a la cantidad de uranio contenida en las muestras examinadas y que la radiación que puede ser medida con precisión, no está influida ni por el estado de combinación química del uranio ni por las circunstancias exteriores, tales como "la iluminación" o la temperatura.

Para el profano, estas comprobaciones son muy poco sensacionales, pero para el hombre de ciencia son apasionantes. Se llega muchas veces en el campo de la física a que un fenómeno inexplicable pueda ser unido tras breves investigaciones a leyes

precedentemente conocidas, y de ahí que el investigador pierda todo interés. Lo mismo ocurre en las novelas policiales mal construidas. Si en el capítulo tercero nos enteramos de que la mujer de apariencia fatal, que pudiera muy bien ser la autora del crimen, no es más que una honesta dama aburguesada y su vida está carente de secretos, nos sentimos decepcionados y dejamos de leer inmediatamente.

Aquí no hay tal cosa. Cuanto más penetra María en la intimidad de los rayos de uranio, más se le aparecen insólitos y de una esencia desconocida. No se parecen a nada. No están afectados por nada. A pesar de su débil potencia tienen una extraordinaria "personalidad".

El misterio da vueltas y más vueltas en la cabeza de María. Ella, encaminada hacia la verdad, presiente y pronto puede afirmar que la incomprendible radiación es una propiedad atómica. Y se plantea un problema: aunque el fenómeno no haya sido observado más que con el uranio, nada prueba que el uranio sea el solo elemento químico capaz de provocarlo. ¿Por qué no han de poseer el mismo poder otros cuerpos? Acaso sea por azar que los rayos han sido primero descubiertos en el uranio, a los cuales ha quedado unido en el espíritu de los físicos. Ahora hay que buscar en otras zonas.

Dicho y hecho. Dejando aparte el estudio del uranio, María emprende el examen de todos los cuerpos químicos conocidos. Y el resultado no se hace esperar: los compuestos de otro cuerpo: el torio, emite también rayos espontáneos, semejantes a los de uranio, y de una intensidad análoga. María ha visto claro: el fenómeno no es patrimonio sólo del uranio y hay que darle una calificación distinta. María Curie propone el nombre de radiactividad. Los cuerpos tales como el uranio y el torio, poseedores de esta "radiación" particular, se llamarán radioelementos.

La radiactividad intriga tanto a la profesora de física que no se cansa de estudiar — siempre por el mismo método— las materias más diversas. Curiosidad; femenina y maravillosa curiosidad, primera virtud del hombre de ciencia que María posee en el más alto grado. En vez de limitar sus observaciones a los compuestos simples, sales y óxidos, siente repentinamente el deseo de extraer diversas muestras de la colección de minerales de la Escuela de Física y de probarlas, casi al azar, para divertirse, en esta especie de visita aduanera que es la prueba del electrómetro. Su

marido lo aprueba y escoge con ella fragmentos veteados, duros o friables, de formas extrañas y que María se ha empeñado en examinar.

La idea de María es simple, simple como todos los hallazgos del genio. A la altura del trabajo en que está, centenares de investigadores se habrían detenido en *panne* meses y acaso años. Tras haber pasado revista a los cuerpos químicos conocidos y descubierto —como lo ha hecho María— la radiación del torio, hubieran continuado preguntándose en vano de dónde procedía la radiactividad misteriosa. María también lo pregunta y se sorprende. Pero su sorpresa se traduce en actos fecundos. Ha agotado todas las posibilidades evidentes y ahora se vuelve hacia lo no sondeado, lo desconocido.

Sabe por anticipado lo que va a costarle el examen de minerales. O, por lo menos, cree saberlo. Las muestras que no ocultan uranio o torio se revelarán totalmente inactivas. Las otras, las que contienen uranio o torio serán radioactivas.

Los hechos confirman las previsiones. Dejando de lado los minerales inactivos, María se consagra a las otras y mide su radiactividad. Y aquí aparece el efecto teatral: iesta radiactividad se revela mucho más fuerte que la que podía normalmente preverse según la cantidad de uranio o torio contenida en los productos examinados!

—Debe ser un error del experimento —se dice María—, pues ante un fenómeno inesperado, la duda es la primera reacción del hombre de ciencia.

Reanuda sus medidas, sin conmovearse, con los mismos productos. Empieza de nuevo diez veces, veinte veces. Y debe rendirse a la evidencia: las cantidades de uranio y de torio, que se encuentran en los minerales no bastan tampoco para justificar la intensidad excepcional de la radiación que observa.

¿De dónde procede esta radiactividad excesiva, anormal? Una sola explicación es posible: los minerales deben contener en pequeña cantidad una substancia mucho más fuertemente radiactiva que el uranio y el torio.

Pero, ¿qué substancia será, puesto que en sus experimentos anteriores María ha examinado ya todos los elementos químicos conocidos?

María contesta al problema con la seguridad lógica y la magnífica audacia de los grandes espíritus. Emite una audaz hipótesis: los minerales ocultan con toda

seguridad una materia radiactiva que es, al mismo tiempo, un elemento químico desconocido hasta el día. ¡Un cuerpo nuevo!

¡Un cuerpo nuevo! Hipótesis fascinadora, tentadora, pero hipótesis, hasta ahora la substancia poderosamente radiactiva no existe más que en la imaginación de María y en la de su marido. ¡Pero existe! Existe lo bastante para que esta mujer reservada vaya un día a visitar a Bronia y le diga con una palabra contenida y ardiente:

—Bronia, la radiación de que te hablé procede de un elemento químico desconocido... El elemento está ahí... Sólo me falta encontrarlo. ¡Estamos seguros! ... Algunos profesores de física a los que les hemos hablado de esto creen que se trata de un error de nuestros experimentos; nos aconsejan que seamos prudentes, pero ¡estoy persuadida de que no me equivoco!

¡Supremos minutos de una vida única! Los profanos se hacen del investigador y de su descubrimiento una idea teatral que es completamente falsa: "el instante del descubrimiento" no existe siempre. Los trabajos de los hombres de ciencia son demasiado delicados para que en el curso de su penosa labor la certidumbre del éxito resalte bruscamente como un relámpago y los deslumbre con su luz. María, de pie ante sus aparatos, acaso no ha sentido la embriaguez súbita del triunfo. La embriaguez se ha extendido a los muchos días de labor decisiva, febril por la magnífica esperanza. Pero debió ser magnífico el momento en el cual, obtenida la certidumbre, por un razonamiento riguroso de su cerebro, logra la pista de una materia desconocida. María ha corrido a confiar a su hermana mayor, a su aliada, el secreto, y sin que se haya cruzado una sola palabra tierna, las dos hermanas han revivido en un embriagador soplo de recuerdos los años de espera, los mutuos sacrificios, su áspera vida de estudiantes, llena de sueños y de fe.

Apenas hace cuatro años María ha escrito:

La vida no es fácil para ninguno de nosotros. Pero ¡qué importa!, hay que perseverar y, sobre todo, tener confianza en sí misma. Hay que creer que se está dotado para alguna cosa y que esta cosa hay que alcanzarla cueste lo que cueste.

Esta "cosa" era colocar la ciencia sobre una vía insospechada.

En una comunicación a la Academia, presentada por el profesor Lippmann y publicada en los resúmenes de la sesión del 12 de abril de 1898, María Sklodowska Curie anuncia la presencia probable en los minerales de pechblenda de un cuerpo nuevo, dotado de una radiactividad poderosa:

... Dos minerales de uranio, la pechblenda (óxido de uranio) y la chalcólita (fosfato de cobre y de uranillo) son mucho más activos que el mismo uranio. Este hecho es muy notable y hace creer que estos minerales pueden contener un elemento mucho más activo que el uranio.

Es la primera etapa del descubrimiento del radio.

Por el poder de su intuición, María se ha demostrado a sí misma que la substancia debe ser. Ella misma decreta su existencia. Pero le falta descubrirla, forzar la incógnita. Hay que verificar ahora la hipótesis por la experiencia, aislar la materia, verla, para poder anunciar con pruebas que la subrayen: "¡Aquí está!

Pierre Curie ha seguido con un interés apasionado los progresos rápidos de las investigaciones de su mujer. Sin mezclarse directamente en el trabajo de ésta, la ha ayudado frecuentemente con sus observaciones y sus consejos. Ante el carácter sorprendente de los resultados obtenidos, decide abandonar momentáneamente su estudio sobre los cristales y unir sus esfuerzos a los de María para obtener la nueva substancia.

Así, cuando la inmensidad de una labor apremiante sugiere y exige la colaboración, un gran físico aparece al lado de la profesora de física. Un físico que es el compañero de su vida.

Tres años antes el amor ha unido a estos dos seres excepcionales. El amor y acaso un presentimiento misterioso, un infalible instinto de grupo.

Las fuerzas de combate han sido dobladas. En el húmedo y pequeño taller de la calle Lhomond, dos cerebros y cuatro manos buscan un cuerpo desconocido. Y de ahora en adelante, en la obra de los Curie será imposible distinguir la parte de cada uno. Sabemos que María escogió como tema de tesis de doctorado el estudio de los rayos del uranio; que ha descubierto que otras substancias también son radiactivas.

Sabemos que, a continuación, del examen de minerales ha podido anunciar la existencia de un elemento químico nuevo, poderosamente radiactivo, y que es la importancia capital de este resultado lo que decide a Pierre Curie a interrumpir sus investigaciones completamente distintas para intentar con su mujer el aislamiento del elemento que se busca. En este momento, mayo o junio de 1898, empieza una asociación en el esfuerzo que durará ocho años y que será brutalmente destruida por un accidente fatal.

No podemos ni debemos buscar qué es lo que en esos ocho años pertenece a María o a su marido. Esa selección se haría contra la voluntad de los esposos. El genio personal de Pierre Curie nos es conocido por la obra original realizada antes de la colaboración. El genio de su mujer nos aparece en la intuición primera del descubrimiento, en esa fulminante partida. Nos reaparece luego más tarde solo, cuando María Curie, viuda, mantendrá, sin doblegarse, el peso de una nueva ciencia y que, de investigación en investigación, conducirá hasta su expansión armoniosa. Tenemos, pues, las pruebas evidentes de que en esta alta alianza de un hombre y una mujer la aportación fue por partes iguales.

Que esta afirmación baste a nuestra curiosidad y a nuestra admiración. No separemos por más tiempo dos seres enamorados y cuyas escrituras se mezclan sólo en las páginas de los cuadernos de trabajo llenos de fórmulas; dos seres que firmarán unidos todas las publicaciones científicas. Escribirán siempre: "Hemos encontrado... Hemos observado..." y obligados algunas veces a señalar la obra particular de cada uno emplearán una fórmula enternecedora y emocionante:

Algunos minerales contienen uranio y torio (pechblen, chalcólita, uranita); son muy activos desde el punto de vista de la emisión de rayos de Becquerel. En un trabajo anterior uno de nosotros ha demostrado que su actividad es incluso mayor que la del uranio y la del torio y ha emitido la opinión de que este efecto era debido a alguna otra substancia muy activa oculta en pequeña cantidad en esos minerales.. .

(Pierre y María Curie. Memoria de 18 de julio de 1898).

María y su marido buscan "la substancia muy activa" en un mineral de uranio, la pechblenda. En su estado bruto la pechblenda se ha revelado cuatro veces más radiactiva que el óxido de uranio puro que se puede extraer. Pero la composición de este mineral es conocida de manera bastante precisa... Es necesario que el elemento nuevo se encuentre en cantidades muy débiles para haber podido escapar hasta la fecha al rigor de los análisis químicos realizados con suma atención por los hombres de ciencia.

Según sus cálculos —cálculos "pesimistas" como todos los de los auténticos físicos, que entre dos posibilidades se quedan con la menos agradable—, los Curie creen que el mineral debe contener como máximo un uno por ciento de la nueva substancia. Y se dicen que esto es muy poco... ¡Qué espanto no sería el suyo si supieran que el elemento radiactivo desconocido no figura siquiera en la pechblenda en la proporción de una millonésima parte!

Pacientemente inician su descubrimiento, empleando un método de investigación química de su invención, basado sobre la radiactividad. Separan por procedimientos ordinarios de análisis de todos los cuerpos de que está constituida la pechblenda, luego miden la radiactividad de cada uno de los productos obtenidos. Por eliminaciones sucesivas, van viendo poco a poco la radiactividad "anormal" refugiarse en ciertas porciones del mineral. Cuanto más progresa su trabajo, más restringen el campo de la investigación. Es la misma técnica que emplea la policía cuando registra una por una las casas de un barrio para despistar y detener a un malhechor.

Pero acá no hay un malhechor: la radiactividad se concentra principalmente en dos fracciones químicas de la pechblenda. Para los Curie es el signo de la existencia de dos cuerpos nuevos distintos. Desde julio de 1898 están en condiciones de poder anunciar el descubrimiento de una de estas dos substancias.

—Es necesario que le busques un nombre... —le dice Pierre a su joven esposa.

La que fue señorita Sklodowska reflexiona silenciosamente un instante. Luego, proyectando su corazón hacia su patria borrada del mapa del mundo, sueña, vagamente, que el acontecimiento científico probablemente será publicado en Rusia, en Alemania, en Austria, en los países de los opresores, y tímidamente contesta:

— ¿Si le llamáramos el *polonio*?

En la memoria de julio de 1898 se lee:

...Creemos que la substancia que hemos sacado de la pechblenda contiene un metal no conocido aún, vecino del bismuto por sus propiedades analíticas. Si la existencia de este nuevo metal se confirma, nos proponemos denominarle polonio, del nombre del país de origen de uno de nosotros.

Al escoger este nombre se prueba que María, al convertirse en ciudadana francesa y profesora de física en este país, no ha renegado de sus entusiasmos de ayer. Otra cosa más nos lo prueba: antes que la nota para la Academia de Ciencias: Sobre una substancia nueva radiactiva contenida en la pechblenda se hubiera publicado en las Comunicaciones, María había enviado el manuscrito a su país natal, a José Boguski, que dirige el laboratorio del Museo de la Industria y la Agricultura, en donde ella, años ha, intentó sus primeras experiencias. La comunicación fue publicada en Varsovia en una revista mensual de fotografía titulada *Swiatlo*, casi al mismo tiempo que en París.

La vida no se ha modificado en el piso de la calle de la Glacière. María y su marido trabajan todavía como de costumbre. Cuando llegaron los calores veraniegos, María ha tenido tiempo de comprar en el mercado algunos cestos de frutas, y, como tiene por costumbre, las ha cocido y conservado para el invierno algunos tarros de confitura, según las recetas en uso en la familia de los Curie. Luego ha entornado los postigos de las ventanas que dan sobre las hojas doradas de la calle y ha enviado por la estación de Orleáns las dos bicicletas, y, como millares de muchachas de París, ha salido de vacaciones en compañía de su esposo y de su hija.

El matrimonio ha alquilado una casa de campo en Auroux (Auvernia). Felices de respirar el aire puro después de la nociva atmósfera de la calle Lhomond, los Curie hacen excursiones por Mende, Puy, Clermont y el Mont-Doré. Suben y bajan cuestas, visitan grutas, se bañan en los ríos. Cada día, solos en el campo, hablan de lo que ellos llaman "nuevos metales", el polonio y el otro, el que falta por descubrir. En septiembre volverán a su húmedo taller para trabajar en los minerales descoloridos. Y con nuevo calor reanudarán sus investigaciones.

Un sentimiento, una pena altera, no obstante, la embriaguez de María por el trabajo: los Dluski están a punto de abandonar París. Han decidido establecerse en Polonia y construir en Zakopane, en las montañas de los Cárpatos, un sanatorio destinado a los tuberculosos. Llega el día de la separación. El adiós de María y Bronia es muy triste. María pierde su amiga, su protectora. Por primera vez en su vida tiene la sensación del destierro.

El día 2 de diciembre de 1898, María escribe a Bronia una carta en la que dice:

... No puedes imaginarte el vacío que dejaste. Con vuestra ausencia he perdido cuanto yo quería en París, aparte de mi marido y de mi hija. Ahora me da la sensación de que París no existe, salvo en nuestro hogar y en la escuela donde trabajamos.

Pregúntale a la señora Dluska si la planta verde que dejasteis debe ser regada y cuántas veces al día. ¿Tiene necesidad de mucho calor y de mucho sol?

Estamos bien, a pesar del mal tiempo, la lluvia y el barro.

Irene va transformándose en una niña grande. Se nos hace muy difícil alimentarla. Aparte de la leche con tapioca, no quiere comer nada, con regularidad, ni los huevos. Escribe diciéndome qué conviene darles a los niños de su edad.

Algunas notas escritas por la señora Curie en este memorable año de 1898 nos parecen dignas de ser citadas, a pesar de su carácter prosaico o, acaso, por ese mismo carácter:

Esas notas están escritas al margen de un libro titulado: "*La cocina familiar*" y frente a una receta de mermelada de grosella.

He tomado ocho libras de fruta y la misma cantidad de azúcar cristalizada. Tras una cocción de diez minutos he pasado la mezcla a través de un tamiz bastante fino. He obtenido catorce tarros de muy buena mermelada no transparente, que ha cuajado muy bien.

En un cuaderno escolar con cubiertas de tela gris, en donde la madre va escribiendo cada día el peso de su hija Irene, su régimen y la aparición de los dientes de leche, se lee con fecha del 20 de julio de 1898, una semana después de la publicación del descubrimiento del polonio:

Irene hace adiós con la mano... Camina ya a cuatro patas. Dice "Gogli, gogli, go..." Pasa todo el día en el jardín (Sceaux) sobre una alfombra. Da vueltas, se levanta, se sienta...

En Auroux, el día 15 de agosto, escribe:

A Irene le ha salido el séptimo diente abajo, a la izquierda. Se mantiene de pie, completamente sola, casi un minuto. Desde hace tres días la bañamos en el río. Grita siempre, pero hoy (cuarto día) ha cesado de gritar y ha jugado dando golpes en el agua con sus manos.

Juega con el gato y corre tras él, dando gritos de guerra. No tiene miedo de los extraños. Canta mucho. Sube sobre la mesa cuando está en la silla...

Tres meses más tarde, el día 7 de octubre, María anota con orgullo:

Irene anda muy bien y ya no lo hace a cuatro patas.

El día 5 de enero de 1899:

¡Irene tiene quince dientes!

Entre estas dos notas —la del 17 de octubre de 1898— en donde se dice que Irene ya no camina a cuatro patas y la que se afirma que tiene quince dientes y la que se refiere a los tarros de mermelada, se puede leer otra nota, digna de toda atención. Ha sido redactada por María y su marido y por un colaborador apellidado G. Bemont. Con destino a la Academia de Ciencias y publicada en las Comunicaciones de la sesión del 26 de diciembre de 1898, se anuncia la existencia en la pechblenda de un segundo elemento químico.

He aquí algunas líneas de esa comunicación:

... Las diversas razones que acabamos de enumerar nos hacen creer que la nueva substancia radiactiva contiene un elemento nuevo, al cual nos

proponemos dar el nombre de radio. La nueva substancia radiactiva contiene, con toda seguridad, una considerable proporción de bario; a pesar de ello, la radiactividad es considerable. La radiactividad del radio debe ser, pues, enorme.

Capítulo 13

Cuatro años en un hangar

Un hombre cualquiera, sacado de la muchedumbre, que lea esta reseña del descubrimiento del radio no dudará un instante de que el radio existe. Los seres cuyo sentido crítico no ha sido cultivado y al mismo tiempo deformado por una cultura especializada conservan fresca la imaginación. Están dispuestos a admitir un hecho insospechado, por extraordinario que pueda ser, y a maravillarse ante el mismo.

Un poco distinta es la manera que tiene de acoger la noticia un profesor de física, un colega de los Curie. Las particularidades del polonio y del radio derrumban las teorías fundamentales que aceptan los hombres de ciencia desde hace siglos. ¿Cómo explicar la espontánea relación de los cuerpos radiactivos? Este descubrimiento echa abajo un mundo de nociones adquiridas y contradice las ideas más firmemente establecidas sobre la composición de la materia. Por eso el físico se reserva. Está intensamente interesado por el trabajo de los Curie, concibe sus infinitas prolongaciones, pero espera para su convicción que obtengan decisivos resultados.

La actitud de un químico es mucho más categórica todavía. Por definición, un químico no cree nunca en la existencia de un cuerpo nuevo hasta que ha visto ese cuerpo, hasta que lo ha tocado, pesado, examinado, confrontado con ácidos, metido en un tarro, y cuando ha determinado, en definitiva, su "peso atómico".

Pero hasta el momento nadie ha visto el radio. Nadie conoce el peso atómico del radio. Y los químicos, fieles a su principio, sacan esta conclusión:

—Si no hay peso atómico, no hay radio. Muéstrénnos el radio y entonces les creeremos.

Para mostrar el polonio y el radio a los incrédulos, para demostrar al mundo la existencia de sus "hijos" y para acabar de convencerse ellos mismos, los Curie deberán padecer todavía durante cuatro años.

EL objeto es obtener radio y polonio puros. En los productos más vigorosamente radiactivos que los sabios hayan preparado, estas dos substancias no figuran más

que en el estado de ligeros indicios. María y su marido saben por qué procedimiento pueden esperar el aislamiento de los nuevos metales, pero la separación no puede hacerse sin tratar grandes cantidades de materias primas.

Y aquí se plantean tres problemas angustiosos:

¿Cómo procurarse una cantidad suficiente de mineral?

¿En qué local efectuar el tratamiento?

¿Con qué dinero se pagarán los inevitables gastos del trabajo?

La pechblenda, en que se esconde el polonio y el radio, es un mineral precioso que se extrae de las minas de Saint Joachimstal, en Bohemia, para retirar las sales de uranio que se utilizan en la industria del vidrio. ¡Cuestan muy caras las toneladas de pechblenda! ¡Demasiado caras para el matrimonio Curie! El ingenio suplirá la fortuna. Según las previsiones de los dos sabios, la extracción del uranio deberá dejar intactas, en el mineral, las huellas del polonio y del radio que contiene aquél. Nada se opone, pues, a que se encuentren en los residuos. Si la pechblenda en bruto es muy cara, sus residuos, después del tratamiento, no tienen más que un valor mínimo. Si se pidiese a un colega austríaco una recomendación para los directores de la mina de Saint Joachimstal, ¿no sería posible obtener a precios factibles una cantidad importante de esos residuos?

La cosa es demasiado fácil. Hay que meditar sobre ello.

Es más, se debe añadir a la compra de la materia prima su transporte a París. Los Curie buscan la cantidad necesaria de sus modestas economías. No cometen la ingenuidad de pedir un crédito oficial. Si dos profesores de física que se hallan sobre la pista de un descubrimiento inmenso solicitaran de la Universidad de París o del gobierno una subvención para comprar residuos de pechblenda, se reirían de ellos en sus propias caras. O en todo caso su carta se perdería en los expedientes de cualquier oficina y deberían esperar meses y meses antes de obtener una contestación, generalmente desfavorable. De las tradiciones y los principios de la Revolución Francesa, que creó el sistema métrico, fundó la Escuela Normal y en muchas ocasiones fomentó las ciencias, el Estado no parece haber retenido, tras un siglo, más que aquellas palabras desagradables, pronunciadas por Fouquier-Tinville, en la audiencia en que Lavoisier fue condenado a la guillotina:

— ¡La República no tiene necesidad de hombres de ciencia!

Además, ¿encontrarán los Curie, entre los numerosos edificios que dependen de la Sorbona, un local apto para que puedan realizar su trabajo? También parece que no es posible. Tras algunas gestiones, los Curie vuelven descontentos a su punto de partida. Es decir, a la Escuela de Física en donde Pierre da clases y al pequeño taller bajo el techo del cual María realizó sus primeros ensayos. El taller da a un patio, y enfrente del mismo hay una barraca de madera, un hangar abandonado, cuya techumbre de cristales está en estado tan lamentable, que por él pasa la lluvia. En tiempos lejanos, la Facultad de Medicina utilizaba ese recinto como sala de disección, pero desde hace mucho tiempo el lugar no ha parecido digno siquiera de albergar los cadáveres. No hay piso. Una leve capa de betún cubre el suelo. Como mobiliario, algunas vetustas mesas de cocina, una pizarra que está allí no se sabe exactamente por qué, una vieja estufa de hierro con el tubo enmohecido.

Ni un obrero trabajaría con agrado en semejante lugar. Pero los Curie se resignan. El hangar tiene una ventaja: que el recinto es tan poco tentador, tan miserable, que nadie se atreve a negarles su libre disposición. El director de la escuela, el señor Schutzenberger, que constantemente ha demostrado su bondad para Pierre, acaso lamenta no poderle ofrecer nada mejor. Y aun cuando no se lo ofrezca, los esposos están contentísimos de poner su pie con su material en aquel lugar, dándole las gracias y diciendo "que les irá bien y que ya se arreglarán".

Mientras toman posesión de su nuevo dominio les llega una carta de Austria dándoles muy buenas noticias. Los residuos de las recientes extracciones de uranio, cosa extraordinaria, no han sido tirados. La materia inútil ha sido amontonada en un terreno rodeado de pinos que bordea la mina de Saint Joachimstal. Gracias a la intervención del profesor Suess y de la Academia de Ciencias, de Viena, el gobierno austríaco, que es el propietario de esa mina del Estado, ha decidido poner gratuitamente una tonelada de residuos a disposición de los dos lunáticos franceses que pretenden necesitarla. Si ulteriormente desean recibir mayor cantidad de esa materia, les será cedida por la dirección de la mina en las mejores condiciones posibles. Los Curie momentáneamente no tienen para pagar más que los gastos del transporte de una tonelada de material.

Y una mañana, un pesado carro tirado por caballos, semejante a los que hacen las entregas de carbón, se para en la calle Lhomond, ante la Escuela de Física. Se llama

a los Curie. Se precipitan a la calle, con la cabeza descubierta, con las batas de laboratorio. Pierre, que nunca aparece nervioso, conserva su calma, pero ante la escena de las bolsas que descargan unos obreros, María, más exuberante, no puede contener su alegría. Es la pechblenda, su pechblenda, que hace unos días le había sido anunciada por una nota de la estación de mercancías. Febril de curiosidad y de impaciencia quiere, sin esperar más, abrir uno de los sacos y contemplar su tesoro. Corta las cuerdas, deslía la basta tela, hunde sus manos en el mineral tierno y pardo, entre el cual aparecen algunas aristas de los pinos de Bohemia.

Es ahí donde se esconde el radio. Es de ahí de donde María quiere extraerlo, aunque debe "tratar" una montaña de esta cosa inerte, semejante al polvo de los caminos.

En una buhardilla, María Sklodowska ha vivido los momentos más lúcidos de sus años de estudiante. María Curie va a conocer de nuevo, en esta barraca destartalada, alegrías maravillosas. Extraña repetición de una felicidad áspera y sutil (que sin duda alguna ninguna mujer antes que María había logrado), que escoge por dos veces un decorado tan miserable. El hangar de la calle Lhomond gana el campeonato de la incomodidad. En verano, debido a su techo de vidrio, se está como en un invernáculo. En invierno, no se sabe qué preferir, si la escarcha o la lluvia. Si llueve, el agua cae gota a gota con un dulce rumor molesto, sobre el piso o sobre las mesas de trabajo, en sitios donde los Curie dejan señales para no colocar más un solo aparato. Si hiela, se hielan. No hay remedio. La estufa, incluso llena completamente, no da calor suficiente. Si se acercan y la tocan, perciben un poco de calor, pero en cuanto se alejan un paso, vuelven a la zona glacial.

Acaso, es mejor que María y su marido se acostumbren a las crueldades de la temperatura exterior. La mayor parte de los tratamientos deben ser hechos en el patio, al aire libre, pues la instalación técnica, inexistente, no tiene conducciones para echar fuera los gases nocivos. En cuanto cae un chaparrón los dos profesores de física agarran precipitadamente sus aparatos y los trasladan bajo el techo del hangar. Y para poder continuar su trabajo, sin quedar asfixiados, establecen corrientes de aire abriendo las puertas y las ventanas.

María no ha podido envanecerse ante el doctor Vauthier de esta particular cura de sus brotes de tuberculosis.

No tenemos dinero, laboratorio, ni ayuda para llevar a cabo esta labor importante y difícil —escribía más tarde—. Era como crear alguna cosa con nada y si mis años de estudiante habían sido calificados por Casimiro Dluski como "los años heroicos de la vida de mi cuñada", puedo decir sin exageración que este período fue, para mi marido y para mí, la época heroica de nuestra existencia común.

...No obstante fue en ese miserable y viejo hangar donde transcurrieron los mejores y más felices años de nuestra vida, enteramente dedicada al trabajo. A menudo prefería comer allí para no tener que interrumpir alguna operación de importancia particular. A veces pasaba el día entero removiendo una masa en ebullición con una barra de hierro casi tan grande como yo. Por la noche estaba rendida de fatiga.

En estas condiciones trabajaron los Curie desde 1898 a 1902.

Durante el primer año se ocuparon conjuntamente del trabajo de separación química del radio y del polonio y estudiaron la radiación de los productos cada vez más activos que obtenían. Pero estimaron más eficaz separar sus esfuerzos. El señor Curie intentaría precisar las propiedades del radio, de hacer más amplio conocimiento con el nuevo metal. María continuaría los tratamientos químicos que permitieran obtener sales de radio puro.

En esta división del trabajo, María ha preferido el "oficio de hombre". María realiza una labor de peón. Bajo el hangar su esposo se hunde en las delicadas experiencias. En el patio, vestida con su viejo capote, cubierto de polvo y de manchas de ácido, los cabellos al viento, rodeada de humo que oscurece sus ojos y su garganta, María, sola, ella sola, es una especie de fábrica.

Me he visto obligada a tratar hasta veinte kilos de materia, a la vez —dice—, que tuvo por efecto llenar el hangar de grandes vasos repletos de precipitados y líquidos. Era un trabajo extenuador transportar los recipientes, trasvasar los líquidos y remover durante horas y más horas la materia en una evaporadora de hierro.

Pero el radio quiere guardar su secreto. No pone ninguna buena voluntad para ser conocido por los humanos. ¿Dónde están los tiempos en que, María, inocentemente, preveía un uno por ciento de radio en los residuos de la pechblenda? Tan patente es la radiación de la sustancia nueva, que una ínfima cantidad de radio diseminada en el mineral es la fuente de fenómenos sorprendentes, que se pueden observar y medir cómodamente. Lo difícil, lo imposible, es aislar la cantidad minúscula, separarla de la ganga a la cual está íntimamente mezclada.

Los días de trabajo se convierten en meses, los meses en años. Pero los Curie no se descorazonan. Esta materia que se les resiste les fascina. Unidos por su ternura y por sus pasiones intelectuales, mantienen, en esa barraca de tabiques de madera, la existencia "antinatural" para la cual fueron creados, tanto ella como él.

En esa época estábamos completamente absorbidos por las perspectivas que se abrían ante nosotros, gracias a un descubrimiento inesperado —escribirá María—. A pesar de las dificultades de nuestras condiciones de trabajo, nos sentíamos felices. Nuestros días transcurrían en el laboratorio. En nuestro mísero hangar reinaba una gran tranquilidad. A veces, al atender alguna operación, nos paseábamos de arriba abajo, hablando de la labor presente y futura. Cuando teníamos mucho frío, una taza de té caliente, tomada cerca de la estufa, nos confortaba. Vivíamos en una preocupación única, como en un sueño.

Veíamos muy pocas personas en el laboratorio. Algunos físicos o químicos que venían, ya para ver nuestras experiencias, ya para pedir algún consejo a Pierre, cuya competencia en múltiples ramas de la física era hartamente conocida. Entonces, se trenzaban, frente a la pizarra, conversaciones de las que conservo un excelente recuerdo, porque actuaban sobre nosotros como un estimulante del interés científico, sin interrumpir el curso de las reflexiones y sin perturbar esta atmósfera de paz y de recogimiento que es la verdadera atmósfera de un laboratorio.

Cuando los Curie, solos en su miserable taller, dejaban por un instante sus aparatos y hablaban tranquilamente de sus ideas sobre este radio, que les atrae, pasaban de lo trascendental a lo pueril:

—Me pregunto cómo será, cuál será su aspecto —dice un día María, con la febril curiosidad de un niño al que se le ha prometido un juguete—. ¿Cómo te lo imaginas? ¿Bajo qué forma te lo imaginas?

—No sé... —contesta dulcemente el profesor de física—. Yo quisiera que tuviese muy buen color.

Es *curioso* que en la correspondencia de María Curie no se encuentre, sobre su prodigioso esfuerzo, ningún comentario imaginativo y sensible, como los que no ha mucho aparecían bruscamente, a través de la familiaridad de sus cartas. ¿Acaso los años de exilio han aflojado la intimidad de María con los suyos? ¿Es que, cercada por su obra, le ha faltado tiempo para ello?

La razón esencial de esta reserva puede hallarse en otra parte. No es casualidad que las cartas de la señora Curie dejen de ser originales en el momento mismo en que la historia de su vida se convierte en algo excepcional. Niña, institutriz, estudiante, recién casada, María podía contar lo que le ocurría... Pero hoy, el secreto y lo inexplicable de su vocación se aíslan. Entre los que quiere no hay interlocutor capaz de comprenderla, de sentir su preocupación, su difícil problema. No sabe compartir su obsesión más que con una sola persona, Pierre Curie, su compañero. Sólo a él confía los pensamientos raros y los sueños. De ahora en adelante, María presentará a los demás, por cercanos que estén de su corazón, una imagen suya casi banal. No les explicará más que el aspecto familiar de su vida. Incluso hallará, a veces, acentos emocionados para celebrar su felicidad de mujer. Pero de su trabajo no hablará más que en breves frases lacónicas, inexpresivas. Noticias en tres líneas, que no darán idea siquiera de lo que este trabajo excitante le proporciona.

Siente una voluntad absoluta de no hacer literatura sobre el destino que ha escogido. Por una modestia sutil, por horror también a los vanos propósitos y a lo superfluo, María se esconde, se entierra, o acaso, mejor aún, no hace públicos ninguno de sus verdaderos perfiles. Pudor, enojo, razón, la profesora, el ser genial desaparece y se disimula tras "una mujer como las demás".

En 1899, María escribe a Bronia:

...Nuestra vida es siempre igual. Trabajamos mucho, pero dormimos bien, y nuestra salud no padece, por ello. Pasamos la noche cuidando a la pequeña. Por la mañana, la visto y le doy de comer. Luego, generalmente, salgo de casa a las nueve de la mañana. Durante todo el año no hemos estado en un teatro, ni en un concierto, y no hemos hecho una visita. De todas maneras, estamos bien. Sólo noto enormemente la ausencia de mi familia y especialmente a vosotros, queridos míos, y a papá. Pienso a menudo, con dolor, en mi aislamiento. No puedo quejarme de nada más, puesto que nuestra salud no es mala, mi hija crece bien y tengo el mejor marido que puedas soñar. Ni yo misma podía sospechar que encontraría un ser así. Es un verdadero don del cielo. Cuanto más juntos vivimos, más nos queremos. Nuestro trabajo progresa. Pronto podré dar una conferencia sobre el tema. Debía ser el sábado último, pero me ha sido imposible; acaso el próximo, o dentro de quince días.

El trabajo, del que se hace una mención tan seca, progresa magníficamente. En los años 1899 y 1900, los Curie publican una memoria sobre el descubrimiento de la "radiactividad instigada" provocada por el radio; otra, sobre los efectos de la radiactividad, y, todavía, otra, sobre la carga eléctrica transportada por los rayos. Por último, escriben para el Congreso de Física, de 1900, un informe general sobre las sustancias radiactivas, que suscita entre los hombres de ciencia de Europa un interés extraordinario.

El desarrollo de la nueva ciencia de la radiactividad se acelera precipitadamente. Los Curie tienen necesidad de colaboradores. Hasta ahora no han tenido más que la ayuda intermitente de un muchacho de laboratorio apellidado Petit, un buen hombre que por entusiasmo personal y casi clandestinamente iba a trabajar con ellos fuera de las horas de servicio.

Pero, ahora, les hacen falta técnicos de selección. Los Curie son más bien físicos que químicos. Su descubrimiento tiene, en el dominio de la química, importantes prolongaciones, que solicitan atentos estudios. Quieren aliarse con competentes investigadores:

El trabajo sobre la radiactividad empezó en la soledad —escribirá María—, pero ante la amplitud de la obra, la utilidad de una colaboración se imponía cada día. En 1898, uno de los jefes de trabajos de la escuela, G. Bemont, nos aportó una colaboración pasajera. Hacia 1900, Pierre Curie entra en relaciones con un joven químico, André Debierne, ayudante del profesor Friedel, que le tenía en alta estima. La proposición de Pierre fue graciosamente aceptada por Debierne, para ocuparse en los trabajos sobre la radiactividad. Empezó, particularmente, la investigación de un radioelemento cuya nueva existencia se sospechaba en el grupo de hierro y de tierras raras. Hizo el descubrimiento de este elemento, denominado actinio. A pesar de que trabajaba en el laboratorio químico-físico de la Sorbona, dirigido por Jean Perrin, venía a vernos con frecuencia a nuestro hangar, convirtiéndose muy pronto en un amigo muy allegado a nosotros, al doctor Curie, y más tarde a nuestros hijos.

Y así, antes que el polonio y el radio fuesen aislados, un hombre de ciencia francés, André Debierne, les descubrió un "hermano": el actinio.

Hacia la misma época —nos dice María—, un físico joven, Georges Sagnac, iniciado en el estudio de los rayos X, venía frecuentemente a conversar con Pierrri Curie sobre las analogías que se podían prever entre esos rayos, sus rayos secundarios y la radiación de los cuerpos radiactivos. Hicieron en común un trabajo sobre la carga eléctrica transportada por estos rayos secundarios.

María ha continuado el estudio, kilo por kilo, de las toneladas de residuos de pechblenda que le fueron enviadas muchas veces desde Saint Joachimsthal. Con su paciencia inacabable ha sido, durante cuatro años, día por día y a la vez, profesora de física, profesora de química, obrero especializado, ingeniero y peón. Gracias a su cerebro y a sus músculos, los productos, cada vez más concentrados, más ricos en radio, han ocupado las viejas mesas del hangar.

La señora Curie se acerca a su objetivo. Pasaron los tiempos en que, de pie, en el patio, rodeada de acres humaredas, vigilaba pesadas evaporadoras de materia en

fusión. Se acerca el momento de la purificación y de la "cristalización fraccionada" de las soluciones considerablemente radiactivas. Pero la pobreza de la instalación casual dificulta más que nunca el trabajo. Ahora sí que sería necesario disponer de un local minuciosamente limpio, con aparatos perfeccionados, protegidos contra el frío, el calor y la suciedad. En el hangar, abierto a todos los vientos, flotan el polvo del hierro y del carbón, que, con desesperación de María, se aglomeran a los productos purificados con tanto cuidado. Tiene el corazón oprimido ante estos pequeños accidentes cotidianos, que acaban con sus fuerzas y acortan el tiempo.

Su marido está tan fatigado por la lucha interminable, que estaría a punto de abandonarla. Precisemos: no piensa en abandonar el estudio del radio y de la radiactividad, pero renunciaría voluntariamente, por el momento, a esta operación particular: preparar el radio puro. Los obstáculos parecen inabordables. ¿No se podría reemprender más tarde ese trabajo, en condiciones mejores? Más interesado por la significación de los fenómenos de la naturaleza que por su realidad material, Pierre Curie está cansado de ver los pobres resultados a los cuales se llega tras los agotadores esfuerzos de María. Y le aconseja un armisticio.

Pero no ha contado con el carácter de su mujer. María quiere aislar el radio y lo aislará. Desprecia la fatiga, las dificultades y hasta las lagunas de su propio saber, que le complican la obra emprendida. Después de todo, ella no es más que una mujer de ciencia, joven. No tiene todavía la seguridad y la gran cultura de su marido, que trabaja desde hace veinte años, y, a veces, María duda ante fenómenos o métodos que conoce mal y para los cuales es preciso documentarse con rapidez.

Tanto peor. Con la mirada obstinada bajo su frente amplia, se pone sobre sus aparatos, sobre sus crisoles.

Cuarenta y cinco meses después del día en que los Curie anunciaron la probable existencia del radio, María, en 1902, logra la victoria en esta lucha avarienta para obtener un decigramo de radio puro, y hace una primera determinación del peso atómico de la nueva substancia, que es de 225.

Los químicos incrédulos —quedaban algunos— no tienen más remedio que inclinarse ante los hechos y ante la sobrehumana obstinación de una mujer.

El radio existe, oficialmente.

Son las nueve de la noche. Los Curie se hallan en su casa del boulevard Kellermann, 108, en donde habitan desde 1900. Se encuentran bien en esa casa... Del boulevard, donde tres filas de árboles esconden, casi, las fortificaciones, sólo se ve un muro triste y una puerta minúscula. Pero tras el pabellón de un piso se encuentra escondido a los ojos de todo el mundo un estrecho jardín provinciano, bastante agradable y muy silencioso. Y tras la barrera de Gentilly uno puede, en bicicleta, evadirse hacia los alrededores, hacia el bosque.

El anciano doctor Curie, que vive con el matrimonio, se ha retirado a su habitación. María ha bañado y acostado a su hija, y ha permanecido largo rato cerca de la cama. Es un rito. Cuando Irene, por la noche, no siente cerca de sí a su madre, la llama incansablemente con esos "iMè!" que substituyen a la voz de "iMamá!". Y María, cediendo al dominio implacable de este bebé de cuatro años, sube al piso, se sienta a la cabecera de la niña, y espera, en la obscuridad, a que la vocecita ceda a la ligera respiración. Entonces, sólo entonces, María desciende al piso bajo, junto a su marido, que ya se impacienta. A pesar de su dulcedumbre, Pierre es el marido más absorbente y celoso. Está tan acostumbrado a la constante presencia de su mujer, que el menor eclipse le priva de pensar con comodidad. Cuando María permanece un instante de más junto a su hija, la recibirá, a su vuelta, con un reproche tan injusto como cómico:

— ¡Sólo te ocupas de esa criatura!

Pierre camina lentamente por la habitación. María se sienta, hace algunos puntos al dobladillo del nuevo delantal de Irene. Uno de sus principios es no comprar jamás, para la niña, los vestidos completamente hechos, porque los considera demasiado adornados e incómodos. Cuando Bronia vivía en París, las dos hermanas cortaban conjuntamente los vestiditos para sus hijas, según modelos de su invención. Estos modelos todavía servían a María.

Pero esta noche no puede fijar su atención en lo que hace. Está nerviosa, y se pone en pie. Bruscamente, dice:

—Y... ¿si fuéramos un momento allí?...

Ha habido en su voz un tono de súplica bastante superfluo, pues el señor Curie, como ella, arde en deseos de volver al hangar, que abandonaron hace un par de

horas. El radio, fantástico como un ser viviente, atrayente como un amor, les llama de nuevo a su hogar, al pobre laboratorio.

La jornada de trabajo había sido ruda, y lo más razonable hubiera sido que los dos sabios se tomaran un reposo bien merecido. Pero los Curie, por lo general, no son razonables. Se ponen los abrigos, advierten al doctor Curie de su fuga, y se van. Salen a pie, del brazo; cambian muy pocas palabras. Han pasado las populares calles de este barrio excéntrico, alejándose de los talleres, de las fábricas, de los terrenos deshabitados, las casas modestas... Llegan a la calle Lhomond y atraviesan el patio. Pierre pone la llave en la cerradura. La puerta rechina, como lo ha hecho tantos millares de veces, y de nuevo están ahí, en su dominio, en su sueño.

—No alumbres —dice María, en la oscuridad, y luego añade con una leve sonrisa—: ¿Recuerdas el día que me dijiste: "Quisiera que el radio tuviese un buen color"?

La realidad que encanta a los Curie desde hace unos meses es más encantadora aun que el deseo grave e inocente de ayer. El radio tiene algo más que un "buen color". Es espontáneamente luminoso. Y, en el hangar sombrío, en donde las preciosas parcelas, en sus minúsculos recipientes de cristal, están —a falta de armarios— colocadas sobre las mesas y en estantes clavados en la pared, sus siluetas fosforescentes, azuladas, brillantes, aparecen suspendidas en la noche.

— ¡Mira! ¡Mira! —murmura María.

Se adelanta con precaución, busca, encuentra a tientas una silla enea. Se sienta, en la oscuridad, en silencio. Las dos miradas se tienden hacia las pálidas luces, las misteriosas fuentes de los rayos, hacia el radio: ¡su radio! El cuerpo inclinado, el rostro ansioso, María ha vuelto a tomar la posición que tenía una hora antes, a la cabecera de su hija dormida.

La mano de su compañero acaricia sus cabellos.

María se acordará siempre de esta noche de gusanos de luz y de este hechizo.

Capítulo 14

La vida difícil

La existencia de los Curie habría sido completamente feliz si los investigadores hubieran podido dedicar sus esfuerzos al combate apasionado que libraban con la naturaleza en su pobre hangar.

Pero, ¡ay!, tenían que sostener otras luchas de las cuales no salían vencedores.

Por quinientos francos al mes, Pierre dicta en la Escuela de Física un curso de ciento veinte lecciones, y dirige las manipulaciones de los discípulos. A esta enseñanza fatigosa hay que añadir su trabajo de investigación. Mientras los Curie no tuvieron hijos, María podía bastarse para atender los trabajos domésticos, y los quinientos francos cubrían las necesidades del matrimonio. Pero después del nacimiento de Irene, el pago de una sirvienta y el de la nodriza han complicado considerablemente el presupuesto. Primero el profesor y luego María se han puesto en campaña para encontrar nuevas fuentes de ingresos.

Conozco pocas cosas tan desoladoras como las tentativas, torpes y desgraciadas, de estos dos seres superiores, para obtener los dos o tres mil francos anuales que les faltan. El problema no es únicamente el de obtener algún empleo subalterno que cubra el déficit. El señor Curie, lo hemos visto ya, considera la investigación científica como una necesidad vital. Y le es indispensable trabajar en el laboratorio —o mejor dicho, en el hangar, porque no hay otro laboratorio —más que comer o dormir. Pero su labor en la escuela absorbe la mayor parte de su tiempo. Antes que añadir otras obligaciones a ésta, el ideal sería aligerar su labor. Pero el dinero hace falta. ¿Cómo arreglar todo esto?

La solución es simple, demasiado simple. Si Pierre fuese nombrado profesor de la Sorbona, puesto para el cual sus trabajos evidentemente le califican, recibiría diez mil francos anuales, daría menos horas de clase que en la escuela y su ciencia enriquecería el saber de los estudiantes, a la vez que realzaría el prestigio de la Universidad. Y si a estas funciones se unía el disponer de un laboratorio, Pierre Curie no tendría nada más que pedir a la suerte. Su humilde ambición se concreta en estas palabras: una cátedra para ganarse la vida y enseñar a los físicos jóvenes;

un laboratorio para trabajar. Un laboratorio con lo que le falta al hangar: el equipo electrotécnico; lugar para algunos ayudantes y, en invierno, un poco de calor...

¡Locas ambiciones, sueños desmesurados! La plaza de profesor no la obtendrá hasta 1904, cuando el mundo entero habrá proclamado su valía. El laboratorio no le será concedido jamás. La muerte es más rápida que los poderes públicos para atraerse a los grandes hombres.

El señor Curie, tan excelentemente preparado para descifrar los fenómenos misteriosos, para luchar con sutileza con la materia hostil, es la torpeza misma cuando se trata de obtener un puesto. La primera desventaja es ésta: posee el genio, lo cual suscita en los concursos implacables y secretas amarguras. Ignora, por otra parte, las combinaciones y las intrigas. Sus títulos más legítimos no le sirven para nada. Ni siquiera sabe hacérselos valer.

De él dirá Henri Poincaré:

Presto siempre a apartarse ante sus amigos, e incluso ante sus rivales, era éste lo que suele calificarse como "un detestable candidato...", y añadirá: Pero en nuestra democracia los candidatos sobran...

En 1898 hay vacante una cátedra de Químico-Física en la Sorbona. Pierre Curie se decide a solicitarla. En justicia se impondría su nombramiento. Pero el profesor de física no ha pasado ni por la Escuela Normal, ni por la Escuela Politécnica, y se halla privado del apoyo decisivo que dan a sus ex alumnos estas instituciones. Además, afirman ciertos profesores puntillosos, los descubrimientos que publica desde hace quince años no están "exactamente" dentro del dominio de la Químico-Física. Y su candidatura es rechazada.

Hemos sido derrotados —le escribe uno de sus partidarios, el profesor Friedel— y sólo me quedaría el sentimiento de haberle animado a presentar una candidatura que ha tenido tan poco éxito, si la discusión no le hubiera sido mucho más favorable que el voto. Pero a pesar de los esfuerzos de Lippmann, de Bouty, de Pellot y los míos; a pesar de los elogios que han obtenido, incluso de sus mismos adversarios, sus magníficos trabajos, ¿qué quería usted que se hiciera ante un alumno de la Escuela Normal y contra la decisión resuelta de los matemáticos?

El hecho de que la discusión haya sido favorable a Pierre es una compensación... iplatónica! Durante unos meses ninguna plaza interesante está vacante, y los Curie, absortos por su gran trabajo sobre el radio, prefieren ir viviendo con escasez antes que perder el tiempo en las antesalas. Ponen al mal tiempo buena cara —hay que decirlo así— y no se lamentan. Quinientos francos, después de todo, no es la miseria. La vida se ordena... mal.

El día 19 de marzo de 1899, María escribe a José Sklodowski:

"Debemos ir con mucho cuidado, porque no nos basta con el sueldo de mi marido; pero, hasta ahora, todos los años hemos tenido algunos ingresos suplementarios inesperados, que han evitado el déficit.

Confío en que mi marido o yo conseguiremos muy pronto una colocación fija. Entonces, no sólo lograremos unir los dos cabos, sino que podremos realizar algunas economías para asegurar el porvenir de nuestro hijo. Sólo quiero hacer mi tesis antes de buscar empleo.

En este momento tenemos tanto trabajo con nuestros nuevos metales que no puedo preparar mi doctorado, que debe, es cierto, apoyarse sobre estos trabajos, pero que exige estudios complementarios de los cuales no puedo ocuparme en la actualidad.

Nuestra salud es buena. Mi marido no sufre tanto del reuma. Yo estoy bien. No toso nada; no tengo nada en los pulmones, como lo han asegurado los exámenes médicos y muchos análisis de esputos.

Irene se desarrolla normalmente. La he destetado tras dieciocho meses, pero, naturalmente, desde hace algún tiempo le daba sopas de leche. Ahora la alimento con esas sopas de leche y huevos frescos que "¡vienen directamente de las gallinas!"

1900... En los cuadernos de cuentas, los gastos aumentan, sobrepasan a los ingresos. El anciano doctor Curie vive ahora con sus hijos, y para poder atender a toda la familia —cinco personas contando la sirvienta— María ha alquilado el pabellón del boulevard Kellermann, por mil cuatrocientos francos anuales.

Empujado por la necesidad, Pierre solicita y obtiene una plaza de pasante en la Escuela Politécnica. Por ese trabajo percibirá al año dos mil quinientos francos.

De pronto surge la inesperada proposición. Pero no llega de Francia. El descubrimiento del radio, sin haber alcanzado el conocimiento del público, es conocido por los físicos. La Universidad de Ginebra, para lograr la colaboración de una mujer y un hombre que pondría a la cabeza de las entidades científicas de Europa a aquel claustro, hace un esfuerzo excepcional, y el decano ofrece a Pierre Curie una cátedra de física, un sueldo de diez mil francos, una indemnización de residencia y la dirección de un laboratorio *cuyo crédito sería aumentado de acuerdo con el doctor Curie y al cual serían adjuntados dos asistentes. Tras el examen de los recursos del laboratorio, la colección de instrumentos de física sería completada.* Una situación oficial sería concedida a María en el mismo laboratorio.

La suerte, burlona, se permite a veces concedernos lo que más se desea, pero con una ligera variante que hace la cosa inaceptable. Hubiera bastado que en el encabezamiento de la generosa carta que dice: "República y Cantón de Ginebra" se hubiera leído: "Universidad de París", para que el matrimonio Curie fuera colmado de cuanto apetecía.

El puesto en Ginebra está ofrecido con tanta cordialidad y deferencia, que el primer movimiento del profesor es aceptar. En julio, María y su marido se trasladan a Suiza y reciben de sus colegas una acogida cariñosísima. Pero, durante el verano, nacen los escrúpulos. ¿Cómo destinar, ahora, muchos meses a la iniciación de una enseñanza importante? ¿Interrumpir momentáneamente las investigaciones sobre el radio, que no son tan fácilmente transportables, y dejar para futuros tiempos los trabajos de purificación de la nueva sustancia? Era pedir demasiado a dos fervorosos investigadores, y Pierre Curie suspira y envía a Ginebra una carta de excusas, de gratitud y, en suma, de dimisión. Aleja la tentación de la facilidad y decide, por amor al radio, quedarse en París. Cambiando una labor por otra mejor retribuida, abandona en octubre la Escuela Politécnica, por una plaza en la enseñanza del P. C. N.⁵, en el anexo que la Sorbona tiene en la calle Cuvier. María, que quiere también su parte en el trabajo, presenta su candidatura para profesora

⁵ Physique, Chimie, Sciences Naturelles

de la Escuela Normal Superior para señoritas, de Sèvres, cerca de Versalles. Y recibe poco después del vicerrector una carta de nombramiento, que dice:

Señora:

Tengo el honor de informar a usted que, a mi propuesta, queda usted encargada durante el año escolar 1900-1901, de las conferencias de física en 1º y 2º años, en la Escuela Normal de Sèvres.

Tenga la bondad de ponerse a la disposición de la señorita directora, a partir del próximo lunes, día 29 del corriente.

He aquí dos "éxitos". El presupuesto se halla equilibrado por mucho tiempo y los Curie aceptan el enorme esfuerzo de trabajo, en el instante mismo en que las experiencias de radiactividad reclamarían sus mayores energías. Se niega a Pierre Curie la única plaza que sería digna de él: la de titular de una cátedra en la Sorbona.

Los Curie se inclinan de nuevo sobre los libros; inventan temas, problemas y escogen las experiencias de curso... Pierre tiene a su cargo, ahora, dos clases y los trabajos prácticos de dos series de alumnos. María, impresionada por su "debut" en el profesorado francés, sólo piensa en preparar sus conferencias y organizar las manipulaciones de las señoritas de Sèvres. Renueva los métodos y ofrece lecciones tan originales que Lucien Poincaré, rector de la Universidad, se impresiona y felicita a la joven maestra. María no sabe hacer las cosas de manera imperfecta.

¡Cuántos esfuerzos malgastados! ¡Cuántas horas robadas al verdadero trabajo! Con una cartera llena de "deberes" corregidos, María hace muchas veces por semana el trayecto a Sèvres en un tranvía de lentitud desesperante, que ha de esperar cada media hora, de pie sobre la acera. Pierre va de la calle Lhomond a la calle Cuvier, en donde está, establecido el P.C.N., y de la calle Cuvier a la calle Lhomond, al hangar. Empieza un nuevo experimento y ya tiene que abandonar sus aparatos para ir a interrogar a los físicos imberbes.

Confiaba en que le sería ofrecido un laboratorio en su nuevo puesto. Un laboratorio le habría consolado de todo. Pero no es así. En el P. C. N. sólo se le conceden dos pequeñas habitaciones. La decepción es tan fuerte que, sobreponiéndose a su horror de pedir, intenta hacerse adjuntar un local mayor. Pero no tiene éxito.

Los que han hecho gestiones semejantes —escribirá María—saben las dificultades financieras y administrativas con las que se tropieza, y recuerdan el número considerable de cartas oficiales, visitas y reclamaciones, indispensables para obtener la más pequeña ventaja. Pierre Curie se sentía fatigado y descorazonado en extremo.

El esfuerzo repercute sobre la potencia de trabajo de los Curie; sobre su propia salud. Pierre, sobre todo, siente tal fatiga que, urgentemente, debe disminuir el número de sus "horas"...Una cátedra de mineralogía ha quedado vacante, precisamente, en la Sorbona. El hombre de ciencia, autor de decisivas teorías sobre la física cristalina, está particularmente preparado para obtenerla. Se presenta. Se la lleva el contrincante.

"Con un gran mérito y una modestia mayor —ha escrito Montaigne— se puede permanecer ignorado durante mucho tiempo."

Los amigos de Pierre Curie intentan por todos los medios que alcance esa inaccesible plaza de profesor. En 1902, el profesor Mascart insiste cerca de Pierre para que se presente a la Academia de Ciencias. Su elección es certera, segura, y le servirá luego para mejorar su situación material.

Duda, pero luego obedece sin placer. Se resigna con mucha dificultad a hacer a los académicos, según una tradición que le parece humillante y estúpida, las visitas de uso. La sección de física de la Academia se pronuncia unánimemente a su favor. Se conmueve y presenta la candidatura. Debidamente aleccionado por Mascart, solicita audiencia a cada uno de los miembros de la ilustre corporación.

Cuando llegue la gloria, y los periodistas busquen anécdotas picantes sobre el hombre de ciencia famoso, evocarán en estos términos las visitas que Pierre hizo, en mayo de 1902:

... Subir pisos, llamar, hacerse anunciar y comunicar el objeto de su visita eran cosas que llenaban de vergüenza al candidato a pesar suyo, pero, además, era necesario exponer sus títulos, decir la buena opinión que de sí mismo tenía, elogiar su ciencia y sus trabajos, y esto le parecía que estaba por encima de sus fuerzas humanas. Entonces, sinceramente, hacía el elogio

extraordinario de su competidor, diciendo que el señor Amagat estaba mejor calificado que él para entrar en el Instituto...

El día 9 de junio se publican los resultados de la elección. Los académicos, entre Pierre Curie y el señor Amagat, han escogido a este último.

Pierre anuncia a un íntimo amigo suyo, Georges Gouy, la noticia, en estos términos:

Mi querido amigo:

Como usted había previsto, la elección ha sido favorable a Amagat, que ha tenido 32 votos, mientras que yo tuve 20, y Gerner, 6.

Lo único que lamento es haber perdido el tiempo haciendo visitas para ese brillante resultado. La sección me había presentado en primer turno, por unanimidad, y ello me obligó a presentarme.

Le cuento todos estos chismes porque sé que le gusta saberlos, pero no crea que me haya disgustado sensiblemente por esos pequeños accidentes.

Su muy devoto amigo.

PIERRE CURIE.

El nuevo decano —Paul Appel—, el mismo de quien María Sklodowska escuchaba antaño, con éxtasis, sus lecciones, intentará servir de otra manera los intereses de Pierre. Conoce su intransigencia y tiende las redes.

Paul Appel escribe a Pierre Curie:

El ministerio me pide propuestas para la Legión de Honor. Usted debe estar en mi lista. Le pido, como un servicio a la Facultad, que me consienta dar su nombre. Reconozco que la condecoración no tiene la menor importancia para un hombre de su valía, pero tengo interés en proponer los nombres de mayor mérito de la Facultad, aquellos que se han distinguido más y mejor por sus descubrimientos y sus trabajos. Es una manera de darlos a conocer al ministro y de mostrar cómo trabajamos en la Sorbona. Si se nombra a usted, podría usar o no la condecoración, como le plazca, naturalmente, pero le ruego me autorice para la propuesta.

Perdóneme, querido colega, que le haya molestado, y créame su cordial amigo.

Paul Appel a María Curie:

He hablado repetidas veces al rector Liard de los magníficos trabajos del señor Curie, de la insuficiencia de su instalación, del interés que debe haber en darle un laboratorio mayor. El señor rector ha hablado del señor Curie al ministro, aprovechando para ello la ocasión que le ofrecían las propuestas para la Legión de Honor, en la promoción del 14 de julio. El ministro parece interesarse mucho por la obra del señor Curie; acaso quiera empezar por manifestárselo condecorando al señor Curie. En este supuesto, le pido que use de toda su influencia para que el señor Curie no lo rehúse. El hecho en sí no tiene, evidentemente, ningún interés, pero desde el punto de vista de las consecuencias prácticas (laboratorios, créditos, etc.) lo tiene considerable.

Esta vez, Pierre Curie no se deja engañar. Su constante aversión por los honores bastaría para justificar su actitud. Otro sentimiento lo anima aun. Le parece demasiado cómico que se nieguen a un hombre de ciencia los medios de trabajar, y que, al mismo tiempo, a modo de estímulo, "de buen grado" se le ofrezca una pequeña cruz de esmalte colgada de una cintita de seda roja.

He aquí la contestación de Pierre Curie al decano:

Le ruego que tenga la bondad de dar las gracias al señor ministro y de informarle que no siento la necesidad de ser condecorado, pero que tengo la mayor necesidad de poseer un laboratorio.

Queda abandonada la esperanza de una vida menos dura. A falta del laboratorio deseado, los Curie se conforman con el hangar para poner a cubierto sus experiencias, y las horas apasionadas pasadas entre aquellos tabiques de madera les consuelan de sus fracasos. Continúan dando clases. Lo hacen con buena voluntad, sin amarguras. Más de un muchacho se acordará con gratitud de las lecciones de Pierre, tan expresivas y claras. Más de una señorita de Sèvres deberá a

María su afición a la ciencia; a esa profesora de rubios cabellos, cuyo acento eslavo canta las demostraciones inteligentes.

Preocupados por sus deberes pedagógicos y su labor científica, se olvidan de comer y de dormir.

La regla de la vida "normal", establecida anteriormente por María, sus hazañas de cocinera, de ama de casa, han sido olvidadas. Los esposos, inconscientes en su locura, usan y abusan de los esfuerzos agotadores. En varias ocasiones, Pierre se ha visto obligado a guardar cama, debido a las violentas e intolerables crisis de dolores reumáticos. María, sostenida por sus nervios, no ha tenido todavía un solo desfallecimiento. Vencido, por una cura de menor precio y de cotidiana imprudencia, el acceso de tuberculosis que inquietó a su familia, se considera invulnerable. Pero, sobre el pequeño carnet en donde ella anota regularmente su peso, la cifra baja, semana tras semana: en cuatro años de hangar María ha perdido siete kilos. Los amigos del matrimonio observan su palidez, su rostro demacrado, y uno de ellos, un joven físico, escribe al propio Pierre Curie, rogándole que no malgasten su salud. Su carta es un alarmante cuadro de la dramática existencia de los Curie.

La carta de George Sganas a Pierre Curie dice así:

Me he impresionado al ver, en la Sociedad de Física, la alteración de los rasgos de la señora Curie. Ya sé que está sobrecargada de trabajo con motivo de su tesis, pero he podido observar que no tiene una fuente de resistencia suficiente para poder sostener una vida tan puramente intelectual como la que llevan ustedes. Y lo que digo respecto a ella puede aplicarse a usted mismo.

Un ejemplo más, insistiendo sobre ello: apenas se alimentan ustedes. He visto en más de una ocasión a la señora Curie, mascar dos lonchas de salchichón y beber, luego, una taza de té. ¿Cree usted que una constitución, aunque sea robusta, puede mantenerse con semejante alimentación? ¿Qué va a ser de ustedes si pierden la salud?

La indiferencia o la obstinación que oponga la señora Curie no pueden ser para usted una excusa. Preveo el obstáculo siguiente: "¡No tiene apetito! ... ¡Ya tiene edad para saber lo que debe hacer...!" Pues, no. Actualmente se comporta como un niño. Se lo digo con toda la sinceridad de mi afecto.

No conceden ustedes mucho tiempo a las comidas. Las hacen a cualquier hora. Y, por la noche, cenan ustedes tan tarde que el estómago, debilitado por la espera, se niega, a la larga, a funcionar. Sin duda, una investigación puede obligarle a cenar tarde una noche; pero no tiene usted el derecho de hacer de ello una costumbre. No hay que mezclar, como hacen continuamente, las preocupaciones científicas a todos los instantes de su vida. Es necesario dejar que el cuerpo descanse. Es necesario sentarse cómodamente ante la comida y masticarla lentamente, evitando hablar de cosas tristes o simplemente fatigosas para el espíritu. No hay que leer comiendo, ni hablar de física...

A las indicaciones y a los reproches los Curie contestan ingenuamente: "Pero ¡si descansamos! ¡Si hacemos vacaciones en verano!"

En efecto, toman vacaciones, o creen tomarlas. Durante el buen tiempo vagan, como antes, de etapa en etapa. Se pudo esperar de ellos que el nacimiento de Irene les tranquilizara, y que cada año fuesen a observar los juegos de su hija sobre cualquier playa apacible. Pero no. Para los Curie, descansar es recorrer en bicicleta Cevennes, en 1898. Dos años más tarde, seguir las costas de la Mancha, de El Havre a Saint-Valery-sur Somme, y luego partir para la isla de Noirmoutiers. En 1901 estarán en Pouldu, en 1902 en Arromanches, en 1903 en Treport y luego en Saint Trojean...

Estos viajes ¿les proporcionan la calma física y moral a que tienen derecho? Existen dudas sobre el particular. El responsable de ello es Pierre, que no sabe permanecer tranquilo en un sitio. Después de estar dos o tres días en un mismo lugar, habla de regresar a París, y le dice dulcemente a su mujer:

—Hace mucho tiempo que no hemos hecho nada...

Los Curie emprendieron, en 1899, una lejana expedición, que les produjo grandes satisfacciones. Por primera vez, desde su matrimonio, María volvió a su patria. No fueron a Varsovia, sino a Zakopane, Polonia austríaca, donde los Dluski construyen su sanatorio. Cerca de las canteras, llenas de albañiles, la pensión Eger alberga un grupo de gente amiga. El profesor Sklodowski, aun muy ágil, rejuvenecido por la

felicidad de ver reunidos a sus cuatro hijos y los cuatro matrimonios. ¡Con qué prisa han pasado los años! No hace tanto tiempo que sus hijos jugaban al escondite, en Varsovia. Hoy, José, estimable médico, tiene mujer e hijos. Bronia y Casimiro fundan una casa de salud. Hela sigue su carrera en la enseñanza, mientras que su esposo, Stanislas Szalay, dirige una próspera empresa de fotografía. Y Mania, que trabaja en un laboratorio y publica gravemente sus investigaciones. ¡Querida picaruela!, como la llamaran antes, cuando era el bebé de la familia.

Pierre Curie, el extranjero, es objeto de muchas atenciones. Los polacos están orgullosos de hacerle conocer Polonia. Primero por la región severa, donde las puntas sombrías de los abetos alcanzan penosamente el cielo; luego, durante la excursión a las crestas de Rysy, Pierre queda impresionado por la poesía y la grandeza de esas altas montañas. Por la noche, le dice a su mujer, ante los suyos:

— ¡Es un país hermoso! ... ¡Ahora comprendo que pueda quererle!

Para decir esto ha usado, ex profeso, su polaco, recién aprendido y que, a pesar de su malo, pésimo acento, ha maravillado a sus hermanos políticos. Pierre ha sorprendido, sobre el rostro feliz de María, una sonrisa de orgullo.

Tres años más tarde, en mayo de 1902, María tomará de nuevo el tren para Polonia. ¡Pero, con qué angustia dolorosa! Unas cartas le han anunciado bruscamente la enfermedad repentina de su padre; una operación en la vesícula biliar, que ha permitido extraer enormes cálculos. Primero recibió noticias tranquilizadoras, y de pronto, un telegrama. Es el final. María quiere marcharse al momento. Pero las formalidades del pasaporte son complicadísimas. Transcurren muchas horas, hasta que los papeles están en regla. Después de dos días y medio de trayecto llega a Varsovia, a la casa de José, donde habita el señor Sklodowski. Demasiado tarde.

María no puede soportar la idea de no volver a ver aquel rostro querido. Se ha enterado de la muerte durante el viaje, y, por telégrafo, ha suplicado a sus hermanos que retrasen el entierro. Penetra en la cámara fúnebre, en donde sólo hay un ataúd y unas flores. Con extraña obstinación, exige que se abra el ataúd. Así se hace. Y es del rostro inanimado y sereno, cruzado de un leve hilillo de sangre que ha escapado de la nariz, del que María se despide y demanda su perdón. Íntimamente, no se ha perdonado jamás el haberse quedado en Francia, el haber

decepcionado al anciano, que soñaba con acabar sus días cerca de ella. Ante el ataúd abierto, en silencio, se acusa bajo, muy bajo, hasta que sus hermanos ponen fin a la cruel escena.

María lleva consigo el demonio del escrúpulo. Se tortura injustamente. Los últimos años de su padre han sido dulces, y más dulces aun gracias a ella. Al señor Sklodowski, el afecto de los suyos y sus satisfacciones de padre y de abuelo le habían hecho olvidar las vicisitudes de una existencia sin brillantez. Sus últimas y grandes alegrías le venían de María. El descubrimiento del polonio y del radio; la lectura, en las comunicaciones de la Academia de Ciencias, de París, de las brillantes memorias firmadas con el nombre de su hija, habían sido una fuente de intensa emoción para este profesor de física a quien las labores cotidianas prohibieron siempre las investigaciones desinteresadas. Recientemente, María le había anunciado que obtenía, después de cuatro años de perseverancia, radio puro. Y, en su última carta, seis días antes de su muerte, el señor Sklodowski trazaba estas palabras, con la mano vacilante, que deformaba penosamente su escritura fina y regular:

¡Ya estás en posesión de sales de radio puro! Si se considera la suma de trabajo que ha sido realizada para obtenerlo, en verdad te digo que es el más costoso de los elementos químicos. Sólo hay que lamentar que, al parecer, este trabajo no tenga más que un interés teórico.

Por acá no hay novedad alguna. El tiempo es mediano. Aun hace bastante frío. Es necesario que me vuelva a la cama, y termino besándote tiernamente...

¡Qué felicidad y qué orgullo no hubiera sido el de este hombre excelente de haber vivido un par de años más, para saber que la gloria aureolaba el nombre de su hija y que el premio Nobel era distribuido entre Henri Becquerel, Pierre Curie y María Curie, su pequeña hijita, su *Anciupecio!*

Pálida, débil, María abandona Varsovia. Volverá en septiembre. Tras el luto, los Sklodowski, sienten la necesidad de reunirse, de probarse que la solidaridad fraternal sobrevive.

Octubre. Los Curie regresan a su laboratorio. Están fatigados. María, mientras colabora en las investigaciones, redacta los resultados de sus trabajos de purificación del radio. Pero se siente sin valor, no tiene gusto por nada. El terrible régimen a que sometió desde hace tanto tiempo su sistema nervioso tiene extrañas repercusiones: por la noche, ligeros accesos de sonambulismo la hacen levantarse y pasear, inconscientemente, por la casa.

The image shows two pages of a handwritten scientific diary. The top page contains a table with columns for dates, descriptions of experiments, and numerical data. The bottom page continues the table with similar entries. The handwriting is in French and includes various scientific notations and calculations.

Date	Description	Value 1	Value 2	Value 3
5.10.1902	10g	55.0	35.4	
7.10.1902	10g	46.3	2.10	
14.10.1902	10g	49.2	47.7	
17.10.1902	10g	51.8	56.1	
24.10.1902	10g	57.2	3.79	
31.10.1902	10g	58.0	32.8	
7.11.1902	10g	51.0	51.5	
14.11.1902	10g	57.8	3.16	
21.11.1902	10g	57.8	4.34	
28.11.1902	10g	57.8		
5.12.1902	10g	57.8		
12.12.1902	10g	57.8		
19.12.1902	10g	57.8		
26.12.1902	10g	57.8		
3.1.1903	10g	57.8		
10.1.1903	10g	57.8		
17.1.1903	10g	57.8		
24.1.1903	10g	57.8		
31.1.1903	10g	57.8		
7.2.1903	10g	57.8		
14.2.1903	10g	57.8		
21.2.1903	10g	57.8		
28.2.1903	10g	57.8		
5.3.1903	10g	57.8		
12.3.1903	10g	57.8		
19.3.1903	10g	57.8		
26.3.1903	10g	57.8		
2.4.1903	10g	57.8		
9.4.1903	10g	57.8		
16.4.1903	10g	57.8		
23.4.1903	10g	57.8		
30.4.1903	10g	57.8		
7.5.1903	10g	57.8		
14.5.1903	10g	57.8		
21.5.1903	10g	57.8		
28.5.1903	10g	57.8		
4.6.1903	10g	57.8		
11.6.1903	10g	57.8		
18.6.1903	10g	57.8		
25.6.1903	10g	57.8		
2.7.1903	10g	57.8		
9.7.1903	10g	57.8		
16.7.1903	10g	57.8		
23.7.1903	10g	57.8		
30.7.1903	10g	57.8		
6.8.1903	10g	57.8		
13.8.1903	10g	57.8		
20.8.1903	10g	57.8		
27.8.1903	10g	57.8		
3.9.1903	10g	57.8		
10.9.1903	10g	57.8		
17.9.1903	10g	57.8		
24.9.1903	10g	57.8		
1.10.1903	10g	57.8		
8.10.1903	10g	57.8		
15.10.1903	10g	57.8		
22.10.1903	10g	57.8		
29.10.1903	10g	57.8		
5.11.1903	10g	57.8		
12.11.1903	10g	57.8		
19.11.1903	10g	57.8		
26.11.1903	10g	57.8		
3.12.1903	10g	57.8		
10.12.1903	10g	57.8		
17.12.1903	10g	57.8		
24.12.1903	10g	57.8		
31.12.1903	10g	57.8		

Das páginas del diario de experimentos científicos que llevaba María Curie.

El año siguiente traerá consigo desgraciados acontecimientos. Primero, un embarazo, interrumpido accidentalmente por un aborto. María toma trágicamente esta decepción.

El día 20 de agosto, María escribe a Bronia:

Estoy tan trastornada por este accidente que no tengo valor para escribir a nadie. Me había habituado tanto a la idea de este hijo que estoy completamente desesperada y que no puedo consolarme. Escíbeme, por favor, te lo ruego, si crees que debo acusar de ese accidente a la fatiga en general, pues debo confesar que no he escatimado mis fuerzas. Tenía confianza en mi organismo, y ahora, lo siento amargamente, pues lo he pagado muy caro. La niña estaba en buen estado y vivía. ¡Y yo que la deseaba tanto!"

Más tarde llega de Polonia otra mala noticia: el segundo hijo de Bronia ha enfermado y muerto, en unos días, a consecuencia de una meningitis tuberculosa.

Estoy completamente anonadada por la desgracia que ha caído en el hogar de los Dluski —escribe María a su hermano José—. Ese niño era la estampa de la salud. Si, a pesar de los buenos cuidados, puede perderse un niño semejante, ¿cómo confiar en salvar y criar los otros? No puedo mirar a mi hija sin temblar de pánico. Y el dolor de Bronia me despedaza.

Estas tristezas oscurecen la vida de María, a quien mina otro tormento, más grave: Pierre no está bien. Las violentas crisis de dolores a los cuales está sujeto y que, a falta de indicios precisos, los médicos han considerado como reumatismo, aparecen con frecuentes intervalos y le dejan completamente abatido. Traspasado por el dolor, gime durante noches enteras, velándole su asustada mujer.

Es necesario, no obstante, que María dé sus clases en Sèvres, y es necesario, también, que Pierre interrogue a los numerosos alumnos y observe sus manipulaciones. Lejos del laboratorio vanamente soñado es necesario que los dos físicos continúen sus experiencias minuciosas.

Una vez, una sola vez, Pierre deja escapar una queja. Dice muy bajo:

—Dura es la vida que hemos escogido.

María intenta protestar, pero no logra disimular mucho su angustia. Si Pierre está hasta ese punto descorazonado ¿no significa que sus fuerzas le abandonan? ¿Acaso está afectado por alguna enfermedad implacable? ¿Y ella, María, sabrá vencer su

terrible cansancio? Desde hace meses la idea de la muerte ronda alrededor de esta mujer obsesionada.

— ¡Pierre!

El hombre de ciencia, asustado, se vuelve hacia María, que le ha llamado con tanta angustia, y con voz ahogada dice:

— ¿Qué hay? ¿Qué tienes, querida?

—Pierre... Si uno de nosotros desapareciera... El otro no debería sobrevivirle. No podríamos existir el uno sin el otro, ¿verdad?

Pierre sacude lentamente la cabeza. Al pronunciar palabras de mujer y de enamorada; al olvidar un instante su misión, María le ha recordado que el sabio no tiene derecho a desertar de la Ciencia, el objeto de su vida.

Contempla un instante el rostro crispado y desolado de María y contesta firmemente:

—Te equivocas. A pesar de lo que ocurra y aunque fuésemos como un cuerpo sin alma, sería necesario trabajar de todas maneras.

Capítulo 15

Una tesis de doctorado y una entrevista de cinco minutos

¿Qué le importa a la Ciencia que sus servidores apasionados sean ricos o pobres, felices o desgraciados, rebosantes de salud o enfermos? La Ciencia sabe que fueron creados para buscar y para descubrir, y que hasta que sus fuerzas se agoten, investigarán y encontrarán. No hay poder en el mundo que pueda obligar a un sabio a luchar contra su vocación. Es más: en los mismos días de íntima revuelta, de máximas contrariedades, sus propios pasos volverán, fatalmente, a colocarle ante los aparatos de su laboratorio.

No sorprenda, pues, el resultado feliz de los trabajos que los Curie han realizado durante los años difíciles. La radiactividad recién nacida, aumenta o disminuye, agotando poco a poco a los dos científicos que le dieron vida.

De 1899 a 1904, los Curie han publicado, unidos, separados o en colaboración con algunos de sus colegas, *treinta y dos* comunicaciones científicas. Los títulos de estas

notas son ásperos; su texto erizado de fórmulas y de gráficos que asustan a los profanos. Cada una de ellas, no obstante, representa una victoria. Al leer la árida enumeración de las comunicaciones más importantes, dediquemos un pensamiento a lo que encubren de curiosidad, de obstinación, de genio:

—*Sobre los efectos químicos de los rayos del radio.* (MARÍA Y PIERRE CURIE, 1899).

—*Sobre el peso atómico del bario.* (MARÍA CURIE, 1900).

—*Las nuevas substancias radiactivas y los rayos que emiten.* (MARÍA Y PIERRE CURIE, 1900).

—*Sobre la radiactividad instigada, provocada por las sales del radio.* (PIERRE CURIE Y ANDRÉ DEBIERNE, 1901).

—*Acción fisiológica de los rayos del radio.* (PIERRE CURIE Y HENRI BECQUEREL, 1901).

—*Sobre los cuerpos radiactivos.* (MARÍA CURIE Y PIERRE CURIE, 1901).

—*Sobre el peso atómico del radio.* (MARÍA CURIE, 1902).

—*Sobre la medida absoluta del tiempo.* (PIERRE CURIE, 1902).

—*Sobre la radiactividad instigada y sobre la emanación del radio.* (PIERRE CURIE, 1903).

—*Sobre el calor desprendido espontáneamente por las sales del radio.* (PIERRE CURIE Y A. LABORDE, 1903).

—*Investigaciones sobre las substancias radioactivas.* (MARÍA CURIE, 1903)

—*Sobre la radiactividad de los gases que se desprenden del agua de las fuentes termales.* (PIERRE CURIE Y A. LABORDE, 1904).

—*Acción fisiológica de la emanación del radio.* (PIERRE CURIE, CH. BOUCHARD Y V. BALTHAZARD, 1904).

Nacida en Francia, la radiactividad conquista rápidamente el ambiente mundial. Desde 1900, de Inglaterra, Alemania, Austria y Dinamarca llegan cartas firmadas por los más ilustres nombres de la Ciencia a la calle Lhomond. Y en todas las cartas, inquietas y atormentadas preguntas, demandas, solicitudes... Los Curie mantienen con sir William Crookes, con los profesores vieneses Suess y Boltzmann; con el explorador danés Paulsen, permanentes correspondencias, en las cuales "los

padres" del radio prodigan a sus colegas las explicaciones y los consejos técnicos. En muchos países, los investigadores se lanzan a la persecución de elementos radiactivos desconocidos y esperan lograr nuevos descubrimientos. La caza es fructuosa y en el cuadro de honor se inscriben el mesotorio, el radio-torio, el ionio, el *protactinio*, el *radio-plomo*...

En 1903, dos sabios ingleses, Ramsay y Soddy, demuestran que el radio desprende continuamente una pequeña cantidad de gas: el helio. Es el primer ejemplo conocido de una transformación de átomos. Un poco más tarde, siempre en Inglaterra, Rutherford y Soddy, recogiendo una hipótesis iniciada por María Curie en 1900, publican una interesante "teoría de las transformaciones radiactivas". Afirman que los radioelementos, incluso cuando parecen inalterables, se hallan en estado de evolución espontánea y cuanto más rápida es su transformación, más poderosa es su "actividad".

Ello es una verdadera teoría de la transformación de los cuerpos simples, pero no como lo comprendían los alquimistas... —escribirá Pierre Curie—. La materia inorgánica evolucionará necesariamente a través de las edades y siguiendo inmutables leyes.

¡Radio prodigioso! Purificado al estado de cloruro, es un pobre polvo blanco y blando que podría confundirse con la más vulgar de las sales de cocina. Pero sus propiedades, cada día mejor conocidas, aparecen sorprendentes. Su radiación, descubierta por los Curie, traspasa en intensidad todas las previsiones. Es dos millones de veces más fuerte que la del uranio. La ciencia lo ha analizado, disecado, subdividido en rayos de tres clases distintas, que cruzan, modificándolas, es cierto, las materias más opacas. Sólo una espesa pantalla de plomo puede apresar esos rayos insidiosos en su carrera invisible.

El radio tiene su sombra, su fantasma. Produce espontáneamente un cuerpo gaseoso singular, *la emanación* del radio, asimismo activo, y que, incluso encerrado en un tubo de cristal, se destruye cada día, según una ley rigurosa. Su presencia será descubierta en las aguas de numerosas fuentes termales.

Otro desafío a las teorías que parecen la base inamovible de la física. El radio desprende espontáneamente calor. En una hora produce una cantidad de calor

capaz de fundir su mismo peso de cristal. Si se le protege contra el enfriamiento exterior, se calienta y su temperatura puede elevarse a diez grados y más, por encima del medio circundante.

¿De qué no es capaz el radio? Impresiona las placas fotográficas a través del papel negro, convierte la atmósfera en conductora de electricidad y descarga así, a distancia, electros copios, colorea en malva y en violeta los recipientes de vidrio que tienen el honor de albergarlo; roe, y, poco a poco, reduce a polvo, el papel y el algodón en rama de que se le cubre.

Ya sabemos que es luminoso.

Esta luminosidad no puede ser observada de día —escribirá María—; pero se la ve fácilmente en la penumbra. La luz emitida, puede ser lo bastante fuerte para que pueda leerse, con un poco de ese producto, en la obscuridad.

El radio no se contenta, egoístamente, con este don maravilloso. Hace fosforescentes gran número de cuerpos incapaces de emitir luz por sus propios medios. Así el diamante:

El diamante se convierte en fosforescente por la acción del radio y puede ser distinguido así de las imitaciones en strass, cuya luminosidad es muy débil.

Por último, la radiación del radio es contagiosa. ¡Contagiosa como un perfume tenaz, como una enfermedad! Es imposible dejar un objeto, una planta, un animal, una persona cerca de un tubo de radio sin que adquieran inmediatamente una "actividad" notable. Este contagio, que perturba los resultados de las experiencias de precisión, es para los Curie el enemigo de todos los días:

Cuando se efectúan estudios sobre las substancias poderosamente radiactivas —escribe María— hay que tomar precauciones particulares si se quiere continuar para hacer delicadas medidas. Los diversos objetos empleados en el laboratorio de química y aquellos que sirven para las experiencias de física, no tardan en ser todos radiactivos y en actuar sobre las placas fotográficas a través del papel negro. Los polvos, el aire de la habitación, los vestidos, son radiactivos. El aire de la habitación es conductor. En el laboratorio en donde

trabajamos, el mal ha llegado a un estado agudo y no podemos tener un aparato perfectamente aislado.

Cuando los Curie no existan, sus carnets de trabajo seguirán manteniendo el recelo de hace treinta o cuarenta años sobre la expresiva y la misteriosa "actividad" y seguirán impresionando los aparatos de medir.

Radiactividad, desprendimiento de calor, producción de gas helio y de emanación, autodestrucción espontánea... ¡Qué lejos se está ya de las teorías sobre la materia inerte, sobre el átomo inmutable! No hace cinco años, los hombres de ciencia creían nuestro universo compuesto de materias, definidas, de elementos señalados para siempre. Ahora, a cada segundo que pasa, partículas de radio expulsan átomos de gas helio y los proyectan fuera, con una fuerza enorme. El residuo de esta minúscula y terrorífica explosión, que María denominara "el cataclismo de la transformación atómica", es un átomo gaseoso de emanación, que por sí mismo se transformará en otro cuerpo radiactivo, el cual se transformará a su vez. Los radioelementos forman extrañas y crueles familias, en donde cada miembro es creado por la transformación espontánea de la substancia madre. El radio es un "descendiente" del uranio; el polonio un descendiente del radio. Estos cuerpos, logrados a cada momento, se destruyen ellos mismos, siguiendo eternas leyes. Cada radio-elemento pierde la mitad de su substancia en un tiempo que es *siempre el mismo* y que se denominará su "período". Para que disminuyan a su mitad, se precisan algunos miles de años para el uranio, seiscientos años para el radio, cuatro días para la emanación del radio y algunos segundos tan sólo para los "descendientes" de la emanación.

Inmóvil en apariencia, la materia alberga nacimientos, colisiones, muertes, suicidios; alberga también dramas sometidos a implacables fatalidades; alberga, en suma, la vida y la muerte.

Tales son los hechos que el descubrimiento de la radiactividad ha revelado. Los filósofos no tienen más que comenzar de nuevo la filosofía, y los físicos, la física.

Último y conmovedor milagro: el radio puede hacer algo para la felicidad de los humanos y se convertirá en el aliado de éstos contra el mal atroz: el cáncer.

Los sabios alemanes Walkhoff y Giesel anunciaron en 1900 que la nueva sustancia tenía efectos fisiológicos, y Pierre Curie, indiferente al peligro, expuso inmediatamente su brazo a la acción del radio. ¡Con gran alegría surge una lesión! La observa y sigue su evolución, y más tarde, en una nota a la Academia, describe flemáticamente los síntomas observados:

La piel ha tomado un color rojo sobre una superficie de seis centímetros cuadrados. La apariencia es la de una quemadura, pero la piel no se hace, apenas, dolorosa. Al cabo de unos días, el color, sin extenderse, aumenta su intensidad. A los veinte días, se forman costras; luego, una llaga que se ha curado. A los cuarenta días la epidermis ha empezado a cerrarse por los bordes, ganando el centro; y, a los cincuenta y dos días después, de la acción de los rayos queda aún una especie de llaga, en una superficie de un centímetro cuadrado, que toma un aspecto grisáceo, indicando una mortificación más profunda.

Hay que añadir que la señora Curie, al trasladar a un pequeño tubo cerrado algunos centigramos de materia muy activa, ha sufrido quemaduras análogas, a pesar de que el tubito estaba encerrado en una pequeña caja metálica.

Aparte estas acciones vivas, durante las investigaciones realizadas con productos muy activos, hemos sufrido en las manos efectos muy diversos. Las manos tienen una tendencia general a la descamación. Las extremidades de los dedos que han sostenido los tubos o cápsulas conteniendo productos muy activos se hacen duras y, a veces, dolorosas. La inflamación de las extremidades de los dedos en uno de nosotros ha durado quince días y se ha terminado con la caída de la piel; pero la sensibilidad dolorosa no ha desaparecido completamente hasta al cabo de dos meses.

Henri Becquerel, al llevar en un bolsillo de su chaleco un tubo de cristal que contenía radio, se quemó también, sin desearlo, claro. Maravillado y furioso, corrió a casa de los Curie para lamentarse de la hazaña de "su terrible hijo", y declaró en materia de conclusión:

—Quiero a ese radio, pero ¡me las pagará!

...Y luego, anota rápidamente los resultados de su experiencia involuntaria, que se publicará en las comunicaciones del 3 de junio de 1901, junto a las observaciones de Pierre Curie.

Impresionado por el sorprendente poder de los rayos, Pierre estudia la acción del radio sobre los animales. Colabora con doctores en medicina de alto rango, los profesores Bouchard y Balthazard. Pronto adquieren la convicción de que destruyendo las células enfermas, el radio cura lupus, tumores y ciertas formas del cáncer. Esta terapéutica tomará el nombre de curie-terapia. Algunos médicos franceses (Daulos, Wickam, Dominici, Degrais, etc.) aplican, con éxito, los primeros tratamientos a los enfermos. Emplean tubos de emanación de radio prestados por los Curie.

La acción del radio, sobre la piel ha sido estudiada por el doctor Daulos en el hospital de San Luis, escribirá María. El radio da, desde este punto de vista, resultados alentadores: la epidermis parcialmente destruida por su acción, vuelve a su estado sano.

¡El radio es útil, extraordinariamente útil!

Se adivinan las consecuencias inmediatas de semejante revelación. La extracción del elemento nuevo no tiene sólo el interés de una experiencia. Se convierte en indispensable y bienhechor. Va a nacer una *industria* del radio.

Los Curie vigilan los principios de esta industria, que no se hubiera podido crear sin sus consejos. Con sus propias manos han preparado —con las manos de María, principalmente— el primer gramo de radio que haya visto la luz pública, realizando el tratamiento de ocho toneladas de residuos de pechblenda en el hangar de la Escuela de Física, según un procedimiento de su invención. Poco a poco, las propiedades del radio excitan las imaginaciones, y el matrimonio encuentra eficaces colaboraciones para organizar la producción en vasta escala.

El tratamiento de los minerales ha empezado bajo la dirección de André Debierne en la "Sociedad central de productos químicos", que consiente efectuar la operación sin buscar beneficio alguno. En 1902, la Academia de Ciencias concede a los Curie un crédito de veinte mil francos "para la extracción de materias radiactivas". La purificación de cinco toneladas de mineral comienza inmediatamente.

En 1904, un industrial francés, inteligente y decidido, Armer de Lisle, tiene la idea de fundar una fábrica que producirá radio y lo facilitará a los médicos que curen tumores malignos.

Ofrece a los Curie un local, en espera de esa fábrica en donde podrán llevar a cabo los trabajos que el reducido recinto de su laboratorio hacía impracticables. Los Curie reúnen colaboradores como F. Haudepin y Jacques Danne, a quienes Armer confiara la extracción de la sustancia preciosa.

María no se separará de su primer gramo de radio. Más tarde, lo legará a su laboratorio. No tiene ni tendrá jamás otro valor que el de sus tenaces esfuerzos. Cuando el hangar haya desaparecido bajo el pico de los peones, y la señora Curie no exista, ese gramo será el símbolo rutilante de una gran obra y de la época heroica de las dos existencias.

Los gramos que sigan tendrán un valor distinto: un valor-oro.

El radio, puesto regularmente en venta, se convertirá en una de las sustancias más caras del mundo. Se calculará el precio del gramo en setecientos cincuenta mil francos oro.

Una materia tan aristocrática merece toda clase de comentarios. En enero de 1904 se publica el primer número de una revista, *Le Radio*, que trata exclusivamente de los productos radiactivos.

El radio ha adquirido una personalidad comercial. Tiene su cotización mercantil y su prensa. Sobre el papel con membrete de la fábrica Armer de Lisle se leerá muy pronto en grandes caracteres:

SALES DE RADIO - SUBSTANCIAS RADIATIVAS

Dirección telegráfica: "RADIO - NOGENT - sur - MARNE".

Si los fecundos trabajos de los hombres de ciencia de muchos países, si esta creación de una industria, si estos primeros ensayos de una maravillosa terapéutica han podido realizarse, se debe al hecho de que una muchacha rubia, atraída por una curiosidad apasionada, ha escogido como tema de tesis, en 1897, el estudio de los rayos de Becquerel, porque esa joven ha sabido adivinar la presencia de un

cuerpo nuevo y porque, uniendo sus esfuerzos a los de su marido, ha probado la existencia de ese cuerpo. Es, en fin, porque ha logrado aislar el radio puro.

El día 25 de junio de 1903, esa muchacha se halla ante una pizarra de una pequeña salita de la Sorbona, la "sala de los estudiantes", a la que se llega por una escalera de caracol. Han pasado más de cinco años, desde el día en que María inició el tema de su tesis. Arrastrada por el torbellino de un descubrimiento inmenso, había retrasado por mucho tiempo el examen del doctorado, para el cual no había tenido el tiempo material de reunir sus elementos. Hoy se presenta ante el tribunal.

Según la costumbre, la muchacha debe entregar a sus jueces, los señores Lippmann, Boury y Moissan, el texto del trabajo que somete a su aprobación: *Investigaciones sobre las substancias radiactivas, por la señora María Sklodowska-Curie*. Y — ¡acontecimiento increíble!— la señora se ha comprado un vestido nuevo, completamente negro, en lana y seda. Mejor dicho, Bronia, que ha llegado a París para la defensa de la tesis, ha avergonzado a María por sus trajes lustrosos, llevándola a la fuerza a una tienda. Bronia se ha entendido con la vendedora, ha escogido las telas y decide los arreglos, sin preocuparse de la silueta tosca de su hermana menor.

¿Recordaron las dos hermanas que hace justamente veinte años, en junio de 1883, Bronia visitó a María? Fue una solemne mañana, en que la pequeña Manusia, vestida de negro, como ahora, debía recibir de las manos de un funcionario ruso la medalla de oro del gimnasio del barrio de Cracovia...

La señora Curie se halla de pie, muy firme. Sobre su pálido rostro, bajo su amplia frente abombada, que los cabellos claros, peinados hacia atrás, ponen al descubierto completamente, algunas arrugas marcan el surco del combate que ha sostenido y que ha ganado. Los físicos y los químicos se apretujan en la sala, bañada por el sol. Ha sido necesario añadir muchas sillas, pues los hombres de ciencia, atraídos por el interés excepcional de las investigaciones de que se va a hablar, han llenado el local.

El anciano doctor Curie, Pierre Curie y Bronia han ocupado unos puestos, al fondo de la sala, apretujados entre los estudiantes. Cerca de ellos se halla un grupo de muchachas alegres y vivarachas. Son las señoritas de Sèvres, las alumnas de María, que han ido para aplaudir a su profesora.

Los tres examinadores, de frac, se sientan tras una larga mesa de roble. Por turno, plantean algunos problemas a la candidata. María contesta con dulce voz y con frases inspiradas y sutiles a las cuestiones que le plantean los señores Bouty y Lippmann (éste fue su primer profesor), y contesta también al señor Moissan, cuya barba impresionante parece que no tiene fin. Con un trozo de tiza en la mano, traza, a veces, en la pizarra el esquema de un aparato o los signos de una fórmula fundamental. Expone los resultados de sus investigaciones con frases de técnica sequedad. Pero en el cerebro de los físicos que la rodean, viejos y jóvenes, pontífices o discípulos, una "transmutación" de otro orden se opera. La palabra fría de María se cambia en una imagen encendida y entusiasta: la de uno de los más grandes descubrimientos del siglo.

La elocuencia, los comentarios, son rechazados por los sabios. Para conceder el grado de doctor a María Curie, los jueces reunidos en la Facultad de Ciencias emplean, a su vez, palabras sin brillantez y de tan extrema simplicidad que cuando se las relee a treinta años de distancia, conservan un valor de profunda emoción.

El presidente Lippmann pronuncia la fórmula consagrada:

— La Universidad de París le concede el título de doctora en ciencias físicas, con la mención de "muy honorable".

Cuando se acallaron los discretos aplausos, el presidente añadió, simple y amistosamente, con tímida voz de viejo universitario:

— Y, en nombre del jurado, señora, tengo el honor de ofrecerle nuestros parabienes.

Estos exámenes austeros, estas graves y modestas ceremonias, se desarrollan de igual manera, tanto para el investigador de genio como para el trabajador concienzudo, y no destilan ironía alguna.

Tienen su estilo y su grandeza.

Unos meses antes de la exposición de esta tesis y antes, también, que se desarrollara en Francia y en el mundo entero el tratamiento industrial del radio, los Curie han tomado una decisión, a la cual conceden poca importancia, pero que influirá notablemente sobre el resto de su vida.

María, purificando la pechblenda y aislando el radio, ha inventado una técnica y creado un procedimiento de fabricación.

Ahora bien; desde que los efectos terapéuticos del radio han sido conocidos, se buscan por todas partes minerales radiactivos. Están en proyecto múltiples exploraciones en muchos países y especialmente en Bélgica y América. Pero las fábricas no podrán producir el "fabuloso metal" hasta que los ingenieros no conozcan el secreto de la preparación del radio puro.

Un domingo por la mañana, y en la casita del boulevard Kellermann, Pierre habla de todas estas cosas a su mujer. De pronto, el cartero les entregará una carta que llega de los Estados Unidos.

—Es necesario que hablemos un poco de nuestro radio —dice con tono apacible—. Su industria va a tomar un incremento extraordinario. Esto es un hecho cierto. Aquí tienes una carta de Buffalo, en la que unos técnicos, deseosos de crear su explotación en América, nos ruegan que los documentemos...

— ¿Y qué? --contesta María, que no tiene mucho interés en la conversación.

—Tenemos ante nosotros dos soluciones. Describir sin ninguna restricción los resultados de nuestras investigaciones, añadiendo los procedimientos de la purificación...

María tiene un gesto mecánico de aprobación y murmura: —Sí, claro...

—O bien —continúa Pierre—, nos consideramos como los propietarios, los inventores del radio, y en ese caso, antes de publicar qué materias has tomado para tratar la pechblenda, sería necesario patentar esta técnica y asegurarnos los derechos sobre la fabricación del radio en el mundo.

Hace un esfuerzo para precisar de una manera objetiva la situación. No es culpa suya si, al pronunciar palabras que le son poco familiares: "patentar", "asegurar nuestros derechos", su voz adquiere una inflexión de menosprecio, apenas perceptible.

María reflexiona unos segundos. Y contesta:

— ¡Imposible! ... Eso sería contrario al espíritu científico.

El grave rostro de Pierre se ilumina. Luego, conscientemente, insiste:

—También lo pienso yo..., pero no quiero que tomemos esa decisión a la ligera. Nuestra vida es muy dura, parece que está amenazada de serlo siempre. Tenemos

una hija, acaso tendremos otros hijos. Para ellos y para nosotros, esa patente representaría mucho dinero, la riqueza. Sería asegurar la comida y la supresión de las necesidades...

Y cita aun, con una pequeña sonrisa, la única cosa a la cual le es doloroso renunciar:

—Podríamos tener también un buen laboratorio...

Los ojos de María se abren. Enjuicia serenamente la idea del beneficio y de la recompensa material. Repentinamente rechaza la idea y exclama:

—Los físicos publican siempre íntegramente sus investigaciones. Si nuestro descubrimiento tiene un porvenir comercial, es una casualidad de la cual no hemos de aprovecharnos. Además, el radio servirá para curar a los enfermos. Me parece imposible sacar de ello ningún beneficio.

No intenta inútilmente convencer a su marido. María adivina que habló de la patente sólo por un escrúpulo natural. Las palabras que ha pronunciado con entereza y seguridad exponen su sentimiento, el sentimiento de los dos, su infalible concepción del papel del sabio en el mundo.

En medio del silencio, Pierre repite, como un eco, la frase de María:

—No... Sería contrario al espíritu científico.

Pierre se ha tranquilizado, y añade como si arreglara una cuestión de detalle:

—Esta noche escribiré a los ingenieros americanos, dándoles los datos que solicitan.

De acuerdo conmigo —escribirá María, veinte años más tarde—, Pierre Curie renunció a sacar provecho material del descubrimiento. No patentamos nada a nuestro favor y publicamos sin reserva alguna los resultados de nuestras investigaciones, así como los procedimientos de preparación del radio. Además, hemos dado a los interesados toda clase de noticias solicitadas. Ha sido un bien para la industria del radio, la cual ha podido desarrollarse en completa libertad, primero en Francia, luego, en el mundo, procurando a los sabios y a los médicos los productos que necesitaban. Esta industria utiliza todavía en el día de hoy, casi sin modificarlos, los procedimientos que nosotros indicamos.

...La Buffalo Society of Natural Sciences me ofreció, en recuerdo, una publicación, relativa al desarrollo de la industria del radio en los Estados

Unidos, acompañada de las reproducciones fotográficas de las cartas en las cuales Pierre Curie había contestado de la manera más completa a los problemas planteados por los ingenieros americanos (1902 y 1903).

Quince minutos después de esa breve conversación, cruzada un domingo por la mañana, los Curie atravesaban sobre sus queridas bicicletas la puerta de la barrera de Gentilly, y pedaleando a buena marcha, se dirigían hacia el bosque de Clamart. Han escogido, para toda la vida, entre la pobreza y la fortuna. Por la noche llegaban fatigados, con las manos llenas de hojarasca y ramilletes de flores silvestres.

Capítulo 16

La enemiga

Si la Confederación Helvética fue el primer país que ofreció a los Curie una situación digna de su mérito —no debemos olvidar la carta de la Universidad de Ginebra—, Gran Bretaña fue el primer país del que recibieron los primeros honores.

Algunas recompensas científicas les habían sido concedidas en Francia. Pierre había recibido, en 1895, el premio Plante, y en 1901, el premio Lacaze. A María se le había concedido por tres veces, el premio Gegner. Pero hasta que, en junio de 1903, la Real Institución invitó oficialmente a Pierre Curie para que diera en ella una conferencia sobre el radio, no habían recibido una distinción de gran brillantez. El profesor de física aceptó, y se trasladó, acompañado de su esposa, a Londres, para la solemnidad.

Les recibe un rostro que les es familiar; un rostro iluminado de amistad y bondad: lord Helwin. El ilustre anciano hace del éxito de los Curie una cuestión personal, y está orgulloso de sus investigaciones, como si fueran propias. Les invita a visitar su laboratorio, y en el paseo, pone su brazo sobre los hombros de Pierre, en un abrazo paternal. Les presenta a sus colaboradores con una alegría emocionada, y les muestra el regalo que ha recibido de París. Un auténtico regalo de físico: una preciosa parcela de radio, encerrada en una ampolla de cristal...

El día de la conferencia, lord Helwin se sienta al lado de María, la primera mujer que ha sido admitida a las sesiones de la Real Institución. En la sala, invadida por la Inglaterra científica, se hallan sir William Crookes, lord Rayleigh, lord Avebury, sir Frederick Bramwell, sir Oliver Lodge, los profesores Dewar, Ray Lankester, Ayrton, S. P. Thompson, Armstrong... Pierre habla en francés y lentamente. Describe, así, las propiedades del radio. Luego, solicita que se apaguen las luces y procede a algunos experimentos impresionantes: por sortilegio del radio, descarga a distancia un electroscopio de hoja de oro; hace fosforescente una pantalla de sulfuro de cinc; impresiona placas fotográficas envueltas en papel negro; demuestra el desprendimiento espontáneo de calor de la maravillosa substancia.

El entusiasmo que produce esta sesión tiene, al día siguiente, su repercusión en Londres. Toda la ciudad quiere conocer a los padres del radio. "Professor and Madame Curie" están invitados a numerosas cenas y banquetes.

Pierre y María acuden a esas brillantes recepciones, escuchan los discursos dichos en su honor y a los que contestan con brevísimas palabras de gratitud. Pierre, que usa un frac bastante lustroso y con el que hizo los cursos en la P. C. N., da la impresión, a pesar de su extrema cortesía, de que está lejos de cuanto a su alrededor ocurre, de que comprende con dificultad que todos aquellos actos le son dedicados. María siente alguna violencia cuando millares de miradas se fijan en ella, en ese bicho raro, en ese fenómeno que es: una mujer profesora de física.

Su vestido es oscuro, apenas escotado; sus manos, destrozadas por los ácidos, están limpias de toda alhaja. Ni siquiera usa una alianza. Cerca de ella, sobre gargantas desnudas, brillan los más hermosos diamantes del imperio. María observa esas joyas con sincero placer y se da cuenta, con sorpresa, de que su esposo, tan distraído habitualmente, también tiene los ojos fijos sobre esos collares.

—Nunca imaginé que existieran alhajas semejantes —dice María a su esposo por la noche, mientras se desnudan—. ¡Qué hermosas eran!

—Figúrate que durante la cena, no sabiendo en qué ocuparme, me puse a pensar y calculaba cuántos laboratorios podrían construirse con las piedras que cada una de las damas presentes llevaba alrededor de su cuello. ¡Cuando llegó la hora de los discursos había llegado a una cifra de edificios astronómica!

Unos días después los Curie regresan al hangar. Han logrado en Londres sólidas amistades y obtenido algunas colaboraciones. Pierre publicará próximamente, con su colega inglés el profesor Dewar, un trabajo sobre los gases desprendidos por el bromuro de radio.

Los anglosajones son fieles a aquellos que admiran. En noviembre de 1903 una carta anuncia a los Curie que la Real Sociedad de Londres, a su vez, les demuestra su admiración con una de sus más altas recompensas: la medalla Davy.

Enferma María, consiente que su esposo vaya solo a la ceremonia. A su regreso de Inglaterra, Pierre le entrega una pesada medalla de oro en la que están grabados sus dos nombres. Busca para la medalla un lugar adecuado en el pabellón del *boulevard* Kellermann. La manosea torpemente. Unas veces la pierde, otras la

encuentra... Por último, tiene una súbita inspiración y se la confía a su hija Irene, que a los seis años de edad no había tenido un juguete semejante.

A los amigos que van a visitarle el profesor Curie les dice mientras les señala a la niña divirtiéndose con su juguete nuevo: —Irene está encantada con esa moneda nueva.

La brillantez de dos viajes breves, una hijita que juega con un disco de oro. Tal es el preludio de una sinfonía a la que va acercándose el acorde todopoderoso.

ESTA vez llega de Suecia la señal del director de orquesta. En la "solemne reunión general" del día 10 de diciembre de 1903, la Academia de Ciencias, de Estocolmo, anuncia públicamente que el premio Nobel de Física para el año corriente queda atribuido por mitades iguales entre Henri Becquerel y los Curie, por sus descubrimientos sobre la radiactividad.

Ninguno de los Curie asiste a la sesión. El ministro de Francia recibe en su nombre, de manos del rey, diplomas y medallas de oro. Enfermos, sobrecargados de trabajo, los Curie han rechazado el largo viaje, en pleno invierno.

El día 14 de noviembre de 1903 el profesor Aurivillius escribe a los Curie la carta siguiente:

Señores de Curie:

Como he tenido el honor de comunicárselo telegráficamente, la Academia Sueca de Ciencias, en su sesión del día 12 de noviembre, ha tomado el acuerdo de concederles la mitad del premio Nobel, para Física, de este año, como testimonio de su aprecio por sus extraordinarias obras en común sobre rayos Becquerel.

El 10 de diciembre, en la solemne reunión general, serán publicados los acuerdos —debiendo mantenerse hasta entonces estrictamente secretos— de las distintas corporaciones, encargadas de distribuir los premios y en el mismo día serán distribuidos los diplomas, así como las medallas de oro.

En nombre de la Academia de Ciencias invito a ustedes para que tengan la bondad de asistir a esta reunión y recibir sus premios en persona.

Conforme al artículo 9 del estatuto de la Fundación Nobel, deben ustedes dar en Estocolmo, en los seis meses siguientes a la reunión, una conferencia pública sobre el trabajo premiado. Si vienen ustedes a Estocolmo para esa

fecha, lo más cómodo sería que dieran esa conferencia unos días después de la reunión, si es que esta propuesta les conviene.

La Academia confía en que tendrá gran placer de verles a ustedes en Estocolmo. Les ruego que reciban el testimonio de mis sentimientos más distinguidos.

Esta carta fue contestada en los términos siguientes por el profesor Curie con fecha 19 de noviembre de 1903:

Señor secretario perpetuo:

Estamos verdaderamente agradecidos a la Academia de Ciencias de Estocolmo por el gran honor que nos hace al concedernos la mitad del premio Nobel de Física. Le rogamos que tenga la bondad de transmitir la expresión de nuestra gratitud más sincera.

Nos es muy difícil trasladarnos a Suecia para la solemne sesión del día 10 de diciembre.

No podemos ausentarnos en esta época del año sin producir un grave contratiempo a la continuación de las clases que tenemos encomendadas. En el caso de acudir a ésa para presenciar la sesión, no podríamos permanecer mucho tiempo y apenas nos sería posible ponernos en contacto con los hombres de ciencia suecos.

Por último, la señora Curie ha estado enferma y no se halla del todo restablecida.

Le ruego, pues, que traslade a una fecha ulterior la época de nuestro viaje y de la conferencia. Por ejemplo, podríamos trasladarnos a Estocolmo en las próximas fiestas de Pascua o, lo que nos convendría todavía más, a mediados del mes de junio.

Tenga la bondad, señor secretario perpetuo, de recibir el testimonio de nuestro respeto.

Tras estas frases de oficial cortesía, hagamos pública una carta inesperada y sorprendente escrita en polaco por María y dirigida a su hermano José. La fecha es digna de tenerse en cuenta: 11 de diciembre de 1903. Al día siguiente de la sesión

pública de Estocolmo. ¡El primer día de gloria! En ese instante preciso María debería estar embriagada por el triunfo. ¿No continuaba siendo extraordinaria su aventura? Ninguna mujer había obtenido tanto renombre en el dominio riguroso de la ciencia. Era la primera y hasta aquel momento la única "sabia" célebre en el mundo.

María escribe a José el día 11 de diciembre de 1903:

Querido José:

Os agradezco, a los dos, vuestras cartas. No olvides de agradecer a Maniusá⁶ su cartita, tan bien escrita y que tanta alegría me ha dado. Le contestaré en cuanto tenga un momento libre.

A principios de noviembre he tenido una especie de gripe, de la que me ha quedado un poco de tos. Estuve en casa del doctor Landrieux, que ha examinado mis pulmones y que no ha encontrado nada malo. En cambio, me acusa de estar anémica. Me siento fuerte y trabajo en este momento más que en otoño, sin fatigarme mucho.

Mi marido ha ido a Londres a recibir la medalla Davy, que nos han dado. No le he acompañado por temor a la fatiga.

Nos han dado la mitad del premio Nobel. Exactamente no sé lo que esto representa, pero creo que es alrededor de unos setenta mil francos. Para nosotros es una cifra considerable. No sé cuándo cobraremos el dinero, acaso cuando podamos ir a Estocolmo. Tenemos la obligación de dar una conferencia en los seis meses siguientes a partir del día 10 de diciembre.

No hemos ido a la solemne sesión porque era demasiado complicado. No me sentía con fuerzas suficientes para emprender tan largo viaje (cuarenta y ocho horas sin detenerse, o más si nos deteníamos por el camino) en una época tan poco clemente, en un país frío y sin poder permanecer allí más de tres o cuatro días. Sin grandes molestias no podíamos interrumpir nuestros cursos por un largo período. Probablemente iremos por Pascua y acaso en ese momento recibiremos el dinero.

Estamos atareados debido a la enorme correspondencia y las visitas de fotógrafos y periodistas. Quisiéramos escondernos bajo tierra para tener un poco de paz. Hemos recibido una propuesta de América para ir a dar una

⁶ Hija de José.

serie de conferencias sobre nuestros trabajos. Nos piden qué suma queremos cobrar. Sean las que fueren las condiciones, tenemos la intención de rechazarlas. Con gran violencia hemos tenido que rechazar los banquetes que se quería organizar en nuestro honor. Rechazamos todo esto con gran energía y las gentes comprenden al final que no cederemos.

Mi Irene está bien. Va a una escuela bastante lejos de casa. En París es muy difícil encontrar una buena escuela para niños. Os beso tiernamente y os ruego que no me olvidéis.

"Nos han dado la mitad del Premio Nobel... No sé cuándo cobraremos el dinero... "

Estas palabras, trazadas por un ser que acaba de renunciar voluntariamente a la fortuna, adquieren un valor singular. La brusca notoriedad, los homenajes de la prensa y del público, las invitaciones oficiales, el puente de oro tendido por América, todo esto lo menciona María para lamentarse ásperamente de ello. Ese premio Nobel que hace de los Curie una pareja gloriosa, no representa a sus ojos más que una cosa: una recompensa de setenta mil francos oro concedida por los hombres de ciencia suecos a los trabajos de dos de sus colegas y que aceptar ese dinero "no es contrario al espíritu científico". ¡Una ocasión única de aliviar las horas de clase de Pierre y de salvar su salud!

El día 2 de enero de 1904, el cheque bienhechor es entregado a la sucursal del banco de la avenida de los Gobelinos, que alberga las tristes economías del matrimonio. Pierre podrá abandonar sus clases de la Escuela de Física donde le reemplazará un físico eminente, Paul Langevin, su antiguo discípulo. Los Curie toman por su cuenta un practicante particular. Es más simple y más rápido que esperar los colaboradores fantasmas prometidos por la Universidad. María envía, a título de préstamo, veinte mil coronas austríacas a los Dluski para facilitarles la inauguración de su sanatorio. Y el resto de la pequeña fortuna que se aumentará en seguida con los cincuenta mil francos del premio Osiris (concedidos por mitad a María Curie y a Edward Branly) se reparten por partes iguales en la compra de renta francesa y obligaciones de la villa de Varsovia.

Se puede leer en el negro cuaderno de cuentas la estela de algunos gastos suntuarios. Regalos en metálico y préstamos al hermano de Pierre, a las hermanas

de María, liberalidades que la extrema discreción de sus beneficiarios reducirá siempre a modestas proporciones y también algunas cotizaciones de sociedades científicas.

Algunas donaciones a estudiantes polacos, a una amiga de la juventud de María, a los muchachos del laboratorio, a una señorita de Sèvres, necesitada... María recuerda el nombre de una mujer muy pobre que hace años le diera lecciones de francés generosamente, una señorita de Saint Aubin, hoy señora Kozłowska, nacida en Dieppe, establecida y casada en Polonia y cuya gran ilusión era volver a ver su país natal, María le escribe, la invita a Francia, la recibe en su casa y paga su viaje de Varsovia a París y de París a Dieppe... ¡La pobre mujer no tendrá más que lágrimas para hablar de esta inmensa alegría!

Estos rasgos bondadosos, ingeniosos y sutiles, María los prodiga sin ruido, sin escándalo, con serenidad. Ninguna generosidad desmesurada, ningún capricho. Está dispuesta a ayudar en su vida a los que de ella necesiten. Lo hará siempre según sus medios a fin de estar en condiciones de poder hacerlo constantemente.

También piensa en sí misma. En el pabellón del *boulevard* Kellermann instala una sala de baño moderna y hace tapizar de nuevo un juego de salón que estaba bastante deteriorado. Pero al cobrar el premio Nobel, no se le ocurre la idea de comprarse un sombrero nuevo. Y si insiste en que su marido abandone la Escuela de Física, María conserva, no obstante, las clases de Sèvres, porque siente un gran cariño por sus discípulos y se considera con fuerzas suficientes para dar esas lecciones que le aseguran un sueldo.

Se dirá que es una idea bastante rara la de enumerar con minucia los gastos de los dos sabios en el momento mismo en que la gloria les abre sus brazos. Debería pintar la masa de curiosos y de periodistas de todos los países sitiando el domicilio de los Curie y el hangar de la calle Lhomond. Debería contar los telegramas que se amontonan sobre la gran mesa de trabajo, los artículos publicados a millares, y describir a los Curie posando ante los fotógrafos. No tengo ningún deseo de hacerlo. Me consta que ese ruido naciente a su alrededor no llevaba a mis padres más que molestias y disgustos. Hemos de buscar sus satisfacciones en otras partes más que en esos testimonios. Los Curie son felices al ver que su descubrimiento ha sido

apreciado en su valor por los miembros de la Academia Sueca; felices también de encontrar entre los montones de felicitaciones los mensajes entusiastas de algunos espíritus que admiran. La alegría de sus parientes les emociona y los setenta mil francos que aligeran el peso de las necesidades cotidianas son bien recibidos. El resto —ese "resto" por el cual hay seres capaces de muchos esfuerzos y de muchas bajezas— no es más que molestia y tormento para ellos.

Un error que durará mucho tiempo los separará del público que se vuelve hacia ellos con simpatía. Los Curie alcanzan en este año de 1903, acaso, el momento más patético de su vida. Están en la edad en que el genio, ayudado por la experiencia, puede rendir el máximo. Han logrado, en una barraca húmeda, el descubrimiento del radio que maravilla al mundo. Pero la misión no se ha terminado. Su cerebro posee en potencia otras riquezas desconocidas. ¡Quieren trabajar y deben trabajar! La gloria se preocupa poco del porvenir hacia el cual el profesor Curie y su esposa se han dirigido. La gloria se agarra a los grandes, con todo su peso, intentando detener su marcha. La publicidad dada por el premio Nobel fija en la pareja de investigadores la atención de millones de seres, mujeres, hombres, filósofos, obreros, profesores, comerciantes, gentes mundanas... Estos millones de seres ofrecen a los Curie su fervor. ¡Pero cuántas prendas reclaman en el cambio! No les basta las ventajas que han concedido, por adelantado, los dos sabios al regalarles el capital intelectual del descubrimiento, su socorro extraordinario contra un terrible mal. Relegan la radiactividad, todavía embrionaria, entre las victorias adquiridas y se preocupan menos de ayudar su desarrollo que de saborear los detalles pintorescos de su nacimiento. Quieren forzar la intimidad del matrimonio sorprendente a quien el doble genio, la vida transparente y el desinterés total crean ya una leyenda.

Los homenajes ávidos investigan la existencia de sus ídolos —mejor aún, de sus víctimas— y los desposeen de los únicos tesoros que desearían conservar: el recogimiento y el silencio. En los diarios de la época, al lado de las fotografías del profesor Curie y de María —"una joven rubia, distinguida, de cintura graciosa", una "mamá encantadora cuya sensibilidad exquisita se une a un espíritu curioso de lo insondable"—, de su "adorable hijita" y de Didi, el gato que en forma de turbante reposa ante la estufa del comedor, aparecen las descripciones elocuentes del

pabellón y del laboratorio, de esos dos retiros donde los dos profesores de física hubieran querido estar solos para gozar solos su encanto y la púdica miseria. La casa del *boulevard* Kellermann se convierte en "la mansión del sabio", una "coqueta casa, lejana, en el París desconocido y solitario, a la sombra de las fortificaciones, una casa donde se alberga la felicidad íntima de dos grandes sabios".

Así escribe Paul Acker en *L'Echo* de París:

Tras el Panteón, en una calle estrecha, sombría y desierta, tal como las representan los aguafuertes que ilustran los viejos y melodramáticos novelones, la calle Lhomond, y entre las casas negras y agrietadas, al borde de una vereda que tiembla, una miserable barraca levanta sus tabiques de madera: es la Escuela Municipal de Física y Química... .

Atravieso un patio cuyo recinto lamentable ha recibido las peores injurias del tiempo, luego sigo bajo una bóveda solitaria donde mis pasos resuenan, y me hallo en el fondo abandonado, donde perece en un rincón, entre montones de tableros, un árbol torcido. Allí había una especie de chozas largas, bajas, entre cristales, y a través de las cuales apercibía pequeñas llamas rectas o instrumentos de vidrio de distintas formas... Ningún ruido. Un silencio profundo y triste. El eco de la ciudad no llegaba hasta allí.

Al azar llamé a una puerta y entré en un laboratorio de una sorprendente simplicidad. El suelo era de tierra, las paredes de yeso, el techo de latas, poco sólidas, y la luz penetraba débilmente por las ventanas polvorientas. Un hombre joven inclinado sobre un aparato complicado levanta la cabeza. "El señor Curie —dice— está allí..." E inmediatamente continúa su trabajo. Pasan dos minutos. Hacía frío. De un grifo caían unas gotas. Dos o tres espitas de gas estaban encendidas.

Por último aparece un hombre alto, delgado; la figura, huesuda; la barba, gris y ruda, llevando en la cabeza una pequeña boina bastante usada... Era el señor Curie.

Los Curie tienen a bien rechazar interviús, cerrar su puerta, encerrarse en su pobre laboratorio, desde ahora histórico. Su trabajo y su vida privada no les pertenecen ya. Su misma modestia, que llena de estupor y de respeto a los periodistas menos

sutiles, se hace famosa, se convierte en un comentario público y en tema de innumerables artículos.

Eugene Thebault escribe en *La Petite Republique*:

... Me interesa subrayar un rasgo del carácter del señor Curie. Es su profundo desinterés y su perfecta modestia. Es un hombre rubio, grande, de espaldas un poco cargadas y cuyos ojos tienen una mirada de infinita dulzura; este hombre que ha llegado todavía joven a la gloria y que la celebridad no ha embriagado, este hombre de ciencia, este maestro no tiene más preocupación, fuera de sus trabajos y del círculo de sus afectos familiares, que el deseo de que sus alumnos y los muchachos que más tarde han de dedicarse a la ruda labor científica no hayan de detener su esfuerzo por lamentables cuestiones monetarias. Sus propios dolores, todos los esfuerzos compartidos con la señora Curie, los olvida para no pensar más que en esto: en algún lugar de Francia hay investigadores dignos de atención, hombres de genio desconocidos y que no podrán hacer nunca nada porque se ven obligados a abandonar sus estudios para ganarse el pan de cada día... No puedo transcribir la auténtica elocuencia, el tono de viva emoción con que el señor Curie me ha dicho eso. Nadie me había hablado con tanta simplicidad, mejor aún, con tanta bondad. Y por eso Pierre Curie merece más que nuestra admiración la universal simpatía.

¡Sorprendente espejo de la gloria! Ya fiel reflejo, ya deformador, como los espejos convexos de los parques de atracciones, la gloria proyecta en el espacio miles de imágenes de sus elegidos, recogiendo sus menores gestos para exaltarlos o caricaturizarlos. La vida de los Curie da motivos para escenas de revista, en los cabarets de moda. En efecto, los diarios publicaron la noticia de que los Curie habían perdido accidentalmente una parte de su provisión de radio, y en un teatro de Montmartre se ha representado un esquicio en que los dos sabios, en su hangar, no tolerando que nadie entre en él y haciendo ellos mismos la limpieza, buscan cómicamente por los rincones del decorado la substancia desaparecida.

He aquí cómo María relata el hecho a su hermano José:

Una gran desgracia nos ha afectado recientemente. En el curso de una delicada operación con el radio, hemos perdido una importante cantidad de nuestra provisión. No podemos comprender todavía la causa de este desastre. Debido a ello me he visto obligada a dejar para más tarde el trabajo sobre el peso atómico del radio que debía empezar en la Pascua. Estamos consternados.

En otra carta y hablando del radio, que es su única preocupación, María escribe a José Sklodowski con fecha 23 de diciembre de 1903:

...Acaso podamos preparar una cantidad mayor de esta difícil substancia. Para ello es necesario mineral y dinero. Ahora tenemos dinero, pero hasta el presente nos ha sido imposible obtener el mineral. En este momento nos anuncian que acaso podamos obtenerlo y probablemente podremos comprar la provisión que nos es necesaria y que nos negaban. La fabricación se desarrollará, pues. ¡Si supieran cuánto tiempo, paciencia y dinero se necesita para extraer de algunas toneladas de materias esta minúscula cantidad de radio!

Estas son las preocupaciones de María, trece días después de la concesión del premio Nobel. En esos trece días el Universo ha hecho un descubrimiento: los Curie. ¡Una "gran pareja"! Pero María y su marido no han entrado todavía en la piel de sus nuevos personajes.

El día 22 de enero de 1904 Pierre Curie escribe a Georges Gouy:

Mi querido amigo:

Hace tiempo que quería escribirle. Perdóneme que no lo haya hecho antes de ahora, pero tiene la culpa de ello la vida estúpida que hago en este momento. Ha visto usted ese entusiasmo exagerado por el radio. Esto nos ha valido todas las ventajas de un momento de popularidad. Nos han perseguido los periodistas y los fotógrafos de todos los países del mundo. Han llegado a reproducir el diálogo de mi hija con la sirvienta y a describir el gato blanco y negro que tenemos en casa. Luego hemos recibido cartas de todos los excéntricos, de todos los inventores desconocidos. Hemos recibido también

numerosas peticiones de dinero. Por último, coleccionistas de autógrafos, snobs, gentes mundanas y hasta algunos hombres de ciencia han venido a visitarnos al magnífico local de la calle Lhomond que usted conoce. Con todo eso no ha habido ya un instante de tranquilidad en el laboratorio, y además una voluminosa correspondencia que hay que despachar todas las tardes. Con esta vida siento que me invade el embrutecimiento.

Los dos temas de la sinfonía se juntan: uno traduce el movimiento de la masa hacia los seres que quiere admirar, el otro manifiesta la resistencia de esos seres y su lucha para salvar el trabajo solitario, la felicidad "antinatural", que les importa más que nada. El diálogo de estos temas está lleno de disonancias. Los Curie, que han soportado sin una queja la pobreza, el exceso de trabajo y hasta entonces la injusticia de los hombres, sienten, por primera vez en su vida, una extraña nerviosidad. A medida que crece la fama, la nerviosidad aumenta también. El día 20 de marzo de 1902 Pierre Curie escribe a Georges Gouy:

... Como ha podido usted ver, la fortuna nos favorece en este momento, pero estos favores de la fortuna no vienen sin numerosas molestias. Jamás hemos estado menos tranquilos que ahora. Hace dos días que no tenemos tiempo de descansar. ¡Y pensar que habíamos soñado vivir como los salvajes, lejos de los seres humanos!

De Pierre Curie a Ch. Ed. Guillaume:

... Nos piden artículos y conferencias las mismas personas que al pasar unos años se sorprenderían de que no hubiéramos trabajado por servirles ahora...

Con fecha 15 de enero de 1904 Pierre Curie escribe a Ch. Ed. Guillaume:

Mi querido amigo:

Daré mi conferencia el día 18 de febrero. Los periódicos estaban mal informados. Debido a esta mala información he recibido ya 200 peticiones de entradas, a las cuales renuncio contestar.

Inercia absoluta e invencible en lo que se refiere a la conferencia de Flammarion. Aspiro a pasar tiempos más reposados en un país tranquilo en que las conferencias estarían prohibidas y los periodistas perseguidos.

El día 14 de febrero de 1904, María Curie escribe a José Sklodowski:

... Siempre el mismo ruido. La gente nos priva de trabajar tanto como pueden. Desde ahora, decido mantenerme firme, no recibo ninguna visita y a pesar de esto me molestan. Nuestra vida se ha perturbado con los honores y la gloria.

El día 19 de marzo de 1904 María Curie escribe a José Sklodowski:

Querido José:

Te envío mis felicitaciones más afectuosas con motivo de tu fiesta. Te deseo una buena salud y éxitos para toda la familia y también que nunca estés sobrecargado de trabajo por un correo como el que nos inunda en este momento, ni por los asaltos de que somos objeto.

Lamento un poco haber tirado la correspondencia que hemos recibido. Era bastante instructiva. Había sonetos, poesías sobre el radio, cartas de varios inventores, cartas de espiritistas, cartas filosóficas. Ayer me ha escrito un americano para que le permita bautizar con mi nombre un caballo de carreras.

Y además, claro está, centenares de peticiones de autógrafos y de fotografías. No contesto a ninguna de estas cartas, pero pierdo el tiempo leyéndolas.

En la primavera de 1904, María Curie escribe a su prima Enriqueta:

Nuestra existencia apacible y laboriosa se ha desorganizado completamente.

Y no sé si volverá a reconquistar su equilibrio.

La molestia, el pesimismo, me atrevería a decir, la misma aspereza de esas cartas no engañan... Los Curie han perdido la paz interior:

La fatiga resultante de un esfuerzo que sobrepasa nuestras fuerzas y que nos había sido impuesta por las condiciones materiales poco satisfactorias de nuestro trabajo, aumenta por la invasión de la publicidad —escribía más tarde María—. La interrupción de nuestro aislamiento voluntario fue para nosotros causa de un sufrimiento real y tuvo todos los efectos de un desastre.

En compensación, la gloria debía ofrecer a los Curie algunas ventajas: la cátedra, el laboratorio, los colaboradores y los créditos esperados. Pero, ¿cuándo llegarán esos beneficios? La espera se prolonga.

Hablamos de una de las causas esenciales de la nerviosidad de los Curie. Francia es el país donde su valor ha sido reconocido en último lugar. Y ha habido necesidad de que les hayan sido concedidas la medalla Davy y el premio Nobel para que la Universidad de París se preocupe de crear una cátedra de física destinada a Pierre Curie. Los dos sabios lo comprueban con tristeza. Las recompensas llegadas del extranjero subrayan las condiciones desoladoras en las cuales han llevado a cabo el descubrimiento coronado por el éxito, condiciones que parece que no van a cambiar.

Pierre sueña con algunos puestos que le fueron negados hace cuatro años y hace un caso de amor propio el rendir homenaje a la única institución que le ha alentado y sostenido en sus esfuerzos en la pobre medida de sus medios: la Escuela de Física y Química. Al pronunciar una conferencia ante una numerosa concurrencia en la Sorbona, dirá evocando la desnudez y el hechizo del hangar:

Deseo recordar aquí que hemos hecho todas nuestras investigaciones en la Escuela de Física y Química de la ciudad de París.

En toda nuestra producción científica la influencia del medio en el cual se trabaja tiene una gran importancia, y una parte de los resultados obtenidos es debida a esta influencia. Desde hace más de veinte años trabajo en la Escuela de Física. Schutzenberg, el primer director de esa escuela, era un eminente hombre de ciencia. Con gratitud recuerdo ahora que él me facilitó los medios de trabajo, cuando no era nada más que un preparador. Más tarde consintió que la señora Curie viniera a trabajar a mi lado, y esta autorización

en la época en que se hizo era una innovación poco ordinaria... Los directores actuales, los señores Lauth y Gariel, me concedieron igual favor.

Los profesores de la escuela, los alumnos que salían constituyen un ambiente bienhechor y productivo que me ha sido utilísimo. Es entre los antiguos alumnos de la escuela donde hemos encontrado nuestros colaboradores y nuestros amigos y me considero muy feliz al poder darles las gracias a todos desde aquí.

La aversión que la popularidad inspira a los Curie tiene además otras fuentes que las de su pasión por el trabajo y su espanto por el tiempo que se pierde.

En Pierre, de un desprendimiento natural, el afán de popularidad, choca con los principios de toda su vida. Odia las jerarquías y las clasificaciones. Considera absurdo que haya "primeros en la clase" y las condecoraciones que ambicionen importantes personajes le parecen tan superfluas como las medallas concedidas a los niños de las escuelas. Esta actitud, que le ha hecho rechazar la Legión de Honor, es la misma ante el dominio de la ciencia. Ignora el espíritu de competencia, y en la "carrera de los descubrimientos" soporta sin sentimiento verse adelantado por un colega. Apasionado por el trabajo, es la pereza misma para anunciar los resultados de sus investigaciones, y lejos de vigilar, con temor, los progresos de sus rivales, se felicita de sus éxitos. "¿Qué importa que yo no haya publicado tal trabajo —tiene por costumbre decir—si lo ha publicado otro?"

Su indiferencia casi inhumana tiene una influencia profunda sobre María. Pero no es para imitar a Pierre o para obedecerle por lo que durante toda su vida María procura eludir los testimonios de admiración. La guerra a la gloria no es en ella un principio: es un instinto. Una irresistible timidez, una penosa crispación, la invade desde que se posan en ella las miradas curiosas y provocan, incluso, perturbaciones que van hasta el aturdimiento y el malestar físico.

Por último, su existencia está demasiado cargada de obligaciones para que pueda malgastar inútilmente un solo átomo de su energía. Llevando en la palma de la mano su trabajo, su casa, su maternidad, sus clases, la señora Curie avanza como un acróbata sobre su difícil camino. Un solo "papel", un "papel" más que le sea repartido y el equilibrio se romperá y caerá de la cuerda. Mujer, madre,

investigadora, profesora, María no tiene un segundo disponible para representar el papel de dama célebre.

Por diversos caminos, los Curie llegan a la misma postura de negarse a todo. Se podría concebir que otros seres, tras haber realizado conjuntamente una gran obra, acogieran la gloria de manera distinta. Pierre hubiera podido ser presuntuoso; María, vana. Pero no. Las dos almas como los dos cerebros tienen idéntica calidad. Después de todas las pruebas, los esposos atraviesan victoriosamente esta otra, y al alejarse de los honores, permanecen unidos.

Debo confesar que he buscado apasionadamente alguna derogación a una ley que estimaba cruel. Hubiera deseado que un éxito prodigioso, que una reputación científica sin precedentes en una mujer, aportara a mi madre algunos minutos de felicidad. Que esta aventura única haya hecho sufrir constantemente a su heroína me parecía demasiado injusto y no sé qué hubiera dado para descubrir al final de una carta, a través de una confidencia, un movimiento de firmeza egoísta, un grito o un suspiro de victoria.

Ha sido una esperanza pueril. María, promovida al rango de "la célebre señora Curie", será feliz a veces, pero tan sólo en el silencio de su laboratorio o en la intimidad del hogar. Día tras día será más apagada, más apartada, más anónima para escapar a los que quieren llevarla a la escena, para no ser esa *vedette* en la cual ella no sabría reconocerse. Durante muchos años, cuando los desconocidos se le acercan y le preguntan con insistencia: "¿Usted es la señora Curie, verdad?", ella contestará con una voz neutra, dominando un pequeño sobresalto de molestia y condenándose a la impasibilidad: "No, no, está usted equivocado".

En presencia de sus admiradores o de los personajes del día, que ahora la tratan en soberana, María no demuestra, al igual que su esposo, otra cosa que sorpresa, cansancio o una impaciencia muy mal disimulada y, además, aburrimiento; el aplastante y mortal aburrimiento que la persigue en cuanto los importunos le hablan, a ciegas, de su descubrimiento y de su genio.

Entre mil anécdotas, una resume maravillosamente las reacciones de los Curie ante eso que Pierre calificará de "los favores de la fortuna". El matrimonio cena en el

Elíseo con el presidente Loubet. Durante la velada, se acerca una dama a María y le pregunta:

— ¿Quiere usted que le presente al rey de Grecia?

María, inocentemente, cortésmente, contesta con una voz dulce estas palabras demasiado sinceras:

—No veo su necesidad.

Se da cuenta de la estupefacción de la dama y también, con espanto, de que esta dama, que no había reconocido, era nada menos que la señora Loubet.

Reacciona tras el sofoco y dice precipitadamente:

—Pero..., naturalmente, haré lo que a usted le plazca... Lo que usted quiera...

Los Curie, que desearon siempre vivir en "salvajes", tienen ahora una nueva razón para buscar la soledad: huir de los curiosos. Más que nunca buscan los pueblos aislados y si han de pasar la noche en un albergue del campo, se inscriben con nombre supuesto.

Claro que su mejor disfraz es su aspecto natural. Al ver a ese hombre absurdo, vestido negligentemente, montado en bicicleta, en cualquier sendero de Bretaña, y a la esposa que le acompaña, agachada como una campesina, ¿quién podría creer que son los laureados con el premio Nobel?

Los más despiertos dudan al reconocerlos. Un periodista americano ha seguido hábilmente el rumbo de los Curie uniéndose a ellos en Pouldu. Se detiene perplejo ante su casa de pescadores. Su periódico le ha enviado a celebrar una entrevista con la señora Curie, la ilustre profesora de física. ¿Dónde puede estar? Hay que informarse por alguien. Esa misma mujer, por ejemplo, que sentada con los pies desnudos sobre los peldaños de piedra de una puerta sacude sus alpargatas llenas de arena.

La mujer levanta la cabeza, clava sus ojos de ceniza sobre el intruso y, de repente, se parece a cien mil fotografías publicadas en la prensa. ¡Es ella! El periodista permanece un instante impresionado, luego se dejar caer al lado de María y tira su sombrero.

Al ver que la huida es imposible, María se resigna y contesta con breves frases a las preguntas de su interlocutor: "Sí, Pierre Curie y ella han descubierto el radio. Sí, continúan sus trabajos..."

No obstante, ella levanta sus alpargatas, las golpea sobre la piedra hasta vaciar su fondo; luego calza de nuevo sus hermosos pies desnudos, que han herido las rocosidades y las malezas. ¡Magnífica ocasión para un periodista! Aquí está la escena "íntima", lograda sobre la realidad por el más feliz de los encuentros. Rápidamente, el buen periodista afila el lápiz y pregunta cosas de tema menos general. Si pudiera obtener algunas confidencias sobre la juventud de María, sobre sus métodos de trabajo, sobre la psicología de una mujer dedicada a las investigaciones...

Pero, de repente, el sorprendente rostro cambia de matiz. Con una frase, con una sola frase, que repetirá a menudo como una divisa y que pinta carácter, existencia y vocación; con una frase que dice mucho más que un libro, María pone fin al diálogo: —En la ciencia, debemos interesarnos más por las cosas que por las personas.

Capítulo 17

Día tras día

El nombre de los Curie es ahora "un gran nombre". Los esposos son más ricos en dinero y menos ricos en instantes felices.

Especialmente María, ha perdido sus movimientos de viveza y su alegría. No está tan absorbida por los pensamientos científicos como su marido, pero su sensibilidad, sus nervios, están heridos por los acontecimientos de cada día y reaccionan mal.

El escándalo que festeja el radio y el premio Nobel le irritan sin distraerla un instante de la preocupación que envenena su vida: la enfermedad de Pierre.

El día 31 de enero de 1905 Pierre Curie escribe a Georges Gouy:

Mis reumatismos me dejan bastante tranquilo en este momento, pero he tenido una crisis violenta este verano, y he debido renunciar al viaje a Suecia. Como puede usted ver, no estamos en regla con la Academia sueca. La verdad es que no llego a estar bien más que cuando evito cualquier fatiga física. Mi mujer se halla en el mismo estado, y ya no hay que soñar con las grandes jornadas de trabajo de otras veces.

El día 24 de julio de 1905 Pierre Curie escribe a Georges Gouy:

Hacemos siempre la misma vida de gentes muy ocupadas, para no hacer nada interesante. Hace más de un año que no he hecho un solo trabajo, y no tengo un momento mío. Evidentemente, no he encontrado todavía el medio de defendernos contra el desperdicio de nuestro tiempo y, no obstante, considero muy necesario defenderlo. Es una cuestión de vida o muerte, desde el punto de vista intelectual.

Mis dolores parecen provenir de una especie de neurastenia, más que de los reumatismos verdaderos. Estos van mejor desde que como más prudentemente y tomo estricnina.

El día 19 de septiembre de 1905 Pierre Curie escribe a Georges Gouy:

Me equivoqué al decirle que estaba mejor de salud. He tenido nuevas crisis, y la menor fatiga las determina. Me pregunto si podré volver a trabajar seriamente en el laboratorio, dado el estado en que me hallo.

Ya no se trata de las vacaciones de ayer, encantadoras, imprudentes e insensatas, en que los esposos recorrían las carreteras como si fueran colegiales. María ha alquilado, cerca de París, en el valle de Chevreuse, una casita de campo. Allí cuida a su esposo y a su hija:

María escribe a la señora Jean Perrin, desde Saint Remy le Chevreuse:

...No estoy muy contenta del estado de salud de Irene, pues le cuesta mucho reponerse de la tos ferina. De vez en cuando vuelve a toser, y ya va para los tres meses que está en el campo. Mi marido se halla muy fatigado; no puede pasear y pasamos todo el tiempo en estudiar memorias de físico-matemáticas.

Irene tiene ahora una pequeña bicicleta, y sabe ir en ella. Sube vestida de chico y es muy divertido verla pasear.

Físicamente enfermo, sintiéndose gravemente amenazado, Pierre Curie está obsesionado por la huida del tiempo. ¿Acaso teme morir pronto este hombre tan joven? Se diría que lucha precipitadamente con un enemigo invisible, No hay en él más que deseos de ir de prisa, de acabar pronto. Abraza afectuosa mente a su mujer y le transmite su inquietud. El trabajo, para su gusto, avanza demasiado lentamente. Hay que acelerar el ritmo de las investigaciones, utilizar cada instante y pasar más horas en el laboratorio.

María se compromete a un esfuerzo más intenso todavía, pero que sobrepasa el límite de su resistencia nerviosa.

Destino cruel el suyo. Desde hace veinte años, desde el día en que, zumbando todavía en su cabeza el recuerdo de las fiestas, una polaca de dieciséis años, de vuelta del campo a Varsovia, comenzaba a ganarse el pan, no ha dejado de penar. Su juventud la vivió solitaria e inclinada sobre los manuales de física, en una fría buhardilla. Y, cuando el amor llegó, tenía el rostro del trabajo.

Mezclando en un solo fervor su amor a la ciencia y su amor a un hombre, María se condenó a una existencia implacable. La ternura de Pierre y la suya son de una potencia igual, y su ideal es el mismo. Pero Pierre tuvo, anteriormente, largos períodos de pereza, una adolescencia fogosa, llena de vivas pasiones. María, desde que es mujer, no se ha apartado un solo instante de su deber, y desearía, algunas veces, conocer el simple encanto de vivir. Es una esposa y una madre muy dulce. Sueña con horas de calma, con días de reposo, de negligencia.

Al hablar de esto, María parece otra, a los ojos de Pierre. Iluminado por haber descubierto una compañera genial, estima que debe sacrificarse completamente, como se sacrifica él, a lo que califica como "sus pensamientos dominantes".

María obedece —obedece siempre—, pero su espíritu y su cuerpo se sienten cansados. Se descorazona, se acusa de impotencia intelectual, de "tontería". La verdad es más simple. En esta mujer de treinta y seis años, la vida animal, demasiado tiempo cohibida, reclama sus derechos. María tendría necesidad, durante algún tiempo, de no ser "la señora Curie", de olvidar el radio, de comer, de dormir, de no pensar en nada.

Pero no puede ser. Cada día que pasa trae una obligación nueva. El año 1904 será fatigoso —fatigoso sobre todo para María, que está encinta—. Como único favor, solicita una breve vacación en la escuela de Sévres. Y, por la tarde, fatigada, pesada, al volver del laboratorio, del brazo de Pierre, comprará a veces, en recuerdo de Varsovia, una minúscula ración de caviar prensado, por el cual siente un irresistible, un enfermizo deseo.

Cuando llega al término de su segundo embarazo se extrema su postración. Aparte de su esposo, cuya salud es su tormento, se dirá que no quiere nada más. Ni la vida, ni la ciencia, ni el mismo hijo que ha de nacer. Bronia, que ha venido de Zakopane para el parto, está consternada, al descubrir esta nueva María, vencida, derrotada.

— ¿Para qué voy a dar a luz esta criatura? —no cesa de repetir—. La existencia es demasiado dura, demasiado árida... No deberíamos infligírsela a los inocentes.

El parto es doloroso, interminable. Por último, el día 6 de diciembre de 1904 nace una niña, gruesa, erizada de negros cabellos. Otra hija: Eva.

Para asistir a su hermana menor, Bronia hace un gran esfuerzo. Su calma aparente y su espíritu sensato disipan un poco la melancolía de María. Al marcharse, dejará a María con un poco más de serenidad.

Las sonrisas y los juegos de la recién nacida, sobre la que vigila una nodriza, hacen feliz a la joven madre. Los niños muy pequeños la enternecen. En un cuaderno gris anota, como lo hizo con Irene, la historia de los primeros gestos, de los primeros dientes de Eva, y, a medida que la niña se desarrolla, el estado nervioso de la madre mejora. Acostada, por el descanso obligado del parto, María, insensiblemente, vuelve a tomarle gusto a la vida. Se acerca a sus aparatos con un placer que había olvidado. Poco tiempo después, vuelve a vérsela en Sèvres. Un instante de vacilación y ha encontrado de nuevo su paso firme. Ha tomado de nuevo el árido sendero.

Le interesa todo a la vez: la casa, el laboratorio... Sigue con pasión los acontecimientos que sacuden su país natal. En Rusia se desencadena la revolución de 1905, y los polacos, llevados por la loca esperanza de la liberación, sostienen la agitación antizarista.

El día 23 de marzo de 1905 María escribe a José Sklodowski:

Veo que tienes puesta tu esperanza en que esa penosa prueba aporte a nuestro país algunos beneficios. Eso mismo cree Bronia y Casimiro. ¡Con tal que esa esperanza no se malogre! Lo deseo ardientemente y pienso sin cesar en ello. En todo caso, creo que hay que sostener la revolución. Dentro de poco enviaré algún dinero a Casimiro con ese objeto, puesto que no puedo, ¡ay de mí!, ofrecer ninguna ayuda directa.

Por casa, nada de particular. Los niños crecen bien. Evita duerme poco y protesta enérgicamente si la dejo despierta en su cuna. Como no soy una estoica, la llevo en brazos hasta que se calla. No se parece a Irene. Tiene los cabellos oscuros y los ojos azules, mientras que Irene, hasta ahora, tiene los cabellos bastante claros y los ojos verde pardos.

Vivimos en la misma casa, y ahora que ha llegado la primavera disfrutamos del jardín. Hoy hace un tiempo magnífico, lo cual nos alegra, porque el invierno ha sido húmedo y desagradable.

He vuelto a dar mis clases de Sévres, desde el 19 de febrero. Por la tarde estoy en el laboratorio y por la mañana en casa, aparte las dos mañanas que voy a Sévres. Tengo mucho trabajo con la casa, las clases y el laboratorio, y ya no sé dónde tengo la cabeza.

Hace un buen día. Pierre se encuentra bien. María tiene mejor humor también. Ha llegado el momento de cumplir un deber diferido demasiadas veces: la visita a Estocolmo, la conferencia Nobel. El matrimonio emprende el glorioso viaje, ese viaje que en nuestra familia va a convertirse en una tradición.

El día 6 de junio de 1905, en nombre de su esposa y en el suyo propio, el profesor Curie habla del radio ante la Academia de Ciencias de Estocolmo. Evoca las consecuencias del descubrimiento del radio. En física, modifica profundamente los principios básicos de la mecánica. En química, suscita atrevidas hipótesis sobre las fuentes de energías que mantienen los fenómenos radiactivos. En geología, en meteorología, es la llave de los fenómenos hasta ahora inexplicados. Por último, en biología, la acción del radio sobre las células cancerosas se anuncia de manera eficaz.

El radio ha enriquecido el saber humano y ha servido al bien. Pero, ¿no puede servir también al mal?

... Se puede concebir aún —termina diciendo el profesor Curie— que, en manos criminales, el radio pueda convertirse en muy peligroso, y aquí se puede preguntar si la humanidad tiene alguna ventaja en conocer los secretos de la naturaleza, si está madura para aprovecharse de ello, o si este conocimiento no le es perjudicial. El ejemplo de descubrimientos como el de Nobel es característico: los explosivos potentes han permitido a los hombres hacer trabajos admirables, pero también son un medio terrible de destrucción entre las manos de los grandes criminales que conducen los pueblos hacia la guerra.

Yo soy de los que piensan, como Nobel, que la humanidad sacará más provecho que daño de los nuevos descubrimientos.

La acogida de los hombres de ciencia suecos complace a los Curie. Temían los faustos de la expedición lejana, pero se ha organizado un entendimiento y revela una inesperada satisfacción. No hay multitudes, y pocas personalidades oficiales. Los Curie visitan a su placer un país que les seducía, y hablan con hombres de ciencia. Regresan encantados.

El día 24 de julio de 1905 Pierre Curie escribe a Georges Gouy:

Acabamos de hacer, mi mujer y yo, un agradable viaje a Suecia. Estábamos libres de toda preocupación y ha sido para nosotros un descanso. Por lo demás, en junio, apenas había nadie en Estocolmo, y el lado oficial ha sido simplifícadísimo por ese hecho.

Suecia es un país compuesto de lagos y brazos de mar con un poco de tierra alrededor; pinos, moranas, casas de madera roja. Es un paisaje bastante uniforme, pero muy bonito y descansado. Apenas había noche, en el momento de nuestro viaje, y en todo tiempo un sol de otoño.

Los hijos y mi padre están bien. Y mi mujer y yo estamos mucho mejor, aunque ligeramente fatigados...

En el pabellón del boulevard Kellermann, protegido de los importunos como una fortaleza, los Curie hacen una vida simple y callada. Las preocupaciones del matrimonio están reducidas a lo esencial. Una mujer de servicio está encargada de los trabajos pesados. Una sirvienta hace las comidas y lleva los platos a la mesa. Observa, con la boca cerrada, los rostros absortos de sus raros patrones y espera en vano alguna palabra de felicitación por el asado o el puré de patatas.

Un día, no pudiendo más, la brava mujer interpela al profesor Curie y solicita con acento firme algunos elogios para el plato que acaban de comer con apetito, y la contestación la deja perpleja:

—Ah, ¿pero he comido biftec? —murmura el sabio, y añade, conciliador: — Sí, es posible...

Incluso en las épocas de extraordinario exceso de trabajo, María reserva algún tiempo para el cuidado de los niños. Su trabajo la obliga a confiar sus hijas a las sirvientas, pero mientras no comprueba que, tanto frene como Eva, han dormido perfectamente o han comido bien, que están peinadas y lavadas con esmero, que

no están resfriadas ni padecen males de ningún género, permanece inquieta. ¡Ah, pero si María se descuidara, ahí está Irene para recordárselo! Irene es una niña despótica. Acapara celosamente a su madre y no puede soportar que se ocupe de la "pequeña". En invierno, María ha de hacer largos trayectos por París para descubrir las manzanas camuesas y las bananas que su hija Irene acepta comer, y sin las cuales no se atrevería a entrar en la casa.

Los esposos pasan la mayor parte de las veladas metidos en sus batines y zapatillas, hojeando las publicaciones científicas y escribiendo en sus cuadernos cálculos complicados. No obstante, se les ve en las exposiciones de pintura, y, siete u ocho veces por año, se permiten el lujo de dos horas de concierto o de teatro.

Al principio de siglo se pueden ver en París artistas maravillosos. Los Curie admiran las efímeras apariciones de la Duse. La elocuencia de Mounet-Sully y el arte de Sarah Bernhardt les impresionan menos que la naturalidad de Julia Bartet, de Jeanne Granier, o la fuerza de Lucien Guitry.

Acuden a los espectáculos de vanguardia, que siempre tuvieron el favor de los universitarios. En el teatro de l'Oeuvre, Suzanne Desprès interpreta los dramas de Ibsen, Lugoné Poe pone en escena "*El poder de las tinieblas*". Los Curie salen contentos —a veces, apesadumbrados— de esos espectáculos. Las sonrisas burlonas del doctor Curie los acogen. El viejo volteriano, que estima muy poco lo mórbido, fija su mirada de azul sobre sus caras largas, y no deja de decirles, irónicamente:

—No debéis olvidar, sobre todo, que habéis ido al teatro para distraeros.

Cierto gusto por lo misterioso, unido a la eterna curiosidad científica de los Curie, empuja a éstos, en esa época, en una vía singular: asisten a las sesiones de espiritismo dadas por el célebre médium Eusapia Paladino. No como adeptos, sino como observadores. Intentan explorar lúcidamente una peligrosa región del conocimiento. Pierre, sobre todo, siente un interés apasionado por esas exhibiciones.

Para su espíritu imparcial, esos ensayos son desconcertantes. No tienen ni el rigor ni la lealtad de las experiencias del laboratorio. El médium obtiene a veces resultados sorprendentes, y los Curie están a punto de ser dos convencidos. Pero, bruscamente, descubren groseros fraudes y renace en ellos el escepticismo. Su

opinión final quedará incierta. Unos años después, María abandonará completamente el estudio de esos fenómenos. Los Curie rechazan las recepciones. No se les ve jamás en los salones. Pero no siempre pueden eludir las comidas oficiales, los banquetes en honor de los sabios extranjeros. Y sucede que Pierre tiene que abandonar sus recios trajes de lana de diario para enfundarse en el frac, y María ponerse su vestido de noche.

El vestido de noche de la señora Curie, que ésta conservará durante muchos años y que una modesta costurera irá transformando de tiempo en tiempo, es una "granadina" negra, bordada con rizados sobre un fondo de seda, o bien — imáxima audacia!— con encaje de Chantilly. Una dama elegante la miraría con piedad. María desconoce la moda y no tiene gusto alguno. Pero la discreción, la reserva, que son la personalidad misma de su carácter, la salvan de lo extremo y dan a sus vestidos algo así como un estilo. Cuando cambia su ropa de laboratorio, verdaderamente antiestética, por un vestido; cuando cubre con un sombrero sus cabellos ceniza y coloca alrededor de su cuello un ligero collar de filigrana de oro, está exquisita. Su cuerpo fino, su rostro claro, descubren la gracia personal de la señora Curie. Al lado de María —frente pálida e inmensa, poderosa mirada—, las demás mujeres no dejan de ser bonitas, pero muchas de ellas iparecen tan estúpidas y tan vulgares!

Una noche, en el momento de salir, Pierre contempla con atención no acostumbrada la silueta de María, su nuca libre, sus brazos desnudos, tan femeninos, tan nobles. Una sombra de dolor pasa por el rostro de este hombre dominado por la ciencia.

— ¡Y... es lástima! —murmura—. ¡Te sienta tan bien el vestido de noche! . . .

Un suspiro, y añade:

—Pero, en fin, ¡no tenemos tiempo!... Si María tiene invitados a su mesa —cosa verdaderamente extraordinaria—, se esfuerza en que la comida esté bien y que la casa sea agradable. Vaga, muy preocupada, entre los carritos del mercado de la calle Mouffetard o de la calle de Alesia, escoge las frutas más hermosas, pregunta gravemente al lechero sobre las calidades de los quesos y separa, ante un vendedor de flores, algunas tulipas y lilas... Regresa a la casa, hace sus ramilletes, mientras la doncella prepara con emoción algunos platos un poco más complicados que de costumbre, y el pastelero del barrio entrega con gran pompa un helado. En esta morada de trabajo, la más modesta reunión está precedida de las máximas

complicaciones. Y, en el último instante, María inspecciona los cubiertos y coloca los muebles en buen lugar...

En efecto, los Curie ya tienen muebles. Las butacas familiares, que habían rechazado cuando vivían en la calle de la Glacière, han sido admitidas en el *boulevard* Kellermann. La sillería de caoba, de líneas graciosas, sobre la cual luce un antiguo tapizado de verde agua y cuyo sofá sirve de camita para Irene, y las sillas Restauración dan cierta gracia humana al salón, empapelado de color claro. Pero, en este interior plácido y banal, sobre las estanterías de dos altas bibliotecas, velan los espesos volúmenes, cuyos títulos son: "*Tratado de física*", "*Cálculo diferencial e integral*", etc.

Los invitados de honor suelen ser colegas extranjeros de paso en París, o algunos polacos que traen noticias de su patria a María. La señora Curie organiza algunas reuniones infantiles para que se divierta la salvaje Irene: un árbol de Noel, adornado por ella misma con guirnaldas, nueces doradas y bujías de colores, dejará en la joven generación gratos recuerdos.

Y suele ocurrir que la casa sirva de cuadro a un espectáculo más hechizador que el del pino iluminado. Los maquinistas colocan, en el comedor, unos proyectores de teatro, una batería de bombillas eléctricas. Tras la cena, ante los Curie y dos o tres amigos, los proyectores acariciarán los velos vaporosos de una danzarina, que se convertirá simultáneamente en llama, flor, diosa, bruja...

Esa danzarina es Loie Fuller, el "hada de la luz", cuyas invenciones fantásticas encantan a París, y a la que una pintoresca amistad une a los Curie. La artista del Folies-Bergère leyó en los diarios que el radio era luminoso, y pensó en un traje sensacional, cuya fosforescencia intrigara a los espectadores. Solicitó datos a los Curie. Su ingenua carta sorprendió a la pareja de sabios, quienes revelaron a Loie que su proyecto "de alas de mariposa al radio" era un proyecto quimérico.

La americana, aclamada todas las noches, sorprendió a sus benévolos informadores. Loie Fuller no se envaneció públicamente de su correspondencia con los Curie, ni les invitó para que fueran a aplaudirla, pero escribió una carta a María que decía:

Sólo tengo un medio de agradecerle que me haya contestado. Permítame que baile una noche, en su casa, para ustedes dos.

Los Curie aceptaron. Una muchacha curiosa, mal vestida, con un rostro "Kalmok", virgen de todo maquillaje, con infantiles ojos azules, seguida de un grupo de electricistas cargados de material, llamó a su puerta. Loie combinó las luces, removió los cortinajes, con el fin de presentar, en el estrecho comedor de los dos profesores, su espectáculo maravilloso.

El severo pabellón, guardado por la puerta casi hermética, acogía a una diosa del *music-hall*. Loie Fuller era una mujer de alma delicada. Siempre testimonió a la señora Curie una admiración rarísima. Nada pedía y se ingeniaba de alguna manera para procurar un placer o hacer algo agradable. Loie Fuller fue bastantes veces al pabellón del boulevard Kellermann, para bailar de incógnito. Cuando se conocieron mejor, los Curie le devolvieron las visitas. Se encontraron alguna que otra vez en casa de Rodin, con quien les unía una relación cordial. Durante muchos años se veía a veces a María, Pierre, Loie Fuller y Rodin charlar tranquilamente, en el taller del escultor, entre las arcillas y los mármoles.

Siete u ocho amigos íntimos tienen entrada en el pabellón del boulevard Kellermann: André Debierne, Jean Perrin y su esposa, que es la mejor amiga de María, Georges Urbain, Paul Langevin, Aimé Cotton, Georges Sagnac, Charles Edouard Guillaume, algunas alumnas de la escuela de Sévres... Hombres de ciencia... Nada más que gente de estudios.

Los domingos, por la tarde, cuando hace buen tiempo, se reúnen en el jardín. María se instala a la sombra, cerca del cochecito de Eva, con su labor. Pero los zurcidos o la costura no la privan de seguir la conversación general, que para otra mujer sería más misteriosa que una discusión en chino.

Es la hora en que circulan las últimas noticias y las palpitantes indiscreciones sobre los rayos "alfa", "beta", "gamma" del radio... A grandes voces, Perrin, Urbain y Debierne investigan el origen de la energía emitida por el radio. Para explicarla hay que abandonar el principio de Carnot, el principio de la conservación de la energía, el de la conservación de los elementos. Pierre sugiere la hipótesis de las trasmutaciones radiactivas, pero Urbain da grandes gritos y no quiere saber nada de ello, defendiendo su punto de vista con pasión. ¿En dónde queda el trabajo de Sagnac? ¿Y qué nuevas experiencias ha hecho María sobre el peso atómico del radio?

¡Radio! ¡Radio! ¡Radio! La palabra mágica se repite diez, veinte, treinta veces; pasa de unos labios a otros, provocando, en María, un sentimiento: el azar ha resuelto bastante mal las cosas, al hacer del radio una substancia prodigiosa, y del polonio —el primer elemento que los Curie descubrieron— un cuerpo "inestable" y de secundario interés. La patriota hubiera deseado que ese "polonio" de nombre simbólico atrajera sobre sí la gloria.

Algunos acordes más humanos atraviesan por algún instante esos trascendentales diálogos. El doctor Curie habla de política con Debierne y Langevin. Urbain critica amistosamente, a María su severo vestido, y condena su falta de coquetería, mientras la señora Curie, sorprendida por ese sermón inesperado, escucha sin saber qué contestar. Jean Perrin, abandonando los átomos, los "infinitamente pequeños", levanta al cielo su rostro entusiasta, y, fervorosamente wagneriano, canta los temas de "El oro del Rin" o de "Los maestros cantores". En el fondo del jardín, un poco lejos, la señora Perrin relata un cuento de hadas a sus hijos Alina y Francis, y a Irene, su compañera de juegos.

Los Perrin y los Curie se ven todos los días. Viven en casas vecinas, y una reja, donde crece un rosal trepador, separa los dos jardines. Cuando Irene tiene algún secreto que confiar a sus amigos, les llama para que vayan a la reja. A través de los barrotes enmohecidos, los cómplices cambian tabletas de chocolate, juguetes, confidencias, en espera de poder hablar, como los mayores, de física...

Los "mayores", sobre todo los Curie, vibran al hablar de sus proyectos. Una nueva era se abre ante los Curie. Francia se ha dado cuenta de su esfuerzo y piensa en ayudarles.

La primera, la indispensable etapa, ha sido el nombramiento de Pierre para la Academia de Ciencias. El hombre de ciencia se somete por segunda vez a la prueba del torneo de las visitas. Sus partidarios, temiendo que no se conduzca como un "candidato juicioso", le ofrecen sus consejos, intranquilos.

El día 22 de mayo de 1905 E. Mascart escribe a Pierre Curie:

Mi querido Curie:

... Está usted colocado en primera línea, naturalmente, sin competidor serio, y el nombramiento no deja lugar a duda alguna. No obstante, es necesario que se cargue de valor y que haga de nuevo la ronda de las visitas a los

miembros de la Academia, salvo que deje usted una tarjeta de visita, quebrada, cuando no encuentre a nadie en el domicilio. Empieza usted la próxima semana y dentro de quince días se habrá terminado el martirio.

El día 25 de mayo de 1905 E. Mascart escribe a Pierre Curie:

Mi querido Curie:

Arrégleselas como usted quiera, pero es necesario que antes del día 20 de junio haga usted el sacrificio de una última ronda a los domicilios de los miembros de la Academia, aunque deba para ello alquilar un auto por todo el día.

Las razones que usted me da son excelentes, en principio, pero se deben algunas concesiones a las exigencias de la práctica. Debe usted pensar que el título de miembro del Instituto le permitirá más fácilmente servir a los otros.

El día 3 de julio de 1905, Pierre Curie ingresa en la Academia... por un punto. Veintidós sabios, temiendo sin duda dar un paso en falso al hacer del profesor un igual suyo, han votado por el competidor señor Gernez.

El día 24 de julio de 1905, Pierre Curie escribe a Georges Gouy:

Me encuentro miembro de la Academia, sin haberlo deseado y sin que la Academia haya deseado incorporarme. Hice una sola ronda de visitas, dejando tarjeta en los domicilios de los ausentes, y todo el mundo me declaró que estaba convenido que tendría cincuenta votos. Por eso he estado a punto de no ingresar.

¡Qué quiere usted! En esa casa no se puede hacer nada simplemente, sin intrigas. Aparte de una pequeña campaña bastante bien llevada, hubo en contra de mí la escasa simpatía de los clericales y de los que estimaron que no había hecho bastantes visitas. S. preguntó sobre los académicos que votarían por mí y le he dicho: "No lo sé. Yo no se lo he preguntado". "Eso ha sido... No se ha dignado preguntarlo". Y por esto hacen circular el rumor de que soy orgulloso.

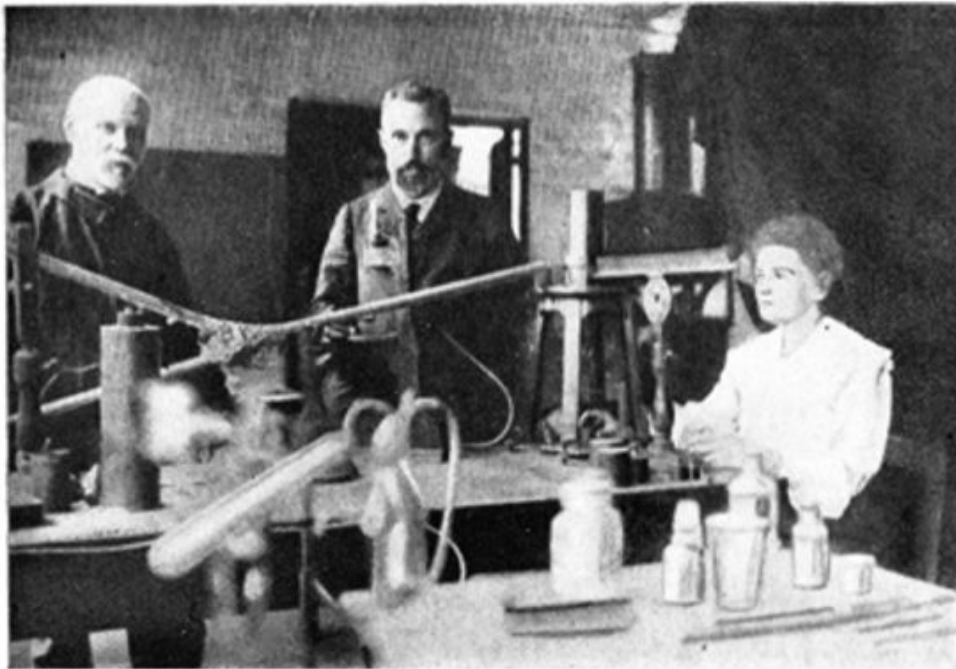
El día 6 de octubre de 1905 Pierre Curie escribe a Georges Gouy:

... Estuve el lunes en el Instituto, pero me pregunto qué es lo que he ido a hacer. No estoy unido a ninguno de los miembros y el interés de las sesiones es nulo. Me doy cuenta de que ese ambiente no es el mío.

Otra vez, Pierre escribe a Georges Gouy:

Todavía no he descubierto para qué sirve la Academia.

Discreto admirador de la ilustre corporación, Pierre se interesa más por las decisiones tomadas en su favor por la Universidad, ya que su trabajo depende de ello. El rector Liard ha obtenido para él, a principios de 1904, la creación de una cátedra de física. Es el puesto tan deseado de profesor titular! Antes de aceptar este adelanto, Pierre pregunta dónde quedará instalado el laboratorio agregado a sus funciones.



Pierre Curie, María Curie y el profesor Petit en el pabellón de investigaciones.

¿Un laboratorio? ¿Qué laboratorio? ¡No es cuestión de laboratorio alguno!

De pronto, los laureados del premio Nobel, los padres del radio se enteran de que si Pierre abandona su situación en el P. C. N., para dar clases en la Sorbona, pueden dejar de trabajar completamente. No se ofrece ningún local al nuevo titular, y las

dos habitaciones de que disponía en el P. C. N. serían, como es natural, destinadas al sucesor. Le queda la perspectiva de montar sus experiencias en la calle.

De su puño y letra, Pierre escribe a sus superiores una carta correcta, pero severa: ya que la plaza anunciada no debe traer consigo salas de trabajo ni créditos para las investigaciones, decide renunciar a ella. Prefiere conservar en el P. C. N. —a pesar de las muchísimas horas de clase— el pequeño local en donde, mejor o peor, María y él realizan una obra útil.

Nuevas promesas. Con gesto ampuloso, la Universidad solicita de la Cámara la creación de un laboratorio y 150.000 francos de crédito. Este proyecto es aprobado... casi. Decididamente, no hay en la Sorbona un puesto para Pierre, pero va a construirse un local de dos piezas, en la calle Cuvier. Un crédito de 12.000 francos anuales le será concedido al señor Curie, quien recibirá, además, un crédito de 34.000 francos, a título de gastos de instalación.

La ingenuidad de Pierre le hace imaginar que con esos "gastos de instalación" podrá comprar aparatos, completar el material, etc. Sí, claro, podrá hacerlo, pero sólo cuando haya pagado con esa modesta suma los gastos de la edificación. En el espíritu de los poderes públicos, "construcción y gastos de instalación" son una misma cosa.

¡Así se redactan habitualmente los proyectos oficiales!

El día 31 de enero de 1906 escribía Pierre Curie a Georges Gouy:

He conservado las dos habitaciones en el P. C. N., en donde trabajamos. Además, me construyen dos piezas más, en un patio. Costarán 20.000 francos, que serán rebajados de mi crédito destinado a la compra de instrumental.

El día 7 de noviembre de 1905 Pierre Curie escribe a Georges Gouy:

Mañana empiezo mi curso, pero me encuentro en muy malas condiciones para preparar mis experiencias: el anfiteatro se halla en la Sorbona y mi laboratorio en la calle Cuvier. Además, se hacen otros cursos en el anfiteatro y sólo tengo una mañana para preparar mis cursos en la sala.

No estoy ni bien ni mal. Pero me canso fácilmente y sólo tengo una escasa capacidad de trabajo. Mi mujer, por el contrario, lleva una vida muy activa entre sus niñas, la Escuela de Sévres y el laboratorio. María no pierde un solo

minuto y se ocupa mucho más regularmente que yo de la marcha del laboratorio, en el cual pasa la mayor parte del día.

Lentamente, el Estado, avariento, hace a Pierre Curie un lugar en el cuadro de sus funcionarios, y se deja arrancar, metro cúbico por metro cúbico, locales de trabajo, y edifica, sobre un emplazamiento incómodo, dos salas que por adelantado se estiman insuficientes.

Una dama rica, emocionada por esa situación paradójica, ofrece su concurso a los Curie y habla de construirles un instituto en algún lugar de los apacibles alrededores. La esperanza le conmueve, y Pierre le confía sus proyectos y sus deseos.

El día 6 de febrero de 1906, Pierre Curie escribe a la señora X:

Señora:

Le adjunto las indicaciones que nos ha pedido sobre el laboratorio soñado. Estas indicaciones no tienen nada de absoluto y pueden ser modificadas, teniendo en cuenta la situación, el espacio y los recursos de que se podría disponer.

Hemos insistido muchísimo sobre esta cuestión del laboratorio en el campo, porque es de una importancia capital que podamos vivir con nuestros hijos donde trabajemos. Los niños y el laboratorio exigen la presencia constante de quienes se ocupen de ellos. Y, para mi mujer sobre todo, la vida es muy difícil cuando la casa y el laboratorio se hallan lejos el uno del otro.

La vida tranquila, fuera de París, sería muy favorable a las investigaciones científicas, y los laboratorios no harían más que ganar si fueran trasladados. En cambio, la vida en el centro de la ciudad es destructora para los niños, y mi mujer no se decide a educarlos en estas condiciones.

Estamos sinceramente emocionados por sus atenciones para con nosotros.

Le ruego que tenga la bondad de recibir, con mi gratitud, mis saludos respetuosos.

No se realiza este plan generoso. Deberá esperarse pacientemente ocho años más, antes de que María pueda instalar la radiactividad en una morada digna de ella...

Morada que Pierre no podrá ver. Y para siempre vivirá, en María, la idea desgarradora de que hasta el momento supremo su compañero esperó, en vano, este laboratorio, única ambición de su vida.

María escribirá, al hablar de las dos piezas de la calle Cuvier, concedidas *in extremis*, a Pierre:

No puedo por menos que manifestar cierta amargura al pensar que esta concesión fue la última y que, en definitiva, uno de los primeros sabios franceses no tuvo jamás a su disposición un laboratorio cómodo, a pesar de que su genio se había revelado a la edad de veinte años. Sin duda alguna, si hubiera vivido más tiempo hubiera sido favorecido, más tarde o más temprano, con satisfactorias condiciones de trabajo, pero a los cuarenta y siete años de edad seguía estando privado de ellas. ¿Se puede imaginar el sentimiento del obrero, entusiasta y desinteresado por una gran labor, retardándose en la realización de su sueño por la falta constante de medios? ¿Podemos dejar de pensar, sin el dolor de profunda pena, en el derroche, irreparable entre todos, del más alto bien de la nación: el genio, las fuerzas y el valor de sus mejores hijos?

...Es cierto que el descubrimiento del radio fue hecho en condiciones precarias: el hangar que lo albergaba aparece revestido de encantos de leyenda, pero este elemento novelístico no ha sido una ventaja: agotó nuestras fuerzas y retardó las realizaciones. Con mejores medios se hubieran podido reducir a dos los cinco primeros años de nuestro trabajo y atenuar su tensión.

De todas las decisiones del ministro, una sola procurará a los Curie una verdadera satisfacción. Pierre tendrá, de ahora en adelante, tres colaboradores: un jefe de trabajos, un preparador y un criado. El jefe de trabajos será María.

La presencia de la señora en el laboratorio hasta ahora no había sido más que tolerada. Fue sin título alguno y sin remuneración como María realizó las investigaciones sobre el radio. En noviembre de 1904, una situación estable y

pagada — pagada con dos mil cuatrocientos francos anuales— le da, por primera vez, entrada oficial en el laboratorio de su marido.

UNIVERSIDAD DE FRANCIA.

La señora Curie, doctora en ciencias, queda nombrada a partir del primero de noviembre de 1904, jefe de trabajos de física (cátedra del señor Curie) de la Facultad de Ciencias, de la Universidad de París.

La señora Curie recibirá, por este motivo, un sueldo anual de dos mil cuatrocientos francos, a partir del primero de noviembre de 1904.

¡Adiós al hangar! Los Curie trasladan los aparatos, que todavía permanecían en aquella antigua barraca. Aquella barraca que tanto quieren y tantos días de esfuerzos y de felicidad representa, recibirá de vez en cuando la visita de los Curie, que se acercarán cogidos del brazo, para ver de nuevo las paredes húmedas y los podridos tabiques.



Irene Curie en uno de los camiones radiológicos, durante la guerra europea, 1916.

Se adaptan a la nueva vida. Pierre prepara su clase. María, como antes, da su curso en Sèvres. Los esposos se encuentran en las habitaciones desarregladas de su

nuevo dominio, donde André Debierne, Albert Laborde, un americano, el profesor Duane y otros muchos asistentes o discípulos continúan las investigaciones. Se inclinan sobre los frágiles montajes de sus experiencias momentáneas:

La señora Curie y yo trabajamos para dosificar el radio con precisión, por la emanación que desprende —escribe Pierre Curie el día 14 de abril de 1906—. Esto parece que no tiene importancia y, no obstante, hace muchos meses que nos hemos puesto a ello y es ahora cuando comenzamos a tener algunos resultados regulares.

"Trabajamos la señora Curie y yo..."

Estas palabras, escritas por Pierre cinco días antes de su muerte, expresan lo esencial y lo más digno de una unión que no se debilitará jamás. Cada progreso de la obra, cada una de sus decepciones o de sus victorias, unen más estrechamente a esta esposa y a este marido.

¿He hablado del encanto, la confianza y el buen humor familiar de su colaboración genial? Ideas grandes y pequeñas, cuestiones, observaciones y consejos se cruzan a todas las horas del día y de la noche entre Pierre y María o entre María y Pierre. Lo mismo da que sean alegres gentilezas como amistosos reproches... Entre estos dos seres iguales, que se admiran apasionadamente y que no se envidian, reina una exquisita y suave camaradería de trabajo, que es la expresión más delicada, acaso, de su profundo amor.

En ese laboratorio de la calle Cuvier —me escribía recientemente su ayudante, Albert Laborde— trabajaba yo en una instalación de aparatos de mercurio. Cerca estaba Pierre Curie. La señora Curie se acerca y se interesa por un detalle del mecanismo, que no comprende inmediatamente. El detalle es bastante simple. A pesar de la explicación que se le da, María insiste y la refuta. Entonces, Pierre Curie pronuncia entre tierno, alegre e indignado un "¡Por favor, María!", que he retenido en mi oído y del que yo quisiera hacerle comprender el matiz.

Unos días más tarde, unos compañeros, embarazados ante una fórmula de matemáticas, solicitan el auxilio del maestro. Este les aconseja que esperen la llegada de la señora Curie, cuya ciencia en cálculo integral —afirma— debe

sacarles del apuro. Y, en efecto, cuando llega la señora Curie, ésta encuentra, en unos minutos, la solución difícil.

Cuando los Curie se quedan solos, un afectuoso abandono pone ternura en sus rostros y en su manera de ser. Estas personalidades tan fuertes, estos caracteres tan distintos —él, más sereno, más soñador—; ella, más ardiente y más humana— no se molestan de ninguna manera. En once años, raramente han tenido que recurrir a las "concesiones recíprocas", sin las cuales ningún matrimonio es viable. En todo piensan lo mismo, y hasta en las circunstancias mínimas de la existencia no deciden más que de común acuerdo. Si una amiga —la señora Perrin—pregunta a Pierre si se puede llevar a Irene para jugar con sus hijos, él contestará con una sonrisa tímida, casi sometido: —"No sé..., María no ha vuelto todavía... No se lo puedo decir sin habérselo preguntado antes a María...". Si en una reunión de hombres de ciencia, María, poco habladora de ordinario, se deja llevar a discutir con pasión un punto de vista científico, se la ve de pronto sofocarse, interrumpirse, y, volviéndose a su marido, le deja la palabra, tan viva es en ella la convicción de que la opinión de Pierre es mil veces más preciosa y segura que la suya.

Era tanto o más de lo que pude soñar en el momento de nuestra unión — escribiré años más tarde—. Aumentaba constantemente mi admiración por sus cualidades excepcionales, de un nivel tan raro y tan elevado que a veces me parecía como un ser único por su desprendimiento de toda vanidad y de esas pequeñeces que se descubren en sí mismo, o en los otros, y que se juzgan con indulgencia, no sin que se desee aspirar a un ideal más perfecto.

Un tiempo radiante brillanta, en 1906, las fiestas de Pascua. Los Curie se conceden unos días al aire libre, en la tranquila casa de Saint Remy le Chevreuse. Reanudan sus costumbres campesinas, van con sus hijos en busca de leche a la granja cercana, y Pierre se ríe al ver tambalearse a Eva, que acaba de cumplir catorce meses, cuando quiere correr, torpemente, por el árido hueco de las rodadas.

El domingo, al son de las campanas lejanas, los esposos hacen su paseo en bicicleta por el bosque de Port-Royal. Traen, al regreso, ramas de mahonias floridas y un

ramillete de francesillas de agua. Cansados, al día siguiente, para una nueva excursión, Pierre se tumba, perezosamente, sobre la hierba de un prado. Un sol ligero, divino, disipa, poco a poco, la niebla de la mañana que difumina el valle. Eva chilla, tendida sobre una manta, mientras que Irene, enarbolando una red de mallas verdes, persigue las mariposas y saluda las raras capturas con gritos entusiastas. Irene tiene calor, y se ha quitado el sombrero. Los Curie, tendidos el uno cerca del otro, admiran la gracia de su hija, vestida pintorescamente con una camisa de niña y un pantaloncito de muchacho.

En esta mañana, tras la víspera tranquila, pasada entre el encanto y el silencio de la embriagadora jornada primaveral, Pierre mira el juego de sus hijas en el prado, y luego contempla a María, inmóvil a su lado, acaricia su mejilla, los cabellos rubios de su esposa, y murmura:

—La vida me ha sido muy dulce cerca de ti, María...

Por la tarde, llevando a Eva sobre sus espaldas, los esposos vagan, lentamente, a través del bosque. Buscan la charca de nenúfares, que años ha admiraron, cuando sus grandes paseos vagabundos, en los primeros días de su unión. La charca se secó, y los nenúfares desaparecieron. Alrededor del vacío fangoso resplandece una corona de juncos en flor, de áurea brillantez. Cerca, al borde del camino, los esposos recogen violetas y temblorosas hierbas doncellas.

Tras una cena rápida, Pierre toma el tren de regreso. Deja a los suyos en Saint Remy y se lleva, como único compañero, el ramillete de ranunculáceas, que depositará en un vaso y colocará sobre su escritorio del *boulevard* Kellermann.

Un día más de sol, de campo, y luego, el miércoles, al anochecer, María volverá a París, con sus hijas Irene y Eva, que dejará en casa, para reunirse de nuevo con Pierre, en el laboratorio. Al entrar, lo sorprende de pie, como siempre, ante la ventana de la gran sala, examinando un aparato. La esperaba. Se pone su abrigo y su sombrero, agarra del brazo a su esposa para trasladarse al restaurante Foyot, donde se celebra la tradicional cena de la Sociedad de Física. Con sus colegas, que tanto admira, con Henri Poincaré, su vecino de mesa, habla de los problemas que en ese momento le preocupan más: la dosificación del radio, las experiencias de espiritismo, a las cuales ha asistido recientemente; la educación de *sus* hijas, sobre

las cuales tiene teorías originales, y a las que desearía orientar resueltamente hacia las ciencias naturales.

El tiempo ha cambiado. El día antes parecía que el verano había llegado ya. Hace frío, sopla un viento áspero, la lluvia tamborilea en los cristales. El suelo está mojado, pringoso y resbaladizo.

Capítulo 18

19 de abril de 1906

Este jueves se anuncia desagradable. Llueve constantemente, y el cielo es sombrío, y los Curie no podrán olvidar los chaparrones abriños, aunque estén absorbidos por su trabajo. Pierre debe asistir al almuerzo de la Asociación de Profesores de la Facultad de Ciencias, debe ir a corregir las pruebas en casa de su editor Gauthier-Villars, y luego trasladarse al Instituto. María tiene muchas cosas que hacer.

En el atropello de las primeras horas de la mañana; los esposos apenas se ven. Pierre llama a María desde la planta baja, y le pregunta si irá al laboratorio. María, que está vistiendo a Irene y a Eva, en el primer piso, contesta que acaso no tendrá tiempo, pero sus palabras se pierden en el vacío. La puerta de entrada se cierra. Con la prisa, Pierre ha salido rápidamente.

María, mientras tanto, desayuna ante sus hijas y el doctor Curie. Pierre, en el Hotel de Sociétés Savantes, de la calle Danton, conversa, amistosamente, con sus colegas. Saborea estas agradables reuniones, donde se habla de la Sorbona, de investigaciones, de la profesión... La conversación general se orienta hacia los accidentes que pueden sobrevenir en los laboratorios, y Pierre ofrece, inmediatamente, su apoyo al proyecto que limitará los peligros que pesan sobre los investigadores.

Hacia las dos y media de la tarde se levanta de la mesa y se despide, sonriente, de sus compañeros; da la mano a Jean Perrin, a quien debe ver de nuevo aquella misma noche. Desde el umbral de la puerta, mira maquinalmente al aire, y tiene una mueca de desagrado ante el cielo encapotado. Abre su enorme paraguas y camina bajo la lluvia, descendiendo hacia el Sena.

En casa de Gauthier-Villars encuentra la puerta cerrada. Los talleres están en huelga. Se va, llega a la calle Dauphine, eco sonoro de los gritos de los cocheros y de los rechinamientos de los tranvías, que pasan por el muelle vecino. ¡Cuántos obstáculos en esta calleja encajonada del viejo París! El arroyo apenas consiente que pasen, cruzándose, los tiros de caballerías, y la acera es demasiado estrecha para los numerosos transeúntes de esta primera hora de la tarde. Por instinto, Pierre busca un camino libre. Tan pronto camina sobre la acera como por el centro

de la calle, con el paso desigual de los seres que siguen su meditación. ¿En qué piensa, con la mirada concentrada y el rostro serio? ¿En el curso de una experiencia? ¿En el trabajo de su amigo Urbain, cuya nota a la Academia lleva en el bolsillo? ¿En María?

Desde hace unos instantes sigue a un coche cerrado, que rueda lentamente hacia el Pont-Neuf. Así, evita los codazos del gentío que camina por la calzada, y que se aparta para que el coche pase. En el cruce de la calle y el muelle el ruido es intenso. Un tranvía que viene de la Plaza de la Concorde acaba de pasar, siguiendo el curso del río. Cortando camino, un pesado camión, que arrastran dos caballos, se acerca al puente y se dirige al trote hacia la calle Dauphine.

Pierre quiere atravesar la calzada y ganar la otra acera. Con la brusquedad de los gestos de los distraídos, deja de resguardarse tras el coche, cuya armazón negra le privaba de ver el horizonte, y da unos pasos hacia la izquierda. Pero tropieza con uno de los caballos del camión que cruzaba con el coche en ese mismo segundo. El espacio que separa los dos vehículos se estrecha fulminantemente. Sorprendido, Pierre tiene un gesto torpe: intenta alcanzar una correa del animal, que se encabrita. Las suelas de los zapatos del profesor resbalan sobre el piso mojado. Veinte voces, horrorizadas, lanzan un grito de espanto: Pierre ha caído bajo las patas de los percherones. Unos transeúntes gritan: —"¡Alto! ¡Alto!". El conductor retiene las riendas. Pero es en vano. El tiro sigue su marcha.

Pierre está en el suelo, vivo, indemne. No ha gritado, casi no se ha movido. Sin ser rozado apenas, pasan sobre su cuerpo las patas de los animales; luego las dos primeras ruedas del camión. Es posible un milagro. El camión enorme, arrastrando un peso de más de seis toneladas, franquea todavía unos metros. Mas la última rueda izquierda tropieza con un débil obstáculo, que aplasta, al pasar: una frente, una cabeza humana. La caja craneana estalla, una materia roja y viscosa se desliza en el fango: es el cerebro de Pierre Curie.

Unos gendarmes levantan el cuerpo caliente, al que en un instante le ha sido arrebatada la vida. Lllaman, sucesivamente, a algunos coches, pero ningún cochero quiere recibir en su vehículo un cadáver cubierto de barro, y del que todavía mana sangre. Los minutos pasan; los curiosos se amontonan. Una muchedumbre, cada vez más densa, sitia al camión inmóvil y da gritos de furor contra Louis Manin, autor

involuntario del drama. Por último, dos hombres traen unas parihuelas... Se tiende en ellas el cadáver, y tras una superflua etapa en una farmacia, se le traslada a la comisaría cercana, donde se abre su cartera y se examinan los documentos del muerto. Cuando circula la noticia de que la víctima ha sido Pierre Curie, un profesor, un famoso sabio, el tumulto se redobra, y los agentes tienen que intervenir para proteger a Manin, a quien amenazan los puños en alto.

Un médico, el señor Drouet, limpia el rostro, cubierto de barro, examina la herida abierta de la cabeza, enumera los dieciséis fragmentos óseos que hace veinte minutos eran un cráneo.

Se avisa, por teléfono, a la Facultad de Ciencias. Pocos momentos después, en la oscura comisaría de policía de la calle des Grands Augustins, un comisario y un secretario, fríamente impresionados, observan las siluetas inclinadas del practicante-preparador del profesor de física, señor Clerc, que solloza, y del carrero Manin que, con la cara sofocada, hinchada, solloza también.

Entre ambos, se halla Pierre, tendido, la frente vendada, la cara intacta y descubierta e indiferente a todo.

Un camión, de cinco metros de largo, cargado hasta los topes de fardos con uniformes militares, se halla estacionado ante la puerta. La lluvia borra, poco a poco, las huellas de sangre que manchaban una de las ruedas. Los pesados y jóvenes caballos, vagamente inquietos por la ausencia de su conductor, resoplan y golpean en el suelo con sus herraduras.

Cae la desgracia sobre el hogar de los Curie. Automóviles y coches vagan indecisos a lo largo de las fortificaciones, y se detienen en el desierto *boulevard*. Un enviado de la presidencia de la República llama a la puerta, y enterado de que "la señora Curie no está en casa", se retira, sin dejar mensaje alguno. Llama de nuevo el timbre. Ahora llegan el decano de la Facultad, Paúl Appell, y el profesor Jean Perrin, que entran en el pabellón.

El doctor Curie, que está en casa, acompañado de una sirvienta, se sorprende de estas importantes visitas. Se adelanta a la busca de los dos personajes y se da cuenta de sus rostros conmovidos. Paul Appell tiene la misión de comunicar la triste noticia a María antes que a nadie, y guarda un violento silencio. Pero el trágico

equivoco dura unos instantes tan sólo. El anciano observa un segundo más los rostros de los visitantes y sin plantearse la duda, exclama:

— ¡Mi hijo ha muerto!

Cuando le relatan el accidente, por su rostro seco y arrugado surcarán las tristes lágrimas de los ancianos. Esas lágrimas manifiestan tanto dolor como ira. Con ternura y vehemente desesperación, acusa a su hijo de la escasa atención que le ha costado la vida, y repite, obstinadamente, este desconsolador reproche:

— ¿En qué soñaba aún?

Son las seis de la tarde. Se oye el ruido de una llave que penetra en la cerradura, y María, alegre y expresiva, aparece en el umbral del salón. Percibe, vagamente, en la actitud muy deferente de sus amigos, el signo atroz de la compasión. De nuevo, Paul Appell relata los hechos. María permanece tan inmóvil, tan anonadada, que se creería que no ha comprendido cuanto ha oído. No se entrega a los brazos afectuosos, no solloza, no llora. Se diría que está inanimada e insensible como un maniquí. Tras un largo silencio, angustioso, sus labios se entreabren y preguntan bajo, muy bajo, como si esperara no se sabe qué rectificación:

— ¿Ha muerto, muerto? ¿Muerto del todo?

Es banal y corriente afirmar que una brusca catástrofe puede transformar un ser para siempre jamás. No obstante, la influencia decisiva de esos minutos sobre el carácter de mi madre, sobre su destino y el de sus hijos, no puede pasar en silencio, María

Curie no se ha transformado, de mujer joven y feliz, en viuda inconsolable. La metamorfosis es menos simple y más grave. El tumulto interior que destroza la serenidad de María es demasiado virulento para ser expresado con quejas o confidencias. En cuanto estas tres palabras: "Pierre ha muerto" han atacado su conciencia, una lápida de soledad y secreto se ha colgado para siempre sobre sus espaldas. Al mismo tiempo que una viuda, la señora Curie, en este día de abril, se ha convertido en una compasiva, una incurable mujer solitaria, aislada del mundo... Los testigos del drama adivinan entre ella y ellos ese muro invisible. Las palabras de compasión y de ánimo resbalan sobre María, que, con los ojos secos y el rostro gris, de tan pálido, parece oírles apenas, y contesta con dificultad a las preguntas más urgentes. Con palabras lacónicas, se niega a la autopsia, que hubiera completado la

encuesta judicial, y solicita que el cuerpo de Pierre sea trasladado al *boulevard* Kellermann. Ruega a su amiga, la señora Perrin, que albergue a Irene durante los días que van a venir, y hace enviar a Varsovia un breve telegrama: "*Pierre muerto consecuencia accidente*". Luego sale al jardín húmedo, y se sienta: los codos en las rodillas, la cabeza entre las manos, la mirada perdida. Sorda, inerte, muda, espera a su compañero.

Más tarde le entregarán las pobres reliquias halladas en los bolsillos del traje de Pierre: una estilográfica, llaves, una cartera, un reloj cuyo mecanismo no ha dejado de funcionar y el cristal del cual no se ha roto. Por último, a las ocho, un coche de la ambulancia se detiene ante la casa. María se pone en pie, y en la penumbra descubre el rostro tranquilo, indulgente.

Lenta y penosamente, las parihuelas franquean la estrecha puerta. André Debierne, que ha ido a la comisaría en busca de su maestro, sostiene las lúgubres angarillas. Tienden el cadáver en una habitación de la planta baja, y María permanece sola con su esposo.

María besa el rostro, su cuerpo ágil, casi caliente, su mano, que aun se dobla. Casi a la fuerza, la llevan a una habitación próxima para que no asista a la fúnebre ceremonia de vestirle. Obedece, inconscientemente, y luego, presa de la idea de que se ha dejado robar esos minutos, y que no debía haber permitido que nadie tuviera cuidado de tocar jirones sangrientos, vuelve a unirse al cadáver.

Al día siguiente, la llegada de Jacques Curie desata la garganta de María, abre la exclusiva de las lágrimas. Sola entre los dos hermanos: uno vivo, otro muerto, se abandona, por fin, y solloza. Luego, otra vez rígida, vaga por el pabellón y pregunta si han lavado y peinado a Eva como de costumbre. Atraviesa el jardín, llama a Irene, que juega en casa de los Perrin, y le habla, través de la reja. Le dice que *Pé* se ha hecho mucho daño en la cabeza, y que tiene necesidad de silencio. La hija, indiferente, vuelve a sus juegos.

Cuando hayan pasado bastantes semanas, María, incapaz de evocar su desgracia ante los humanos, perdida en el silencio, un desierto que, a veces, le obligará a gritar su horror, abrirá un cuaderno gris y pondrá sobre el papel, con una temblorosa escritura, los pensamientos que la ahogan. A través de estas páginas borrosas, manchadas de lágrimas, y de las cuales sólo se pueden publicar

fragmentos, María se dirige a Pierre, le llama, le interroga. Intenta fijar cada detalle del drama que les ha separado, para torturarse con ello para siempre. Este breve diario íntimo —el primero y el único que María ha tenido en su vida— refleja las horas más trágicas de la existencia de esta mujer:

...Pierre, mi Pierre, tú estás ahí, tranquilo como un pobre herido, que reposa durmiendo con la cabeza envuelta. Tu figura es dulce y serena; eres tú mismo, encerrado en un sueño del cual no puedes salir. Tus labios, que antes decía yo que eran golosos, están descoloridos; tu pequeña barba, grisácea. Apenas se ven tus cabellos, pues la herida empieza ahí, encima de tu frente, a la derecha, donde aparece un hueso que ha saltado. ¡Oh! ¡Cómo has sufrido, cómo has sangrado! Tus ropas están llenas de sangre. ¡Qué choque más terrible ha sufrido la pobre cabeza que yo acariciaba tan a menudo, tomándola entre mis dos manos! He besado tus párpados, que cerrabas para que te los besara, ofreciéndome tu cabeza, en un movimiento familiar.

...Te pusimos en el ataúd el sábado por la mañana, y he sostenido tu cabeza para ese traslado. Puse mi último beso sobre tu frío rostro. Luego, algunas hierbas doncellas del jardín en el ataúd y un retratito mío, aquel que tú decías que era el de "la pequeña estudiante sensata" y que tanto querías. Es el retrato que te debía acompañar a la tumba, el retrato de aquella que tuvo la dicha de gustarte tanto, para que no dudara en ofrecerle el compartir tu vida cuando apenas la habías visto algunas veces. Me has dicho, muy a menudo, que fui la única ocasión de tu vida en que actuaste sin dudar, con la convicción absoluta de que obrabas bien. Pierre mío, creo que no te equivocaste. Estábamos hechos para vivir juntos, y nuestra unión debía realizarse.

Tu ataúd está cerrado, y ya no te veo más. No quiero que lo cubran con esa espantosa tela negra. Lo cubro de flores, y me siento junto a él.

...Vienen a buscarte. Triste asistencia. Les miro y no les hablo. Te llevamos a Sceaux, y te veremos descender al hoyo profundo... Luego, sigue un horroroso desfile de gente. Se nos quieren llevar. Nos resistimos. Jacques y yo queremos ver hasta el final. Cómo se llena la fosa, cómo ponen los

ramilletes de flores... Todo ha terminado. Pierre duerme su último sueño bajo la tierra. Es el fin de todo, de todo, de todo...

María ha perdido su compañero, y el mundo un gran hombre. Esta horrible marcha, entre la lluvia y el barro, ha impresionado a la opinión pública. En las columnas de todos los diarios del mundo se describe, en relatos patéticos, el accidente de la calle Dauphine. Mensajes de simpatía se amontonan en el *boulevard* Kellermann, y las firmas de los reyes, ministros, poetas, sabios, se unen a las de los nombres más oscuros. Se encuentran en esos montones de cartas, artículos, telegramas, sinceras palabras de verdadera emoción:

Lord Kelvin:

*"Grievously distressed by terrible news of Curie death, when will be funeral, we arrive hotel Mirabeau tomorrow morning."*⁷

Marcelin Berthelot:

¡La terrible noticia ha sido para nosotros como un golpe fulminante! ¡Tantos servicios prestados ya a la Humanidad y a la Ciencia, tantos servicios que esperábamos aún de ese inventor genial! ... ¡Todo eso ha desaparecido en un instante y ha pasado al estado de recuerdo!

G. Lippmann:

Me parece que he perdido un hermano. No sabía aún qué lazos me unían a su marido. Desde ahora, lo sé. También sufro por usted, señora.

Ch. Cheneveau, ayudante de Pierre Curie:

Algunos de entre nosotros le hemos dedicado un verdadero culto. Para mí era, después de los míos, uno de los hombres que más quería, de tal suerte había sabido rodear mi modesta colaboración de delicadas atenciones. Y su bondad inmensa se extendía hasta sus más modestos servidores, de los cuales era queridísimo. No he visto nunca lágrimas tan sinceras y tan

⁷ "Muy apesadumbrados por la terrible noticia de la muerte de Curie. ¿Cuándo será el entierro? Llegaremos al hotel Mirabeau mañana por la mañana,"

desgarradoras como las que vertieron esos muchachos del laboratorio al tener noticia de la brusca desaparición.

En esta ocasión, como en todas las demás, aquella a quien desde ahora conocerán con el sobrenombre de "la ilustre viuda", rehúye el asalto de la gloria. Para evitar una ceremonia oficial, María adelanta el entierro, que se fija para el sábado, día 21 de abril. Rechaza el cortejo, las delegaciones, los discursos, y pide que Pierre sea enterrado lo más simplemente posible, en la tumba donde reposa su madre, en Sceaux. Aristides Briand, entonces ministro de Instrucción Pública, burla, no obstante, la consigna. En un impulso generoso se une a los parientes y a los íntimos de los Curie, y acompaña, en silencio, el cuerpo de Pierre hasta el lejano y pequeño cementerio de las afueras.

Algunos periodistas, mal disimulados entre las tumbas, observan la silueta de María, oculta bajo los opacos velos de luto.

El día 22 de abril de 1906 decía *Le Journal*:

...La señora Curie ha seguido, del brazo de su padre político, el ataúd de su esposo hasta la tumba abierta al pie del muro del recinto, y a la sombra de unos castaños. Ha permanecido un momento inmóvil, siempre con la mirada fija y penetrante. Se acerca a la tumba y se apodera de un ramo de flores, con un gesto brusco, y se dedica a soltar, una por una, las flores, extendiéndolas sobre el féretro.

Lo hacía lentamente, tranquilamente, y parecía olvidar por completo a los asistentes, que profundamente impresionados no producían ni un ruido, ni un murmullo.

El maestro de ceremonias creyó prudente, no obstante, prevenir a la señora Curie que debía recibir el pésame de las personas presentes. Entonces, deja caer de sus manos el ramillete, se separa de la tumba, sin decir una palabra, y se reúne a su padre político.

En los días que siguieron, en la Sorbona, en las sociedades científicas francesas y extranjeras que contaban a Pierre Curie entre sus miembros, se pronunciaron

elogios por el hombre de ciencia desaparecido. En la Academia de Ciencias, Henri Poincaré exaltó la memoria de su amigo:

Todos los que conocieron a Pierre Curie saben cuál era la simpatía y la seguridad de su trato, qué encanto delicado exhalaba, por decirlo así, su dulce modestia, su ingenua firmeza y la elegancia de su espíritu.

¿Quién creería que tanta dulzura escondía un alma intransigente? No transigía con los principios generales que le habían sustentado, con el ideal moral particular que le habían enseñado a respetar, este ideal de sinceridad absoluta, demasiado alto, acaso, para el mundo en que vivimos. No conocía los mil pequeños acomodos de que se satisface nuestra debilidad. No se separaba jamás del culto de este ideal, del que rendía a la ciencia, y nos ha demostrado, con ejemplo rutilante, qué alta concepción del deber podía salir del simple y puro amor a la verdad. Poco importa en qué dios se cree. Es la fe, no es Dios, lo que hace los milagros.

Del diario de María:

Al día siguiente del entierro se lo he contado todo a Irene, que aun permanecía en casa de los Perrin. Primero, no comprendió, y me dejó marchar sin decirme una palabra; luego al parecer, lloró y reclamó verme. En casa, lloró muchísimo, y luego regresó a casa de sus amiguitos, para olvidar. No me pidió ningún detalle, y tenía miedo, al principio, de hablarme de su padre. Abrió sus grandes ojos, inquietos, sobre los negros vestidos que me trajeron. Ahora no parece que piensa más en ello.

Llegaron Bronia y José. Están bien. Irene juega con sus tíos; Eva, que durante todos estos acontecimientos corría por la casa con inconsciente alegría, juega, ríe y habla con todo el mundo. Y yo veo a Pierre sobre su lecho de muerte.

En la mañana del domingo que ha seguido a tu muerte, Pierre, he ido, por primera vez, al laboratorio, en compañía de tu hermano Jacques. He tratado de hacer un cálculo, para una medida, de la cual habíamos hecho juntos algunos puntos. Pero me he visto en la imposibilidad de continuar.

En la calle, camino como hipnotizada, sin preocupación por nada. No me mataré, no tengo ni el deseo del suicidio. Pero, entre tantos coches, ¿no habrá uno que me haga compartir la misma suerte de mi amado?

El doctor Curie, su hijo Jacques, José Sklodowski y Bronia observan, con espanto, los movimientos de la mujer, fría y tranquila, vestida de luto, del autómatas en que se ha convertido María. La misma presencia de los niños no despierta en ella ningún sentimiento. Firme, alejada, la esposa, que no se ha reunido con la muerte, parece ausente, no obstante, de entre los vivos.

Pero las gentes se ocupan de ella, se inquietan de su futuro, en el cual ella cree tan poco. La muerte de Pierre Curie ha planteado algunos problemas importantes. ¿Qué será de las investigaciones que Pierre ha dejado en suspenso y de su clase de la Sorbona? ¿Qué va a ser de María?

Sus parientes discuten estos temas en voz baja, escuchan las sugerencias de los representantes del Ministerio y de la Universidad, que se presentan sucesivamente en el *boulevard* Kellermann. Al día siguiente del entierro, el gobierno ha propuesto, oficialmente, conceder a la viuda y a los hijos una pensión nacional. Jacques ha sometido el proyecto a María, que lo ha rechazado categóricamente:

—No quiero pensión de ninguna clase —dice—. Soy bastante joven para ganar la vida y la de mis hijos.

Súbitamente, en su voz apagada ha sonado por primera vez el débil eco de su habitual decisión.

Entre las autoridades y la familia Curie se intercambian los puntos de vista y las opiniones. La Universidad está dispuesta a conservar a María en sus cuadros. Pero ¿con qué título y en qué laboratorio? ¿Se puede poner a esta mujer genial bajo las órdenes de un jefe? Y ¿dónde encontrar un profesor competente para dirigir el laboratorio de Pierre Curie?

Consultada sobre sus deseos, la señora Curie responde, vagamente, que no está en condiciones de reflexionar, que no sabe nada.

Jacques, Bronia y el amigo más fiel de Pierre, Georges Gouy, consideran que deben ocupar el puesto de María, y tomar acuerdos y decisiones. Jacques Curie y Georges

Gouy comunican al decano de la Facultad su íntima convicción: María es la única persona, en Francia, capaz de continuar los trabajos que Pierre y ella habían emprendido. María es el único jefe de laboratorio que pueda reemplazarle. No hay más remedio que alterar tradiciones y usos, y nombrar a la señora Curie profesora de la Sorbona.

Debido a la tenaz insistencia de Marcelin Berthelot, Paul Apell y el vicedirector Liard, los poderes públicos tienen, en estas circunstancias, un gesto franco y generoso. El día 13 de mayo de 1906, el Consejo de la Facultad de Ciencias decide, por unanimidad, mantener la cátedra creada para Pierre Curie, y confiarle a María, que tomará el título de "encargada del curso".

UNIVERSIDAD DE FRANCIA.

La señora Pierre Curie, doctora en Ciencias, jefe de trabajos en la Facultad de Ciencias de la Universidad de París, está encargada del curso de física de dicha Facultad.

La señora Curie recibirá por ello un sueldo anual de diez mil francos, desde 1 de mayo de 1906.

Es la primera vez que se concede a una mujer un puesto en la enseñanza superior francesa.

María ha escuchado, con distracción, casi con indiferencia, los detalles que le ha dado su padre político, sobre la pesada misión que debe aceptar. Sólo ha contestado con unas sílabas:

— ¡Ensayaré!

Una frase pronunciada otras veces por Pierre, una frase que era un testamento moral, una orden, ha vuelto a su memoria, y le ha indicado, gravemente, el camino a seguir:

—...Aunque fuésemos como un cuerpo sin alma, sería necesario trabajar, de todas maneras.

Del diario de María:

Me ofrecen tomar tu sucesión, Pierre mío. Tu curso y la dirección de tu laboratorio. He aceptado. No sé si está bien o mal. Me dijiste, muy a menudo,

que deseabas tanto que yo diera un curso en la Sorbona... Y yo quisiera hacer, por lo menos, un esfuerzo para continuar tus trabajos. Algunas veces me parece que así me será más fácil vivir; otras veces me parece que estoy loca, al emprender esto.

El día 7 de mayo de 1906:

Pierre mío, pienso en ti constantemente. Mi cabeza estalla, y mi razón se turba. No comprendo que tenga que vivir sin verte, sin sonreír ante el dulce compañero de mi vida.

Desde hace dos días, los árboles tienen hojas y el jardín es hermoso. Esta mañana he admirado a mis hijas. He pensado que tú las habrías encontrado bellas, y que me hubieras llamado para mostrarme las hierbas doncellas y los narcisos en flor. Ayer, en el cementerio, no llegaba a comprender las palabras "Pierre Curie" grabadas en la lápida. La belleza de la campiña me dolía, y he dejado caer mi velo para verlo todo a través de mi crespón...

El día 11 de mayo:

Pierre mío, me levanto después de haber dormido bastante bien, relativamente tranquila. Hace apenas un cuarto de hora de esto, y de nuevo tengo deseos de rugir como una fiera.

14 de mayo:

Pierre mío, quisiera decirte que los abenuces están en flor, y que las glicinas, los oxiacantos y los iris empiezan a estarlo... ¡Tú habrías gozado tanto con todo esto!

Te quiero decir también que me han concedido tu cátedra, y que ha habido imbéciles que me han felicitado por ello.

Quiero decirte que no me gustan ni el sol ni las flores. Su vista me hace sufrir. Me encuentro mejor en los días sombríos, como el de tu muerte, y si no he tomado odio al buen tiempo, es debido a que mis hijas lo necesitan.

El día 22 de mayo:

Todo es triste. Las preocupaciones de la vida no me dejan, siquiera, pensar en paz en mi Pierre.

Jacques Curie y José Sklodowski han abandonado a París. Muy pronto Bronia deberá reunirse con su marido en el sanatorio de Zakopane.

Una noche, una de las últimas noches que las dos hermanas van a pasar juntas, María hace un signo a su hermana mayor para que la siga. La lleva a la alcoba, donde, a pesar del calor estival, brilla un gran fuego de leña, y cierra la puerta bajo llave. Sorprendida, Bronia interroga al rostro de la viuda. Es todavía más pálido, más exangüe que de ordinario. Sin decir palabra, María retira de un armario un voluminoso paquete envuelto en papel impermeable, espeso y verde. Luego se sienta ante el fuego y hace signos a su hermana para que tome asiento a su lado. Sobre la chimenea ha preparado un par de tijeras grandes.

—Bronia —murmura María—, es necesario que me ayudes... Lentamente deshace el lazo, separa el papel. Las llamas doran sus manos temblorosas. Un bulto aparece cuidadosamente atado en una sábana. María duda un instante, luego deslía la tela blanca y Bronia ahoga un grito de horror. La sábana contiene un sucio envoltorio de trapos, de lencería, de barro seco y de sangre ennegrecida. María guarda las ropas que Pierre llevaba cuando el camión le derribó en la calle Dauphine.

Silenciosamente, la viuda toma las tijeras y empieza a cortar la americana oscura. Tira, uno a uno, los trozos en el fuego, los mira encogerse con el calor de la llama, consumirse, desaparecer. Pero repentinamente se detiene, lucha en vano contra las lágrimas que obscurecen sus ojos fatigados. Entre los pliegues a medio pegar de la tela aparecen pegajosos y húmedos fragmentos de materia: los últimos restos del cerebro donde hace unas semanas nacían los pensamientos nobles y los geniales hallazgos.

María contempla con fijeza estos vestigios corrompidos, los toca, los besa desesperadamente, hasta que Bronia le arranca los vestidos y las tijeras y, a su vez, se pone a cortar y a tirar al fuego los trozos de tela.

Termina la labor sin que se cruce una sola palabra entre las dos mujeres. El papel que lo envolvía, la sábana y la servilleta con la cual se limpian las manos son, uno tras otro, pasto de las llamas.

—No hubiera podido soportar que manos indiferentes hubieran tocado todo esto — exclama María, con una voz que se ahoga, y, acercándose a Bronia, añade—: y ahora dime, ¿qué hago para vivir? Yo siento que debo vivir, pero ¿cómo hacerlo? ¿Cómo hacerlo?

Se hunde en una horrible crisis de sollozos, de hipos, de lágrimas y de gritos, y se acerca a su hermana, que la sostiene y que intenta calmarla. Por último, Bronia desnuda y acuesta en la cama a ese pobre ser sin fuerza alguna.

Al día siguiente, María es de nuevo el autómata frío que tomó su puesto desde el día 19 de abril. Es ese mismo autómata que Bronia estrechará entre sus brazos cuando suba al tren que parte para Polonia. Y Bronia permanecerá mucho tiempo obsesionada por la imagen de María, inmóvil sobre el andén y entre sus velos enlutados.

Una especie de "vida normal" se inicia en el pabellón, tan lleno de recuerdos de Pierre que algunas noches, cuando la puerta de entrada dé un golpe, María tendrá durante un cuarto de segundo, la idea loca de que la catástrofe ha sido una pesadilla y que Pierre Curie aparecerá de nuevo. Sobre los rostros, jóvenes o viejos, que la rodean se lee una inquietud. Se espera que diga algún proyecto, un plan para el porvenir. Esta mujer de treinta y ocho años, agotada por el dolor, es ahora el cabeza de familia.

Toma algunas decisiones: quedarse en París todo el verano para trabajar en el laboratorio y preparar el curso que debe inaugurar en noviembre. Su curso en la Sorbona debe ser digno del de Pierre Curie. María reúne sus cuadernos, sus libros, compulsas las notas que el sabio dejó escritas. Una vez más se hunde en el estudio.

Durante sus tristes vacaciones, las hijas de María se van al campo. Eva, a Saint Remy le Chevreuse, con su abuelo; Irene, a Vaucottes, junto al mar, bajo la vigilancia de Hela Szalay, la segunda hermana de María, que para ofrecerle una ayuda afectuosa ha ido a pasar el verano en Francia.

En otoño, María, que no puede soportar vivir en el pabellón del *boulevard* Kellermann, se dedica a la búsqueda de una casa nueva. Decide fijar su residencia en Sceaux, en donde Pierre vivía cuando le conoció y donde se halla su tumba.

Cuando se ha decidido el traslado, el doctor Curie, intimidado acaso por primera vez en su vida, se ha acercado a su hija política.

—Ahora que Pierre no existe, no tiene usted motivo alguno para convivir con este anciano. Puedo muy bien dejarla e irme a vivir solo o con mi hijo mayor... Decida...

—No; decida usted —murmura María—. Si usted se va me dará un disgusto, pero debe escoger lo que más le guste.

Turba su voz la angustia. ¿También va a perder este amigo, este fiel compañero? Sería natural que el doctor Curie se fuera a vivir con su hijo Jacques, en lugar de quedarse con ella, con una extranjera, con una polaca..., pero la contestación deseada no se hace esperar:

—Por mi gusto, María, me quedaría con usted para siempre.

Y añade "ya que usted lo quiere", frase atravesada por una emoción que no quiere confesar. Muy rápido se vuelve de espaldas, corre al jardín desde donde le llaman los gritos alegres de Irene.

Una viuda, un anciano de setenta y nueve años, una niña y un bebé; tal es la familia Curie.

La señora Curie, viuda del ilustre hombre de ciencia, muerto trágicamente y que ha sido nombrada titular de la cátedra que su esposo ocupaba en la Sorbona, dará su primera lección el próximo lunes, día 15 de noviembre de 1906, a la una y media de la tarde.

La señora Curie, en este curso inaugural, expondrá la teoría de los iones en los gases y tratará de la radiactividad.

La señora Curie dará sus clases en un "anfiteatro de curso". Estos anfiteatros contienen alrededor de ciento veinte plazas, la mayor parte de las cuales serán ocupadas por estudiantes.

El público y la prensa, que también tienen algunos derechos, se repartirán algo así como tinos veinte puestos. Por este motivo, circunstancia única en la historia de la Sorbona, ¿no podrían alterarse los reglamentos y poner a la

disposición de la señora Curie, para su primer curso solamente, el gran anfiteatro?

Este extracto de los diarios de la época refleja el interés y la impaciencia con que París observa la primera aparición en público de "la célebre viuda". Los reporteros, la gente de la sociedad, las mujeres bonitas, los artistas que asaltan y sitian la secretaría de la Facultad de Ciencias y se indignan porque no se les conceden "tarjetas de invitación", no están movidos por la sola compasión o por el deseo de instruirse. Poco les importa "la teoría de los iones en los gases". Es el dolor de María en ese día cruel lo que les atrae. Es un picante más para su curiosidad. Incluso el dolor tiene sus snobs.

Por primera vez una mujer va a hablar en la Sorbona, una mujer, que es, al mismo tiempo, un genio y una esposa desesperada. He aquí el porqué de la atracción que siente el público "de las primeras representaciones", el público de las jornadas estupendas...

A mediodía, a la hora en que María, de pie ante la tumba del cementerio de Sceaux, habla quedamente a aquel a quien en el día de hoy va a suceder en su cátedra, una multitud llena el pequeño anfiteatro de peldaños, taponan los pasillos de la Facultad de Ciencias y desborda hasta llegar a la plaza. En la sala, los ignorantes se mezclan con los grandes espíritus y los amigos íntimos de María con los indiferentes. Los peor colocados son los "auténticos" estudiantes, que han ido para seguir el curso, para tomar notas, y que deben sujetarse a los bancos para que no se les desaloje.

La una y veinticinco minutos. El rumor de las conversaciones se apaga. Se susurra, se interroga y se alarga el cuello para no perder un solo detalle de la entrada de la señora Curie. Todos los que están allí tienen un solo pensamiento: ¿cuáles serán las primeras palabras de la nueva profesora, de la única mujer que ha sido admitida entre los maestros de la Sorbona? ¿Dará las gracias al ministro, a la Universidad? ¿Hablará de Pierre Curie? La costumbre obliga a que sea pronunciado el elogio de su predecesor. Pero aquí el predecesor es un marido, un compañero de trabajo. ¡Qué "situación" extraordinaria! El instante es trascendental, único...

La una y treinta minutos. Se abre la puerta del fondo y, entre una ráfaga de aplausos. María Curie llega a la cátedra.

Inclina la cabeza. Es un movimiento seco que quisiera ser un saludo. De pie, sus manos aprietan fuertemente el borde de la larga mesa, llena de aparatos. María espera que la ovación se acabe. Los aplausos se terminan de golpe. Ante esta mujer tan delgada, tan débil, que intenta mantener la serenidad de su rostro, una emoción desconocida reduce a silencio a la masa que ha ido por el espectáculo.

María mira en línea recta ante ella y dice:

—Cuando se observan los progresos que se han realizado en física desde hace una decena de años, sorprende el movimiento que se ha producido en nuestras ideas sobre la electricidad y la materia...

La señora Curie acaba de reanudar el curso en la frase precisa en que lo había dejado Pierre Curie.

¿Qué dramatismo oculto tenían esas palabras frías: "Cuando se observan los progresos que se han realizado en física..."? ¿Por qué suben las lágrimas a los ojos y caen sobre las mejillas de los oyentes?

Con la misma voz uniforme, casi monótona, la ilustre profesora da su lección hasta el fin. Habla de las nuevas teorías sobre la estructura de la electricidad, sobre la desintegración atómica, sobre los cuerpos radiactivos. Llega sin debilitarse al final de la árida exposición y se retira por la puertecita tan rápidamente como había entrado.

Capítulo 19

Sola

Admirábamos a María cuando, junto a un hombre genial, lograba dirigir su hogar y, a la vez, cumplir su parte de una gran labor científica. No nos parecía posible que María pudiera llevar una vida más ruda o que pudiera realizar un esfuerzo superior. Comparado a lo que le espera, aquella situación era tranquila. Las responsabilidades de "la señora viuda Curie" asustarían a un hombre robusto, feliz y valiente.

Debe educar a dos niñas, ganar la vida para sus hijas y para sí, mantener con brillantez su puesto de profesora. Además, debe, privada de la aportación magistral de Pierre Curie, continuar las investigaciones emprendidas con aquel compañero. Es necesario que sus ayudantes y sus alumnos reciban órdenes, consejos. Por último, queda todavía una misión esencial: edificar un laboratorio digno de los sueños fracasados de Pierre y en donde los jóvenes investigadores puedan desarrollar la nueva ciencia de la radiactividad.

EL primer cuidado de María es dar a sus hijas y a su suegro una vida sana. Alquila una casa sin gracia ninguna, pero que embellece un agradable jardín y que se halla edificada en el número 6 de la calle del Chemin de Fer, en Sceaux. El doctor Curie se instala en un ala independiente; Irene entra en posesión, con gran contento por su parte, de un cuadrante de tierra que cultivará a su gusto, y, bajo los ojos de la gobernanta, Eva buscará entre las matas de hierba del césped, su tortuga favorita y perseguirá en los estrechos senderos al gato negro o al gato atigrado.

La señora Curie paga el alquiler de esa casa con un suplemento de fatiga: media hora de ferrocarril la separa del laboratorio. Cada mañana se la verá ir a la estación con ese paso ligero que evoca no se sabe qué retraso que hay que reconquistar, qué carrera incansable. Esta mujer enlutada, que sube siempre en el mismo departamento de segunda clase del mismo tren maloliente, se convierte rápidamente, para los viajeros de la línea, en una silueta familiar.

Raras veces tiene tiempo para desayunar en Sceaux. Vuelve a recorrer las lecherías del Barrio Latino en donde años ha entraba sola como hoy —pero joven y llena de inconscientes esperanzas—, o bien, mientras camina de una parte a otra de su exiguo laboratorio, masticará un panecillo o una fruta.

Al anochecer, toma de nuevo el tren de regreso, llega hasta su casa. En invierno, su primer cuidado es inspeccionar el tiro de la gran chimenea del vestíbulo y poner carbón. Se le ha metido la idea de que, a excepción de ella, no hay en el mundo quien sea capaz de dejar bien arreglado un fuego... Ciertamente es que María lo sabe hacer en artista, en profesora de química, disponiendo el papel, las ramitas y, además, la antracita y los troncos. Cuando la estufa tira a su gusto, María se tiende sobre el canapé y reposa de la jornada extenuante.

Demasiado callada para dejar entrever su dolor, no llora jamás ante testigos, se niega a ser compadecida o consolada. No confía a nadie sus crisis de desesperación y las pesadillas horribles que persiguen sus noches. Pero sus parientes vigilan con inquietud su mirada vaga, que se posa indefinidamente en el vacío, sus manos que empiezan a tener un tic nervioso: los dedos, irritados por las numerosas quemaduras de radio, se frotan los unos contra los otros, en un movimiento obsesionante, irreprimible.

A veces, su resistencia física la abandona repentinamente para que tenga tiempo de apartarse de sus hijas, de aislarse. Uno de mis primeros recuerdos de infancia es la imagen de mi madre caída y desvanecida en el comedor de Sceaux y su palidez, su inercia mortal.

En 1907 María escribe a su amiga de infancia Kazia:

Querida Kazia: No he podido recibir a tu recomendado el señor K. El día que vino estaba enferma, lo que suele sucederme frecuentemente, y además tenía que dar una clase al día siguiente. Mi padre político, que es médico, me había prohibido ver a nadie, sabiendo que las conversaciones me fatigan mucho.

De todo lo demás, ¿qué quieres que te diga? Mi vida está trastornada de tal suerte que no tiene remedio. Creo que siempre será así y no intentaré vivir de otra manera. Deseo educar a mis hijas lo mejor posible, pero ni ellas mismas pueden despertar la vida en mí. Las dos son buenas, amables y bastante bonitas. Hago grandes esfuerzos para que se hagan fuertes y saludables. Si pienso en la mayor, hacen falta veinte años para hacer de ella una gran persona. Dudo mucho que yo viva tanto tiempo, pues estoy fatigadísima y el dolor no actúa favorablemente sobre las fuerzas y la salud.

Financieramente no tengo dificultad alguna. Gano lo suficiente para educar a mis hijas, a pesar de que, naturalmente, mi situación es mucho más modesta que en vida de mi esposo.

EN los más sombríos momentos de su vida solitaria, dos seres llevan a María su socorro. Uno es Marya Kamienska, hermana política de José Sklodowski, una mujer delicada y suave, que, ante los ruegos de Bronia, ha aceptado un puesto de institutriz y de intendente en la familia Curie. Su presencia da a María un poco de esa intimidad polaca de la que el exilio le privara. Si el mal estado de salud obligara a la señorita Kamienska a regresar a Varsovia, gobernantas polacas, menos seguras y menos simpáticas, la substituirán para el cuidado de Irene y Eva.

El otro aliado de María, el mejor, es el doctor Curie. La desaparición de Pierre ha sido para él una terrible prueba. Pero el anciano busca en su rígido racionalismo una cierta cualidad de fortaleza de la que no es capaz María. Desprecia los estériles lamentos y el culto de las tumbas. Después del entierro no ha vuelto al cementerio. Ya que no queda nada de Pierre se niega a ser torturado por su fantasma.

Su estoica serenidad tiene sobre la viuda una acción bienhechora. Ante su padre político, que se esfuerza en llevar una vida normal, en hablar, en reír, María se siente como avergonzada del atontamiento en que la hunde su pena. Intenta, a su vez, aparentar una mayor tranquilidad.

La presencia del doctor Curie tranquiliza a María y es una alegría para sus hijas. Sin el anciano de ojos azules su infancia hubiera sido ahogada por el luto. Para las niñas, el abuelo es, más que la madre (siempre ausente de la casa, siempre retenida en ese LABORATORIO cuyo nombre zumba eternamente en sus oídos), su compañero de juegos, su maestro. Eva es demasiado joven todavía para que se cree entre ella y su abuelo una verdadera intimidad, pero es un amigo incomparable de la mayor, de esta niña tranquila y brava, tan profundamente parecida al hijo que ha perdido.

No se contenta con iniciar a Irene en la historia natural, en la botánica, con comunicarle su entusiasmo por Víctor Hugo y escribirle durante el verano cartas razonables, instructivas y divertidas, en donde aparece su espíritu burlón y su estilo exquisito: el abuelo orienta su vida intelectual de una manera decisiva. El equilibrio moral de la actual Irene Joliot-Curie, su espanto al dolor, su adhesión implacable a

lo real, su anticlericalismo, sus mismas ideas políticas, las heredó, en la línea recta, de su abuelo.

Con devoción extraordinaria, la señora Curie pagará su deuda de gratitud con este hombre excelente. En 1909, a consecuencia de una congestión pulmonar, el doctor guarda cama durante un año entero. María pasa todos los instantes de libertad a la cabecera de un enfermo difícil, impaciente, e intentará distraerle.

El 25 de febrero de 1910 muere el venerable anciano. En el cementerio de Sceaux, frío y desnudo en invierno, María exige de los sepultureros un trabajo inesperado. Solicita que el ataúd de Pierre sea retirado de la tumba. El del doctor Curie es colocado entonces en el fondo, luego vuelve a descenderse el de Pierre. Encima de su esposo, del que no quiere estar separada ni en la hora de la muerte, queda un puesto libre para María; puesto que contemplará, sin conmoverse, durante un largo rato.

SOLA queda María Curie para cuidar de la educación de sus hijas, Irene y Eva. Sobre la primera educación de sus hijas tiene ideas fijas, que las sucesivas institutrices interpretarán con más o menos acierto.

Cada día de la vida empieza con una hora de trabajo, intelectual o manual, que María procurará que sea atrayente. Observa ansiosamente el despertar de los dones de sus hijas y anota en su cuaderno gris los éxitos de Irene en cálculos y la precocidad musical de Eva.

En cuanto se ha terminado la labor cotidiana se deja a las pequeñas al aire libre. En todo tiempo hacen largos paseos a pie y ejercicio físico. María ha hecho instalar en el jardín de Sceaux un pórtico en el cual se han suspendido un trapecio, anillas y una cuerda lisa. Después de los ejercicios las dos hermanitas se convertirán en las alumnas apasionadas de un gimnasio, en el cual, por sus proezas en las cuerdas, obtendrán los primeros premios.

Sus manos, sus miembros están a prueba constantemente. Las hermanitas, además, cuidan el jardín, modelan, cocinan y cosen. María, por cansada que esté, se esfuerza en acompañarlas en sus largos paseos en bicicleta. Cuando llega el verano entra con sus hijas en los estanques y vigila sus progresos de natación.

No puede abandonar por mucho tiempo a París, y las dos niñas quedan bajo la custodia de tía Hela Szalay, con quien pasan la mayor parte de sus vacaciones. Se

las ve en compañía de una o de varias primas, tumbadas sobre las playas menos frecuentadas de la Mancha o del Océano. En 1911 hacen su primer viaje a Polonia con la madre; Bronia las recibe en el sanatorio de Zakopane. Las niñas aprenden a montar a caballo, hacen alpinismo y excursiones de varios días, se albergan en las cabañas de los montañeses. Con la mochila al hombro y calzadas con zapatos de clavos, van por los senderos, precedidas por María.

No quiere María que sus hijas se lancen a las aventuras acrobáticas o las imprudencias, pero las quiere decididas. No se les hará nunca miedo en la oscuridad, no se las dejará meter la cabeza bajo la almohada cuando haya tempestad; no se las hará temer ni a los ladrones ni a las epidemias. María conoció en otros tiempos esos terrores y quiere librar de ellos a sus hijas. Incluso el recuerdo del accidente mortal de Pierre no hace de María más que una temerosa celadora. A los once o doce años, las niñas saldrán solas y más tarde viajarán sin escolta.

Su salud moral le preocupa también. Procura evitar a sus hijas los sueños nostálgicos y sentimentales, los excesos de sensibilidad. Ha tomado una decisión singular: de no hablar jamás a las huérfanas de su padre. Esto responde en María, antes que nada, a una imposibilidad física. Hasta el fin de sus días, María pronuncia con la mayor dificultad la palabra "Pierre" o "Pierre Curie" o "tu padre" o "mi marido", y en su conversación usará de estratagemas increíbles para soslayar los islotes del recuerdo. No considera culpable ese silencio con respecto de sus hijas. Más que de evitarles una atmósfera de tragedia, las priva, privándose ella misma, de nobles emociones.

No habiendo establecido en su casa el culto al hombre de ciencia desaparecido, tampoco establece el culto a la Polonia mártir. Quiere que Irene y Eva aprendan el polaco, que conozcan y amen su país natal, pero deliberadamente quiere hacer de ellas dos auténticas francesas. ¡Ah, no; que no se sientan divididas entre dos patrias, que no sufran en vano por una raza perseguida!

María no ha bautizado a sus hijas, ni les ha dado una educación religiosa. Se siente incapaz de enseñarles dogmas en los cuales no cree ya. Sobre todo les evita la amargura que tuvo ella al perder la fe. Tampoco habla de ningún sectarismo anticlerical. Absoluta tolerancia, y María afirmará, en diversas ocasiones, que si sus

hijas, más tarde, quieren entregarse a una religión, les dejará totalmente libre el camino para ello.

La señora Curie está contenta de que las pequeñas ignoren la infancia desgraciada, la adolescencia necesitada y la juventud miserable de sus primeros años. No obstante, tampoco desea que vivan en el lujo. En muchas ocasiones, María ha tenido la ocasión de asegurar a Irene y a Eva una gran fortuna. No lo ha hecho. Ya viuda, tiene que estatuir sobre la atribución del gramo de radio que Pierre y ella han preparado de sus manos y que propiamente les pertenece. Contra el parecer del doctor Curie y de muchos miembros del consejo de familia de las huérfanas, decide en comunidad de criterio con aquel que ya no existe, hacer donación a su laboratorio de la preciosa parcela que vale más de un millón de francos oro.

En su espíritu, si es incómodo ser pobre, es superfluo y chocante ser rico. La necesidad para sus hijas de ganarse más tarde el pan le parece sana y natural.

El programa de la educación, establecido con tanto cuidado por María, posee una única laguna: la misma educación, quiero decir, la buena educación. En la casa enlutada no son recibidos más que los íntimos: los Perrin, los Chavannes. El domingo, André Debierne lleva a las niñas libros, juguetes, y durante unas horas, distraerá pacientemente a la taciturna Irene, dibujando para ella, sobre hojas de papel en blanco, figuras de animales, elefantes de todas las tallas. Aparte de estos amigos afectuosos e indulgentes, Irene y Eva no ven a nadie. Si Irene encuentra gente extraña se asusta, se calla y se niega, obstinadamente, a decir "buenos días, señora". Costumbre que Irene conservará.

Irene y Eva desconocerán las sonrisas, la amabilidad, el visiteo, las palabras de afecto, el cumplimiento de los gestos rituales que exige la etiqueta, etc. Dentro de diez o veinte años se darán cuenta de que la vida en sociedad tiene sus exigencias, sus leyes y que "decir buenos días, señora" es, ¡ay!, una necesidad...

YA tiene Irene su certificado de estudios y está en edad de ir al Liceo. María estudia el medio de instruir a su hija de toda rutina.

Esa trabajadora incansable se asusta ante la idea de que sus hijas puedan estar condenadas a un trabajo excesivo. Le parece bárbaro encajonar a sus hijitas en las clases mal ventiladas y mantenerlas sometidas a las infinitas y estériles "horas de

presencia" en la edad del movimiento y de las carreras. Quiere que Irene estudie poco y bien. ¿Qué hacer?

María reflexiona, consulta a sus amigos, profesores de la Sorbona como ella y como ella también padres de familia. Bajo su impulso nace el original proyecto de una especie de cooperativa de la enseñanza, en donde los altos espíritus compartirán la tarea de educar, según nuevos métodos, a los hijos que se reúnan.

Se inaugura una nueva era de excitación y distracción intensa para una docena de pequeñuelos de ambos sexos, que, alejados del liceo, escucharán cada día una sola lección, dada por un maestro de calidad. Una mañana invadirán el laboratorio de la Sorbona, donde Jean Perrin les dará clases de química. Al día siguiente, el pequeño batallón será trasladado a Fontenay aux Roses, y Paul Langevin les dará clase de matemáticas. Las señoras Perrin y Chavannes, el escultor Magrou, el profesor Mouton, dan clases de literatura, historia, lenguas vivas, ciencias naturales, modelaje, dibujo ... Por último, en un local desalquilado de la Escuela de Física, María Curie consagrará la tarde del jueves al curso más elemental de física que se haya oído jamás entre aquellas paredes.

Sus discípulas —algunas de las cuales son futuras profesoras— conservarán un maravilloso recuerdo de aquellas lecciones apasionantes, de su familiaridad, de su gentileza. Gracias a María, los fenómenos abstractos y aburridos de los manuales recibirán la ilustración más pintoresca: unas bolas de bicicletas, mojadas en tinta, serán abandonadas sobre un plano inclinado, en donde describirán una parábola y realizarán la ley de la caída de los cuerpos. Un péndulo inscribirá sus oscilaciones regulares sobre papel ahumado. Un termómetro, construido y graduado por los discípulos, aceptará funcionar de acuerdo con los termómetros oficiales, y los niños, al darse cuenta de ello, se llenarán de orgullo.

María les transmite su amor a la ciencia y su gusto por el esfuerzo. También les enseña los métodos que una larga carrera ha desarrollado en ella. Virtuosa del cálculo mental, insiste para que sus alumnos lo practiquen: "Hay que llegar a no equivocarse nunca —afirma—; el secreto está en no ir muy de prisa". Si una de las discípulas provoca un desorden o ensucia las cosas cuando construye una pila eléctrica, María se enoja y exclama:

—No me digas que lo limpiarás *después*. *No se debe ensuciar una mesa durante un montaje o una experiencia...*

La laureada del premio Nobel suele dar lecciones de buen sentido a esos pequeñuelos ambiciosos:

— ¿Qué harían ustedes para mantener caliente el líquido contenido en este recipiente? —preguntará un día.

A renglón seguido, Francis Perrin, Jean Langevin, Isabelle Chavannes, Irene Curie — las estrellas científicas del curso—, proponen soluciones ingeniosas: rodear el recipiente de lana, aislarlo por procedimientos refinados e impracticables.

María sonrío y dice:

—Pues bien; yo empezaría por poner una tapa.

Y tras estas palabras de ama de casa, termina la lección de aquel día. La puerta se abre, aparece una sirvienta que trae una enorme provisión de medias lunas, tabletas de chocolate y naranjas, que forman la merienda colectiva, y comiendo y discutiendo, los niños se pierden en el patio de la escuela.

Al acecho de los menores gestos de la señora Curie, los diarios de la época hablan de estas lecciones, para burlarse alegremente de la intrusión —muy discreta y cuidadosamente atendida— de los hijos de los maestros en los laboratorios.

Este mundo infantil, que apenas sabe leer y escribir —dirá un egoísta—, tiene autorización para hacer manipulaciones y realizar experiencias, construir aparatos y ensayar reacciones... La Sorbona y el inmueble de la calle Cuvier no han estallado todavía, pero no se ha perdido la esperanza..."

La enseñanza colectiva, frágil como todas las empresas humanas, se termina dos años después. Los padres, excesivamente cansados por el trabajo personal, y los niños, a quienes espera la prueba del bachillerato, deben dedicarse al estudio de los programas oficiales. María escoge para Irene un establecimiento privado, el colegio Sevigné, en donde el número de horas de curso es bastante restringido. Y será en esa excelente escuela donde la hija mayor terminará su instrucción secundaria y don- de Eva, años más tarde, hará sus estudios.

¿Fueron eficaces los esfuerzos enternecedores de María y su voluntad de proteger la personalidad de *sus* hijas? Sí y no. La enseñanza colectiva dio a la mayor una

cultura científica de primer orden, que no hubiera logrado en ningún liceo, pero no le dio un bagaje literario completo. ¿La educación moral? Sería demasiado hermoso que se modificara íntimamente la naturaleza de los seres, y no creo que al lado de nuestra madre nos hayamos convertido en mejores que otras. No obstante, quedaron grabadas en nosotras, y de una manera permanente, otras virtudes: el gusto del trabajo —con éxito mil veces mayor en mi hermana que en mí—, cierta indiferencia por el dinero y un instinto de independencia que nos daba la convicción de que en cualquier circunstancia sabríamos, sin ayuda de ninguna clase, salir de apuros.

La lucha contra la tristeza, tan viva en Irene, tuvo poco éxito en mí. A pesar de la existencia que mi madre me daba, mis primeros años no fueron felices. En un solo sector la victoria de María fue completa. Sus hijas le debemos una buena salud, magnífica destreza física y el amor a los deportes. Esta es, entre todas las materias, el mejor éxito de una mujer sorprendentemente inteligente y generosa.

No sin aprensión me esfuerzo en explicar los principios que inspiraron a María Curie en sus primeras relaciones con nosotras. Temo que sugieran un ser seco, metódico y endurecido por los hechos reales. La realidad es distinta. La mujer que nos quería invulnerables era, a su vez, demasiado tierna, demasiado delicada, demasiado bien dotada para el sufrimiento. La que nos acostumbró voluntariamente a no ser propicias a la caricia, hubiera deseado, sin confesárselo, que la besáramos y la mimáramos más de lo que lo hicimos. La que nos quería poco sensibles se crispaba de dolor al menor signo de indiferencia. Nunca puso a prueba nuestra "insensibilidad", castigándonos por nuestras travesuras. Los castigos tradicionales, desde la inocente cachetada a la colocación en un rincón o la privación de postre, no fueron conocidos por nosotras. Desconocidos también los gritos y las escenas violentas. Lo mismo en la cólera como en la alegría, nuestra madre no soportaba que se elevara jamás el tono de la voz.

Un día que Irene estuvo muy impertinente, María decidió escarmentarla, y acordó no dirigirle la palabra durante dos días. Esas horas fueron, tanto para María como para Irene, una terrible prueba, pero, de las dos, la castigada fue María, que, impresionada, caminaba vagamente por la casa silenciosa y sufría mucho más que su hija.

Probablemente, como muchos otros niños, éramos egoístas y poco atentas a los matices sentimentales. Y, no obstante, nos dábamos cuenta del encanto, la ternura contenida y la gracia escondida de aquella mujer que, en la primera línea de nuestras cartas, manchadas con borrones de tinta —de esas cartas estúpidas que conservó, atadas con cintas de confitería, hasta su muerte—, llamábamos "*Mé* querida...", "Mi dulce amor", "Mi dulce", o, lo más a menudo, "Dulce *Mé*".

"¡Dulce, demasiado dulce *Mé*, a quien apenas se oía, la que nos hablaba casi tímidamente y que no quería ser ni temida, ni respetada, ni admirada! ... Dulce *Mé*, que al paso de los años se olvidó completamente de enseñarnos que no era una madre como las demás madres, ni una profesora preocupada por su labor cotidiana, sino una mujer ilustre y extraordinaria.

Capítulo 20

Éxitos, ensayos

Una profesora de física, muy delgada, muy pálida, cuyo rostro va ajándose poco a poco y cuyos cabellos rubios han encanecido bruscamente, entra, por la mañana, en los estrechos locales de la calle Cuvier, descuelga de un alza-paños la blusa de tosca tela con la que cubre su vestido negro y se dispone a trabajar.

Sin que María tenga conciencia de ello, será en esta descolorida época de su vida cuando su aspecto físico alcance la perfección. Se ha dicho que, con la sucesión de los años, los seres obtienen el rostro que merecen. En mi madre, eso fue la exacta realidad. Si Mania Sklodowska era sencillamente "graciosa"; si la estudiante y la esposa feliz tuvieron mucho donaire, la profesora, madura y macerada, tuvo una belleza sugestiva. Su silueta eslava, iluminada por la vida del espíritu, no tenía necesidad más que de estos superfluos adornos: la lozanía y la alegría. Un aire de firmeza melancólica, una fragilidad cada vez más evidente eran, alrededor de los cuarenta años de edad, sus nobles alhajas. Esa es la apariencia ideal que María Curie conservará a los ojos de Irene y de Eva durante muchos años, hasta el día en que, con espanto, se darán cuenta de que su madre se ha convertido en una anciana.

Profesora, investigadora y directora de laboratorio, María Curie trabajará con la misma intensidad inaudita. Continúa dando clases en Sévres. En la Sorbona, de donde es profesora titular desde 1908, ha dado el primero y único curso de radiactividad en el mundo. ¡Esfuerzos extraordinarios! Si los estudios secundarios en Francia le parecen defectuosos, en cambio, tiene una viva admiración por la enseñanza superior. María quiere igualar a los maestros que, años ha, deslumbraron a una joven polaca.

Tras dos años de profesorado, María emprende la redacción de sus lecciones. En 1910 publica un magistral *Tratado de radiactividad*. Novecientas setenta y una páginas de texto bastan para resumir los conocimientos adquiridos en este dominio, desde el día tan reciente en que los Curie anunciaron el descubrimiento del radio.

El retrato del autor no figura al principio de la obra. Frente al título María ha colocado la fotografía de su esposo. Dos años antes, en 1908, la misma fotografía

adornaba otro volumen de seiscientas páginas, *Las obras de Pierre Curie*, reunidas, ordenadas y corregidas por María.

La viuda ha escrito, para este último libro, un prefacio que relata la carrera de Pierre. Púdicamente, se lamenta en el prólogo de la muerte injusta:

Los últimos años de la vida de Pierre Curie han sido muy fecundos. Sus facultades intelectuales se hallaban en pleno desarrollo, lo mismo que su habilidad experimental...

"Iba a abrirse una nueva época de su vida. Hubiera sido, con medios de acción más poderosos, la prolongación natural de una admirable carrera científica. El destino no ha querido que fuese así, y estamos obligados a inclinarnos ante una incomprensible decisión.

El número de alumnos de María Curie ha aumentado constantemente. El filántropo americano Andrew Carnegie ha concedido, desde 1907, una serie de becas anuales que permiten acoger mayor número de novicios en la calle Cuvier, que se unen a los asistentes pagados por la Universidad y a algunos trabajadores benévolos. Un gran muchacho, considerablemente preparado, Maurice Curie —hijo de Jacques—, se halla entre ellos. Comienza en su laboratorio su carrera científica. María está orgullosa de sus éxitos y siempre le demostró una maternal ternura.

El equipo de ocho o diez personas está dirigido, en colaboración con María, por un antiguo colaborador, un firme amigo y un hombre de ciencia de calidad: André Debierne.

La señora Curie tiene un programa de nuevas investigaciones. Lo dirige perfectamente, a pesar de una sorda alteración de su salud.

María purifica bastantes decigramos de cloruro de radio y hace una segunda determinación del peso atómico de esta substancia, e inmediatamente emprende el aislamiento del radio-metal. Hasta ahora, cada vez que ha preparado el radio "puro", se ha tratado de sales de radio (cloruro o bromuro), que constituían su sola forma estable. María colabora con André Debierne para dar a luz el metal mismo, indemne de las alteraciones debidas a los agentes atmosféricos. La operación —una de las más delicadas que la ciencia conoce— no se repetirá jamás.

André Debierne ayuda a la señora Curie a estudiar el polonio y los rayos que emite. Por último, María, en un trabajo independiente, descubre un método para dosificar el radio por la medida de la emanación que desprende.

El desarrollo universal de la *curieterapia* exige que las parcelas ínfimas de la preciosa materia puedan ser separadas con una precisión rigurosa. Cuando se trata de milésimas de miligramo, la balanza no es de gran auxilio. María imagina "pesar" las sustancias radiactivas por los rayos que emiten. Dispone esta técnica difícil y crea en su laboratorio un "servicio de medidas", donde hombres de ciencia, médicos y hasta particulares podrán hacer controlar productos o minerales activos y recibir un certificado indicando el contenido literal de radio.

Al mismo tiempo que publica una *Clasificación de los radioelementos* y una *Tabla de las constancias radiactivas*, María realiza otro trabajo de importancia general: la preparación del primer patrón internacional de radio. Este ligero tubo de vidrio que María ha apretado entre sus manos con emoción, que contiene 21 miligramos de cloruro de radio puro y que servirá de modelo a los patrones dispersos ulteriormente en los cinco continentes, queda depositado solemnemente en la Oficina de Pesas y Medidas, de Sévres, cerca de París.

Después de la gloria del matrimonio Curie comienza la fama personal de María Curie, que sube y se extiende como un cohete. Los diplomas de doctor *honoris causa* y de miembro correspondiente de las academias extranjeras llegan a embarazar, por docenas, los cajones de la casa de Sceaux, sin que la laureada piense en ponerlos en un marco o hacer una lista con ellos.

Francia sólo tiene dos medios de honrar en vida a sus grandes personajes: la Legión de Honor y la Academia. La cruz de caballero ofrecida a María, en 1910, es rechazada por ésta, inspirándose en la conducta de Pierre Curie.

¡Con qué vigor se opone a los amigos, excesivamente celosos, que intentan persuadirla, unos meses más tarde, que presente su candidatura a la Academia de Ciencias! ¿Ha podido olvidar los humillantes escrutinios que su esposo tuvo, tanto en la derrota como en la victoria? ¿Desconoce, acaso, las redes de envidia que a su alrededor se tejen?

En efecto, las desconoce. Y, sobre todo, ingenua polaca, teme aparecer como una mujer vanidosa e ingrata al rechazar la distinción que le ofrece, según cree, su país de adopción.

Edouard Branly, reputado hombre de ciencia y católico notorio, es su concurrente. Entre "turistas" y "branlystas", entre librepensadores y clericales, entre partidarios y adversarios de esta innovación sensacional —que las mujeres sean admitidas en el Instituto—, se desencadena la lucha en todos los terrenos. María asiste, impotente y asustada, a las polémicas que no había previsto.

Los más ilustres hombres de ciencia, Henri Poincaré, el doctor Roux, Emile Picard, los profesores Lippmann, Bouty y Darboux, a la cabeza, emprenden la campaña en favor de María; pero en el otro campo se prepara una campaña defensiva vigorosa.

"Las mujeres no pueden formar parte del Instituto" —grita con una virtuosa indignación el señor Amagat, que, ocho años antes, había sido el feliz competidor de Pierre Curie. Benévolo informador afirma a los católicos que María es judía, y recuerdan, a los librepensadores, que es católica. El día 23 de enero de 1911, día de la elección, el presidente, al abrir la sesión, grita muy alto a los ujieres:

—Que se permita entrar a todo el mundo, excepto las mujeres. ¡Y un académico casi ciego, decidido partidario de la señora Curie, se lamenta de haber estado a punto de votar en contra con un boletín falso que se le puso hábilmente en la mano! A las cuatro de la tarde, los periodistas, sobreexcitados, corren a redactar sus notas de decepción o de victoria: le ha faltado un voto, a María, para ser elegida.

En la calle Cuvier, los asistentes, los mismos servidores del laboratorio, esperan el veredicto con más impaciencia que la candidata. Seguros de su éxito, compraron, por la mañana, un gran ramo de flores, y lo escondieron bajo la mesa que sostiene las balanzas de precisión. La derrota los deja absortos. El gran corazón de Louis Ragot, el mecánico, hace desaparecer el inútil ramo de flores. Los jóvenes trabajadores, silenciosos, preparan frases de aliento. No tendrán necesidad de pronunciarlas. María sale de la habitación que le sirve de gabinete de trabajo. No comentará ni con una sola frase una derrota que no la molesta mucho.

En la historia de los Curie, parece que el extranjero corrige perpetuamente los gestos de Francia. En diciembre, la Academia de Ciencias de Estocolmo, queriendo reconocer los brillantes trabajos realizados por la ilustre profesora después de la

muerte de su esposo, le concede el gran premio Nobel, de química, para el año 1911. Y ningún otro laureado, mujer u hombre, fue ni es juzgado digno de recibir dos veces la recompensa.

María, que está débil y enferma, ruega a su hermana Bronia que la acompañe en el viaje a Suecia. Se lleva también a su hija mayor, Irene. La niña asiste a la solemne sesión. Veinticuatro años más tarde, en la misma sala, recibirá el mismo premio...

Además de las recepciones tradicionales y de la cena en el palacio real, se han organizado fiestas populares en honor de María, que guardará un encantador recuerdo de una fiesta campesina, en donde centenares de mujeres, vestidas con trajes de vivos colores, llevaban sobre su cabeza coronas de bujías encendidas, parecidas a diademas temblorosas.

Al pronunciar su conferencia pública, María dedica a la sombra de Pierre Curie homenajes que la confunden:

Antes de abordar el tema de la conferencia, he de recordar que los descubrimientos del radio y del polonio han sido hechos por Pierre Curie, de acuerdo conmigo. A Pierre Curie se deben también, en el dominio de la radiactividad, estudios fundamentales, que ha efectuado completamente solo, unas veces; en colaboración conmigo, otras, y aun en colaboración con sus discípulos.

El trabajo químico, que tenía por objeto aislar el radio al estado de sal pura y de caracterizarlo como un elemento nuevo, ha sido efectuado especialmente por mí, pero se encuentra íntimamente ligado a la obra común. Creo, pues, que debo interpretar exactamente el pensamiento de la Academia de Ciencias al admitir que la alta distinción de que soy objeto se debe a esta obra común, y constituye, a su modo, un homenaje a la memoria de Pierre Curie.

Un gran descubrimiento realizado con un hombre genial, una celebridad universal y dos premios Nobel dan a María la admiración de muchas gentes y, también, la animosidad de otras muchas.

Una brusca racha de maldad cae sobre María e intenta destruirla. Una pérvida campaña se desencadena, en París, contra esta mujer de cuarenta y cuatro años, frágil, doliente, consumida por una labor imponente, sola y sin defensa.

María, que ejerce una profesión de hombre, ha escogido entre los hombres sus amigos y sus confidentes. Este ser excepcional tiene sobre sus íntimos, sobre uno de ellos especialmente, una profunda influencia. Basta con esto. Una mujer dedicada al trabajo científico, cuya vida fue digna, reservada, y en los años inmediatos particularmente lastimosa, es acusada de perturbar la paz de los matrimonios y de deshonar un nombre que lleva con demasiada pureza.

No me pertenece juzgar a quienes dieron la señal del ataque, ni decir con qué desesperación y con qué trágica inhabilidad María se defendió. Dejemos en paz a los periodistas que tuvieron el coraje de insultar a una mujer acosada, asaeteada por anónimos, amenazada públicamente con violencias, y cuya vida misma estuvo en peligro. Algunos de aquellos individuos, años después, se acercaron a pedirle perdón, con palabras de arrepentimiento y lágrimas en los ojos. Pero el crimen se había cometido. María había sido conducida al borde del suicidio, de la locura, y sus fuerzas físicas la abandonaron cuando fue abatida por una gravísima enfermedad.

No obstante, retengamos el rasgo menos criminal, pero más vil, aquel que le ofendiera a lo largo de toda su vida. Cada vez que se presenta la ocasión de rebajar a esta mujer única, como en los penosos días de 1911, o de negarle un título, una recompensa, un honor —la Academia, por ejemplo—, su origen le será reprochado miserablemente. Se la tratará de rusa, de alemana, de judía o de polaca, será "la extranjera" que ha venido a París a usurpar una alta situación. Pero cada vez que, por los dones de María Curie, la ciencia se enaltece; cada vez que en otro país se la festeja y se le prodigan homenajes sin precedentes, se convertirá inmediatamente, en los mismos periódicos y bajo la firma de los mismos redactores, en "la embajadora de Francia", "la más pura representación del genio de nuestra raza" y en una "gloria nacional". Con igual injusticia, la cuna polaca, de la que María está orgullosa, será pasada por alto.

Los grandes hombres han sufrido siempre el asalto de los que, rabiosamente, querían descubrir bajo la armazón del genio las imperfecciones de las criaturas humanas. Sin el terrible imán de la fama, que atrae sobre ella las simpatías y los

odios, María Curie no hubiera sido criticada ni calumniada jamás. Ahora tiene un motivo más para odiar la gloria.

En la adversidad se cuentan los amigos. Centenares de cartas, firmadas por nombres conocidos o desconocidos, llegan para decir a María que los ataques de que es objeto levantan la piedad y la indignación. André Debierne, los señores Perrin, los señores Chavannes, una exquisita amiga inglesa, la señora Ayrton, y otros muchos, sin olvidar los ayudantes y los discípulos, se pelean por María. En el mundo universitario, personas que apenas la conocen se acercan a ella espontáneamente, en este momento cruel; como el matemático Emile Borel y su esposa, que la rodean de una exquisita amistad e intentan salvar su salud llevándola a Italia, para que descanse un poco. Con su hermano José, con Bronia y Hela, que han llegado precipitadamente a Francia para ayudarla, su más firme defensor es el hermano de Pierre, Jacques.

Estos impulsos, estos afectos, dan algún coraje a María. Pero su depresión física se acusa de día en día. No se siente con fuerzas para hacer el trayecto diario a Sceaux, y alquila en el número 38 del Quai de Bethune, en París, un departamento, que piensa habitar desde enero de 1912. No llegará en buen estado de salud a esa fecha. El día 29 de diciembre se la trasladará, agonizante, casi condenada, a un sanatorio. No obstante, triunfa del mal, pero las profundas lesiones de que están atacados los riñones reclaman una operación. En dos meses, María ha hecho en varias ocasiones el trayecto de su casa a la clínica sobre unas parihuelas. Se le advierte que su estado exige una intervención quirúrgica. María acepta, pero solicita que le sea practicada en el mes de marzo, porque quiere asistir a un congreso de física que ha de celebrarse a fines de febrero.

El gran cirujano Charles Walther la opera y atiende maravillosamente. Pero el estado de María queda comprometido por mucho tiempo. María está delgadísima y apenas puede permanecer de pie. Las crisis de fiebre y de dolores renales que soporta, sin queja alguna, obligarían a otra mujer cualquiera a una existencia de inválida.

Destrozada por los males físicos y la villanía humana, María se esconde, como una fiera ante la persecución. Su hermana le ha alquilado, bajo el nombre de Dluska,

una casa en Brunoy, cerca de París. La enferma pasa aquí un tiempo, y luego se instala, de incógnito, en Thonon, y pasa algunas apacibles semanas de cura. En verano, su amiga, la señora Ayrton, la recibe con sus hijas en una tranquila villa de la costa inglesa. Allí encuentra asistencia y protección.

En el que María vislumbra el futuro con el máximo desaliento, una inesperada proposición viene a poner en su vida emoción e incertidumbre.

Desde la revolución de 1905, el zarismo, lentamente desquiciado, ha hecho en Rusia algunas concesiones a la libertad de pensamiento, y hasta en Varsovia las condiciones de existencia han perdido el antiguo rigor. Una Sociedad de Ciencias, bastante activa y relativamente independiente, tiene a María como "miembro de honor" desde 1911. Pocos meses después nace entre los intelectuales el grandioso proyecto de crear un laboratorio de radiactividad en Varsovia, y de ofrecer la dirección a la señora Curie, para lograr el regreso a su patria de la primera mujer de ciencia del mundo.

En mayo de 1912, una delegación de profesores polacos se presenta en casa de María, y el escritor Henryck Sienkiewicz, el hombre más célebre y popular de Polonia, le dirige, sin conocerla, personalmente, un llamamiento, en donde el tuteo patético se mezcla a las fórmulas de respeto:

Dignaos, honorabilísima señora, transportar vuestra espléndida actividad científica a nuestro país y a nuestra capital. Vos conocéis las razones por las cuales, en estos últimos tiempos, nuestra cultura y nuestra ciencia han peligrado. Perdemos la confianza en nuestras facultades intelectuales, somos rebajados en la opinión de nuestros enemigos y abandonamos toda esperanza en el porvenir.

Nuestro pueblo te admira, pero quisiera verte trabajar aquí, en tu ciudad natal. Es el deseo ardiente de toda la nación. Reteniéndote en Varsovia, nos sentiremos más fuertes, levantaremos nuestras cabezas, agachadas bajo el peso de tantas desgracias. Que nuestro ruego sea oído. No rechaces las manos que a ti se tienden.

Para un ser menos escrupuloso, ¡qué ocasión para abandonar Francia con escándalo, volviendo la espalda a la calumnia y la crueldad!

Pero María no se deja llevar jamás por los dictados del rencor. Analiza ansiosa y honestamente dónde está su deber. La idea de regresar a su país le atrae y le espanta, a la vez. En el estado de miseria psicológica en que está, toda decisión se le convierte en catastrófica. Hay otro problema: la construcción del laboratorio tan deseado por los Curie desde 1909, y aprobada finalmente. Renunciar a París, huir de Francia, era reducir a la nada el proyecto y matar una gran ilusión.

En ese instante de su vida, en que no se siente con fuerzas para nada, María duda entre dos deberes que se excluyen entre sí. Tras muchas dudas nostálgicas, ¡con qué dolor envía a Varsovia una carta rechazando la oferta! No obstante, acepta dirigir, de lejos, el nuevo laboratorio, que coloca bajo la vigilancia efectiva de dos de sus mejores ayudantes, los polacos Danysz y Wertenstein.

Todavía enferma, María se traslada a Varsovia, en 1913, para la inauguración del pabellón de radiactividad. Voluntariamente, las autoridades rusas ignoran su presencia. Ninguna representación oficial toma parte en las fiestas organizadas en su honor. La acogida del país natal, por ello, no es menos elocuente. ¡Por primera vez en su vida, María pronuncia, en una sala donde se apretujan las gentes, una conferencia científica en polaco!

En cuanto puedo, procuro prestar la mayor cantidad posible de servicios, antes de marcharme —escribe a uno de sus colegas—. El martes di una conferencia pública. También he asistido y asistiré todavía a diversas reuniones. He encontrado una excelente voluntad, que hay que aprovechar. Este pobre país, destrozado por una bárbara y absurda dominación, verdaderamente hace cuanto puede para defender su vida moral e intelectual. Acaso llegará un día en que esta opresión sea reducida, pero hay que esperar hasta entonces. ¡Qué vida hasta aquel momento! ¡Y en qué condiciones!

He vuelto a ver lugares a los que me unen recuerdos de infancia y juventud. He visto de nuevo el Vístula y la tumba en el cementerio. Estas peregrinaciones son, a la vez, dulces y tristes, pero no puedo evitar hacerlas.

Una de las ceremonias tiene lugar en el Museo de Industria y Agricultura, en el mismo edificio en que, veintidós años atrás, María hizo sus primeras experiencias en física. Al día siguiente, las mujeres polacas ofrecen un banquete a la "señora Sklodowska-Curie". En una de las mesas de las invitadas está sentada una dama muy viejecita, de blancos cabellos, que contempla a la ilustre profesora con éxtasis. Es la señorita Sikorska, la directora del pensionado donde, años ha, la minúscula Mania de áureas trenzas comenzó a instruirse. Abandonando su puesto, María se abre paso entre las mesas llenas de flores, se aproxima a la anciana, y con tímido impulso, como en los lejanos días de las distribuciones de premios, le besa las dos mejillas. La pobre señorita Sikorska llora, mientras las comensales aplauden frenéticamente.

La salud de María mejora tanto que puede iniciar de nuevo su "normal" existencia. Durante el verano de 1913 ensaya sus fuerzas recorriendo a pie la Engadina, mochila al hombro. Sus hijas le acompañan, con su institutriz, y el equipo de excursionistas se completa con la presencia del sabio Alberto Einstein y su hija. Entre la señora Curie y Einstein existe, desde hace muchos años, una encantadora "camaradería de genios". Se admiran el uno al otro. Su amistad es franca, fiel, y sea en alemán o en francés, mantienen un diálogo interminable de física teórica.

En la vanguardia corretean las muchachas, a quienes este viaje distrae enormemente. Más atrás, Einstein, voluble e inspirado, expone a su colega las teorías de que está obsesionado, y que María, dotada de una excepcional cultura matemática, es una de las escasas personas que, en Europa, pueden comprender.

Irene y Eva cazan al vuelo algunas palabras que les parecen poco regulares. Einstein, preocupado, costea, sin verlas, las grietas de las montañas, sube los picos rocosos, y, repentinamente, se detiene y, agarrando del brazo a María, exclama: —Usted comprende, ¿no?, que lo que tengo necesidad de saber exactamente es lo que sucede a los pasajeros de un ascensor, cuando éste cae en el vacío...

Una preocupación tan singular causa risa a la joven generación, que está lejos de sospechar que en la imaginaria caída del ascensor se halla iuno de los problemas de "relatividad" más trascendentales!

Después de unas breves vacaciones, María se traslada a Gran Bretaña, luego a Bruselas, donde la reclaman algunas solemnidades científicas. Una vez más, recibe

un título *honoris causa*, en Birmingham. Cosa extraordinaria: María acepta con buen humor la fiesta, y la describe, en estilo pintoresco, en una carta que escribe a Irene:

Me han vestido con un manto rojo con forros verdes, lo mismo que a mis otros colegas ocasionales, es decir, los otros sabios que han de recibir el grado de doctor. Cada uno de nosotros hemos oído un breve discurso, celebrando nuestros méritos, y después el vicerrector de la Universidad ha declarado que la Universidad nos concedía, a cada uno de nosotros, el grado. Hemos tomado asiento en el estrado. Luego hemos vuelto a salir, tomando parte en una especie de procesión, compuesta de todos los profesores y doctores de esta Universidad, vestidos con trajes parecidos a los nuestros. Todo esto era bastante divertido. Y he tenido que comprometerme solemnemente a observar las leyes y costumbres de la Universidad de Birmingham...

Irene está entusiasmada:

Querida mía —escribe a su madre—: ya te imagino con tu manto rojo con forros verdes... ¡Qué guapa debías estar! ¿Es que te lo han dado, o te lo prestaron solamente para la ceremonia...?

Olvidadas las pasadas querellas, se halla la ilustre profesora en el cenit de la gloria, en Francia. Desde hace dos años, el arquitecto Nenot construye para María, sobre los terrenos de la calle Pierre Curie, el Instituto del Radio.

Las cosas no han seguido un fácil sendero. Al día siguiente de la muerte de Pierre Curie, los poderes públicos propusieron a María abrir una suscripción nacional para la edificación de un laboratorio. La viuda, no queriendo que se sacara dinero con el reclamo del accidente de la calle Dauphine, se negó a ello. Las autoridades recayeron de nuevo en un sueño letárgico. Pero en 1909, el doctor Roux, director del Instituto Pasteur, tuvo la idea generosa y audaz de construir un laboratorio para María Curie. De esta manera hubiera abandonado la Sorbona, convirtiéndose en una estrella del Instituto Pasteur.



María Curie en la Facultad de Medicina de Madrid (1919). De izquierda a derecha: Irene Curie, la reina Cristina y María Curie.

Los directores de la Universidad comprenden lo que eso significa... ¿Dejar marchar a la señora Curie? ¡Imposible! ¡Cueste lo que cueste, es necesario que permanezca en los cuadros oficiales!

Pone fin a las discusiones un acuerdo entre el doctor Roux y el vicerrector Liard. La Universidad y el Instituto Pasteur pagarán a medias —400.000 francos cada entidad— los gastos y fundarán el Instituto del Radio, que comprenderá dos partes distintas: un laboratorio de radiactividad colocado bajo la dirección de María Curie; un laboratorio de investigaciones biológicas y de curieterapia, en donde los estudios sobre el tratamiento del cáncer, así como los cuidados dados a los enfermos, serán organizados por un hombre de ciencia y un médico eminente: el profesor Claude Regaud. Estas instituciones gemelas, pero materialmente independientes, cooperarán conjuntamente al desarrollo de la ciencia del radio.

Y aquí está María, corriendo de la calle Cuvier al taller de construcciones, dibujando planos y discutiendo con los arquitectos. Esta mujer de pelo canoso está llena de ideas nuevas y modernas. Piensa en sus trabajos personales, claro. Pero sobre todo quiere crear un laboratorio que sea útil dentro de treinta o cincuenta años, cuando su persona no sea más que un montón de cenizas. Exige vastos locales, con grandes ventanas que inunden de sol las salas de investigación. Y, además, desea

una innovación costosa que indigna a los ingenieros gubernamentales: ¡quiere un ascensor!



Tarjeta enviada por la señora Curie u sus Fijas Irene y Eva, ~n 1915, durante la guerra europea.

En cuanto al jardín —la preocupación más intensa de nuestra eterna campesina—, lo construirá con cariño. No escucha las razones de los que quieren "economizar la superficie" y defiende, con firmeza, cada metro de terreno que separa a los edificios. Uno por uno escoge los árboles y los hace plantar bajo su vigilancia, mucho antes de que los cimientos hayan sido echados. Y confía a sus colaboradores:

Comprando inmediatamente "mis" plátanos y "mis" tilos gano dos años. Cuando inauguremos los laboratorios, los árboles habrán crecido; los macizos estarán en flor. Pero, ¡cállense ustedes, por favor! ... ¡No le he dicho una palabra al señor Nenot!

Y una llamita de juventud y de alegría reaparece en sus ojos de color ceniza.

María misma planta los rosales trepadores, manejando la azada, amontonando la tierra con sus manos al pie de los muros inacabados. Cada día los riega. Cuando se

yerguen le parece que allí firmes, en el aire, observa cómo crecen las piedras inertes y las plantas vivas.

Una mañana, en la calle Cuvier, estando María inclinada sobre una experiencia, su antiguo practicante de laboratorio, Petit, corre muy emocionado hacia ella para decirle algo. En la Escuela de Física también construyen grandes salas de trabajo, anfiteatros... Y el hangar, la pobre barraca húmeda de Pierre y María, va a caer bajo los golpes de la piqueta de los peones.

Con el humilde amigo de los días pasados, María llega a la calle Lhomond para decir su último adiós. El hangar está allí, intacto todavía. Por una piadosa atención la pizarra no había sido tocada jamás por nadie, y aun había algunas líneas de la escritura de Pierre. Diríase que la puerta iba a volver a abrirse para dar paso a una alta silueta familiar.

Calle Lhomond, calle Cuvier, calle Pierre Curie... Las tres direcciones, las tres etapas. En este día María ha rehecho, sin darse cuenta, el camino de su admirable y cruel vida de mujer dedicada a la ciencia. Ante ella, el porvenir se dibuja claramente. En el laboratorio de biología que acaba de construirse, los ayudantes del profesor Regaud trabajan ya, y por la noche se ven brillar en el pabellón novísimo las ventanas iluminadas. Dentro de unos meses María, a su vez, abandonará el P. C. N. y trasladará sus aparatos a la calle Pierre Curie.

Esta sorprendente victoria llega cuando la heroína ya no es ni joven ni fuerte, y cuando ha perdido la felicidad. ¡Qué importa, puesto que un equipo joven la rodea! ¡Qué importa, si hombres de ciencia entusiastas y fervorosos están dispuestos a luchar con ella! ¡No! ... ¡No es demasiado tarde!

Los vidrieros cantan y silban en todos los pisos del pequeño inmueble blanco. Encima de la puerta de entrada se leen ya, grabadas en la piedra, estas palabras:

INSTITUTO DEL RADIO, PABELLÓN CURIE.

Ante los sólidos muros y la inscripción exaltadora, María evoca las palabras de Pasteur:

Si las conquistas útiles a la humanidad impresionan vuestro corazón; si estáis emocionados ante los efectos sorprendentes de la telegrafía eléctrica, del

daguerrotipo, de la anestesia y de tantos otros descubrimientos admirables; si estáis celosos de la parte que vuestro país puede reivindicar en el agotamiento de las maravillas, interesaos, os lo encarezco, por estas moradas sagradas que se conocen con el expresivo nombre de laboratorios. Pedid que los multipliquen y los adornen. Son los templos del futuro, de la riqueza y del bienestar. Allí será donde la humanidad se engrandezca, se fortifique y se convierta en mejor. Allí aprenderá a leer en las obras de la naturaleza, obras de progreso y de armonía universal; mientras que las obras de la humanidad son, muy a menudo, las de la barbarie, del fanatismo y de la destrucción...

En este maravilloso mes de julio, "el templo del porvenir" de la calle Pierre Curie por fin se ha terminado. No falta más que su radio, sus trabajadores, su directora... Pero este mes de julio es el de 1914.

Capítulo 21

La guerra

Para pasar el verano, María ha alquilado una villa en Bretaña. Irene y Eva están ya allí con una institutriz y una cocinera, y su madre les ha prometido reunirse con ellas el día 3 de agosto. El fin del año escolar la retiene en París. Está acostumbrada a permanecer sola hasta la canícula, en el departamento desierto del Quai de Bethune, sin tener siquiera una sirvienta que se ocupe de su limpieza. Pasa los días en el laboratorio, y por la noche, muy tarde, vuelve a su casa, que la portera cuida de una manera bastante vaga.

El día 1 de agosto de 1914. María escribe a sus hijas:

Querida Irene, querida Eva...

Las cosas no parece que vayan bien. Esperamos de un momento a otro la movillización. No sé si podré ir a ésa. No asustaros. Estad tranquilas y firmes. Si la guerra no se declara iré a buscaros el próximo lunes. Si no, me quedaré aquí y os enviaré a buscar lo antes posible. Tú y yo, Irene, buscaremos la manera de ser útiles.

El día 2 de agosto, escribe:

Queridas hijas: La movillización ha empezado y los alemanes han entrado en Francia, sin declaración de guerra. No nos podremos comunicar tan fácilmente durante algún tiempo.

París está tranquilo y causa buena impresión, a pesar del dolor de las despedidas.

Y el día 6 de agosto dice:

Mi querida Irene:

Yo también deseo que vuelvas aquí, pero por el momento es imposible. Estad tranquilas.

Los alemanes atraviesan Bélgica librando algunos combates. La heroica y pequeña Bélgica no ha aceptado dejarles pasar sin defenderse. Todos los franceses tienen buenas esperanzas y creen que la lucha, aunque ruda, acabará bien.

El país polaco está ocupado por los alemanes. ¿Qué quedará de él después de su paso? No sé nada de mi familia.

Alrededor de María se ha creado una vida extraordinaria. Sus colegas, todos los trabajadores del laboratorio, se han dirigido hacia sus regimientos. A su lado queda únicamente el mecánico, Louis Ragot, un enfermo cardíaco, que por eso no ha podido ser movilizad, y una mujer de servicio, bajita, muy bajita.

La polaca olvida que Francia no es más que su país de adopción. La madre de familia no sueña en reunirse con sus hijas. La criatura enfermiza y frágil desprecia sus males, y la profesora deja para tiempos mejores sus trabajos personales. María sólo tiene un pensamiento: servir a su segunda patria. En la terrible oportunidad se revelan, una vez más, su intuición y su iniciativa.

Descarta la solución fácil, que consistiría en cerrar el laboratorio y convertirse, como muchas otras francesas, en valientes enfermeras, de velos blancos. Se documenta inmediatamente sobre la organización de los servicios sanitarios y descubre una laguna, de la cual las autoridades parecen preocuparse poco, pero que a ella le parece trágica: los hospitales de la retaguardia y los del frente apenas están provistos de instalaciones de rayos X.

Sabido es que el descubrimiento de los rayos X por Roentgen, en 1895, permite explorar, sin el socorro de la cirugía, el interior del cuerpo humano, de "ver" y de fotografiar los huesos y los órganos. En 1904, Francia tiene una escasa cantidad de aparatos Roentgen, utilizados por radiógrafos. El Servicio de Sanidad Militar ha previsto para la guerra instalaciones en determinados centros importantes, juzgados dignos de ese lujo. Esto es todo.

¿Un lujo el dispositivo mágico merced al cual, en un instante, se puede descubrir y localizar, por "transparencia", la bala del fusil, los trozos del obús escondidos en las heridas?

Los trabajos de María no se han especializado en los rayos X, pero en la Sorbona les ha dedicado todos los años muchas lecciones. Conoce admirablemente el problema. Por una transposición espontánea de sus conocimientos científicos, prevé lo que la horrible carnicería reclamará. Hay que crear, con urgencia, puestos y más puestos

de radiología. Y para seguir flexiblemente los movimientos del ejército, serán indispensables las instalaciones ligeras de radiología.

María reconoce el terreno e inicia, con impulso, su carrera. En algunas horas hace el inventario de los aparatos que existen en los laboratorios de la Universidad, comprendido el suyo, y hace una ronda de visitas en los dominios de los constructores. Todo el material de rayos X que puede ser utilizado se reúne, y luego se distribuye en los hospitales de la región parisiense. Entre los profesores, los ingenieros y los hombres de ciencia se reclutan los benévolos manipuladores.

Pero ¿cómo socorrer a todos los heridos que afluyen con un ritmo espantoso a las ambulancias, desprovistas de rayos X? Algunas ni siquiera tienen instalación eléctrica donde enchufar los aparatos.

La señora Curie imagina una solución. Crea, con los fondos de la Unión de Mujeres de Francia, el primer "coche radiológico". En un automóvil ordinario dispone un aparato completo Roentgen y una dínamo que, accionada por el motor del coche, produce la corriente necesaria. Este puesto móvil, completo, circula de hospital en hospital, en agosto de 1914. Y con ese único coche asegura el examen de los heridos evacuados en París durante la batalla del Marne.

El avance rápido de los alemanes coloca a María ante un caso de conciencia: ¿debe reunirse con sus hijas en Bretaña o permanecer en París? Y si el enemigo amenaza ocupar la capital, ¿deberá seguir en la retirada a las organizaciones sanitarias?

Estudia, tranquilamente, estas eventualidades, y toma una decisión. Se quedará en París, pase lo que pase. No la retiene solamente la obra bienhechora que ha emprendido, sino que piensa en su laboratorio, en los instrumentos delicados que descansan en la calle Cuvier y en las salas nuevas de la calle Pierre Curie. "Si estoy aquí —se dice—, acaso los alemanes no se atreverán a saquearlas. Pero si me voy, todo desaparecerá".

Sin hipocresía alguna, piensa de esta manera, y descubre lógicas razones para el instinto que la guía. Esta María, testaruda, tenaz y firme, no siente atracción alguna por la huida. Tener miedo es servir al adversario. Por nada del mundo daría al enemigo triunfante la satisfacción de ocupar un laboratorio Curie desierto.

Confía a su hermano político Jacques las hijas, que María misma prepara para la dolorosa separación.

El día 28 de agosto de 1914 María escribe a Irene:

...Se empieza a prever la posibilidad de un ataque a París, en cuyo caso quedaríamos separadas. Si esto llega, soportadlo con firmeza, pues nuestros deseos personales no son nada ante la gran partida que ahora se juega. Debes sentirte responsable de tu hermana y velar sobre ella, si hemos de estar separadas durante más tiempo del que preveo.

El día 29 de agosto dice:

Querida Irene:

Nada prueba que podamos quedar separadas, pero me interesa decirte que es necesario estar dispuestas a toda clase de alternativas. París está tan próximo a la frontera, que los alemanes podrían acercarse. Esto no debe privarnos de confiar que Francia obtendrá la victoria final. Hay que tener decisión y confianza. Piensa en tu papel de hermana mayor, que ya es hora de que le tomes en serio.

Y el día 31 de agosto:

Acabo de recibir tu dulce carta del sábado, y he tenido tantos deseos de besarte que he estado a punto de llorar.

Las cosas no marchan muy bien, y todos tenemos el corazón oprimido y el alma inquieta. Tenemos necesidad de mucho coraje, y espero que no nos faltará. Debemos mantener la certidumbre de que tras los días malos, reaparecerá el buen tiempo. Con esta esperanza, queridas hijas, os aprieto sobre mi corazón.

Si decide vivir, serenamente, en un París atacado, bombardeado o acaso conquistado, hay un tesoro que quiere proteger del agresor: el gramo de radio que posee el laboratorio. No confiará a ningún mensajero la parcela preciosa, y decide transportarla, personalmente, a Burdeos.

María sube en uno de los trenes repletos de personalidades oficiales y funcionarios. Viste un guardapolvo de alpaca, negro, y lleva un pequeño maletín de mano, y un gramo de radio, es decir, una pesada caja, en la que, al abrigo de su chapa de plomo, se conservan los tubos minúsculos. María Curie ha encontrado, milagrosamente, una punta de banco, y ha podido colocar ante ella el pesado paquete. Resueltamente sorda a las conversaciones pesimistas de que se llena el vagón, ella contempla, por la ventana, la campiña soleada. Pero allí todo le habla también de la derrota: sobre la ruta nacional que bordea paralelamente la vía férrea, una ininterrumpida hilera de automóviles huyen hacia el oeste.

Burdeos está invadido por los franceses: los changadores, los taxis y las habitaciones en los hoteles son difíciles de encontrar. Al anoecer, María se halla todavía sobre la plaza de la estación, cerca de un fardo, que no tiene fuerzas para trasladar. La masa la empuja, de un lado para otro, sin alterar su humor. Llega a divertirse la situación. ¿Deberá permanecer, hasta el día siguiente, montando la guardia junto a esta caja que vale más de un millón de francos oro? No; un empleado de un ministerio, compañero suyo de viaje, la descubre y va en su auxilio. Este salvador le facilita una habitación en una casa particular. El gramo de radio, que pesa veinte kilos, queda salvaguardado. Al día siguiente, por la mañana, María deposita en un cofre del banco su tesoro embarazoso, y librada del mismo, emprende su viaje de vuelta a París.

A la ida pasó inadvertida, pero al regresar a la capital excita los comentarios de la gente. Se reúnen en torno al fenómeno: "la mujer que vuelve allá arriba"... La "dama" se guarda muy bien de revelar su personalidad, pero, más locuaz que de ordinario, intenta apaciguar los rumores alarmantes y afirma que París resistirá y que sus habitantes no corren peligro alguno...

El convoy de tropas, en el que ella es la única persona "civil", camina lentamente. Muchas veces se detiene, en pleno campo, durante algunas horas. María, hambrienta, acepta un gran pedazo de pan que un soldado ha sacado de su mochila. Desde la víspera, desde la salida del laboratorio, no había tenido tiempo de comer algo.

París, silencioso y amenazado, le parece, en la exquisita luz de este principio de septiembre, de una belleza que no había tenido jamás. ¿Se perderá una joya como ésta?...

Una noticia se esparce por las calles, con la violencia de una marejada. La señora Curie, cubierta de polvo del viaje, se precipita, pregunta, requiere: el avance de los alemanes se ha roto. ¡Ha comenzado la batalla del Marne!

María se reúne, Escuela Normal Superior, con sus amigos Appell y Borel. Sin retraso alguno, quiere ofrecer sus servicios a la organización sanitaria que han fundado: el Socorro Nacional. Paul Appell, presidente de la obra, se compadece de esta pobre mujer extenuada. La obliga a que se tienda sobre un canapé, y le pide, insistentemente, que se conceda unos días de descanso. Pero María no escucha. ¡Quiere actuar, actuar! "Sobre ese canapé, con su rostro pálido y sus ojos agrandados, no era más que la llama..." —dirá más tarde Appell.

El día 6 de septiembre de 1914 María escribe a Irene:

... El teatro de la guerra cambia en este momento. El enemigo parece alejarse de París. Todos tenemos confianza, todos tenemos fe en el triunfo final.

Haz problemas de física para el joven Fernand Chavannes. Si no podéis trabajar para el presente de Francia, trabajad para su futuro. Cuando se acabe la guerra, ¡ay!, faltará mucha gente, y será necesario reemplazarla. Estudia física y matemáticas lo mejor que puedas.

París se ha salvado. María ha hecho regresar a sus hijas, que protestaban de semejante exilio. Eva vuelve al colegio, mientras que Irene obtiene un diploma de enfermera.

La señora Curie lo ha previsto todo: que la guerra sería larga, criminal, que cada día sería más necesario operar a los heridos sobre el mismo campo de batalla, y que los cirujanos y los radiólogos deberán permanecer al pie de la obra, en las ambulancias del frente; que sería urgente organizar la construcción intensiva de aparatos Roentgen y, por último, que los coches radiólogos estaban destinados a prestar servicios inapreciables.

Estos coches, conocidos en la zona de guerra con el nombre de "pequeños Curie", los va equipando María en el laboratorio, sin preocuparse de la indiferencia o la sorda hostilidad de los burócratas. La mujer tímida se ha transformado, bruscamente, en un personaje exigente y autoritario. María presiona a los funcionarios indolentes, reclama de ellos los "pases", los bonos de petición, los visados ... Ofrecen dificultades y enarbolan reglamentos ... "No es posible que los civiles nos molesten" ..., será la frase que demuestra el espíritu de muchos de los funcionarios; pero María se mantiene en su puesto, discute y triunfa.

Critica duramente a los particulares. A instancias suyas, mujeres generosas, como la marquesa de Ganay, la princesa de Murat, le dan o le prestan sus coches, que inmediatamente transforma en "puestos radiológicos". "Ya les devolveré los coches después de la guerra" —promete, con una seguridad alegre y un tanto burlesca—. "Claro que lo haré si no están fuera de uso"...

De los veinte coches que pone en circulación, María se queda con uno para su uso personal. Es un Renault chato, con la carrocería de una camioneta de reparto. En este carro, cuyo exterior, de un gris reglamentario, se adorna con una Cruz Roja y una bandera francesa, pintadas en la misma plancha, María inicia una vida aventurera, de Gran Capitán.

Un telegrama o una llamada telefónica advierten a la señora Curie que una ambulancia llena de heridos reclama urgentemente un puesto de radiología. María prepara el equipo de su coche, amarra los aparatos y la dínamo. Mientras su chófer militar llena el depósito de esencia, María llega hasta su casa para ponerse el manto sombrío y su sombrerito de viaje, redondo y flexible, que ha perdido la forma y el color, y su valijita, un saco de cuero amarillo, rajado, despellejado. Sube al lado del conductor, sobre el asiento expuesto al viento, y en el acto el automóvil rueda vertiginosamente —es decir, a una modesta media de cincuenta kilómetros, que no puede aumentar—, hacia Amiens, hacia Yprés, hacia Verdún.

Tras las detenciones y los diálogos con los centinelas desconfiados, aparece el hospital. ¡A trabajar! La señora Curie escoge rápidamente una pieza como sala de radiología, reúne las piezas desmontables, se desenrolla el cable que unirá el aparato a la dínamo que ha quedado en el coche. Un signo al chófer, que pone en marcha la dínamo, y María comprueba la intensidad de la corriente. Antes de

empezar el examen de los heridos, prepara aún la "pantalla radioscópica", pone a mano los guantes y las gafas de protección, los lápices especiales para marcar los hitos, el hilo de plomo que sirve para localizar los proyectiles. Quita la luz en la habitación, cerrando la ventana con los cortinajes negros que trajo consigo o, a veces, con las colchas mismas del hospital. Al lado, en un gabinete de fotografía improvisado, se colocan los "baños" en donde serán reveladas las placas. Hace media hora que María llegó. Y todo está listo.

Comienza el triste desfile. El cirujano se encierra con la señora Curie en el cuarto oscuro, en donde los aparatos, en pleno funcionamiento, se envuelven en un halo misterioso. Unas tras otras, van llegando las camillas donde reposan los cuerpos dolientes. El herido es colocado en la mesa de radiología. María prepara el aparato, asestado sobre las carnes heridas, para obtener una visión limpia. Los huesos y los órganos muestran sus siluetas precisas, y entre ellos aparece un fragmento opaco y sombrío: la bala o el trocito de obús.

Un ayudante inscribe las observaciones del médico. María revela un calco de la imagen, del que sacará el clisé que ayudará al cirujano cuando se haga la extracción del proyectil. A veces la operación se hace inmediatamente "bajo los rayos" mismos, y el practicante puede seguir, sobre la pantalla radioscópica, la imagen de sus pinzas avanzando en la herida y contorneando los obstáculos del esqueleto para obtener el trozo de la metralla.

Diez, cincuenta, cien heridos... Pasan horas y horas, días y días. Mientras quedan pacientes, María permanece, casi constantemente, encerrada en la cámara negra. Antes de abandonar el hospital, estudia el medio de hacer una instalación de radiología permanente. Por último, cuando ha embalado su material, monta de nuevo sobre el asiento de su coche mágico y regresa a París.

María ha removido cielo y tierra para obtener una instalación disponible, y acaba de lograrlo. La acompaña un manipulador, que ha descubierto no sabe dónde y que instruye no sabe cómo. De ahora en adelante el hospital, provisto de una sala de rayos X, no tendrá necesidad de ella.

Además de los veinte coches que ha equipado, María ha instalado *doscientas salas* de radiología. La cifra de heridos examinados por esos 220 puestos, fijos o móviles, puestos creados y montados, personalmente, por la señora Curie, pasa del millón.

Su ciencia, su coraje no bastan para animarla. María posee en el más alto grado el don modesto y preciso de "arreglarse las cosas como puede", y practica con maestría este supe método que la guerra bautizó con el nombre del "sistema D". María se ha impuesto un entrenamiento racional, al mismo tiempo que se ha perfeccionado en el manejo de los aparatos Roentgen y que releía tratados de anatomía, para adquirir la cultura de un perfecto radiólogo médico; aprendía a guiar el coche y se examinaba y se iniciaba en la mecánica. De esta manera evita lo que más odia en el mundo: pedir ayuda y hacerse servir.

¿No está disponible el chófer? María monta en el coche y lo conduce ella misma por las lamentables carreteras de entonces. Se la puede ver hacer girar, enérgicamente, la manivela del motor recalcitrante. Se la puede ver mover "el gato" para cambiar una rueda; también, muy severa, con el ceño fruncido, limpiar, con gestos de profesora, un carburador obturado. ¿Lleva los aparatos por ferrocarril? Ella misma los colocará en el furgón. Y a la llegada, ella misma los descargará, y desembalará, a fin de que no se pierda nada...

Indiferente a la falta de comodidades, no reclamará ningún cuidado particular, ni tampoco de favor. Jamás fue menos molesta una mujer célebre. Come no importa cómo, y duerme no importa dónde; ya en una pequeña habitación de enfermera, ya, como en el hospital de Hoogstade, al aire libre, bajo una tienda de campaña. Sin esfuerzo alguno, la estudiante que ayer temblaba de frío en una buhardilla se ha convertido, ahora, en un soldado de la Gran Guerra.

El día 1 de enero de 1915 María escribe a Paul Langevin:

... El día de mi partida no se ha fijado aún, pero no puede tardar. He recibido una carta informándome que el coche radiológico, que funciona en la región de Saint Pol ha sufrido una avería. ¡Eso equivale a decir que todo el norte está desprovisto de servicio radiológico! Hago las gestiones necesarias para precipitar mi viaje. Estoy resuelta a poner todas mis fuerzas al servicio de mi patria de adopción, no pudiendo servir en la actualidad a mi desgraciada patria de origen, bañada en sangre tras más de un siglo de sufrimientos".

En París, Irene y Eva viven casi como hijas de combatiente. Su madre no se concede un "permiso" más que cuando una crisis del riñón le obliga a permanecer

algunos días tendida. Si María se halla en casa, es que está enferma. Si no lo está, se la encuentra en Suipper, en Reims, en Calais, en Poperinghe, en uno de los tres o cuatro hospitales franceses o belgas que visitará durante las hostilidades. Eva enviará las cartas anunciándole sus éxitos en historia y composición francesa, a extrañas y emotivas direcciones:

"Señora Curie, Hotel de la Noble Rosa, Furnes".

"Señora Curie, Hospital Auxiliar II Morvillars, Haut-Rhin".

"Señora Curie, Hospital 112...".

Se suceden las tarjetas postales, con lacónicas noticias, precipitadamente escritas durante las etapas que la errante recorre. El día 25 de enero de 1915:

Queridas hijas: Hemos llegado a Amiens, en donde hemos dormido. No tuvimos más que dos neumáticos reventados. Saludos a todos. M.

El mismo día:

Hemos llegado a Abbeville. Jean Perrin, con su coche, ha chocado con un árbol. Felizmente, no se ha hecho mucho daño. Continuamos sobre Bologne. Mí.

El día 24 de enero de 1915:

Querida Irene:

Tras diversas peripecias, hemos llegado a Poperinghe, pero no podremos trabajar hasta haber hecho modificaciones en el hospital. Quieren construir un albergue para el coche y unos tabiques para colocar la sala de radiología en una sala grande de enfermos. Todo esto va a retardar mi trabajo, pero es muy difícil hacerla de otra manera.

En Dunkerque los aviones alemanes han dejado caer unas bombas que han matado a algunas personas, pero la población no se ha asustado mucho. En Poperinghe también ocurren esta clase de accidentes, pero menos a menudo. En cambio, se oye constantemente el ruido del cañón. No llueve. Ha helado un poco. He sido recibida en el hospital con extrema cordialidad. Tengo una buena habitación, y me encienden fuego en la estufa. Estoy mejor que en Furnes. Como en el hospital. Te beso tiernamente. M.

En mayo de 1915:

Querida:

He debido esperar en Chalons durante ocho horas, y he llegado a Verdún a las cinco de la mañana. El coche ha llegado también, ¡nos organizamos! Mí.

Una noche del mes de abril de 1915, María entra en su casa, un poco más pálida y un poco menos ágil que de costumbre. Sin contestar a las preguntas inquietas de quienes la reciben, se encierra en su habitación. María está enojadísima. María está enojadísima porque, al regresar del hospital de Forges, el chófer ha dado una violenta vuelta al volante y ha lanzado el coche a un foso. El auto ha dado una vuelta, y María, que viajaba en el interior, sentada entre los aparatos, se ha encontrado enterrada bajo las cajas esparcidas. Se ha sentido ofendida. No de sentirse más o menos contusa, sino de pensar —fue su primer pensamiento— que sus clisés radiológicos habían quedado hechos añicos. Pero bajo las cajas, que la aplastaban poco a poco, María se ha echado a reír. Su chófer había perdido toda la presencia de espíritu, y corriendo hacia el coche, se informaba a media voz:

—Señora, señora... ¿Está usted muerta?

No cuenta a nadie la aventura; se esconde para curarse las leves heridas. Un artículo en el diario y unos trozos de tela ensangrentados, encontrados en el cuartito de aseo, denunciarán el accidente a su familia. Pero cuando esto ocurre, María ya está fuera de su casa, con la valija amarilla, su sombrero redondo y, en su bolsillo, una cartera varonil, de cuero negro, que ha comprado para "hacer la guerra".

En 1918 olvidará esa cartera en el fondo de un cajón, y no volverá a ser tocada hasta 1934, después de su muerte. De esa cartera saldrá una tarjeta que dirá: "Señora Curie, directora de los Servicios de Radiología"; una nota de la Subsecretaría de Artillería y Municiones "autorizando a la señora Curie a hacer uso de los automóviles militares"; una docena de órdenes de "misiones especiales", de la Unión de Mujeres de Francia. Cuatro fotografías: una de María, una de su padre, dos de su madre, señora Sklodowska, y dos bolsitas vacías que contenían granos de plantas, enterrados, sin duda alguna, entre dos viajes, en los jardines del

laboratorio. Sobre las bolsitas se leían estas palabras: "Romero oficial. Sembrarlo de abril a junio, en planteles".

La señora Curie no ha adoptado ningún traje especial para hacer esta sorprendente vida. Sucesivamente, todos sus viejos trajes se adornan con un brazal de la Cruz Roja. No lleva jamás el velo de las enfermeras. En el hospital trabaja con la cabeza desnuda, y vestida con una simple blusa blanca de laboratorio.

Irene me dijo que está usted en los alrededores de Verdún —le escribe su sobrino Maurice Curie, artillero en Vauquois—. Meto la nariz en todos los automóviles sanitarios que pasan por la carretera, pero no veo más que quepis muy galoneados, y no creo que la autoridad militar haya querido regularizar la situación de su peinado, escasamente reglamentaria...

La nómada no puede cuidar mucho su casa. Irene y Eva, mal que bien, van haciendo sus estudios, confeccionan ropa para sus ahijados de guerra, y sobre un gran mapa, clavado en la pared del comedor, siguen la marcha de las operaciones, poniendo banderitas en los puntos estratégicos. María se esfuerza en recomendar a sus hijas que pasen las vacaciones sin ella, pero aquí se detienen sus cuidados. Transige con que Irene y Eva se queden en su cama durante los alertas de los *gothas*, en lugar de ir a temblar a la bodega; que se alistén en 1916 en un equipo de segadores bretones para substituir a los hombres movilizados y que durante quince días sieguen, engavillen y trabajen en las trilladoras; que en 1918 permanezcan en París a pesar del bombardeo del Bertha. María nos hubiera querido ni demasiado prudentes, ni demasiado exigentes.

Eva todavía no puede ser útil, pero Irene a los diecisiete años se ha iniciado en la radiología, sin renunciar a los certificados de licenciatura y a los cursos de la Sorbona, y ha empezado por ser "manipuladora" de su madre y luego ha recibido algunas misiones. María la envía a los hospitales y encuentra natural que Irene, cargada de responsabilidades para las cuales es demasiado joven, permanezca en la zona de guerra en Furnes, en Hoogstade y en Amiens. Una camaradería íntima y encantadora une a la señora Curie con la adolescente. La polaca ya no es una mujer sola. De ahora en adelante puede compartir su trabajo o sus preocupaciones personales con una colaboradora, con una amiga.

En los primeros meses de la guerra ha tenido una consulta muy importante con Irene:

—El gobierno pide a los particulares que le lleven todo el oro y muy pronto emitirá empréstitos —dice María a su hija—. Yo voy a dar todo el oro que poseo y añadiré las medallas científicas, que son bastante inútiles. Es más: por pereza, había dejado el monto de mi segundo premio Nobel —lo mejor de cuanto poseemos— en coronas suecas en Estocolmo; quisiera repatriarlas y colocarlas en empréstitos de guerra. El Estado tiene necesidad de ello. No me hago muchas ilusiones y creo que ese dinero se perderá. Por lo tanto, no quiero cometer semejante "tontería" sin tu aprobación. Cambiadas en francos, las coronas suecas se convierten en rentas, "suscripciones nacionales", "contribuciones voluntarias", y se evaporan paulatinamente, según las previsiones de María. Además, entrega todo el oro que posee al Banco de Francia. El funcionario que la atiende acepta las monedas, pero se niega, indignado, a enviar a la fundición las gloriosas medallas. María no se siente halagada. Estima absurdo este fetichismo y alza los hombros y devuelve al laboratorio la colección de recompensas.

Cuando tiene una hora de descanso, la señora Curie se sienta a veces sobre un banco en el jardín de la calle Pierre Curie, en donde crecen sus tilos amados. Mira el Instituto del Radio, nuevo y desierto. Piensa en todos sus colaboradores que se hallan en los frentes; en su ayudante preferido, el polaco Jan Danysz, muerto heroicamente. María suspira. ¿Cuándo acabará el sangriento horror? ¿Cuándo podrá volver a hacer estudios de física?

No se extiende en sueños estériles y sin dejar de hacer la guerra, lenta, paulatinamente, prepara la paz. Encuentra un medio de mudar el laboratorio de la calle Cuvier y de instalarlo en la calle Pierre Curie. Embala, carga, descarga, conduce en su viejo coche radiológico, de una casa a la otra, el material y realiza un trabajo de hormiga, cuyo resultado aparece pronto: el nuevo laboratorio está a punto de poder ser inaugurado.

María completa la instalación protegiendo con una impresionante fortificación de bolsas de arena el anexo que contiene las materias radiactivas. En 1915 ha traído de Burdeos su gramo de radio y lo ha puesto al servicio del país.

El radio, como los rayos X, tiene sobre el cuerpo humano diversas acciones terapéuticas. En 1914 el Estado no ha intentado ningún esfuerzo para organizar los tratamientos médicos, y María, una vez más, debe crear e improvisar. Destina su gramo de radio a un "servicio de emanación" cada ocho días;

María "trata" el "radio" del gas que desprende y encierra la emanación en los tubos, que son conducidos inmediatamente al hospital del Grand-Palais y otros centros sanitarios, donde serán empleados para la curación de cicatrices "viciosas" y otras lesiones de la piel.

Coches radiológicos, puestos radiológicos, servicios de emanación... No es bastante. La falta de manipuladores especialistas preocupa a María. Propone fundar y asegurar una enseñanza de radiólogos. Y poco después se reúnen veinte enfermeras en el Instituto del Radio para seguir el primer curso. El programa comprende lecciones teóricas sobre la electricidad y los rayos X, ejercicios prácticos, el estudio de la anatomía, etc. Profesores: María Curie, Irene Curie y una mujer encantadora y culta: la señorita Klein.

Las ciento cincuenta "técnicas" que María forma de 1916 a 1918 están reclutadas en todos los medios. Algunas de las alumnas son poco instruidas. El prestigio de la señora Curie las intimida primero; pero fácilmente quedan conquistadas por la acogida cordial y familiar de la profesora. María tiene un don prodigioso de poner la ciencia al alcance de los espíritus más simples. El gusto al trabajo bien realizado es en María tan fuerte que, cuando una aprendiz —una sirvienta— logra por primera vez realizar "en artista" una placa de radiografía, se alegra como de un triunfo personal.

Los aliados de Francia, a su vez, apelan a su competencia. Desde 1914 realiza frecuentes viajes a los hospitales belgas. En 1918, a petición del gobierno italiano, realiza una misión en la Italia del norte, en donde estudia las fuentes del país en materia radiactiva. Un poco más tarde acogerá en su laboratorio a veinte soldados del cuerpo expedicionario americano, que iniciará en el estudio de la radiactividad.

Su nuevo oficio la pone en contacto con los seres más diversos. Ciertos cirujanos, que comprenden la utilidad de los rayos X, la tratan en colaboradora magnífica, en ilustre colega. Otros, más ignorantes, miran con desconfianza "sus aparatos". Tras

algunas "radioscopías" concluyentes se maravillan "de que funcionen" y apenas creen lo que sus ojos ven cuando, en el lugar descubierto por los rayos y señalado por María, hallan bajo el escalpelo la metralla del obús, vanamente buscada en la carne doliente. Bruscamente convertidos a la nueva religión, comentan con sorpresa el hecho como si se tratara de un milagro.

Mujeres elegantes, ángeles guardianes de los hospitales, señalan con una mirada a esta dama de cabellos grises y traje modesto que olvida decir su nombre, y a veces es tratada por ello como subalterna. María se divierte con esos menosprecios. Cuando estas pequeñas manifestaciones de la vanidad la molestan un poco, purifica su alma evocando una enfermera y un soldado silenciosos y tenaces, sus camaradas de trabajo en el hospital de Hoogstade: la reina Elisabeth y el rey Alberto, de Bélgica.

María, a menudo tan fría y altiva, es con los heridos de un trato exquisito. Campesinos y obreros se asustan ante los aparatos Roentgen y preguntan si el examen va a producirles algún dolor. María les tranquiliza:

—Ya verá usted. Es como un retrato.

María posee lo que puede serles dulce: un precioso timbre de voz, manos ligeras, mucha paciencia y un respeto inmenso y religioso para la vida humana. Por salvar un hombre, para ahorrarle algún sufrimiento, una amputación, una enfermedad, está dispuesta a cualquier esfuerzo, por pesado que sea. No abandona la partida hasta que se han agotado todas las posibilidades.

Jamás hablará de las durezas y los peligros a que se expuso en los cuatro años que la guerra duró. No hablará de las fatigas sin cuento, ni de los peligros de muerte, ni del cruel efecto de los rayos X y del radio sobre su organismo hipotecado. María mostrará a sus compañeros un semblante despreocupado, casi alegre —más alegre que lo fuera nunca—. La guerra le habrá enseñado ese buen humor que es la más preciosa máscara de la firmeza.

Y, no obstante, ¡qué poca alegría tiene en el alma! A las angustias íntimas que la estrujan añade la preocupación por su obra interrumpida; la inquietud por su familia polaca, de la que no sabe nada, y añade su horror por el absurdo frenesí que se ha apoderado del mundo. El recuerdo de miles de cuerpos destrozados que ha visto y de quejas, de gritos que ha oído ensombrecerá su vida por muchos años.

Los cañonazos del armisticio la sorprenden en el laboratorio. Quiere poner banderas en el Instituto, y con su colaboradora, la señorita Klein, corre a una tienda para comprar banderas francesas. En ninguna parte han quedado banderas para la venta y María ha terminado por comprar los trozos de tela de los tres colores, y una sirvienta, la señora Bardinnet, cose rápidamente las tres franjas y las despliegan en las ventanas. María sube con la señorita Klein al antiguo coche radiológico destrozado y maltrecho por cuatro años de aventuras. Un servidor del P. C. N. les sirve de chófer y las lleva a pasear por las calles, al azar, entre las manifestaciones de un pueblo grave y feliz. En la plaza de la Concorde la multitud no consiente que el coche avance más. Algunas gentes suben a los salvabarros del Renault o suben al techo del mismo. Cuando el coche de María pueda caminar de nuevo llevará una docena de pasajeros suplementarios que ocuparán esa imperial improvisada durante el resto de la jornada.

Para María hay dos victorias, en lugar de una: Polonia renace de sus cenizas tras un siglo y medio de esclavitud y vuelve a ser un país libre.

La que fue señorita Sklodowska revive su infancia oprimida, sus luchas de juventud. Para algo ha servido que desde niña mantuviera una posición astuta ante los funcionarios del Zar, que se reuniera clandestinamente en las pobres habitaciones de Varsovia con sus camaradas de la "Universidad Volante", que enseñara a leer a los campesinos de Szczuki... El "sueño patriótico" en nombre del cual estuvo a punto, hace años, de sacrificar su vocación y hasta el amor de Pierre Curie, se convierte a sus ojos en una realidad.

En diciembre de 1920 María escribe a José Sklodowski:

Así nosotros "nacidos en la servidumbre, encadenados desde la cuna"⁸, hemos visto esta resurrección de nuestro país en la cual soñábamos. No esperábamos vivir este instante. Pensábamos que acaso podrían vivirlo nuestros hijos. ¡Pero ahí está! Es cierto que nuestro país ha pagado cara su felicidad y que aun lo tendrá que pagar. Pero ¿se pueden comparar las dificultades de la hora actual con la amargura y el desaliento que nos habrían

⁸ Adam Mickiewicz: Pan Tadeusz.

corroído sí, tras la guerra, Polonia hubiera permanecido encadenada y dividida en trozos? Como tú, tengo fe en el porvenir.

Esta esperanza, estos sueños consolaban a María Curie de sus preocupaciones personales. La guerra había desorganizado su trabajo científico. La guerra había gastado su salud. La guerra la había arruinado. El dinero que había confiado al país se había fundido como la nieve y cuando ha examinado la situación material tiene cierta inquietud: pasados los cincuenta años, es casi pobre. Para vivir y para que sus hijas puedan vivir, no tiene más que su sueldo de profesora —doce mil francos anuales—. ¿Le permitirán sus fuerzas continuar su clase y realizar durante los años que la separan aún de la edad del retiro su labor de directora de laboratorio?

¡Qué se le va a hacer! Sin abandonar su oficio de guerra (durante dos años más, todavía las aprendizas radiólogas irán al Instituto del Radio para seguir los cursos), María se dedica a la pasión de su vida: la física. Se le pide que escriba un libro sobre la *Radiología y la Guerra* y en él exalta la bondad de los descubrimientos científicos, la eterna investigación, su valor humano. María ha encontrado en la trágica experiencia más razones para adorar la ciencia.

La historia de la radiología de la guerra ofrece un ejemplo curioso de la amplitud insospechada que puede tener, en ciertas condiciones, la aplicación de los descubrimientos de orden puramente científico.

Los rayos X no tuvieron más que una utilización limitada hasta la época de la guerra. La gran catástrofe que se ha desencadenado sobre la humanidad, acumulando víctimas en cifra espantosa, ha hecho surgir por reacción el deseo ardiente de salvar todo lo que podía ser salvado, de explorar todos los medios para ahorrar y proteger las vidas humanas.

Inmediatamente vemos nacer un esfuerzo para hacer rendir a los rayos X los máximos servicios. Lo que hubiera podido parecer difícil se convirtió en cosa fácil y recibió una inmediata solución. El material, el personal se multiplicarán como por encanto. Todos los que no comprendían, cedían o aceptaban; todos los que no sabían, aprendían; y todos los que eran indiferentes se apasionaban por la obra. Así, el descubrimiento científico habrá terminado la conquista de su campo de acción natural. Una evolución análoga habrá sido

realizada por la radioterapia o aplicación médica de las radiaciones emitidas por los radioelementos.

¿Qué conclusiones podemos sacar de esta inesperada fortuna salida de las nuevas radiaciones que la ciencia nos ha revelado a fines del siglo XIX? Me parece que deben hacer más viva nuestra confianza en la investigación desinteresada y aumentar nuestro culto y nuestra admiración por ella.

Es imposible discernir en esta obra, de sequedad científica, la importancia de las iniciativas de María Curie. ¡Qué manera diabólica de buscar fórmulas impersonales! ¡Qué preocupación en apagarse y quedarse en la penumbra! Para María el "yo" no es odiable: no es. Su obra parece que ha sido realizada por entidades misteriosas que nombra cuando es necesario, como "las organizaciones sanitarias" o bien "se" o cuando más "nosotros". El mismo descubrimiento del radio lo disimula entre "las nuevas radiaciones que la ciencia nos ha revelado a fines del siglo XIX". Y si se ve obligada a hablar de sí misma, la señora Curie intenta incorporarse a la anónima multitud.

Queriendo, como tantas otras, ponerme al servicio de la defensa nacional en los años que acabamos de atravesar, me orienté inmediatamente hacia la radiología...

No obstante, hay un detalle que nos demuestra que tenía conciencia de haber ayudado a Francia de la mejor manera posible. Años atrás rehusó —como más tarde rehusará de nuevo— la Legión de Honor. Pero sus íntimos saben que si, en 1918, hubiera sido propuesta para el grado de caballero a título *militar*, hubiera aceptado esa cinta única.

Esta ligera derogación de sus principios le fue ahorrada. Muchas mujeres recibieron condecoraciones, rosetas... Mi madre no tuvo nada. Unas semanas después, el papel que ella ha interpretado durante el gran drama se borra de todas las memorias. Y a pesar de sus servicios bastante excepcionales, nadie piensa en colocar una pequeña cruz de soldado sobre el vestido de la señora Curie.

Capítulo 22

La paz. Las vacaciones en L'Arcouest

El mundo descubre de nuevo la tranquilidad. María, con fe y esperanza, que irán debilitándose paulatinamente, sigue, de lejos, los trabajos de quienes organizan la paz. Esta idealista fue, naturalmente, seducida por las doctrinas wilsonianas, por la Sociedad de Naciones. Obstinadamente busca remedios a la barbarie de los pueblos y sueña con un tratado que borre verdaderamente los rencores y los odios.

—O hay que exterminar a los alemanes hasta el último hombre, lo que no podría aconsejar —dice, a veces—, o bien hay que ofrecerles una paz que puedan soportar...

Se reanudan las relaciones entre los hombres de ciencia de los países vencedores y vencidos. La señora Curie pone una sincera voluntad en olvidar las recientes luchas. No obstante, evita las manifestaciones prematuras de fraternidad y entusiasmo, a las cuales se entregan algunos de sus colegas. Antes de recibir a un físico alemán, pregunta:

— ¿Ha firmado el manifiesto de los noventa y tres?

Si lo ha firmado, lo recibe cortésmente; y, si no, se muestra muy fraternal y como si la guerra no se hubiera producido; habla libremente de los temas científicos con su colega.

Este rasgo de un valor efímero revela la alta idea que María tiene de los deberes de los intelectuales en los días de agitación. No piensa que los altos espíritus puedan estar "por encima de la batalla". Durante cuatro años ha servido lealmente a Francia y ha salvado muchas vidas humanas. Pero no admite que los intelectuales se hagan cómplices de ciertos actos. La señora Curie condena a los escritores y a los hombres de ciencia del otro lado del Rin que firmaron el manifiesto, como condenará a los sabios rusos que aprobaron los procedimientos de la política soviética. Un intelectual traiciona su misión si no es el más constante defensor de la civilización y la libertad de pensamiento.

María no se ha transformado en una mujer belicosa ni sectaria al tomar parte en la lucha. Continúa siendo una mujer dedicada exclusivamente al estudio, y así la volvemos a encontrar en 1919 al frente de su laboratorio.

Ha esperado con fervor el instante en que los edificios de la calle Pierre Curie estuviesen llenos de actividad. Su primera preocupación es la de no malgastar la obra excepcional realizada durante la guerra: los servicios de emanación y la distribución de tubos "activos" a los hospitales continúan bajo la dirección del doctor Regaud, quien, ya desmovilizado, toma de nuevo posesión del pabellón de biología. En el pabellón de física, la señora Curie y sus colaboradores se inclinan sobre las experiencias interrumpidas en 1914, al principio de las hostilidades.

Una vida más reposada permite a María preocuparse del porvenir de Irene y Eva, que ya son mucho más altas que la madre. La mayor, estudiante de veintiún años, tranquila y maravillosamente equilibrada, no ha dudado un solo instante de su vida en la carrera a seguir: quiere ser profesora de física y dedicarse, precisamente, al estudio del radio. La gloria y la obra de sus padres no la descorazonan ni la intimidan. Y, con simplicidad y naturalidad dignas de admiración, Irene Curie inicia su vida por el mismo sendero que sus padres. No pregunta si su carrera será más o menos brillante que la de su madre, no se siente oprimida por un nombre demasiado famoso. Su sincero amor a la ciencia y sus dones no le inspiran más que una ambición: trabajar para siempre en ese laboratorio que ha visto construir y del cual, desde 1918, ha sido nombrada "preparadora delegada".

La experiencia personal de María y el ejemplo feliz de Irene le hacen creer con excesiva facilidad que las dos hijas se orientarán cómodamente en el laberinto de la vida. Está desconcertada por las angustias y los cambios de criterio de Eva. Un noble respeto al libre albedrío de sus hijas y una sobreexcitación de su talento la contienen para ejercer su autoridad sobre la adolescente. María desearía que su hija Eva, bien dotada para el estudio de las ciencias, fuera doctora en medicina y estudiara las aplicaciones médicas del radio. Pero, a pesar de ese deseo, no le impone esa orientación. Con una incansable solidaridad respeta todos los caprichos de su hija, y celebra verla estudiar música, dejándole en libertad para que escoja sus profesores y hasta los métodos de trabajo... Concede toda clase de libertad a un ser minado por la duda y que hubiera tenido necesidad de obedecer firmes indicaciones. ¿Cómo podría advertir su error María, a quien un infalible instinto genial ha llevado hacia su exacto destino a través de inmensos obstáculos?

Hasta el último día de su vida su ternura velará sobre las dos hijas, tan distintas, que ha dado a luz, pero sin señalar jamás entre ellas una preferencia. Irene y Eva encontrarán en su madre, en todas las circunstancias de su vida, una protectora y una fervorosa aliada. Cuando, años después, Irene, casada ya, tenga a su vez, hijos, María rodeará a las dos generaciones de sus mismos cuidados y preocupaciones.

El día 29 de diciembre de 1928, María escribió a Irene y a Federico Joliot Curie:

Queridos hijos:

Os envío mis felicitaciones de año nuevo. Es decir, os deseo un año de salud, de satisfacciones, de buen trabajo, un año durante el cual tengáis cada día el gusto de vivir, sin esperar que los días hayan tenido necesidad de pasar para encontrar su satisfacción y sin tener necesidad de poner esperanzas de felicidad en los días que hayan de venir. Cuanto más se envejece, más se siente que saber gozar del presente es un don precioso, comparable a un estado de gracia.

Pienso en Helenita y hago votos por su felicidad. Es tan emocionante ver crecer al ser que lo espera todo de vosotros, con una confianza sin límites y que cree, certeramente, que podéis interponeros entre él y el dolor... Un día sabrá que vuestro poder no llega hasta ahí, y, no obstante, se desearía llegar siquiera por los niños. De todas maneras, se les deben todos los esfuerzos para que tengan buena salud, una infancia reposada y serena en un ambiente de afecto y en el cual su preciosa confianza dure cuanto sea posible.

El día 3 de septiembre de 1919 María escribe a sus hijas:

...Pienso a menudo en el año de trabajo que se abre ante nosotros. Pienso, también, en cada una de vosotras y en lo que me dais de dulzura, de alegría y de preocupaciones. Para mí sois, en realidad, una gran riqueza, y deseo que la vida me reserve aún algunos años felices de existencia común con vosotras.

¿Ha mejorado su salud tras los extenuadores años de la guerra? ¿Es la calma de la vejez que empieza? Pasados los cincuenta años, María se convierte en un ser más

sereno. Las tenazas del luto y de la enfermedad se han aflojado, y el tiempo ha calmado los tormentos. María no encuentra de nuevo la felicidad, pero aprende a estimar las pequeñas alegrías de la vida cotidiana. Irene y Eva, que han crecido cerca de una mujer en permanente combate con el dolor, descubren una nueva compañera, con el rostro más arrugado que antes, pero de corazón y cuerpo más juvenil. Irene, infatigable deportista, anima a su madre para que imite sus hazañas, y hace con ella largas excursiones a pie, la lleva a patinar, a montar a caballo y hasta a hacer un poco de esquí.

En verano, María se reúne con sus hijas en Bretaña. En el pueblo de L'Arcouest, en un país encantador, que no invade la multitud vulgar, las tres amigas pasan unas vacaciones magníficas.

La población de este rincón, situado al borde de la Mancha, cerca de Paimpol, se compone únicamente de marineros, de cultivadores... y de profesores de la Sorbona. El descubrimiento de L'Arcouest por el historiador Charles Seignobos y el biólogo Louis Lapicque, en 1895, tiene entre el grupo de universitarios la misma importancia que el viaje de Cristóbal Colón. La señora Curie, que ha sido la última en llegar a esa colonia de sabios, que un periodista espiritual denominará "Fort-la-Science", ha vivido primero en una casa particular, luego ha alquilado una villa y más tarde la ha comprado. María ha escogido un terreno desde el cual se domina un mar tranquilo, salpicado de innumerables islas, grandes y pequeñas, que privan a las olas de alta mar de chocar violentamente en las costas. Es el lugar más aislado y más oreado. Tiene preferencia por las casas-faros. Todas las casas veraniegas que alquila o las que más tarde hará construir, se parecen. Un gran terreno y una casa pequeña.

Las habitaciones estarán mal arregladas, casi deterioradas, y amuebladas con modestos enseres. Pero la vista que se divisa desde las ventanas es siempre magnífica.

Los raros transeúntes que María encuentra todas las mañanas —encorvadas bretonas; campesinos de lentos andares; niños cuya sonrisa descubre la dentadura— pronuncian al pasar unos sonoros "¡Buenos días, señora Curie!", con un acento bretón que arrastra las sílabas. Y — ¡milagro! —, María, sin intentar la huida, sonrío y contesta con el mismo tono: "¡Buenos días, señora Le Golff...! ¡Buenos

días, señor Quintín!". O, simplemente, "¡Buenos días!", cuando, apenada, no reconoce al interlocutor. Los habitantes de un pueblo no conceden de buen grado sus saludos sencillos, y de igual a igual, a las gentes altaneras. Los conceden, únicamente, a quienes demuestran un claro sentido de lo afectuoso. No es el radio —o como ellos pronuncian "radiom"—, ni que los diarios hablen de esa señora, lo que valió a María estas muestras de afecto. Se la ha considerado digna del cariño y de la estima después de las dos o tres temporadas que ha pasado en el pueblecito, y cuando las mujeres de cabellos lisos, bajo las cofias de blancas puntas, han reconocido en ella una mujer de su clase, una campesina.

La casa de la señora Curie es una morada más entre las otras, la casa de L'Arcouest, que señala, como el centro de la colonia, el palacio de la buena sociedad, es una pequeña barraca, adornada con algunos emparrados y pasionarias. La barraca se llama, en bretón, "Taschen-Vihan" o sea "el pequeño campo del pastor". Taschen posee un jardín en declive, en donde las flores plantadas, sin arte aparente, forman largas hileras de colores maravillosos. Excepto cuando hay viento del este, la puerta permanece abierta. Habita allí un "joven hechicero" de setenta años de edad, Charles Seignobos, profesor de historia de la Sorbona. Este anciano, diminuto, ágil, un poco cargado de espaldas, viste eternamente un traje de franela blanca con rayas negras, remendado y descolorido. Las gentes de la región le llaman "señor Seigno", y sus amigos "Capitán". Las palabras no sabrían expresar de qué culto encantador es objeto ni, sobre todo, por qué rasgos de su naturaleza merece la veneración y la ternura que le rodean. Este célibe es un viejo solterón que ha gozado siempre de la amistad de todos los hombres y de más mujeres que un pachá: ha tenido treinta o cuarenta compañeras, oscilantes entre los dos y los ochenta años.

Por un sendero difícil que domina la bahía de Launay, María desciende hacia Taschen. Una quincena de adeptos están reunidos ya ante la casa, y deambulan en espera del cotidiano embarco para las islas. La aparición de la señora Curie no suscita ninguna emoción en esta asamblea, que tiene algo de convoy de emigrantes o de tropa de gitanos. Charles Seignobos, cuya mirada exquisita se disimula tras las gafas de miope, la saluda con un gentil y áspero;

— ¡Ah, ya está aquí la señora Curie! ... ¡Buenos días, buenos días!...

Algunos saludos que se repiten como si fueran ecos, y María se sienta en el suelo, formando parte del gran círculo.

Usa un sombrero de tela lavada, una vieja falda y la eterna chaqueta de suave lana, que la costurera del pueblo, Elisa Leff, confecciona, según modelo, lo mismo para los hombres que para las mujeres, los sabios y los pescadores. María va con los pies desnudos dentro de las alpargatas. Pone ante sí un saco parecido a otros quince sacos tirados sobre la hierba, en los que se lleva un albornoz y un traje de baño.

¡Qué satisfacción no tendría un periodista que cayera bruscamente en aquel grupo tranquilo! Hay que estar literalmente en guardia para no pisar a un miembro del Instituto, perezosamente estirado en la arena o para no empujar a un premio Nobel. Abundan los personajes. ¿Quieren hablar de física?

Aquí están Jean Perrin, María Curie, André Debierne, Víctor Auger... ¿De matemáticas o cálculo integral? Diríjense a Emile Borel, envuelto en su albornoz como un emperador romano en su clámide. ¿Biología, astrofísica? Louis Lapicque y Charles Maurin les contestarán a ustedes. Y en cuanto al "hechicero", a Charles Seignobos, los numerosos chiquillos de la colonia se pasan la confianza "de que ese señor sabe toda la historia"...

Pero el milagro de esta reunión de universitarios es que jamás se habla de física, historia, biología o matemáticas. Es que se ignora el respeto, las jerarquías y hasta los convencionalismos de la urbanidad. Aquí, la humanidad no se divide en pontífices y en discípulos, en viejos y jóvenes. En la reunión existen cuatro categorías de individuos: los *fillisteos*, no iniciadas, gentes de paso, perdidos en el clan y que se procura ahuyentar lo más pronto posible; los *elefantes*, que son los amigos menos preparados para la vida náutica y a quienes se tolera a condición de acribillarlos a pullazos. Siguen los *larcouestianos*, dignos de este nombre, es decir, los *marinos*. Y, por último, los *supermarinos*, técnicos de las corrientes de la bahía, virtuosos del *crawl* y de la vela, denominados los *cocodrilos*. La señora Curie, que no fue jamás *fillistea*, no aspira al título de *cocodrilo*. Ha pasado al grado de *marino* tras un breve tiempo de *elefante*.

Charles Seignobos cuenta sus ovejas y da la señal de partida. La flotilla de barcos atracados cerca de la costa está compuesta de dos veleros y cinco o seis botes a remo. Los grumetes de servicio, Eva Curie y Jean Maurain, desarmarán las

embarcaciones de mañana: el bote grande y la canoa inglesa, y los han llevado ante el atracadero, donde las rocas cortadas sirven de embarcadero natural. El ejército de navegantes está ya sobre la orilla escarpada. La voz brusca, sarcástica y alegre de Seignobos grita: —"¡Embarquen! ¡Embarquen!", y mientras las canoas se llenan de pasajeros, dice: —"¿Cuál es el primer equipo? Yo me encargo de la jefatura del barco". La señora Curie irá en el remo de la punta, Perrin y Borel en los remos gruesos, y Francis en el timón.

Estas órdenes, que dejarían perplejos a muchos intelectuales, son obedecidas inmediatamente por los reunidos. Cuatro remeros —cuatro profesores de la Sorbona, cuatro celebridades— se instalan cada uno en su banco, y sosteniendo cada uno un pesado remo, esperan con sumisión la orden del capitán: — ¡"Adelante!", orden que lanzará, inmediatamente, el joven Francis Perrin, contra maestre todopoderoso a bordo, puesto que tiene entre sus manos el timón. Charles Seignobos da el primer re-mazo, indicando el ritmo a sus compañeros de tripulación. Tras él, Jean Perrin tira de su remo con tal fuerza que está a punto de volcar la embarcación. Tras Perrin, está Emile Borel y tras Borel, en el primer banco, María Curie, que mueve cadenciosamente su remo.

La canoa blanca y verde avanza regularmente sobre el mar, lleno de luz. Las observaciones, severas pero justas, del timonel, cortan el silencio: — ¡El segundo remo de estribor no hace nada! (Emile Borel intenta negar la falta, pero se resigna inmediatamente, y, olvidando su pereza, mueve más vigorosamente su remo). — ¡El remo de la punta no sigue al jefe del equipo! (María Curie, confusa, corrige su error y se aplica beatíficamente a remar con mayor precisión).

La hermosa voz caliente de la señora Charles Maurain lanza las primeras notas de una "canción de remero" que, inmediatamente, cantarán a coro los pasajeros:

"Mi padre ha hecho edificar una casa (movamos, pues, nuestros remos) por ochenta albañiles jóvenes..."

Un ligero viento nordeste —el viento del tiempo bueno— se lleva la melodía lenta hacia la segunda embarcación, que se ha adelantado y que se divisa del otro lado de la bahía. Los remeros de la canoa inglesa entonan, a su vez, una de las tres o cuatrocientas canciones antiguas que forman el repertorio de la colonia y que Charles Seignobos enseña a las sucesivas generaciones de *larcouestianos*:

"Son tres muchachos que parten para las islas, que parten para las islas; son tres muchachos..."

Dos o tres canciones, y ya se está en la punta de la Trinidad. El jefe del equipo grita: —"¡Es el relevo!" Poco le importa si los remeros están o no cansados. Los diez minutos reglamentarios desde la salida han transcurrido. María Curie, Perrin, Borel y Seignobos ceden la plaza a otros cuatro miembros de la enseñanza superior. Es necesario un equipo reposado para atravesar, al sesgo, la violenta corriente del canal y llegar a Roch Vras, la enorme roca violeta, la isla desierta donde, casi todas las mañanas, los Iarcouestianos van a bañarse.

Los hombres se desnudan cerca de las canoas vacías, sobre la ribera cubierta de los fucos tostados; las mujeres en un rincón, tapizado de movediza y gruesa hierba, que se ha llamado siempre "el cuarto de las señoras". Una de las primeras, María, reaparece en traje de baño negro, y entra en el mar. La orilla escarpada es profunda, y desde que se está en el agua no se hace pie.

La imagen de María Curie, nadando en Roch Vras, en agua fresca, profunda, de una pureza y de una transparencia ideal, es uno de los mejores recuerdos que conservo de mi madre. No practicaba ni el *crawl* ni el *trudgen* de sus hijas y amigos. Entrenada metódicamente por Irene y Eva, ha aprendido un *over arm stroke* de buen estilo. Su innata elegancia y su gracia han hecho el resto. Se olvidan sus cabellos grises, arrebuados en la gorra de baño, y su rostro arrugado, para admirar el cuerpo delgado y ágil, los hermosos brazos blancos y los gestos vivos y encantadores de una mujer joven.

La señora Curie está orgullosa de su agilidad, de su talento náutico. Entre ella y sus colegas de la Sorbona existen calladas rivalidades deportivas. María observa, entre la pequeña banda de Roch Vras, a los sabios y a las mujeres de los sabios que nadan, las brazadas perfectas que realizan, a menos que, impotentes de avanzar, se limiten a flotar en donde se hallen, agitándose desesperadamente. Mide, implacablemente, los trayectos recorridos por sus adversarios y, sin proponérselo abiertamente, realiza una carrera y se entrena para batir los *records* de velocidad y de distancia del cuerpo pedagógico de la Universidad. Sus hijas son a la vez sus maestras y sus confidentes.

—Me parece que yo nado mejor que el señor Borel —murmura alguna vez María.

— ¡Oh, mucho mejor, Mé! ... ¡No hay comparación posible!... —Jean Perrin ha hecho hoy una magnífica carrera... Pero ayer yo estuve mucho más lejos que él, ¿recuerdas?

—Te vi... Muy bien... Has hecho grandes progresos desde el pasado año...

Agradece los elogios, que son sinceros. Pasados los cincuenta años, María es una de las mejores nadadoras de su generación.

Después del baño, María se seca al sol, mientras come un pedazo de pan seco y espera el regreso. Repentinamente pronuncia pequeñas exclamaciones de felicidad: "¡Qué bien se está aquí!" O ante un exaltado paisaje de rocas, cielo y agua, dice: "¡Qué bello es todo esto!". Estas breves palabras son los únicos comentarios que los habitantes de L'Arcouest toleran.

Están tan convencidos de que este país es el más hermoso del mundo, que el mar es muy azul, tan azul como el Mediterráneo, más acogedor y más variado que en ninguna otra parte, que no se habla de ello, como no se habla del genio científico de los *larcouestianos* de marca. Sólo los *fillisteos* abordan líricamente estos temas, pero se les interrumpen rápidamente los discursos, ante la glacial ironía de los demás.

Mediodía. El mar ha quedado limpio, y por el "paso de Anterren" las canoas navegan prudentemente entre las riberas, que parecen húmedos pastos. Por milésima vez, los pasajeros saludan el preciso lugar donde, tiempo atrás, la misma canoa, al regresar de ese paseo, fue alcanzada por el reflujo y permaneció allí cuatro horas, mientras su tripulación, hambrienta, vagabundeaba sobre la ribera desierta, en busca de conchas de Santiago. Se suceden las canciones y los relevos. Después, aparece debajo de la casa de Taschen la costa, el abordable lugar, o mejor aún, el banco de fucos que, en la marea baja, sirve de embarcadero. Con los pies y las piernas desnudos, María se levanta la falda, y enarbolando en la mano las alpargatas y su toalla de baño, camina marcialmente hacia la tierra firme, entre el légamo negro y odorífero, en el cual hunde sus pies hasta el tobillo. El *larcouestiano* que, por diferencia de edad, le ofreciera auxilio o solicitara llevar su maletín provocaría su indignación y su estupor. Aquí nadie ayuda a nadie, y el artículo primero de la ley del clan es como sigue: *¡Celo, de ninguna manera!*

Los marinos se separan. Van a almorzar. A las dos, volverán a encontrarse de nuevo en Taschen, para el paseo cotidiano sobre la Eglatine, el barco de velas

blancas, sin el cual L'Arcouest no sería L'Arcouest. La señora Curie falta esta vez al llamamiento. La calma del barco de vela la fatiga. Sola, en su casa-faro, abandonada por las hijas, corrige la redacción de alguna obra científica, o bien, sacando sus útiles, su azada y su podadera, se dedica a trabajar en el jardín. De sus luchas con las aulagas y las malezas, de sus misteriosos trabajos de plantación, sale arañada y ensangrentada. Las piernas estriadas de arañazos y las manos llenas de tierra y espinas. Y hay que estar satisfechos, si el mal no ha hecho más que esas minucias. Irene y Eva encuentran, a veces, a su activísima madre con un tobillo torcido o un dedo medio aplastado por un martillazo.

Hacia las seis de la tarde, María desciende al embarcadero para un segundo baño. Después, vestida de nuevo, entra en Taschen por la puerta siempre abierta. En un sillón, tras la ancha ventana que da a la bahía, está sentada una mujer muy viejecita, muy espiritual, muy bella, la señorita Marillier. Vive en la casa, y desde ese sitio observa, todos los días, el regreso de los navegantes. María espera junto a ella que aparezcan sobre el claro mar las velas de la Eglatine, doradas por el sol poniente. Tras las maniobras del desembarco, el ejército de pasajeros remonta el sendero. He aquí a Irene y a Eva, con los brazos bronceados, sus vestidos baratísimos y los cabellos adornados con los claveles rojos que, según una tradición inmutable, Charles Seignobos les ofrece antes de salir a paseo. Su mirada brillante habla de la embriaguez de la excursión en la embocadura del Trieux, o bien de la escala hecha en la isla de Modez, cuya hierba incita a las partidas de "juego de la barra". Todo el mundo, incluso el capitán, de setenta años de edad, toma parte en este juego, en que los diplomas y los premios Nobel no sirven para nada. Los hombres de ciencia que corren de prisa mantienen su prestigio, y los menos ágiles deben soportar la condescendencia de los "jefes de campo" y, en los intercambios de prisioneros, ser tratados como una turba de esclavos.

Estas costumbres de niños o de salvajes, viviendo medio desnudos, en el agua y en el viento, conquistarán, rápidamente, la moda, intoxicarán todos los ambientes, desde los más elegantes a los más sencillos. Pero en estos primeros años de la trasguerra suscitan la crítica de los no iniciados. Adelantándose a la boga en quince años, hemos descubierto la vida marítima, las carreras de natación, los baños de sol y el *camping* en las islas desiertas. Conocíamos el tranquilo impudor de los

deportistas y pensábamos muy poco en nuestras ropas. Un traje de baño, cien veces zurcido, una blusa, dos pares de alpargatas y dos o tres vestidos de algodón, confeccionados en casa, formaban nuestro guardarropa de verano. Más tarde, en un L'Arcouest decadente, invadido por *fillisteos* y— ¡horror!— sin poesía, por la invasión de ruidosas canoas a motor, la coquetería hará su aparición.

Tras la comida, la señora Curie, envuelta en una pelerina que posee desde hace quince o veinte años, se pasea a grandes zancadas del brazo de sus hijas. Por los oscuros senderos, tres siluetas llegan a Taschen -siempre Taschen!—. En la sala común por tercera vez en el día, se reúnen los larcouestianos. Alrededor de la gran mesa se juega "a las letras". María es una de las más hábiles en formar palabras complicadas con los caracteres de cartón sacados de una bolsa, y se la considera como un campeón. Se disputan su colaboración. Otros veraneantes, agrupados alrededor de la lámpara de petróleo, leen o juegan al ajedrez.

Los días de gala, actores, autores aficionados, representan ante un público distinguido charadas, canciones con mímica y revistas teatrales, en donde se celebran los acontecimientos heroicos de la estación. Una carrera agitada entre dos embarcaciones rivales, el traslado peligroso de una enorme roca que obstruía el desembarcadero —operación de gran envergadura, llevada a cabo, perfectamente, por una asamblea de técnicos sobreexcitados—, los desastres del viento este, odiado por todos, un naufragio tragicómico y los crímenes de un tejón fantasmagórico, que, periódicamente, es acusado de devastar el huerto de Taschen. ¿Cómo no evocar ese encanto único, hecho de luz, de canciones, de risas pueriles, de hermosos silencios y de una camaradería libre y desenvuelta que une a los adolescentes con sus mayores? Esta existencia, en la que no pasa casi nada, en la que los días nuevos semejan a los precedentes, deja en María y en sus hijas gratos recuerdos. A pesar de la simplicidad del ambiente, siempre representará para mí la última palabra del lujo. Sobre ninguna playa millonario alguno ha sacado del océano placeres más vivos, más refinados y más raros que los de los clarividentes deportistas de la Sorbona en ese rincón de la Bretaña. Y como quiera que el marco de la aventura no es más que un pueblecito encantador —encantador como otros

muchos, sin duda alguna—, hay que estimar que son los hombres de ciencia que se reunían en él todos los años los que habían logrado ese éxito considerable.

Algunas veces, escribiendo esta biografía, me he preguntado si los lectores, a su vez, no iban a detenerse en el relato, y pensando en otras lecturas, murmurar con una ligera sonrisa irónica: —¡Señor, Señor, cuánta gente honesta, cuántos corazones puros, cuánta solidaridad y cuánta confianza!

En efecto, abundan en este relato "los personajes simpáticos". No puedo hacer nada contra ello. Han existido tal como trato de describirlos. Los compañeros de María, desde los que la vieron nacer hasta los amigos que la acompañaron en sus últimos días, facilitarían pobres tipos de análisis a nuestros novelistas seducidos por los sombríos colores. ¡Extrañas y anormales familias éstas de los Sklodowski y los Curie, en que padres e hijos no se odiaban, en donde la ternura unía a los seres, en donde no se escuchaba tras las puertas, en donde no se soñaban traiciones, ni herencias, en donde no se asesina a nadie y en donde se es perfectamente honesto! ¡Extraños ambientes, estos círculos universitarios franceses o polacos, imperfectos como todos los grupos humanos, pero dedicados a un mismo ideal, que no alterarían jamás ni la amargura ni la perfidia!...

He extendido sobre la mesa los triunfos de nuestra felicidad bretona. Acaso alzarán los hombros pensando que el *esnobismo* o las querellas animaban secretamente esas vacaciones encantadoras. El observador más penetrante hubiera sido incapaz de distinguir en L'Arcouest al ilustre hombre de ciencia del modesto investigador, y al pobre del rico. Jamás, bajo el sol o entre las aguas de Bretaña, oí hablar de dinero. Nuestro decano, Charles Seignobos, nos daba la lección más alta y más discreta. Sin proclamarse el campeón de tales o cuales teorías o doctrinas, este anciano liberal había hecho de sus bienes el bien de todos: la casa de la puerta abierta, el velero Eglatine, las canoas, le pertenecían, y todavía le pertenecen, pero todos eran más dueños de aquellas cosas que el propietario. A veces, en su casa, iluminada con farolillos, se celebraba un baile y el acordeón ejecutaba polcas, lanceros o bailes locales, que bailaban, en parejas mezcladas, los criados y los patronos, los miembros del Instituto y las hijas de los campesinos, los marineros bretones y los parisienses.

Silenciosamente asistía mi madre a estas fiestas. Sus amigas, que conocían el punto vulnerable de esta mujer tímida, reservada en sus primeros momentos de relación, y casi severa, no dejaban de acercarse para decir que Irene bailaba bien o que Eva lucía un hermoso traje. Y, repentinamente, sobre el fatigado rostro de María Curie aparecía una exquisita e inocente sonrisa de orgullo.

Capítulo 23

América

Una mañana del mes de mayo de 1920 penetra una dama en la minúscula salita de espera del Instituto del Radio. La dama en cuestión se llama señora de William Brown Meloney, y dirige, en Nueva York, una gran revista. Es imposible reconocer en ella a una mujer de negocios. Es pequeña, delicada, casi enferma. Tiene cabellos grises y en su hermoso rostro, pálido, poéticos y grandes ojos negros. Al hablar con la criada de servicio, le pregunta, temblorosa, si la señora Curie no habrá olvidado la cita que le diera.

Esta cita la espera la señora de William Brown Meloney desde hace algunos años. La señora Meloney es uno de tantos seres, cada día más numerosos, a quienes la obra de la señora Curie exalta. La ilustre profesora representa para ellos la más alta imagen de la mujer. Y como esa idealista americana es al mismo tiempo una gran periodista, ha hecho esfuerzos inimaginables para poderse acercar a su ídolo. Tras múltiples peticiones de entrevistas periodísticas, que quedaron sin respuesta, la señora Meloney logra que llegue a manos de María, por conducto de un profesor de física amigo, una carta que dice así:

...Mi padre, que era médico, me decía siempre que es imposible exagerar la escasa importancia de los seres. Pero hace veinte años, señora, que es usted importante a mis ojos, y deseo verla durante unos minutos.

Al día siguiente, María la recibía en su laboratorio:

Se abrió la puerta —escribirá la señora Meloney—y apareció una señora pálida y tímida, con el rostro más triste que jamás había visto. Llevaba un vestido negro, de algodón. Su figura magnífica, paciente y dulce, tenía la expresión ausente y desprendida de los seres dedicados al estudio. Repentinamente, tuve la impresión de ser una intrusa.

Mi timidez todavía se hizo mayor que la de la señora Curie. Hacía veinte años yo era una reportera profesional y, no obstante, no llegaba a hacer una sola pregunta a esta mujer indefensa, vestida de negro. Intenté explicarle que las

americanas se interesaban por su gran obra, intenté excusarme por mi indiscreción y para calmarme, la señora Curie habló de América.

—América posee alrededor de cincuenta gramos de radio —me dijo—: cuatro en Baltimore, seis en Denver y siete en Nueva York...

Continuó la enumeración, citándome la residencia de cada partícula.

— ¿Y en Francia? —pregunté.

—Mi laboratorio posee un poco más de un gramo de radio.

— ¿Usted no tiene más que un gramo de radio?

— ¿Yo? ¡Oh, yo no tengo nada en absoluto!... Ese gramo pertenece a mi laboratorio.

Le hablé de la patente, de los beneficios que deberían haber hecho de ella una mujer riquísima. Apaciblemente me contestó:

—El radio no debe enriquecer a nadie. Es un elemento. Pertenece a todo el mundo.

—Si usted pudiera designar la cosa de lo que tenga más deseos en el mundo

—pregunté impulsivamente—, ¿qué pediría usted?

Era una pregunta estúpida, pero que se reveló fatídicamente.

...Aquella semana me enteré de que el valor comercial de un gramo de radio era de cien mil dólares; aprendí, también, que el laboratorio de la señora Curie, a pesar de que era nuevo, no poseía los medios necesarios para el trabajo, y que su provisión de radio estaba consagrada enteramente a la preparación de tubos de emanación para los tratamientos médicos.

¿Se imaginan la sorpresa de esta americana, culta e inteligente? La señora Meloney conocía, por haberlos visitado, los poderosos laboratorios de los Estados Unidos, el de Edison, semejante a un palacio... Al lado de esas grandiosas moradas, el Instituto del Radio, nuevo y decente, pero construido en la modesta escala de los edificios universitarios franceses, parecía miserable. La señora Meloney conocía también las fábricas de Pittsburgh, en donde se trataba macizamente los minerales de radio. Evocó los penachos de humo negro y las largas filas de vagones cargados de carnotita que contiene la preciosa materia...

La señora Meloney está en París, en una oficina mal amueblada, y frente a la mujer que ha descubierto el radio. La periodista acababa de preguntar:

— ¿Qué pediría usted?

Y la señora Curie contesta, dulcemente:

—Tengo necesidad de un gramo de radio para poder continuar mis investigaciones, pero no puedo comprarlo. El radio es demasiado caro para mí.

La señora Meloney concibe un proyecto magnífico: quiere que sus compatriotas ofrezcan un gramo de radio a la señora Curie. A su regreso a Nueva York intentará persuadir a diez mujeres millonarias para que cada una de ellas entregue diez mil dólares para comprar ese gramo. No tiene éxito. No encuentra más que tres mecenas dispuestas para tan bello gesto. "¿Para qué buscar diez mujeres ricas?, se pregunta entonces, ¿por qué no se organiza una suscripción entre las mujeres de América, pobres y ricas?

Nada es imposible en los Estados Unidos. La señora Meloney crea un comité, cuyos miembros activos son las señoras de William Vaigh Moody, Robert G. Mead, Nicholas F. Brady y los doctores Robert Abbe y Francis Carter Wood. Y lanza, luego, en todos los pueblos del Nuevo Mundo, la campaña nacional *María Curie Radio Fund*. Y apenas ha transcurrido el año de su visita a "la mujer vestida de algodón negro", puede escribir a la señora Curie:

¡Se ha encontrado el dinero, y el radio es para usted!

Las mujeres americanas, generosas, ofrecen a María Curie una ayuda inestimable. Pero en cambio, le piden gentil y amistosamente:

— ¿Por qué no viene a vernos? ¡Tenemos tantos deseos de conocerla!

María duda. Siempre ha rehuído las multitudes. Los fastos y los actos de una visita a América, al país más sediento de publicidad del mundo, le asustan.

La señora Meloney insiste, apartando cada una de las objeciones:

— ¿Dice usted que no quiere separarse de sus hijas? También invitamos a sus hijas. ¿Le fatigan las solemnidades? Estableceremos el programa de recepciones más razonable. Venga. Le haremos hacer un viaje agradable, y el gramo de radio le será entregado, solemnemente, por el Presidente de los Estados Unidos en persona, en la Casa Blanca.

La señora Curie se emociona, domina sus temores, y a los cincuenta y cuatro años acepta, por primera vez en su vida, las obligaciones de un viaje oficial.

Sus hijas, encantadas con la aventura, hacen los preparativos del viaje. Eva obliga a su madre a comprarse uno o dos vestidos, y la persuade a dejar en París sus trajes favoritos, los más lustrosos, los más gastados. Alrededor de la señora Curie se agita todo el mundo. Los periódicos describen las ceremonias que esperan a María al otro lado del Atlántico, y los poderes públicos buscan las distinciones de que podrían rodear a la ilustre profesora, a fin de que llegue a los Estados Unidos con títulos oficiales dignos de su reputación. Es poco comprensible, para los americanos, que la señora Curie no forme parte de la Academia de Ciencias... ¡Es sorprendente que no tenga la Legión de Honor! Repentinamente, le ofrecen la cruz, pero la rechaza por segunda vez. Más tarde, solicitará que se conceda el grado de caballero a la señora Meloney.

Por iniciativa de la revista *Je sais tout* se celebra una fiesta de despedida en honor de María Curie, en la Opera, de París, el día 27 de abril de 1921, a beneficio del Instituto del Radio.

León Bérard, el profesor Jean Perrin y el doctor Claude Regaud pronuncian discursos. Luego se desarrolla un programa artístico, interpretado por los artistas y los músicos más ilustres que ha podido reunir Sacha Guitry, organizador de la fiesta. Sarah Bernhardt, anciana y enferma, y Lucien Guitry se asocian al homenaje. Unos días más tarde la señora Curie está a bordo del Olympic. Sus dos hijas viajan con ella. Para las tres mujeres, para sus trajes, un solo baúl, pero ocupan los más suntuosos camarotes del transatlántico. María aprecia la comodidad. No obstante, tiene instintivos gestos de campesina desconfiada ante los muebles demasiado lujosos y ante las comidas excesivamente complicadas. Cerrada con doble vuelta de llave, y rehuyendo a los importunos, intenta olvidar su misión oficial evocando los recuerdos humildes y tranquilos de su vida familiar:

El día 10 de mayo de 1921 la señora Curie escribe a la señora Jean Perrin:

Querida Enriqueta:

He encontrado a bordo su amable carta. Me ha hecho mucho bien, pues no sin aprensión he abandonado Francia para este lejano viaje, tan poco de acuerdo con mis gustos y mis costumbres.

No me ha gustado la travesía. El mar ha estado lúgubre, sombrío y agitado. Sin estar enferma, estaba aturdida, y he permanecido en mi camarote la mayor parte del tiempo. Mis hijas parecían estar muy contentas; la señora Meloney, que viaja con nosotros, hace lo que puede para distraerlas. Es tan buena y tan amiga como lo puede ser.

... Pienso en L'Arcouest, en los buenos momentos que pasaremos juntos próximamente, con nuestros amigos, en el jardín, a donde irá usted a buscar algunas horas tranquilas, en el mar azul y dulce, que tanto queremos y que es más acogedor que este océano taciturno y frío. Pienso, también, en el hijito que espera su hija, y que será el miembro más joven de nuestro grupo de amigos, el primero de la nueva generación. Tras él, así lo espero, nacerán muchos otros hijos de nuestros hijos...

Nueva York, esbelta, audaz, encantadora, aparece entre la niebla del buen tiempo. La señora Meloney, que ha hecho la travesía con la familia Curie, advierte a María que los periodistas, los fotógrafos y los operadores de cine la esperan. Una inmensa multitud, apretujada en el muelle de desembarco, vigila la llegada de la profesora. Los innumerables curiosos permanecerán durante cinco horas de pie, antes de que puedan divisar a aquella mujer que los diarios, con enormes títulos, califican de la "BIENHECHORA DE LA RAZA HUMANA".

Se distinguen batallones de "girls-scouts" y de estudiantes, una delegación de trescientas mujeres que agitan sus pañuelos rosa y blanco, y que representan a las organizaciones polacas de los Estados Unidos. Los colores brillantes de las banderas americanas, francesas y polacas flotan por encima de millares de espaldas prensadas y de rostros curiosos.

Sobre el puente superior del Olympic han instalado a María en un gran butacón. Le han desposeído de su sombrero y de su valijita. Los gritos imperiosos de los fotógrafos:

— ¡Mire acá, señora Curie! ¡Vuelva la cabeza a la derecha! ¡Levante la cabeza! ¡Mire por aquí! ¡Por aquí! ¡Por aquí! — dominan los mecanismos rápidos de cuarenta aparatos de fotografía y de cinema que, colocados en semicírculo, apuntan, amenazadores, su rostro sorprendido y fatigado.

Irene y Eva sirven de guardias de corps durante estas semanas agotadoras y apasionantes. Las dos hijas no podrán hacerse una idea clara de los Estados Unidos a través de los desplazamientos en coches especiales, los banquetes de quinientos cubiertos, las ovaciones de las multitudes y los asaltos de los reporteros. Para penetrar en el encanto de un gran país es necesario más libertad y más calma. La "*gira Barnum*" no les dejará apreciar el país, pero en cambio les dará ciertas revelaciones sobre su madre...

Los esfuerzos encarnizados de la señora Curie para permanecer en la sombra han sido en Francia parcialmente coronados por el éxito. La paciente enemiga de la gloria ha logrado convencer a sus compatriotas, y hasta a sus íntimos, de que un sabio eminente no es un personaje importante. Pero a su llegada a Nueva York cae el velo y aparece la verdad. Irene y Eva descubren bruscamente lo que la borrosa mujer, cerca de la cual han vivido, significa para el universo.

Cada discurso, cada movimiento de la multitud, cada artículo de diario, aporta el mismo mensaje. Antes de conocerla, los americanos rodeaban a la señora Curie de un verdadero culto y la colocaban en la primera línea de los mortales. Ahora que la tenían entre ellos, millares de seres admiraban el *sencillo encanto de la viajera fatigada*, sentían inmediata simpatía por *la mujercita tímida* y la *ilustre figura científica pobremente vestida*.

Lejos de mí la pretensión de definir aquí el alma de un pueblo, y no voy a juzgar a América por los títulos de sus diarios. No obstante, el irreprimible empuje de entusiasmo con el cual las mujeres y los hombres de los Estados Unidos acogieron a María Curie ¿no tiene un sentido profundo? Los pueblos latinos atribuyen a los americanos el genio práctico, pero, por una singular vanidad, se reservan el monopolio del idealismo, de la sensibilidad. Y, no obstante, es una oleada de idealismo la que se desliza a los pies de María. Una señora Curie altiva, enriquecida por sus descubrimientos científicos, hubiera provocado en los Estados Unidos curiosidad, pero no hubiera suscitado esta ternura colectiva. Por encima del personaje científico asustado, los americanos aclamaban una actitud ante la vida que los emocionaba: el desprecio de la ganancia, la devoción a una pasión intelectual y el gusto de servir.

Un consejo de guerra fija el programa del viaje en el departamento de la señora Meloney desbordado por las flores; un horticultor a quien el radio curó de un cáncer cuidaba con amor, desde hacía dos meses, el nacimiento de las rosas magníficas que quería ofrecer a María. Todas las ciudades, todos los colegios y todas las universidades de América invitan a la señora Curie. Medallas, títulos honoríficos, doctorados "honoris causa" le son enviados a montones...

—Habrà traído usted su vestido universitario —se informa la señora Meloney—. Para estas ceremonias es indispensable...

La sonrisa inocente de María provoca la consternación general. María no ha llevado consigo el vestido universitario por la sencilla razón de que jamás lo poseyó. Los profesores de la Sorbona deben tenerlo, pero María, única profesora de su sexo, ha dejado a los hombres el placer de encargarse ese vestido.

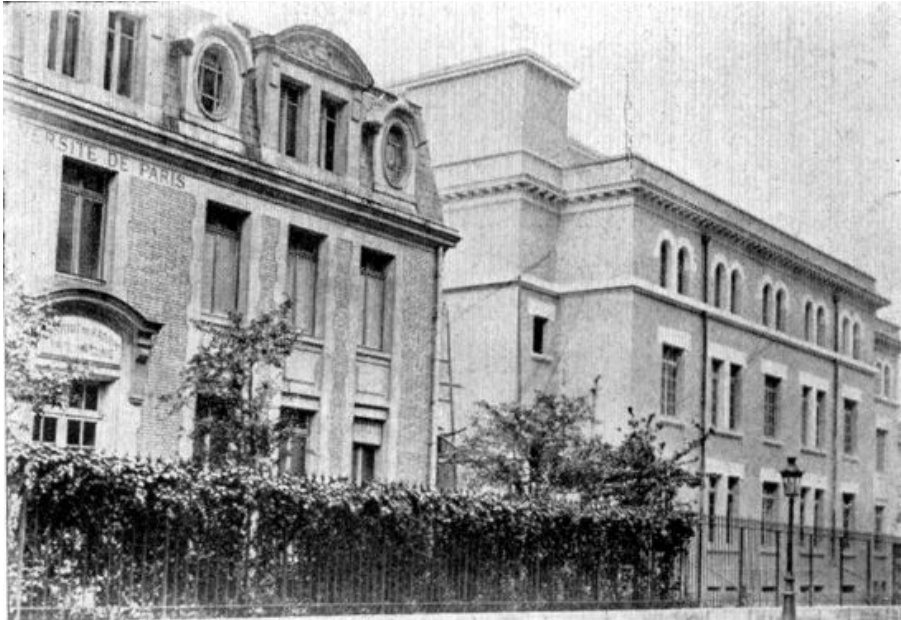
Un sastre, llamado urgentemente, confecciona rápidamente el majestuoso vestido de seda con el revés de terciopelo sobre el cual colocarán las brillantes chapas que acompañan los títulos de doctor. En las pruebas María se mueve, se agita impaciente, y afirma que las mangas le estorban o que la tela es demasiado pesada y, sobre todo, que la seda irrita sus pobres dedos destrozados por el radio...

Por último, el día 13 de mayo todo está listo. Y tras un almuerzo en casa de la señora Andrew Carnegie y una rápida visita a Nueva York, la señora Curie, la señora Meloney, Irene y Eva parten para el viaje meteórico.

Muchachas vestidas de blanco que forman filas a lo largo de los caminos soleados, muchachas que corren a millares a través del césped para encontrar el coche de la señora Curie, muchachas que agitan banderas y flores, que desfilan en procesión, que gritan y dan vivas, que cantan a coro... Tal ha sido la maravillosa visión de los primeros días consagrados a los colegios de Smith, Vassar, Bryn, Maur, Mount Holyoke. ¡Ha sido excelente la idea de domesticar a la señora Curie mezclándola, antes que con otras gentes, con una juventud entusiasta de estudiantes sin par!

Las delegadas de esos mismos colegios desfilarán unos días más tarde en el Carnegie Hall, de Nueva York, en la manifestación monstruo de la Asociación de Mujeres Universitarias. Se inclinan ante María y le ofrecen, alternativamente, una flor de lis y una rosa "*american beauty*". En presencia de la selección de profesores

americanos, de los embajadores de Francia y Polonia, de Ignacio Paderewski, que ha ido a aplaudir a la amiga de los lejanos tiempos, María Curie recibe títulos, premios, medallas y una distinción excepcional: la "*Franquicia de la Ciudad de Nueva York*".



Instituto del Radio. Fachada del pabellón Curie en la calle Pierre Curie, de París.

En las ceremonias del siguiente día y el otro, en que quinientos setenta y tres representantes de las sociedades científicas americanas se reúnen en el Waldorf Astoria para recibirla, María vacila ya de fatiga. Entre la masa robusta, escandalosa, ardientemente demostrativa, y una mujer frágil que acaba de abandonar una vida monástica, la lucha es desigual. María se halla aturdida por el griterío y las aclamaciones. Las innumerables miradas que sobre ella se ponen la asustan y también la violencia con la cual el público se atropella a su paso. Vagamente teme ser triturada entre estas agitaciones. Una fanática le dejará magullada la mano en un exaltado apretón y la profesora deberá terminar su viaje con un puño oprimido y el brazo en cabestrillo, herida por la gloria.

Llega el gran día.

HOMENAJE AL GENIO...

UNA BRILLANTE ASISTENCIA REUNIDA EN LA CASA BLANCA RINDE HOMENAJE A
UNA MUJER ILUSTRE...

El día 20 de mayo, en Washington, el presidente Harding entrega a la señora Curie el gramo de radio, o mejor aún, su símbolo. Un cofrecillo guarnecido de plomo ha sido construido especialmente para albergar los tubos, pero estos tubos son tan preciosos y tan peligrosos también por sus radiaciones, que los han dejado en la fábrica bien seguros. Es un cofrecillo conteniendo un "radio imitación" el que se halla expuesto sobre una mesa en el centro del East Room, en donde se apretujan diplomáticos, altos funcionarios de la magistratura, del ejército, de la marina y representantes de la Universidad...

Las cuatro de la tarde. Se abre una puerta de dos hojas para que entre el cortejo. La señora Harding del brazo del señor Jusserand, embajador de Francia; luego la señora Curie del brazo del presidente Harding. Después la señora Meloney, Irene y Eva Curie y las damas del *María Curie Committee*.

Empiezan los discursos. El último es el del presidente de los Estados Unidos. Se dirige cordialmente "a la noble criatura, a la esposa devota, a la madre ejemplar que, además de su labor agotadora, ha cumplido todas las funciones de la mujer". Entrega a María un rollo de pergamino atado con una cinta tricolor y le cuelga del cuello una cinta de muaré de la que pende una minúscula llave de oro: la llave del cofrecito.

Las palabras de gratitud de María son escuchadas religiosamente. Luego, tras una gritería alegre, los invitados pasan al Blue Room para desfilan ante la ilustre profesora. La señora Curie, sentada en una silla, sonrío silenciosamente a quienes, uno por uno, se adelantan hacia ella. Sus hijas dan las manos en nombre suyo, y, según la nacionalidad de los interlocutores, que la señora Harding presenta, pronuncian fórmulas de cortesía en francés, inglés o polaco. Ya no queda más que rehacer el cortejo y salir a la gradería exterior donde espera un ejército de fotógrafos.

Los privilegiados que asisten a la fiesta, los periodistas que anuncian con grandes títulos

LA DESCUBRIDORA DEL RADIO RECIBE DE SUS AMIGOS AMERICANOS UN TESORO INESTIMABLE

se quedarían bastante sorprendidos si supieran que María Curie se ha adelantado a desprenderse de este gramo de radio que le ha entregado el presidente Harding. La víspera de la ceremonia, cuando la señora Meloney ha sometido a su aprobación el pergamino de la donación, ha leído el documento con atención y luego ha dicho tranquilamente:

—Hay que modificar esta acta. El radio que me ofrece América debe pertenecer para siempre a la ciencia. Mientras viva, lo usaré yo, desde luego, únicamente en trabajos científicos, pero si dejáramos las cosas en este estado, el radio, después de mi muerte, se convertiría en el patrimonio de personas particulares, de mis hijas. Esto es imposible. Yo deseo hacer donación de él a mi laboratorio. ¿Puede usted llamar a un notario?

—Pero... claro —contesta la señora Meloney un poco extrañada—. Si a usted le parece, nos ocuparemos de estas formalidades la semana próxima...

—No, la semana próxima, no. Mañana tampoco. Esta noche. El acta de donación va a entrar en vigor y yo puedo morir dentro de unas horas.

Un notario, encontrado con grandes dificultades, a una hora improcedente, ha redactado ante María el acta adicional que la ilustre profesora ha firmado inmediatamente.

La señora Curie debe, antes de abandonar la capital, inaugurar el nuevo laboratorio de baja temperatura de las minas de Washington. Los ingenieros han sido avisados a último momento de que la señora Curie está demasiado cansada para descender a las salas de máquinas, y con gran esfuerzo han creado, para evitarle la menor dificultad, un dispositivo ingenioso: apretará un simple botón eléctrico y se pondrán en marcha todos los motores a la vez. El ceremonial previsto se desarrolla así. El *speaker* ante el micrófono de la radio pronuncia un discurso y luego dice con voz potente:

— ¡Y ahora la señora Curie pondrá en marcha las máquinas de este laboratorio!

Hay unos segundos de espera. Los asistentes hacen signos desesperados a la ilustre profesora sin lograr llamarle la atención.

María está absorta contemplando una magnífica muestra de carnotita que le han ofrecido cinco minutos antes y que curioseas entre sus manos para admirarla por todas partes. Y con el pensamiento imagina en qué estantería del Instituto del Radio, de París, colocará aquella rara muestra.

Es necesario un nuevo llamamiento del *speaker* y algunos codazos respetuosos para hacerla regresar de París a Washington. Confusa, aprieta precipitadamente el mágico botón y tranquiliza con ese gesto a los millares de auditores invisibles que se habían sorprendido de un imprevisto accidente...

Filadelfia. Títulos honoríficos. Doctorados. Se cambian regalos entre la señora Curie y las notabilidades científicas e industriales de la ciudad. El presidente de una fábrica ofrece a la ilustre investigadora cincuenta miligramos de mesotorio. Los miembros de la célebre *American Philosophical Society* le entregan la medalla John Scott. En signo de gratitud María hace donación a esa sociedad de un cuarzo piezoeléctrico "histórico", construido y utilizado por ella durante sus primeros años de investigaciones.

Visita la fábrica de radio de Pittsburgh en donde fue purificado el famoso gramo. En la Universidad, todavía un nuevo grado de doctor. María se ha puesto nuevamente su vestido de profesor, que le sienta muy bien y que lleva con holgura, pero se niega a cubrir sus cabellos grises con el tradicional bonete cuadrado. Lo encuentra horroroso y se excusa diciendo que "no se le aguanta". Permanece con la cabeza al aire y el birrete en la mano en medio de una multitud de estudiantes y de profesores cubiertos con aquellos cuadrantes negros y severos. ¡La coqueta más astuta no hubiera hecho un cálculo mejor! María no sospecha la belleza inmaterial de su rostro entre las cabezas cubiertas de los demás.

María se pone tiesa para no desfallecer durante la ceremonia, recibe ramos de flores, escucha los discursos, los himnos, los cánticos, pero al día siguiente circula la noticia temida: la señora Curie está demasiado débil para continuar el viaje. Bajo la indicación de los médicos, renuncia a la gira por las poblaciones del oeste, en donde se anulan las recepciones preparadas en su honor.

Los periódicos americanos redactan un *mea culpa* y acusan inmediatamente a su país de haber infligido tan duras pruebas a una anciana enfermiza. Los artículos son encantadores por lo humanos y pintorescos.

¡DEMASIADA HOSPITALIDAD!, proclama un diario con letras enormes—: "Las mujeres americanas han dado pruebas de una inteligencia superior yendo en ayuda de una ilustre investigadora. Pero amargas críticas podrían condenarnos de hacer pagar nuestro regalo a la señora Curie con su propia vida, por la sola satisfacción de nuestro orgullo". En otro diario se declara netamente "que cualquier director de circo o de *music-hall* hubiera ofrecido a la señora Curie una suma más elevada del precio del gramo por una mitad de trabajo". Y los pesimistas toman a lo trágico el acontecimiento: "Estuvimos a punto de matar al mariscal Joffre por nuestro exceso de entusiasmo. ¿Vamos a matar a la señora Curie?"

María ha sido franca con sus admiradores americanos, y éstos ganaron el primer *round*. De ahora en adelante, los organizadores del viaje usarán de todos los medios para conservarle el descanso. La señora Curie tiene la costumbre de descender de los ferrocarriles por la vía contraria y eclipsarse, atravesando los rieles para evitar a la multitud excitada que la espera en el andén. ¿Se anuncia su llegada a Buffalo? Pues se detiene en la estación precedente, Niágara Falls, porque quiere visitar en paz las famosas cataratas del Niágara. Pero el comité de recepción de Buffalo no renuncia a recibir a María Curie y los automóviles corren hacia Niágara Falls, para alcanzar a la fugitiva.

Irene y Eva, que fueron simples miembros de la escolta, se convierten en lo que en argot teatral se denomina "el doble". Irene, vestida con el traje universitario, recibe en el lugar y puesto de la señora Curie los grados "*honoris causa*". Los graves oradores, dirigiéndose a Eva, una niña de dieciséis años, largan los discursos preparados para la ilustre investigadora, hablándole de "sus magníficos trabajos", de "su larga vida de labor" y esperando de ella una contestación pertinente. En las ciudades donde muchas damas del comité se disputan el honor de albergar a María, se desmembra la familia Curie y se entrega a Irene y a Eva a los huéspedes más insistentes.

Cuando no representan a su madre, demasiado célebre, las hijas aceptan diversiones propias de su edad: una partida de tenis o de remo, un elegante fin de semana en Long Island, una hora de natación en el lago Michigan, algunas veladas teatrales, una noche de locas diversiones en el colosal parque de atracciones de Coney Island...

Pero las más embriagadoras jornadas son las del viaje al oeste. La señora Meloney, que ha renunciado a que la señora Curie conozca toda América, quiere, no obstante, mostrarle la más sorprendente maravilla del continente: el gran cañón del Colorado. María está demasiado cansada para manifestar su verdadero deseo, pero sus hijas están animadas del mayor entusiasmo. Todo les divierte: los tres días de ferrocarril por la línea de Santa Fe a través de las arenas de Tejas, las comidas exquisitas en las solitarias estaciones bajo un sol de España, el hotel del Gran Cañón, islote lleno de comodidad al borde de esta extraordinaria costra de la corteza terrestre, precipicio de cien kilómetros de largo y quince kilómetros de ancho, cuya primera visión, grandiosa, casi terrorífica, deja sin voz al espectador.

Irene y Eva, cabalgando sobre caballos indios, vagan a lo largo de la cresta del abismo y miran desde lo alto el inmóvil caos de montes, rocas, arenas que pasan del violeta al rojo, del color anaranjado al ocre pálido, para enriquecerse de múltiples sombras. Luego toman el itinerario clásico y descienden sobre sus cabalgaduras al fondo, donde, cargado de cieno y guijarros, avanza el impetuoso río Colorado.

Sólo se han celebrado las ceremonias importantes indispensables; a pesar de ello, han sido tantas que hubieran extenuado al más robusto atleta. El día 28 de mayo, en Nueva York, la señora Curie es nombrada doctor "*honoris causa*" de la Universidad de Columbia. En Chicago es nombrada miembro de honor de la Universidad, recibe muchos títulos honoríficos y asiste a tres recepciones. En la primera, una ancha cinta tendida en forma de barrera separa a la señora Curie e hijas de la multitud que desfila ante ella. En la segunda, se han cantado sucesivamente la Marsellesa, el Himno Nacional polaco y el *Star Spangled Banner*. María desaparece casi bajo los montones de flores que sus admiradores han venido a depositar a sus pies. La última recepción sobrepasa en fervor a las otras dos, y se celebra en el barrio polaco de Chicago por un público enteramente polaco. Ya no es

la ilustre investigadora la aclamada por los emigrados: es el símbolo de la patria lejana. Mujeres y hombres, con lágrimas en los ojos, intentan besar las manos de María o tocar simplemente sus ropas.

El día 17 de junio la señora Curie, por segunda vez, se confiesa vencida e interrumpe su gira. Su tensión sanguínea, terriblemente baja, inquieta a los médicos. María toma un descanso, recupera más energías para dirigirse a Boston y a New Haven, a las universidades de Wellesley, Yale, Harvard, Simons, Radcliffe, y el día 28 de junio se embarca, de nuevo, en el Olympic. Su cabina está llena de montones de telegramas y de canastas de flores.

El nombre de una gran "vedette" venida de Francia va a reemplazar su nombre en los títulos de los diarios: el boxeador Georges Carpentier, precedido de una reputación inmensa, acaba de llegar a los Estados Unidos y los reporteros están desesperados por no poder arrancar a la señora Curie el menor pronóstico sobre el combate de Carpentier con Dempsey...

En fin, María está muy fatigada y muy contenta. Y en sus cartas manifiesta su satisfacción por haber "ofrecido una pequeña contribución a la amistad de América con Francia y Polonia", cita frases de simpatía para las dos patrias pronunciadas por el presidente Harding y el vicepresidente Coolidge.

A pesar de su firme modestia, se ha dado cuenta de que su éxito personal en los Estados Unidos ha sido enorme y de que ha conquistado el corazón de millones de americanos y el afecto sincero de cuantos se le acercaron. La señora Meloney será hasta el último día de su vida la amiga más tierna y devota.

María Curie conserva de su viaje excepcional impresiones confusas y enredadas que algunos recuerdos particularmente vivos jalonan de fiestas brillantes. Está impresionada por la actividad de la vida universitaria americana, por la brillantez y la alegría de las ceremonias tradicionales y, sobre todo, por las excelentes condiciones ofrecidas a los alumnos de los colegios por la práctica deportiva en su desarrollo físico.

Está impresionada también por la potencia colosal de las asociaciones femeninas que la festejaron en el curso de su viaje.

Por último, el equipo perfecto de los laboratorios científicos, el de numerosos hospitales en donde la curieterapia se utiliza para cuidar el cáncer, deja en ella un poco de amargura. Piensa, desilusionada, que en ese mismo año de 1921 ¡Francia no posee todavía un solo hospital consagrado al tratamiento por el radio!

La provisión de radio que ha ido a buscar abandona América en el mismo barco que ella, muy guardado tras las cerraduras complicadas de la caja fuerte del transatlántico. Este gramo simbólico inspira ciertas reflexiones sobre la carrera de María Curie. Para comprar la minúscula parcela ha sido necesario organizar sobre toda la extensión de un continente un concurso de mendicidad magnífico. María ha debido aparecer en persona en los pueblos bienhechores y dar las gracias.



Instituto del Radio en Varsovia.

¿Cómo no sentirse obsesionada ante la idea de que una simple firma puesta tiempo atrás al pie de una patente hubiera tenido otra eficacia? ¿Cómo no pensar que una María Curie rica hubiera dotado a su país de laboratorios y de hospitales? Veinte años de luchas y de dificultades que no le han dado más que preocupaciones y dolores, ¿no la han convencido todavía de que al despreciar la fortuna ha sacrificado a una quimera el desarrollo de su obra?

En breves notas autobiográficas, escritas a su regreso de América, la señora Curie se plantea estas cuestiones y se contesta:

...Gran número de mis amigos afirman, no sin razones aceptables, que si Pierre Curie y yo hubiéramos garantizado nuestros derechos, habríamos adquirido los medios financieros necesarios para la creación de un Instituto de Radio satisfactorio, evitando todos los obstáculos que han sido un handicap para los dos y que siguen siéndolo para mí. No obstante, mantengo mi convicción de que nosotros teníamos razón.

La humanidad, evidentemente, tiene necesidad de hombres prácticos que sacan el máximo de su trabajo y, sin olvidar el bien general, salvaguardan sus propios intereses. Pero la humanidad también tiene necesidad de soñadores, para quienes los prolongados desintereses de una empresa son tan cautivadores que les es imposible consagrar cuidados a sus propios beneficios materiales.

Sin duda alguna, esos soñadores no merecen la riqueza, puesto que no la desean. De todas maneras, una sociedad bien organizada debería asegurar a estos trabajadores los medios eficaces de cumplir su labor, en una vida libre de toda preocupación material y libremente consagrada a la investigación.

Capítulo 24

Plenitud

Creo que el viaje a los Estados Unidos fue para mi madre una enseñanza. Le demostró que el aislamiento voluntario en que se había confinado era paradójico. Una estudiante puede encerrarse en una buhardilla con sus libros; una investigadora aislada puede abstraerse del siglo y concentrarse enteramente en sus trabajos personales, y es más: debe ser así. Pero una señora Curie, de cincuenta y cinco años de edad, es otra cosa que una estudiante o una investigadora. María es responsable de una nueva ciencia y de una nueva terapéutica. El prestigio de su nombre es tal que, por un simple gesto, por un acto de presencia, puede conseguir

tal proyecto de interés general que le apasiona. De ahora en adelante reservará en su vida un lugar a estos intercambios y a estas misiones.

No describiré cada uno de los viajes de María. Se parecen todos. Congresos científicos, conferencias, ceremonias universitarias y visitas de laboratorios llaman a la señora Curie a gran número de capitales. Es festejada y aclamada. Procura ser útil. Demasiado a menudo tiene que luchar con los desfallecimientos de una salud vulnerable.

Cuando está libre de sus deberes oficiales, su mejor recompensa es descubrir nuevos paisajes y satisfacer su curiosidad por la naturaleza. Treinta años de trabajo árido no han hecho más que avivar su pagana adoración por la belleza del mundo.

La travesía del Atlántico Sur le procura un placer infantil:

¡Hemos visto peces voladores! —escribe a Eva—. Hemos comprobado que nuestra sombra podía quedar reducida a nada y hemos tenido el sol sobre nuestra cabeza. Hemos visto luego desaparecer en el mar constelaciones conocidas: la Estrella Polar, la Osa Mayor... En el Sur, ha salido la Cruz del Sur, que es una bellísima constelación. Apenas sé nada de las estrellas que se ven en este cielo...

Cuatro semanas en Río de Janeiro, adonde va con Irene para dar conferencias, son para ella un descanso agradable. Todas las mañanas nada, de incógnito, en la playa. Por la tarde hace excursiones a pie, en coche y hasta en hidroavión. Italia, Holanda, Gran Bretaña la acogen en diferentes ocasiones. En 1931 realiza con Eva un inolvidable viaje por España. El presidente Masaryck, un campesino como ella, la invita a pasar una temporada en su casa de campo, en Checoslovaquia.

En Bruselas, adonde va con regularidad al Congreso Solvay, no es tratada como extranjera distinguida, sino como visita de costumbre y como vecina. A María le encantan estas reuniones en que aquellos a quienes llama en una carta "los enamorados de la física" discuten los descubrimientos y las nuevas teorías. Una visita o una cena en casa de los soberanos completan a menudo sus estadas en Bélgica. El rey Alberto y la reina Elisabeth, que María encontró años atrás en el frente belga, la honran con una exquisita amistad.

No hay un solo rincón del mundo donde su nombre sea desconocido. ¿No se encuentra en una vieja casita de una provincia china, en el "templo de Confucio de Tai Yuan Fú", un retrato de la señora Curie? Los sabios del país la han colocado entre las efigies de los "bienhechores de la humanidad" junto a Descartes, Newton, los Budas y los grandes emperadores de China...

EL 15 de mayo de 1922 el Consejo de la Sociedad de Naciones, por unanimidad, nombra a la señora Curie-Sklodowska miembro de la Comisión internacional de cooperación intelectual. La señora Curie-Sklodowska, acepta.

Esto es, en la existencia de María, una fecha importante. Desde que es famosa, centenares de obras, ligas y asociaciones le han pedido el apoyo de su nombre. Ni una sola vez lo ha concedido. María no quiere formar parte de comités de los que no tiene tiempo de ocuparse. Sobre todo desea guardar en todas las circunstancias una absoluta neutralidad política. Se niega a abdicar del hermoso título de mujer dedicada pura y exclusivamente a los estudios, para lanzarse en las luchas de opinión, y el más inofensivo de los manifiestos no recogerá jamás su firma.

La adhesión de la señora Curie al esfuerzo de la Sociedad de Naciones tiene una significación particular. Será su única infidelidad a la investigación científica.

La Comisión internacional de cooperación intelectual agrupa personalidades brillantísimas: Bergson, Gilbert Murray, Jules Dastre, Albert Einstein, el profesor Lorentz, Paul Painlevé y otros muchos. María será la vicepresidenta. Forma parte de muchos comités técnicos, así como también del comité de dirección del Instituto de cooperación intelectual, de París.

No se conocería bien a esa idealista práctica si se la imaginara en éxtasis ante el vano manejo de las ideas generales. En Ginebra, María Curie trabaja y, una vez más, logra servir a la ciencia.

Lucha contra lo que ella califica de "anarquía del trabajo científico en el mundo" e intenta poner a sus compañeros de acuerdo sobre un cierto número de cuestiones precisas, sencillas en apariencia, pero de las cuales depende el progreso del conocimiento: la coordinación internacional de la bibliografía que debe permitir al trabajador documentarse en un instante sobre los resultados obtenidos por otros en el dominio del estudio; la unificación de los símbolos y de la terminología científica,

formato de las publicaciones, resúmenes de los trabajos publicados en las revistas y la creación de las Tablas de Constantes.

La enseñanza en las universidades y laboratorios retiene largamente su atención. Quiere perfeccionar los métodos. Preconiza el "trabajo dirigido", que debe coordinar los esfuerzos de los investigadores y sugiere una relación de los maestros, verdadero estado mayor, llamado a guiar las operaciones científicas sobre el continente europeo.

Toda su vida le ha obsesionado un pensamiento: el de los dones intelectuales ignorados, no utilizado en las clases poco favorecidas por la fortuna. En tal campesino, en tal obrero se esconde, acaso, un escritor, un hombre de ciencia, un pintor o un músico... María, obligada a limitar su actividad, se consagra al desarrollo de las becas de estudios científicos internacionales:

¿Cuál es el interés de la sociedad? —escribe en una de sus Memorias—. ¿No debe ser el de favorecer el nacimiento de las vocaciones científicas? ¿Está tan sobrada de ellas que pueda sacrificar las que se le van a ofrecer? Creo más bien que el conjunto de aptitudes exigidas por una verdadera vocación científica es una cosa infinitamente preciosa y delicada, un tesoro raro, que es criminal y absurdo dejar perder y sobre el cual hay que velar con toda solicitud a fin de darle todas las probabilidades para su desarrollo...

En fin — ¡oh, paradoja!—, la ilustre investigadora científica, que ha apartado de sí el provecho material, se convierte para sus colegas en el campeón de "la propiedad científica" y quiere establecer unos derechos de autor para los hombres de ciencia, retribuyendo los trabajos desinteresados que han servido de base a las aplicaciones industriales. Su sueño es encontrar así un remedio a la miseria de los laboratorios, obteniendo, sobre los beneficios comerciales, subvenciones para la investigación pura.

Una sola vez abandona las cuestiones prácticas y se traslada a Madrid, en 1933, para presidir un debate sobre "El porvenir de la cultura", en el cual participan escritores y artistas de todos los países: "los donquijotes del espíritu que se pelean contra sus molinos de viento", dirá Paul Valery, el iniciador de la reunión. Sorprende a sus colegas por su cortés autoridad, por la originalidad de sus intervenciones. Los

miembros del Congreso lanzan gritos de alarma, denuncian los peligros de la especialización, de la estandarización y acusan a la ciencia de ser, en parte, responsable de la "crisis de la cultura" que sufre el mundo. Y es admirable ver a María Curie —la más "donquijote", acaso, de todos los donquijotes presentes— defender con la misma fe que antes el amor a la investigación, el espíritu de aventura y de empresa, en una palabra, las pasiones que han guiado constantemente su vida.

Soy de los que piensan que la ciencia tiene una gran belleza —contesta a sus interlocutores—. Un sabio en su laboratorio no es solamente un teórico. Es también un niño colocado ante los fenómenos naturales que le impresionan como un cuento de hadas. No debemos dejar creer que todo progreso científico se reduce a mecanismos, máquinas y engranajes, que, de todas maneras, tienen su belleza propia.

... Tampoco creo que peligre en nuestro mundo la desaparición del espíritu de aventura. Si veo alrededor mío algo de vital es precisamente este espíritu de aventura que parece indesarraigable y que, claro está, se halla emparentado con la curiosidad...

Lucha por una cultura internacional que respete las diferentes culturas nacionales; por la defensa de la personalidad y del talento, en donde se hallen; lucha por el "desarme moral" y por la paz. Tales son los combates que libra la señora Curie, sin tener la vanidad de esperar un triunfo inmediato.

En julio de 1929, María Curie había escrito a su hija Eva:

Creo que el trabajo internacional es una obra muy pesada, pero, no obstante, es indispensable hacer su aprendizaje al precio de muchos esfuerzos y también con un real espíritu de sacrificio. Por imperfecta que sea, la obra de Ginebra tiene su grandeza y merece que se la sostenga.

Dos, tres, cuatro viajes a Polonia.

No es descanso, sino el olvido de preocupaciones, lo que la señora Curie busca cerca de los suyos. Desde que Polonia ha vuelto a ser libre. María está atormentada

por un gran proyecto: crear, en Varsovia, un Instituto del Radio, centro de investigaciones científicas y del tratamiento del cáncer.

Su obstinación no basta para vencer las dificultades. Polonia, convaleciente de una larga esclavitud, es pobre: pobre de dinero, pobre de técnicos. Y María no tiene el tiempo material de hacer personalmente las visitas necesarias para reunir fondos. ¿Hay que nombrar la aliada que encuentra a su lado, desde el primer llamamiento? Bronia, entorpecida por la edad, pero tan entusiasta como hace treinta años, comienza a trabajar. Bronia es, a la vez, arquitecto, peticionario, tesorero... El país se inunda rápidamente, de carteles, de estampillas de correo llevando la efigie de María. Se pide dinero o ladrillos: "¡Compre un ladrillo para edificar el Instituto María Sklodowska Curie!", proclaman miles de tarjetas postales que reproducen en facsímile una declaración manuscrita de la ilustre investigadora: "Mi más ardiente deseo es la creación de un Instituto de Radio en Varsovia". Esta campaña tiene el generoso sostén del Estado, de la villa de Varsovia y de las más importantes instituciones polacas.

La provisión de ladrillos aumenta, y en 1923 María vuelve a Varsovia para poner los cimientos del Instituto. Visita triunfal, recuerdos del pasado, promesas para el futuro... El fervor de un pueblo entero acompaña a aquella a quien un orador califica de "la primera dama de honor de nuestra graciosa soberana, la República Polaca". Las universidades, las academias y las poblaciones le conceden los más hermosos títulos honoríficos, y el mariscal Pilsudski inicia, en algunos días, cordiales relaciones con María. Una soleada mañana, el presidente de la República pondrá el primer ladrillo del Instituto; María, el segundo, y el presidente de la Municipalidad de Varsovia, el tercero...

Ninguna gravedad oficial en estas ceremonias. No es por simple delicadeza por lo que el jefe del Estado, Stanislas Wojciechowski, se maravilla de la perfección con que María habla su lengua natal, después de tan largo exilio... ¿No era, en París, un camarada de la señorita Sklodowska? Y las anécdotas esmaltan el diálogo:

—¿Se acuerda de la almohada de viaje que me prestó, hace treinta y tres años, cuando regresé a Polonia para una misión política secreta? —pregunta el presidente a María, y añade—: Me fue muy útil.

— ¡Claro que me acuerdo! ... ¡y me acuerdo —responde María— que se olvidó de devolvérmela!

Y el señor Kotarbinski, este anciano y famoso actor, que sobre la escena del Teatro Popular, repleto, dirige un saludo a la señora Curie, ¿no es el mismo para quien una alegre y adolescente Mania trenzaba, en Zwola, coronas de flores silvestres?

Los años pasan, los ladrillos se convierten en paredes, y María y Bronia no están al cabo de sus penas. A pesar de que cada una de ellas ha dado una parte de sus economías para la obra, falta dinero para poder comprar la indispensable provisión de radio, con el cual se han de emprender los tratamientos del cáncer.

María no pierde la esperanza, y sondea el horizonte, dirigiendo su mirada hacia el oeste, hacia los Estados Unidos, que una vez ya la ayudaron tan magníficamente, hacia la señora Meloney. La generosa americana sabe que el Instituto de Varsovia es, para María, tan estimado como el laboratorio de París. Se cumple el nuevo milagro y se reúne el dinero necesario para un gramo de radio; el segundo gramo que América ofrece a la señora Curie. Todo empieza de nuevo. Como en 1921, María se embarca, en octubre de 1929, para Nueva York. Va a dar las gracias en nombre de Polonia. Como en 1921, es aplastada por los honores. Durante el viaje, el presidente Hoover la invita a vivir en la Casa Blanca, donde pasa unos cuantos días.

Me han dado un pequeño elefante de marfil, muy bonito, y otro mucho más pequeño —escribe a Eva—. Parece ser que este animal es el símbolo del partido republicano, y la Casa Blanca está llena de elefantes de todas las dimensiones, separados o en grupos...

Devastada por la crisis económica, América tiene un perfil más grave que en 1921. Pero su acogida no es menos calurosa. En el día de su cumpleaños, la señora Curie recibe centenares de regalos que le envían amigos desconocidos: flores, libros, objetos, cheques destinados a su laboratorio y también regalos de física: un galvanómetro, ampollas de "radón", muestras de tierras raras. Antes de embarcarse, María, acompañada fraternalmente por Owen D. Young, visita la universidad de Saint Lawrence, en cuyo frontón se halla una magnífica imagen de María, esculpida en bajo relieve sobre la piedra. Asiste al jubileo de Edison, y todos

los discursos, hasta el mensaje enviado desde el Polo Sur por el comandante Byrd, contienen homenajes para ella.

El día 29 de mayo de 1932 marca la coronación de la obra común de María Curie y Bronia Dluska y del Estado polaco. En presencia del señor Moscicki, presidente de la República — un colega y amigo de María, químico como ella—, y del profesor Regaud, se inaugura el imponente Instituto del Radio, de Varsovia, que el sentido práctico y el gusto de Bronia han querido que fuese espacioso y de armoniosas líneas. Desde hace unos meses son admitidos los enfermos que cuida la curieterapia.

Es la última vez que María verá su país, las viejas calles de su villa natal, el Vístula, que en cada una de sus visitas contemplará con nostalgia, casi con remordimiento. En sus cartas a Eva describe esta agua, esta tierra y estas piedras a las cuales les engarza el instinto más violento y primitivo:

He ido, en la mañana de ayer, a dar un paseo solitario por el lado del Vístula... El río serpentea perezosamente en el amplio lecho, glauco de cerca y azulado de lejos, por los reflejos del cielo. Los más adorables bancos de arena brillan al sol, se extienden en algunos lugares y determinan el curso caprichoso de las aguas. Sobre los bordes de esos bancos, algunos jalones rutilantes marcan el límite de las aguas más profundas. Siento la necesidad irresistible de ir a pasear sobre una de estas playas luminosas y magníficas. ¡Reconozco que este aspecto de mi río no es el de un curso de agua navegable que se respete! Un día será necesario restringir un poco su fantasía, en detrimento de su belleza...

Hay una canción cracoviana en donde se dice del Vístula: "Esta agua polaca tiene en sí tal encanto que los que están prendados de ella la querrán hasta la tumba". Me parece verdad, en lo que a mí se refiere. Este río tiene para mí una atracción profunda, cuyo origen me es obscuro.

Adiós, querida. Besa a tu hermana Irene. Os beso a las dos de todo mi corazón, que es vuestro.

Tu madre.

En Francia...

Una iniciativa generosa del barón Henri de Rothschild permite, en 1920, la creación de la Fundación Curie, institución autónoma que recogerá dones, subvenciones, y mantendrá la obra científica y médica del Instituto del Radio.

En 1922, treinta y cinco miembros de la Academia de Medicina, de París, someten a sus colegas la petición siguiente:

Los miembros abajo firmantes piensan que la Academia se honraría eligiendo como miembro asociado libre a la señora Curie, en reconocimiento de la parte que ha tomado en el descubrimiento del radio y del tratamiento por la curieterapia.

Este texto es revolucionario. No solamente los académicos quieren hacer elegir una mujer, sino que, rompiendo con las costumbres, quieren elegirla sin que se presente, espontáneamente. Sesenta y cuatro miembros de la ilustre corporación firman con entusiasmo este manifiesto, dando así una lección a sus colegas de la Academia de Ciencias. Los candidatos al sillón vacante se retiran en favor de la señora Curie.

El día 7 de febrero de 1922 se celebra la brillante elección. El presidente de la Academia, señor Chauchard, dirá a María, desde lo alto de la tribuna:

Saludamos en usted a una ilustre profesora y a una mujer de corazón, que no ha vivido más que para la devoción al trabajo y a la abnegación científica; una patriota que, en la guerra como en la paz, ha cumplido siempre con su deber. Su presencia aquí nos aporta la bondad moral de sus ejemplos y la gloria de su nombre. Le damos las gracias. Estamos orgullosos de su presencia entre nosotros. Es usted la primera mujer de Francia que ha entrado en una Academia, pero ¿qué otra mujer hubiera sido digna de ello?

En 1923, la Fundación Curie decide celebrar con brillantez el vigesimoquinto aniversario del descubrimiento del radio. El gobierno se asocia a este homenaje, y hace votar por unanimidad, por las dos asambleas, una ley, concediendo a la señora Curie, como "recompensa nacional", una pensión anual de 40.000 francos, reversible a Irene y Eva Curie.

El día 26 de diciembre, veinticinco años después de la sesión de la Academia de Ciencias del 26 de diciembre de 1898 en que fue presentada la nota histórica de Pierre Curie, María Curie y G. Bemont *Sobre una nueva substancia vigorosamente radiactiva contenida en la pechblenda*, una multitud enorme invade el gran anfiteatro de la Sorbona. Las universidades francesas y extranjeras, las sociedades científicas, las autoridades civiles y militares, el Parlamento, las grandes escuelas, las asociaciones de estudiantes y la prensa están representadas por delegaciones. Sobre el estrado han tomado puesto el señor Alexandre Millerand, presidente de la República; señor León Bérard, ministro de Instrucción Pública, Paul Appell, rector de la Academia y presidente de la Fundación Curie; el profesor Lorentz, que hablará en nombre de los hombres de ciencia extranjeros, mientras que el profesor Jean Perrin representará a la Facultad de Ciencias, y el doctor Antoine Becquerel a la Academia de Medicina.

Entre el grupo de "personalidades" se distingue un hombre de figura severa y cabellos blancos y dos ancianas que se secan las lágrimas: Hela, Bronia y José han venido de Varsovia para asistir al triunfo de María. La gloria que ha caído sobre la menor de los Sklodowski no ha falseado ni perturbado lo más mínimo el afecto fraternal. Nunca la emoción y el orgullo han embellecido tan espléndidamente tres rostros.

André Debierne, el colaborador, el amigo de los Curie, da lectura de las comunicaciones científicas por las cuales fueron anunciados los descubrimientos relativos a los cuerpos radiactivos. El jefe de trabajos del Instituto del Radio, Fernando Holweck, ayudado por Irene Curie, procede a algunas experiencias sobre el radio. El presidente de la República ofrece a María Curie la pensión nacional, "como débil y sincero testimonio de los sentimientos universales de entusiasmo, respeto y gratitud que le forman cortejo", y el señor León Bérard comprueba espiritualmente que "para proponer y adoptar esta ley que lleva la firma de todos los representantes de Francia, el gobierno y las Cámaras se han decidido a ignorar, a desconocer y a tener por *non avendus*", según el lenguaje del Derecho, la modestia y el desinterés de la señora Curie..."

Se levanta, por último, la señora Curie, que es saludada por interminables ovaciones. En voz baja da las gracias a cada uno de los que le rindieron homenaje,

procurando no olvidarse de uno solo. María habla de aquel que no existe: Pierre Curie. Luego escruta el porvenir. No su porvenir, tan breve, sino el del Instituto de Radio, para el cual, con amarga pasión, reclama ayuda y sostén.

He descrito a María Curie en el atardecer de su vida, ante la admiración de las multitudes, recibida bajo todas las latitudes por los presidentes, los embajadores y los reyes.

Una imagen, siempre la misma, domina para mí el recuerdo de estas fiestas, de estos cortejos: la figura exangüe, inexpresiva y casi indiferente de mi madre.

"En la ciencia —dijo, años atrás—, debemos interesarnos más por las cosas que por las personas".

Los años le han enseñado que el público y los mismos gobiernos no se interesan por las cosas más que a través de las personas. De buen o de mal grado, se ha servido de su prestigio para honrar y enriquecer la ciencia —para "dignificarla", como dicen los americanos—, y ha aceptado que su propia leyenda fuese el agente de propaganda de una obra que le importa tanto.

Pero en ella no ha cambiado nada, ni el miedo físico de la multitud, ni la timidez que hiela las manos, que seca la garganta, ni —sobre todo— esa incurable ineptitud para la vanidad. A pesar de un esfuerzo leal, María no logra pactar con la gloria. Y siempre condenará esos testimonios, que califica de "fetichismo".

Me encuentro lejos de vosotras —me escribirá durante uno de sus viajes— y expuesta a manifestaciones que no puedo estimar ni apreciar, porque me cansan. Por eso estoy triste esta mañana.

En Berlín, una enorme muchedumbre se apiñaba en el andén de la estación, y gritaba y corría para aclamar al boxeador Dempsey, que descendía del mismo tren que yo. Tenía el aire de estar contento. En el fondo, ¿hay una gran diferencia entre aclamar a Dempsey o aclamarme a mí? Me parece que el hecho de aclamar de esta manera tiene en sí mismo una cosa que no es recomendable, sea el que fuere el objeto de la aclamación. Pero no veo claramente cómo debería procederse, ni en qué grado debería estar permitido confundir la persona con la idea que ella representa...

¿Hasta qué punto satisfacían los testimonios exuberantes que saludaron el descubrimiento, realizado un cuarto de siglo antes, a la estudiante apasionada e inquieta que sobrevivía en la anciana dama? Palabras de desaliento traducían su repulsa contra la servidumbre prematura que se llama la celebridad. "Cuando *ellos* me hablan de "mis espléndidos servicios", me parece que ya estoy muerta, que me miro estar muerta", murmurará algunas veces". Y añade: "Me parece, también, que los servicios que yo pueda dar aún *les* importan poco, y que para hacerme mejores elogios mi desaparición les daría mayor comodidad".

Su insatisfacción, su negativa, contiene, creo yo, el secreto del poder excepcional que la señora Curie ejerce sobre la muchedumbre. Al revés de las grandes "vedettes" de la popularidad— hombres políticos, monarcas, actores de teatro o de cine—, que en el mismo instante en que se adelantan a un estrado se hacen los cómplices de sus admiradores, María se evade misteriosamente de las solemnidades a las cuales asiste. Y la terrible impresión que produce su silueta inmóvil, vestida de negro, se debe precisamente a la falta total de comunicación entre el público y ella. Seres más amables, más seductores y más célebres incluso que la señora Curie, han sido agasajados. Pero ninguno de ellos, acaso, ha mostrado este rostro hermético, este aire de ausencia. En la tempestad de las aclamaciones, ninguno de ellos ha parecido tan solitario.

Capítulo 25

La isla de San Luis

Cuando María regresa de algún viaje magnífico, una de sus hijas la esperará en el andén de la estación, vigilando la aparición, en la ventana de un vagón de lujo, de la pobre atareada que será hasta el fin de sus días la señora Curie. La errante viajera llevará con precaución una gran valija de mano, de cuero marrón, siempre la misma, que le ofreciera años atrás una asociación de mujeres polacas. Está llena de papeles, de carnets y de estuches de gafas. En el brazo lleva, María, un ramo de flores banal, ofrendado en el camino, que le molesta y que no se atreve a abandonar.

Libre de sus bultos, la ilustre investigadora sube los tres grandes pisos —sin ascensor— de su casa de la isla de San Luis. Y mientras examina el correo, Eva, arrodillada en el suelo ante las valijas abiertas, deshace los equipajes.

Descubre, mezclados a las ropas familiares, los emblemas de nuevos doctorados "*honoris causa*", cajas de cuero conteniendo medallas, rollos de pergamino y — más precioso que todo lo demás— los menús de banquetes, que María conserva siempre cuidadosamente. ¡Es tan cómodo escribir, al dorso de estas espesas y firmes cartulinas, cálculos de física y matemáticas!

Por último, un ruido de papel de seda desliado y aparecen los regalos para Irene y Eva y los "recuerdos" comprados por María. Los ha comprado por su rareza o por su humildad. Y serán adoptados para siempre.

Trozos de "madera petrificada", de Tejas, se convierten en pisapapeles; hojas damasquinadas, de Toledo, resbalarán entre las páginas de los libros científicos; tapices de tosca lana, tejidos por los montañeses polacos, cubren las mesitas. Del escote de las blusas negras de María cuelgan minúsculas alhajitas traídas del Gran Cañón. Esos pedazos de plata en bruto, en donde los indios han grabado zigzagueantes rayos, son, con un broche en granate de Bohemia, un collar de filigrana de oro y un bonito broche de amatista en desuso, las únicas joyas que mi madre ha poseído en toda su vida. No creo que hubieran dado por todas ellas trescientos francos.

¡Curioso y extraño domicilio familiar, este departamento del Quai de Bethune, grande, poco confortable, lleno de corredores y escaleras interiores, en que transcurrieron veintidós años de la vida de la señora Curie! Las habitaciones imponentes de un inmueble que databa de Luis XIV, esperaban en vano los butacones y los canapés majestuosos que convendrían a sus proporciones y a su estilo. Los muebles de caoba, heredados del doctor Curie, se agrupaban al azar en el vasto salón —en donde cabían cincuenta personas y en donde hay sólo cuatro excepcionalmente—, sobre la pátina de los bellos pisos de madera encerados y a los cuales los pasos arrancan gemidos y rechinamientos. No hay alfombras, no hay cortinas. Los velos de tul apenas cubren los altos ventanales, cuyos postigos no se cierran jamás. María odia las tapicerías. Le gustan los pisos relucientes, los cristales desnudos, que no le quiten un solo rayo de sol. Quiere ver por entero el Sena, los muelles, y, a la derecha, el espolón de la Cité...El conjunto es una vista admirable. Ha sido demasiado tiempo pobre para poder hacerse una hermosa casa. Ahora no siente la necesidad ni el deseo de modificar la instalación sumaria que será para siempre el cuadro de su vida. No obstante, los sucesivos aluviones de regalos que ha recibido han ido adornando y llenando las claras y solitarias habitaciones. Por la casa hay acuarelas de flores, ofrecidas a la señora Curie por un anónimo admirador; un vaso de Copenhague, con reflejos azulados, el más grande y hermoso de la manufactura; una carpeta verde oscura, obsequio de una fábrica rumana; una copa de plata, que lleva una inscripción pomposa... La única adquisición de María ha sido el piano de cola, que ha comprado para Eva, y sobre el cual la hija menor trabaja horas y horas, sin que jamás la señora Curie se lamente del fatigoso diluvio de arpegios.

Irene ha heredado la indiferencia maternal y se ha acomodado maravillosamente, hasta su matrimonio, en este departamento glacial. En una gran habitación, que es su guarida, Eva hace ensayos —a menudo molestos— de decoración, que renueva cada vez que se lo permite su hacienda.

La única pieza de la casa que está habitable es el cuarto de trabajo de María. Un retrato de Pierre Curie, vitrinas de libros científicos, algunos viejos muebles, crean una atmósfera de nobleza.

Esta morada, escogida entre las demás por su tranquilidad, es una de las más sonoras del mundo. Las gamas de la pianista, el timbre estridente del teléfono, las carreras de un gato negro —gran aficionado a las cargas de caballería en los pasillos—, el firme timbre de la puerta de entrada, repercuten y se amplifican entre los vastos departamentos. Los chirridos insistentes de los remolcadores que pasan por el Sena han atraído a la ventana, durante mucho tiempo, a Eva, solitaria, que con la frente en los cristales hacía el censo, por familias, de los vapores y los peniches. Familia de mosqueteros: *Athos, Porthos...* Familia de pájaros: *Martinet, Linotte, Hirondelle...*

Por la mañana, a las ocho, la actividad escandalosa de una sirvienta poco estilizada y de paso ligero, da prisa a la señora Curie para que se despierte, y desvela a todos los demás habitantes de la casa. A las nueve menos cuarto, un modesto coche de conducción interior se detiene ante el muelle, y ante la puerta da tres golpes de *claxon* violentos. María alcanza precipitadamente su sombrero, su abrigo, desciende con rapidez los tres pisos. El laboratorio le espera.

La pensión nacional del gobierno y una renta debida a la generosidad americana han disipado las preocupaciones materiales. Los ingresos de la señora Curie, que algunos juzgarían irrisorios, bastan para asegurarle una comodidad de la que ella se aprovecha bastante mal. Nunca aprenderá a hacerse servir por una doncella. Nunca hará esperar al chófer más de unos minutos sin sentirse vagamente culpable. Y si entra en compañía de Eva en un comercio, no mira los precios, pero con una infalible adivinación señala con sus manos nerviosas el vestido más simple y el sombrero menos caro... Son los que más le gustan.

No gasta con gusto más que cuando compra plantas, piedras o casas de campo. Ha hecho construir dos: una en L'Arcouest y otra en el Mediodía. Cuando ha llegado la vejez, ha buscado en el Mediterráneo un sol más caliente y un mar más tibio que el de Bretaña. Dormir al aire libre sobre la terraza de su villa de Cavalaire, contemplar la vista de la bahía y las islas de Hyères, plantar eucaliptos, mimosas y cipreses en un jardín abrupto, tales son sus nuevas alegrías. Dos amigas, dos vecinas encantadoras, la señora Sallenave y la señorita Clement, admiran con un poco de

espanto sus hazañas náuticas. María se baña entre las rocosidades y describe minuciosamente sus aventuras a las hijas:

Los baños son buenos, pero hay que ir a buscarlos bastante lejos —escribe—. Hoy me he bañado entre las rocosidades, que se desploman, de La Vigie. El mar está tranquilo desde hace tres días y he comprobado que puedo nadar mucho tiempo, haciendo largas distancias. Un recorrido de trescientos metros no me produce, en mar tranquilo, ningún miedo, y creo que, sin duda alguna, podría hacer más.

Su sueño sería abandonar París, y, como años atrás, pasar el invierno en Sceaux. María ha comprado un terreno allí y habla de construir una casa. Los años pasan, sin que se decida a tomar una decisión. Y cada día, a la hora de almorzar, puede vérsela regresar a pie del laboratorio, atravesar el puente de la Tournelle, con el paso casi tan vivo de otros tiempos, y, jadeante, subir los pisos del antiguo inmueble de la isla de San Luis.

Cuando Eva era una niña, e Irene, joven ayudante de la señora Curie, vivía y trabajaba constantemente con su madre, los almuerzos tomados alrededor de la mesa redonda se reducían a menudo a diálogos científicos entre la ilustre investigadora y su hija mayor. Las fórmulas técnicas zumbaban en los oídos de Eva, que interpretaba a su manera esos propósitos trascendentes. Con viva satisfacción, por ejemplo, la hija menor escuchaba a su madre y a su hermana emplear ciertos términos algebraicos: BB, "prima" (BB') y Bb "cuadrado" (Bb²). Los *bebés* desconocidos de que María e Irene Curie hablaban constantemente debían ser encantadores, pensaba Eva. Pero, ¿por qué eran cuadrados los "bebés"? Y los "bebés primos", ¿de qué privilegios gozaban?

Una mañana de 1926, la apacible Irene anunciaba a los suyos su noviazgo con Frédéric Joliot, el más brillante y aventajado de los trabajadores del Instituto del Radio. La existencia en la casa se alteró. Un hombre, un hombre joven, aparecía bruscamente en el hogar de unas mujeres, donde, aparte algunos íntimos —André Debierne, Maurice Curie, los Perrin, los Borel, los Maurain—, no entraba nadie, jamás. El matrimonio habitó primero el Quai de Bethune, y luego emigró a un

departamento más independiente. María, contenta con la visible felicidad de su hija, pero desconcertada de no poder vivir, hora por hora, con su compañera de trabajo, disimulaba un secreto malestar.

Y, cuando una cotidiana intimidad le hizo conocer mejor a Frédéric Joliot, su discípulo convertido en yerno, apreció las cualidades excepcionales de este simpático muchacho, locuaz y desbordante de vitalidad, y se dio cuenta de que todo iba bien. Dos asistentes, en lugar de uno, podían compartir sus preocupaciones, discutir sus investigaciones en curso, recibir sus consejos e incluso, muy pronto, dar sugerencias e ideas nuevas. Los Joliot tenían la costumbre de ir, cuatro veces por semana a almorzar a casa de la señora Curie.

Y de nuevo, alrededor de la mesa redonda, se volvió a hablar de "bebés cuadrados" y de "bebés primos".

¿No vas al laboratorio, Mé?

Los ojos de color ceniza que resguardan, desde hace algunos años, unas gruesas gafas de carey, ponen sobre Eva su mirada desvanecida y dulce:

—Sí, dentro de un instante... Pero, antes, tengo la Academia de Medicina... Y como la sesión no es hasta las tres, he creído que tendría tiempo de... Sí, voy a pasar por el mercado de flores... y acaso vaya un momento al jardín del Luxemburgo.

Suena el claxon del Ford, tres veces, frente a la casa. Dentro de unos instantes María vagabundea entre las filas de ramilletes de flores y de cestas de rampollos, para escoger las plantas que destina al jardín del laboratorio, las que depositará, envueltas en diarios, sobre el asiento de su coche.

Los jardineros y los horticultores la conocen. María no entra jamás en casa de un florista. No sé por qué instinto, por qué costumbre de pobreza se aleja de las flores preciosas. Jean Perrin, el más alegre y el más intencionado de sus amigos, irrumpe a menudo en casa de la señora Curie con los brazos llenos de flores. Y como si admirara alhajas preciosas, María contempla con sorpresa y un poco de timidez los claveles de largos tallos y las bellas rosas...

Las dos y media de la tarde. El Ford ha llevado a María hasta la reja del Luxemburgo, y la ilustre investigadora corre hacia su cita "cerca del león de la izquierda". Entre los centenares de niños que juegan en el jardín al comienzo de la

tarde, hay una niña que, al verla, se dirigirá hacia ella, con toda la velocidad de sus menudas piernas. Es Elena Joliot, la hija de Irene. La señora Curie, aparentemente, es una abuelita reservada y poco expansiva. Pero pierde mucho tiempo y da muchas vueltas para conversar unos minutos con este bebé vestido de rojo vivo que le interroga con tono despótico:

— ¿Dónde vas, Mé? ¿Por qué no te quedas conmigo, Me? ...

El reloj del Senado marca las dos y cincuenta. Es necesario que abandone a Elena y sus castillos de arena. En el severo salón de la calle Bonaparte, María se acerca a su sitio habitual, cerca de su viejo amigo, el doctor Roux. Y una mujer, sola entre sesenta colegas venerables, toma parte en los trabajos de la Academia de Medicina.

¡Ah! ¡Qué cansada estoy!

Casi todas las noches, una María Curie de rostro pálido y que el cansancio envejece, repite la misma frase. María ha abandonado el laboratorio muy tarde, a las siete y media, a veces a las ocho. Su coche la ha devuelto al hogar y los tres pisos le han parecido más altos que de costumbre. Se ha calzado las zapatillas, ha puesto sobre sus hombros una chaqueta de lana negra. Y camina sin objeto alguno por la casa, que al atardecer es más silenciosa, en espera de que la doncella le anuncie que la cena está en la mesa.

De nada serviría que su hija le dijera:

—Trabajas demasiado. Una mujer de sesenta y cinco años no puede, no debe trabajar, como tú lo haces, doce o catorce horas diarias...

Eva sabe perfectamente que la señora Curie es incapaz de trabajar menos, que este testimonio razonable sería en ella el espantoso signo de la decrepitud. El único deseo que puede tener su hija es que, durante muchos años aun, tenga María las fuerzas necesarias para trabajar catorce horas diarias.

Desde que Irene no vive en el Quai de Bethune, Eva y su madre cenan frente a frente. Los mil incidentes de una larga jornada de trabajo preocupan a María, y no se priva de comentarlos en alta voz. Noche tras noche, sus observaciones alteradas trazan un cuadro misterioso y movido de la intensa actividad de ese laboratorio al cual pertenece en cuerpo y alma la señora Curie. Aparatos que Eva no verá jamás

son, para María, familiares, tan familiares como los colaboradores de que María le habla calurosamente, casi tiernamente, con el refuerzo de adjetivos posesivos:

—Estoy verdaderamente contenta con "mi" Gregorio... Ya sabía yo que estaba muy bien dotado... Al terminar la sopa: Figúrate que hoy he ido en busca de "mi" chino a la sala de Física. Hablamos en inglés y nuestras conversaciones son interminables: en China es una descortesía contradecir al interlocutor, y cuando emito una hipótesis que el muchacho acaba de comprobar que es inexacta, continúa aceptando mi disertación, cortésmente. ¡Y soy yo la que ha de adivinar si debe hacerme alguna objeción! Ante mis alumnos de Extremo Oriente me avergüenzo de mis torpes maneras. ¡Son más civilizados que nosotros! ... Mientras come la compota: ¡Ah, Evita, es necesario que invitemos una noche a "mi" polaco de este curso! Me temo que andará demasiado perdido por París...

En la torre de Babel que es el Instituto del Radio, trabajadores de distintas nacionalidades se suceden. Y entre ellos siempre hay un polaco. Cuando la señora Curie no pueda conceder a un compatriota una beca universitaria, sin perjudicar a otro candidato mejor calificado, pagará de su bolsillo los estudios del muchacho recién llegado de Varsovia, que ignorará siempre esta generosidad.

Bruscamente, María se interrumpe, aparta de sí sus preocupaciones, se dirige a su hija y pregunta con acento distinto:

—Entonces, querida... Cuéntame alguna cosa... Dame noticias de este mundo...

Se le puede hablar de todo, incluso de las cosas más pueriles. Los comentarios alegres de Eva sobre los "sesenta kilómetros de media" que ha logrado con su coche, hallan en María el auditor más comprensible. La señora Curie, prudente, pero apasionada automovilista, se sorprende con emoción de las hazañas deportivas de su Ford. Las anécdotas sobre su nietecita Elena, una frase infantil, cualquier cosa, le arrancan frescas y extraordinarias carcajadas.

María sabe también hablar del tema político, sin agrios acentos. ¡Ah, su confortante liberalismo! Si algunos franceses elogian los regímenes dictatoriales, contesta dulcemente:

—"Yo he vivido bajo un régimen de opresión. Usted, no. Y no puede comprender usted la dicha de vivir en un país de libertad"...

Los partidarios de las violencias revolucionarias encontrarán en ella la misma resistencia:

—No me convencerán jamás de que tuviera alguna utilidad guillotinar a Lavoisier.

Pero María ha conservado su audacia y su vehemencia de joven "progresista" polaca. Que en Francia falten hospitales y escuelas; que millares de familias habiten departamentos insalubres, que los derechos de la mujer sean precarios... son pensamientos que la torturan.

María no ha tenido tiempo de ser para sus hijas una perfecta educadora; pero Irene y Eva reciben de su madre un don que no apreciarán jamás bastante: el incomparable favor de vivir cerca de un ser excepcional; excepcional no sólo por su genio, sino también por su humanidad, por su innata repulsión por lo vulgar y lo pequeño. La señora Curie evita, incluso, hasta un rasgo de vanidad que se le hubiera perdonado ampliamente: consentir que la presenten como un ejemplo a las demás mujeres.

— ¡No hay necesidad de llevar una existencia tan antinatural como la mía! —dirá a veces a excesivas admiradoras, y añadirá—: he dedicado mucho tiempo a la Ciencia, porque quise hacerlo y porque me interesaba la investigación. Pero lo que deseo para todas las mujeres es una vida familiar sencilla y un trabajo que les interese.

Durante las cenas reposadas, María y Eva hablan a menudo del amor. Esta mujer, trágicamente, dolorosamente afligida, no tiene en mucha estima las pasiones amorosas. Haría suya la definición de un gran escritor francés: "El amor no es un sentimiento digno".

Creo —escribe María a su hija Eva— que debemos buscar las fuerzas morales en un idealismo que, sin hacernos orgullosos, enaltezca nuestros sueños y nuestras aspiraciones, y creo también que es engañoso hacer depender todo el interés de la vida de sentimientos tan borrascosos como el amor...

María sabe recibir todas las confidencias y guardar el secreto tan delicada y plenamente que parece no haberlas oído jamás. También sabe correr en auxilio de sus íntimos, cuando un peligro o una desgracia les amenaza. Pero, con María, las conversaciones sobre el amor no son jamás intercambios. Sus juicios, su filosofía, permanecen obstinadamente impersonales, y en ninguna circunstancia María abrirá de nuevo las puertas de su pasado doloroso para exhumar enseñanzas o recuerdos. Allí hay un dominio íntimo, en donde nadie, por cercano que esté de su corazón, tiene el derecho de aventurarse.

Únicamente deja aventurar su nostalgia de envejecer lejos de sus dos hermanas y de su hermano, a quienes permanece tiernamente vinculada. Por el destierro, primero; por la viudez, más tarde, se ha visto privada, doblemente, del calor familiar que le hubiera sido tan agradable. María escribe tristes cartas a los compañeros que lamenta no ver más a menudo. Escribe a Jacques Curie, que vive en Montpellier, a José, a Hela y a Bronia, cuya vida ha sido, como la suya, devastada: Bronia perdió sus dos hijos, y en 1930 a su esposo, Casimiro Dluski.

El día 12 de abril de 1932 escribió María a Bronia:

Querida Bronia:

También yo estoy triste por nuestra separación. Pero si te sientes aislada tienes, no obstante, un consuelo: sois tres en Varsovia, y tienes un poco de compañía y de protección. Créeme, la solidaridad familiar es, de todas maneras, el único bien. Yo estoy privada de ello y, por lo tanto, lo sé. Procura animarte algo y no te olvides de tu hermana parisiense. Veámonos lo más a menudo posible...

Si, después de la cena, Eva debe salir, ir a algún concierto, la señora Curie se tiende sobre el diván de su habitación y mira a su hija mientras se viste.

Sus opiniones sobre el vestido y la estética femeninos se diferencian totalmente. Pero María ha renunciado, desde hace mucho tiempo, a hacer prevalecer sus principios. De las dos hermanas, Eva es la que más insiste cerca de su madre, obligándola, con órdenes imperiosas, a renovar sus ropas negras antes de que se gasten hasta la trama. Las discusiones de las dos mujeres se mantienen en tono

académico, y con acabada resignación y hasta, si se quiere, con cierto buen humor, María hace algunas observaciones a su hija:

— ¡Oh, querida! ... ¡Qué tacones más horrorosos! No conseguirás hacerme creer que las mujeres están hechas para caminar sobre esos zancos. Pero ¿qué moda es esa de desnudar la espalda de los vestidos? El delantero todavía era soportable, pero ¡estos kilómetros de espalda desnuda! Primero, es indecente; segundo, que corres el riesgo de una pleuresía, y tercero, es feo. El tercer argumento debería impresionarte más que los dos anteriores. Aparte de estos defectos, tu vestido es bonito. Pero vistes demasiado a menudo de negro. El negro no es de tu edad...

Los más penosos instantes son los del maquillaje. Tras un esfuerzo prolongado, que juzga perfecto, Eva acude al llamamiento irónico de su madre:

—Vuélvete un poco para que pueda admirarte...

La señora Curie la examina lealmente, científicamente. Está consternada: — ¡Qué quieres que te diga! ... No puedo hacer ninguna objeción, de principio, oponiéndome a ese embadurnamiento. Ya sé que eso se ha hecho siempre. En el antiguo Egipto, las mujeres inventaban cosas peores. Sólo te puedo decir una cosa: ¡que lo encuentro espantoso! Martirizas tus cejas, pintarrajeas tu boca sin utilidad alguna... —Pero, Mé, te aseguro que está mejor así...

— ¿Mejor? Mira, para consolarme, iré a besarte a tu cama mañana por la mañana, antes de que hayas tenido tiempo de ponerte todos esos horrores en la cara. Yo prefiero que estés sin esos afeites. Y ahora, date prisa, pequeña... Buenas noches ... ¡Ah, escucha! ... ¿No tienes nada para dejarme leer? — ¿Cómo no? ¿Qué quieres leer?

—No sé... Algo que no me deprima... Hay que ser joven como tú, para soportar las novelas dolorosas, abrumadoras.

María no relee los autores rusos, a Dostoievski, a quien tanto admiró... Eva y María, a pesar de sus diferentes gustos literarios, mantienen en común ciertos cultos: Kipling, Colette...

María no se cansa de buscar en los *Libros de la Jungla*, en el *Nacimiento del Día*, en *Sido* o en *Kim*, los magníficos y los vivos reflejos de esta Naturaleza, que fue siempre su alimento espiritual, su elemento. Y, además, sabe miles de versos franceses, alemanes, rusos, ingleses y polacos...

Con el volumen que Eva le ha dado, se refugia en su despacho, se tiende sobre un largo sofá de terciopelo negro, coloca su cabeza en un almohadón de plumas y lee algunas páginas.

Al cabo de media hora, de una hora, deja el libro, se levanta, toma un lápiz, unos cuadernos de manuales científicos y va, según su costumbre, a trabajar hasta las dos o las tres de la mañana.

Al regresar, Eva advierte, por la mirilla de cristal de un estrecho corredor, que hay luz en el departamento de su madre, avanza por el pasillo y empuja la puerta.

El espectáculo es, cada noche, el mismo. La señora Curie, rodeada de papeles, de reglas de cálculo, de volúmenes, está sentada en el suelo. No ha podido acostumbrarse nunca a trabajar en la mesa, colocada en un sillón, según la tradición de los "pensadores". Necesita una plaza ilimitada para colocar sus documentos, sus hojas de curvas algebraicas.

Está absorta en un cálculo teórico difícil, y a pesar de que se haya dado cuenta del regreso de su hija, ni siquiera levanta la cabeza. Tiene el ceño fruncido y el rostro preocupado.

Sobre las rodillas guarda un cuaderno. Escribe, con lápiz, signos y fórmulas... De sus labios se escapa un murmullo.

La señora Curie, a media voz, dice cifras y números. Y, como hace sesenta años -en la clase de aritmética del pensionado de la señorita Sikorska, esta profesora de la Sorbona cuenta en polaco.

Capítulo 26

El laboratorio

¿Está ahí la señora Curie? —Busco a la señora Curie... ¿Ha llegado? — ¿Ha visto usted a la señora Curie? Jóvenes de ambos sexos, personajes blancos, bajo las blusas de laboratorio, se interrogan en el vestíbulo que la ilustre investigadora debe franquear al llegar al Instituto del Radio. Cinco o diez trabajadores se reúnen por la mañana a su paso. Cada uno quiere, "sin molestarla", pedirle un consejo, obtener, al vuelo, una palabra de aliento, una indicación. De esta manera se constituye lo que María denomina, sonriente, "el soviet".

"El soviet" no espera mucho tiempo. A las nueve de la mañana el antiguo coche franquea la reja de la calle Pierre Curie y da vuelta a la avenida. Se cierra la puerta. Por la entrada que da al jardín aparece la señora Curie. El grupo de peticionarios se aprieta, alegremente, junto a ella. Acentos respetuosos y tímidos le anuncian que se acaba de hacer tal peso, le comunican noticias de la solución de polonio o insinúan que "si la señora Curie pudiera ver un segundo el aparato Wilson comprobaría un resultado interesante..."

A pesar de que alguna vez se lamenta de ello, María está contenta de estas ráfagas de energía y de curiosidad con que la saluda el comienzo del día. Lejos de esquivarlas, de precipitarse hacia sus propios trabajos, permanece allí, con su abrigo y su sombrero, de pie, entre sus colaboradores. Cada uno de los ideas es buena, pero el procedimiento que sugiere es impracticable. He encontrado otro que pudiera dar resultado. Iré a hablarle. Señora Cotelle, ¿qué total ha sacado usted? ¿Está usted segura de que el cálculo es exacto? Anoche lo rehíce yo y he encontrado una cifra ligeramente diferente... ¡En fin, vamos a ver!

Ningún desorden, ninguna duda en estas observaciones. Durante los minutos que consagra a un investigador, María Curie está enteramente concentrada sobre el problema que estudia aquél; problema que ella conoce en sus más mínimos detalles. Un instante después habla de otro trabajo con un nuevo alumno. Su cerebro está magníficamente dotado para esta gimnasia singular. En el laboratorio, en donde tantas jóvenes inteligencias sufren y se excitan, María semeja uno de esos

campeones de ajedrez que, sin mirar siquiera los tableros, siguen, a la vez, treinta o cuarenta partidas.

Pasan algunos hombres, saludan y se detienen. "El soviat" aumenta. María ha terminado por sentarse en un peldaño de la escalera, sin interrumpir la audiencia, tan poco protocolar. Así, encogida, mirando de abajo arriba, los trabajadores de pie, cerca de ella y apoyados en la pared, no tiene la actitud clásica de un jefe. ¡Y, no obstante, lo es!

María fue la que escogió, tras minuciosos exámenes de sus capacidades, los estudiantes del laboratorio. María es, casi siempre, la que designa sus trabajos. Y a María van a consultar los alumnos apurados, con la certidumbre de que la señora Curie encontrará el error experimental a que les ha lanzado una falsa vía...

En cuarenta años de labor científica, la ilustre investigadora, de cabellos blancos, ha amasado un enorme saber. Es la bibliografía viviente del radio. Ha leído, en los cinco idiomas que poseen perfectamente, todas las publicaciones que se refieren a los ensayos en curso del Instituto. María descubre los fenómenos de las prolongaciones nuevas e inventa técnicas. Y, por último, inestimable virtud para aclarar las madejas enmarañadas de los conocimientos y las hipótesis, María posee sentido común. Las famosas teorías y las suposiciones seductoras, pero fantásticas, que le exponen ciertos discípulos son rechazadas por su clara mirada y por su rotunda razón. ¡Cuánta seguridad da trabajar con un maestro tan prudente y audaz a la vez!

Paulatinamente, el grupo reunido en la escalera se dispersa. Aquellos a quienes María dio las sugerencias del día, huyen, llevándose el botín. La señora Curie acompaña a uno de ellos hasta la "sala de física" o la "sala de química" y continúa la conversación ante un aparato. Por último, libre ya, penetra en su laboratorio particular, se pone su enorme bata de trabajo, negra, y se entrega a sus experiencias personales.

Su recogimiento dura poco. Arañan la puerta. Uno de los investigadores reaparece, llevando en la mano unas hojas manuscritas. Tras él espera otro investigador. Y el lunes, día de sesión semanal en la Academia de Ciencias, los autores de las comunicaciones que deben ser presentadas por la tarde van a someter su redacción a la señora Curie.

Para leer esos papeles la señora Curie entra en una habitación clara, vulgar y estrecha, en donde un profano no reconocería el gabinete de trabajo de una ilustre investigadora científica. Una mesa de ministro, de roble, un clasificador, bibliotecas, una vieja máquina de escribir, un sillón de cuero, semejante a cien sillones de cuero, dan al ambiente una anónima decencia. Sobre la mesa, un tintero de mármol, montones de libros, un cubilete erizado de estilográficas y lápices con puntas afiladas, un "objeto de arte", ofrecido por una asociación de estudiantes... Y — ¡oh, sorpresa!— una pequeña vasija, procedente de las excavaciones de Ischia, obscura, graciosa, tenue.

Las manos que tienden a la señora Curie las notas para la Academia tiemblan, a menudo, de emoción. ¡Los autores saben que el examen será severo! A María jamás le parece la redacción lo bastante clara y lo bastante elegante. No sólo persigue los errores técnicos, sino que rehace frases enteras y señala las faltas de sintaxis.

—Yo creo que así puede ser —contesta al joven científico, más muerto que vivo, mientras le entrega su borrador.

Pero si el trabajo del alumno ha satisfecho a María, ésta sonrío y pronuncia unas palabras: —"¡Está muy bien; es perfecto!", que recompensan las penas del joven físico, dándole alas para volar hasta el laboratorio del profesor Perrin. Este es quien tiene por costumbre presentar a la ilustre corporación las comunicaciones del Instituto del Radio.

EL mismo Jean Perrin repite a quien quiere oírle:

—La señora Curie no es solamente "un físico glorioso". Es, también, el más grande director de laboratorio que he conocido.

¿Cuál es el secreto de esta maestría? Ante todo, por encima de todo, el extraordinario "chauvinismo" del Instituto del Radio que anima a María, ferviente servidora y defensora natural del prestigio y de los intereses de la morada bien amada.

María se dedica a conquistar las provisiones de cuerpos radiactivos necesarios a las investigaciones de gran envergadura. Existen intercambios de amabilidades y finuras entre la señora Curie y los directores de la fábrica belga de radio, la Unión Minera del Alto Katanga, e invariablemente acaban de esta manera: la Unión Minera

expide, gentilmente, a la señora Curie, toneladas de residuos, y María, encantada, emprende inmediatamente la extracción de elementos codiciados...

Año tras año enriquece su laboratorio. Se la puede ver, en compañía de Jean Perrin, recorrer los ministerios, reclamar subvenciones y becas de estudio. Así obtendrá en 1930 un excepcional crédito de investigaciones de quinientos mil francos.

A veces, cansada y un poco humillada de estas visitas que se impone, describe a Eva sus esperas en las antecámaras, sus temores excesivos, y termina diciendo, con una sonrisa:

— ¡Yo creo que acabarán por echarnos como a los mendigos!

Los trabajadores del laboratorio Curie, guiados por este firme piloto, exploran, uno a uno, los compartimientos insondables de la radiactividad de 1919 a 1934, *cuatrocientas ochenta y tres* comunicaciones científicas, de las cuales treinta y cuatro tesis, han sido publicadas por los químicos y los físicos del Instituto del Radio. De estos cuatrocientos ochenta y tres estudios, la señora Curie cuenta en su activo treinta y una publicaciones.

Esta cifra, por elevada que sea, necesita un comentario. Durante la última parte de su vida, la señora Curie prepara el porvenir con demasiado espíritu de sacrificio, acaso, y da lo más puro de su tiempo a su papel de directora, de maestra. ¿Cuál no hubiera sido su labor creadora si hubiera podido, como los jóvenes que la rodeaban, dedicar a la investigación cada uno de sus minutos? ¿Y quién dirá jamás la parte de María en los trabajos que ha inspirado y guiado, etapa por etapa?

María no se plantea estos problemas. Se alegra de las victorias conseguidas por el equipo, por la persona colectiva, que ella no califica, siquiera, de "mi" laboratorio, sino con un indecible acento de orgullo secreto "el laboratorio". Cuando María pronuncia estas dos palabras, no existe ningún otro laboratorio sobre la tierra.

Los dones psicológicos y humanos de María le han servido para ser una mujer de un impulso extraordinario. La señora Curie, tan poco familiar, sabe ganarse la devoción de sus compañeros de trabajo, a quienes después de largos años de colaboración cotidiana continúa llamando "señorita" o "señor".

María, cuando está entregada a alguna preocupación científica, permanece largos ratos sentada sobre un banco del jardín. La voz suplicante de una ayudanta la llama a la realidad.

—Señora, va usted a enfriarse... Señora, entre usted, se lo ruego...

Y unas manos discretas ponen al lado de la señora Curie, que se olvidó de ir a almorzar, un poco de pan y unas frutas...

Los muchachos del laboratorio, los obreros, sienten, como los demás, su seducción escondida, única en el mundo. Cuando María ha tomado un chófer particular, se ha visto a Georges Boiteaux, el ujier del Instituto y a la vez hombre de cualquier trabajo mecánico, chófer y jardinero, llorar a lágrima viva ante la idea de que desde aquel momento sería otro quien conduciría a la señora Curie de la calle Pierre Curie al Quai de Bethune.

María procura no demostrar externamente el afecto que siente por cuantos luchan con ella; en esa gran familia siéntese unida a las almas más entusiastas y más altas. Pocas veces he' visto a mi madre tan abatida como en agosto de 1932, cuando supo la súbita muerte de uno de sus discípulos predilectos:

He tenido un gran disgusto al llegar a París, escribe. El químico Reymond, un muchacho a quien yo estimaba tanto, se ha ahogado en una ribera del Ardèche. Estoy trastornada.

Su madre me ha escrito para decirme que el muchacho había pasado las mejores horas de su vida en el laboratorio. ¿Para qué, si iba a terminar así? Tanta juventud hermosa, tanta gracia, nobleza y encanto; tantos dones intelectuales considerables desaparecidos en un instante por un desatinado baño de agua fría...

Su mirada lúcida discierne los defectos o las cualidades, señala inexorablemente las fallas que impedirán a tal o cual investigador transformarse en un sabio. Más que a los vanidosos, rehúye a los torpes. Las catástrofes materiales en un "montaje" de una mano inhábil la exasperan. De un "experimentador" poco dotado dice a sus íntimos, en cierta ocasión:

—Si todo el mundo fuera como él, no se harían grandes locuras en el terreno de la física.

Cuando un colaborador ha presentado una tesis, o ha obtenido un diploma, o ha sido juzgado digno de un premio, se da en su honor un "té de laboratorio". En

verano estas reuniones tienen lugar bajo los tilos. Y en invierno el ruido de las vajillas perturba bruscamente la paz de la sala mayor del edificio: la biblioteca. ¡Pintoresca vajilla! Los "vasos de precipitados" sirven de tazas de té o de copas de champaña; los "agitadores" substituyen a las cucharillas. Los estudiantes se transforman en camareros ofreciendo los dulces a sus camaradas, a sus jefes y a André Debierne, que es el maestro de conferencias en el Instituto del Radio; el jefe de trabajos, Fernando Feolweck, y María, una María alegre, conversadora, que procura proteger su vaso de té de los movimientos de los grupos.

Repentinamente se hace un silencio... La señora Curie va a felicitar al agasajado. En breves y calurosas frases celebra la originalidad del trabajo y resalta las dificultades que fueron vencidas. Se aplauden vigorosamente las observaciones discretas que ilustran la felicitación: una palabra amable para los padres del héroe de la fiesta o —si se trata de un extranjero— para su patria lejana. "Cuando vuelva usted a su país, que conozco y en donde sus compatriotas me recibieron tan amablemente, confío en que conservará usted un buen recuerdo del Instituto del Radio. Habrá podido comprobar que trabajamos mucho y que lo hacemos lo mejor que podemos...".

Algunos de los "tés" tienen para María un valor de emoción particular. En una de esas fiestecitas se celebra la tesis de doctorado de su hija Irene; en otra, la de su hijo político, Frédéric Joliot. La señora Curie ve desplegarse bajo su dirección los dones de estos dos investigadores. En 1934, el joven matrimonio obtiene una magnífica victoria. Tras largos estudios sobre los fenómenos de transmutación de átomos, Irene y Frédéric Joliot descubren la *radiactividad artificial*. Bombardeando ciertas sustancias de aluminio, por ejemplo, con los rayos emitidos espontáneamente por los radioelementos, logran transformar estas sustancias en elementos radiactivos nuevos, desconocidos en la naturaleza y que, desde aquel momento, serán fuentes de radio. Las consecuencias de esta sorprendente creación de átomos en química, en biología, en medicina, se adivinan claramente. ¡Se acerca el momento, acaso, en que para responder a las necesidades de la curieterapia se fabricarán industrialmente cuerpos que tengan las propiedades del radio!

En una sesión de la Sociedad de Física en que el matrimonio expone sus trabajos, María, atenta y orgullosa, se halla sentada en los bancos del público y encuentra a

Albert Laborde, que años atrás fue ayudante suyo y de Pierre Curie, y María lo acoge con gran alegría, poco habitual en ella, diciéndole:

— ¡Buenos días! ¿Han hablado bien, verdad? ¿No parece que estamos de nuevo en la época brillante del viejo laboratorio?

María está demasiado excitada y demasiado despierta para no prolongar el día. Regresa a pie hasta su casa, por las orillas del Sena, acompañada de algunos colegas. Y comentará extensamente el éxito de "sus jóvenes".

AL otro lado del jardín de la calle Pierre Curie los colaboradores del profesor Regaud, que María familiarmente califica de "los de enfrente", preparan por la investigación y la terapéutica su lucha contra el cáncer. De 1919 a 1935 han sido atendidos por el Instituto del Radio ocho mil trescientos diecinueve enfermos.

Claude Regaud es otro "chauvinista" del laboratorio. Pacientemente ha reunido en torno suyo las armas que reclama su combate: radio, aparatos, locales y un hospital. Ante el extraordinario número de curaciones obtenidas y la urgencia de las necesidades, ha debido pedir prestada alguna cantidad de radio. ¡La Unión Minera le ha confiado hasta diez gramos!

Y también ha tenido que recurrir a las subvenciones del Gobierno y a las donaciones particulares. El barón Henri de Rothschild y los hermanos Lazard han sido los principales bienhechores, y un anónimo donante, fastuoso y delicado, usando de las precauciones más complicadas para proteger su incógnito, ha ofrecido a la Fundación Curie *tres millones cuatrocientos mil francos*.

De esta manera se pudo crear paulatinamente el centro de radioterapia y de curieterapia más importante de Francia. Su prestigio es inmenso: más de doscientos médicos procedentes de los cinco continentes solicitan hacer pasantías para aprender la técnica de los tratamientos del cáncer.

La señora Curie, profesora de física y de química, no toma parte alguna en los trabajos de biología y de medicina. Pero sigue apasionadamente sus progresos. Se compenetra perfectamente con el profesor Regaud, colega ilustre, alta conciencia y hombre de un desinterés sin límites. Como María, odia el ruido de la gloria. Como María también, ha rechazado siempre los beneficios materiales. Si quisiera "visitar" y hacerse una "clientela" ganaría grandes fortunas. Ni siquiera lo ha intentado.

Los dos codirectores, a quienes maravilla la excelencia de los tratamientos cuando son practicados por técnicos, tienen el mismo tormento: asisten desesperados, impotentes, a la explotación poco escrupulosa del radio que hace estragos en el mundo entero. Hay médicos ignorantes que cuidan a ciegas a los enfermos con los cuerpos radiactivos, sin concebir siquiera los peligros de esas "curaciones", y hasta llegan a anunciarse medicamentos o productos de belleza "a base de radio" y que se ofrecen al público, a veces, bajo nombres que recuerdan el de Curie.

No hay necesidad de condenarlos siquiera. Basta decir que mi madre, la familia Curie, el profesor Regaud y el Instituto del Radio han permanecido siempre extraños a esas empresas.

Vea Si hay algo importante...

María tiene prisa y señala a su inteligente y suave secretaria, la señora Razet, el correo que ha llegado el día anterior.

Los sobres llevan frecuentemente direcciones simplificadas: "Señora Curie. París" o "Señora Curie, "savante"⁹, Francia". La mayor parte del correo contiene peticiones de autógrafos o son cartas de locos.

Una tarjeta impresa se envía a los que piden autógrafos: "La señora Curie, no deseando dar autógrafos, ni firmar retratos, le ruega que la excuse". Para los exaltados que alternan en ocho o diez páginas tintas de colores distintos, los inventores desconocidos, los maniáticos de la persecución, los locos de amor o los locos que amenazan, no hay contestación alguna. Sólo el silencio.

Quedan las otras cartas. María, conscientemente, dicta a su secretaria las respuestas para sus colegas extranjeros, las contestaciones a los llamamientos desesperados de aquellos que imaginan que la señora Curie puede curar todas las enfermedades, calmar todos los dolores. También hay que contestar las cartas de los proveedores de aparatos, las propuestas, las facturas, las circulares que envían a la "señora viuda de Curie, profesora de la Facultad de Ciencias" sus jefes jerárquicos... Una interminable correspondencia administrativa, que María clasifica metódicamente en cuarenta y siete carpetas...

⁹ La palabra "savante" no tiene traducción correcta en castellano. Sería "sabia", pero es impropio; ya que "savant" es "hombre de ciencia" y no "sabio", como suele traducirse. (N. del T.)

María se somete a las estrictas costumbres universitarias. Su gloria, su cualidad misma de mujer, no cuentan para nada a sus ojos y así termina sus cartas oficiales con las sencillas y humildes fórmulas de subordinada. Los "sentimientos respetuosos" para el señor decano y "la seguridad de su respeto" para el señor rector.

Las cuarenta y siete carpetas no bastan a las relaciones de la señora Curie con el mundo exterior. Se la asaetea con peticiones de visitas y citas. Los martes y los viernes por la mañana, María se pone su mejor vestido negro. "Es necesario que me presente bien. Es mi día" —dice.

En el vestíbulo del laboratorio la esperan solicitantes, periodistas —periodistas también—, a quienes la señora Razet advierte fríamente: "La señora Curie le recibirá si tiene usted que hacerle alguna pregunta técnica. La señora Curie no concede interviús de tipo personal".

A pesar de que María es la cortesía misma, los interlocutores no se atreven a iniciar una larga conversación. La sala de audiencia, exigua y nada confortable, las sillas duras, el tic impaciente de los dedos de la ilustre investigadora, la mirada astuta de la señora Curie hacia el reloj no les deciden a ello.

El lunes y el miércoles, desde que despierta, la señora Curie está nerviosa y agitada. A las cinco debe dar su clase. Tras el almuerzo se encierra en su despacho del Quai de Bethune. Prepara su lección, escribe sobre una hoja blanca los títulos del capítulo de su exposición. Hacia las cuatro y media llega al laboratorio y se aísla nuevamente en su estrecho salón de descanso. Está angustiada, nerviosa, inabordable. Hace veinticinco años que María da clases. No obstante, cada vez que debe aparecer en el pequeño anfiteatro, ante los veinte o treinta alumnos que, cuando entra, se ponen de pie, tiene indefectiblemente el *trac*¹⁰.

¡Incansable y terrible actividad! Cuando tiene algún "momento perdido", María escribe artículos científicos, libros, un tratado sobre La isotopía y *los isótopos*, una breve y enternecedora biografía de Pierre Curie, un nuevo tratado científico que establecerá de una manera perfecta las lecciones de la señora Curie...

¹⁰ Angustia o nerviosismo del actor (Nota PB)

Estos años brillantes y fecundos tienen también sus dramáticos combates: la señora Curie está amenazada de quedar ciega.

El médico le ha hecho saber en 1920 que una doble catarata iba a crear poco a poco la obscuridad. María no se ha desesperado. Ha anunciado sin temor su desgracia a las dos hijas y a continuación ha hablado del remedio: la operación podría intentarse dentro de dos o tres años. Desde aquel momento, durante la espera dramática, los cristales que usará serán opacos y pondrán entre el mundo y ella, entre su trabajo y ella, una perpetua niebla.

El día 10 de noviembre de 1920 María escribe a Bronia:

Mis mayores molestias proceden de mis ojos y de mis oídos. Mis ojos están muy débiles y no se puede hacer gran cosa. En cuanto a los oídos, me persigue un zumbido casi continuo, a menudo muy intenso. Mucho me inquieta. Mi trabajo puede ser perturbado o acaso hacerse imposible. Seguramente es el radio lo que me ha producido todo esto, pero no se puede afirmar con exactitud.

Estas son mis penas. No digas a nadie esto, sobre todo para que no circule el rumor. Y ahora hablemos de otra cosa...

"No digas a nadie esto"... Tal es el estribillo de sus conversaciones con Irene y Eva, con su hermano y con sus hermanas, los únicos confidentes. Su idea fija es evitar que una indiscreción propague la noticia y que un periódico cualquiera publique un día "La señora Curie está enferma".

Sus íntimos y sus médicos, los doctores Morax y Petit, se transforman en sus cómplices. La enferma ha tomado un nombre prestado: es la *señora Carré*, una dama anciana y vulgar, la que sufre de una doble catarata y no la señora Curie. Y son las gafas de la *señora Carré* lo que Eva irá a buscar a casa del oculista.

Cuando la mirada de María queda atravesada por una nube que no puede perforar y es el momento de cruzar una calle o subir una escalera, una de sus hijas la agarrará del brazo y con una imperceptible presión le indicará los peligros y los obstáculos. En la mesa se le pasarán los cubiertos o el salero que busca tanteando sobre el mantel, con gestos falsamente seguros...

Pero ¿cómo mantener en el laboratorio esta comedia heroica y atroz? Eva ha sugerido a su madre que comunique su enfermedad a sus colaboradores más íntimos para que coloquen en su lugar los microscopios, los aparatos de medir, pero Mario contesta con sequedad:

—Nadie debe saber que tengo los ojos estropeados.

Y María ha inventado para sus trabajos minuciosos mal "técnica de ciega": emplea lupas gigantescas, coloca bajo los cuadrantes de sus aparatos señales de colores muy visibles, escribe con letras enormes las notas que consulta durante sus cursos y, bajo la pésima luz del anfiteatro, llega a descifrarlas.

Logra esconder su mal con infinitas picardías. Si un discípulo le somete un clisé de experiencias conteniendo finos rasgos, María, por medio de un interrogatorio hipócrita y hábil, obtiene por el mismo alumno las noticias necesarias para reconstituir en su pensamiento el aspecto del clisé. Entonces, sólo entonces, toma la placa de vidrio, la observa y *simula* estudiar las rayas.

A pesar de todas estas precauciones y a pesar de este noble engaño, el laboratorio sospecha el drama. Y el laboratorio calla, simulando a su vez no comprender, aceptando hábilmente el juego a que le invita María.

El día 13 de julio de 1923 María Curie escribe a Eva:

Querida:

Voy a intentar que se me opere el miércoles, día 18, por la mañana. Bastaría con que llegases aquí la víspera. Hace un calor terrible y temo que estés muy fatigada.

Dirás a nuestros amigos de L'Arcouest que no he podido terminar un trabajo de redacción que hicimos juntas y que tengo necesidad de ti puesto que me lo reclaman con urgencia.

Te Besa, Mé.

¡Diles lo menos posible, querida!

¡Qué días más calurosos aquellos pasados en la clínica donde Eva alimenta con una cucharita a una *señora Carré* inmóvil, ciega, con rostro de gran herido, enfajada de vendajes! ¡Qué angustia pasada ante el temor de las complicaciones inesperadas y de las hemorragias que, durante semanas y semanas, destruirán las esperanzas de

la curación! En marzo de 1924 dos nuevas operaciones, y una cuarta en 1930... En cuanto se libra de los vendajes, María se esfuerza en servirse de sus ojos anormales, libres de sus cristales.

Voy tomando la costumbre de circular sin gafas y he hecho algunos progresos —escribirá María desde Cavalaire a su hija Eva unos meses después de la primera operación—. He tomado parte en dos paseos por los senderos de las montañas pedregosas y poco accesibles. Lo hago bastante bien, camino bastante de prisa y sin accidentes. Lo que más me molesta es la doble visión, que me priva de reconocer las personas que se me acercan. Todos los días hago ejercicios de lectura y escritura. ¡Hasta ahora es más difícil esto que los paseos! Será necesario que me ayudes para el artículo de la Enciclopedia Británica...

Poco a poco triunfa de su mala suerte. Merced a las gruesas gafas acaba de obtener una vista casi normal y circula sola, conduce personalmente el coche y en el laboratorio realiza de nuevo las medidas delicadas. Último milagro de una vida milagrosa. María renace de las tinieblas y encuentra bastante luz para trabajar, para trabajar hasta el fin.

Una breve carta que la señora Curie escribe a Bronia con fecha de septiembre de 1927, relata el secreto de esta victoria:

Algunas veces me falta valor y me digo que debería dejar de trabajar, irme a vivir a mi casa de campo y dedicarme a los trabajos de jardinería. Pero me atan mil lazos y no sé cómo podré resolver este asunto. Es más: no sé si escribiendo libros científicos podría prescindir del laboratorio. No sé si podría prescindir del laboratorio..."

Para comprender este grito, esta confesión, es necesario espiar a María Curie ante sus aparatos, cuando, terminadas las labores cotidianas, puede consagrarse a su pasión. No hay necesidad de una experiencia excepcional para dar a su silueta hundida una sublime expresión de éxtasis y de absorción. Un difícil trabajo de "soplador de vidrio" que logre artísticamente una medida perfecta le proporcionará una inmensa alegría. Una colaboradora atenta y sensible, la señorita Chamie,

descubrirá los rasgos de esta señora Curie, que ninguna fotografía ha logrado reflejar con exactitud:

Aquí está ante el aparato, haciendo las medidas en la penumbra de una sala carente de calefacción, para evitar las variaciones de la temperatura. La señora Curie efectúa la serie de operaciones —abrir el aparato, preparar el cronómetro, levantar el peso, etc. —, con una disciplina y una armonía de movimientos admirables. Ningún pianista realizaría con mayor 'virtuosismo lo que logran las manos de la señora Curie. Es una técnica perfecta, que tiende a reducir a cero el coeficiente del error personal.

Tras los cálculos que la señora Curie hace con rapidez, para comparar los resultados, se puede admirar su sincera alegría, no disimulada, porque los errores son muy inferiores al límite admitido, lo cual asegura la precisión de las medidas.

En cuanto trabaja, el resto del mundo desaparece. En 1927 Irene se halla gravemente enferma y María está atormentada y desesperada por ello. Un amigo va en su busca al laboratorio para preguntarle por la hija. El visitante recibe una contestación lacónica y una mirada fría. Apenas ha abandonado la habitación, María, indignada, dice a su ayudante:

—Pero ¿es que las gentes no pueden dejarme trabajar en paz?

Veámosla ahora, tal como la describe la señorita Chamie, absorta en una experiencia capital: la preparación del actinio X para el espectro de los rayos alfa, el último trabajo que María realizó antes de su muerte:

Es necesario que el actinio X sea puro y en un estado químico tal que no pueda desprender su emanación. El día de trabajo no basta para la separación, pues la separación de este elemento es lenta. Se pasará la noche trabajando, a fin de que la fuente intensa que se prepara no tenga tiempo de "decrecer" mucho.

Son las dos de la madrugada y sólo falta la última operación: la centrifugación durante una hora del líquido, por encima de un soporte especial. La centrifuga gira con un ruido que fatiga, pero la señora Curie permanece a su lado, sin querer abandonar la habitación. Contempla la

máquina como si su ardiente deseo de obtener la experiencia pudiera provocar, por sugestión, la precipitación del actinio X. Para la señora Curie nada existe en este momento, aparte esta centrifuga: ni su vida de mañana, ni su fatiga. Es una despersonalización completa, una concentración de toda su alma sobre el trabajo que realiza...

Si la experiencia no da el resultado esperado, María, repentinamente, parece aplastada por la desgracia. Sentada en una silla, los brazos cruzados, la espalda encorvada, la mirada huida, evoca una vieja campesina, muda y desesperada ante un gran dolor. Los colaboradores que la observan temen vagamente un accidente, un drama y le preguntan qué le ha pasado. María pronuncia lúgubres palabras que lo resumen todo:

— ¡No se ha podido precipitar el actinio X!

A menos que no acuse a algún enemigo encubierto:

—El polonio me traiciona.

Pero si obtiene un éxito, María se transforma en un ser joven y activo. Vaga alegremente por el jardín como si quisiera decir a los rosales, a los tilos y al sol lo feliz que es. María está reconciliada con la ciencia y dispuesta a reírse y a maravillarse.

Cuando un investigador, aprovechando su evidente buen humor, le propone mostrarle una experiencia que estudia, le sigue con precipitación, se inclina sobre el aparato en donde se hace la "numeración" de los átomos, admira la irradiación repentina de un metal de "willemita" por lo acción del radio...

Ante estos milagros familiares, una felicidad suprema ilumina sus ojos de color ceniza. Se diría, que María contempla un Botticelli o un Vermeer o el más hermoso cuadro del mundo.

Y murmura:

— ¡Oh! ¡Qué fenómeno más hermoso!

Capítulo 27

Fin de la misión

A menudo la señora Curie habla de su muerte. Comenta con aparente calma el acontecimiento fatal y se encara con sus consecuencias prácticas. Pronuncia sin emoción frases como éstas:

—Es evidente que no puedo vivir muchos años más... Me inquieta la suerte del Instituto del Radio cuando yo no esté en este mundo...

Pero, en realidad, no hay en ella ninguna serenidad, ninguna aceptación. Con todas sus fuerzas instintivas rechaza la idea del fin. Los que la admiran de lejos creen que tiene todavía una vida incomparable. A los ojos de María esta vida es débil en proporción a la obra emprendida.

Hace treinta años, presintiendo una muerte motivada por el azar, Pierre Curie se entregaba al trabajo con una vehemencia trágica. María, a su vez, acepta el oscuro desafío. Para defenderse contra la agresión que temía, construía febrilmente alrededor suyo una muralla de proyectos y de deberes, despreciando la fatiga, cada día más evidente, y los males crónicos que la oprimían: su mala vista, un reumatismo en la espalda y un terrible zumbido en los oídos.

¿Qué importa todo esto? ¡Hay cosas más importantes! María acaba de hacer construir en Arcueil una fábrica destinada a los tratamientos masivos de minerales. Desde hacía mucho tiempo deseaba esta fábrica y organiza con entusiasmo sus primeros ensayos. María está preocupada también por la redacción de su libro, un monumento científico que, desaparecida la señora Curie, nadie podría continuar escribiendo. Y las investigaciones sobre la familia del actinio no adelantan muy aprisa. Por otra parte, ¿no debe emprender inmediatamente los estudios sobre la "estructura fina" de los rayos alfa? María se levanta muy temprano, corre al laboratorio y regresa por la noche, a la hora de cenar...

Trabaja con una precipitación singular y también con la singular imprudencia habitual en ella. María ha despreciado siempre las precauciones que impone a sus alumnos: manipular los tubos de cuerpos radiactivos con pinzas, no tocar los tubos desnudos, emplear "escudos" de plomo para evitar las radiaciones nocivas. Apenas consiente en someterse a los exámenes de sangre que son reglamentarios en el

Instituto del Radio. Su fórmula sanguínea es anormal. ¡Bah! Hace treinta y cinco años que la señora Curie maneja radio, que respira la emanación del radio. Durante cuatro años de guerra ha estado expuesta a la radiación todavía más peligrosa de los aparatos Roentgen. Una ligera alteración de la sangre, perturbadoras y dolorosas heridas en las manos, que tan pronto se secan como supuran, no son, después de todo, sanciones muy severas por tanto peligros desafiados.

En diciembre de 1933 una ligera enfermedad impresiona a la señora Curie. La radiografía descubre un cálculo bastante grande en la vesícula biliar. ¡La misma enfermedad que se llevó al sepulcro al señor Sklodowski! Para evitar una operación que le da mucho miedo, María se pone a régimen y se dispone a cumplir un tratamiento.

Y repentinamente, la ilustre investigadora que durante tantos años ha dejado para futuros tiempos modestos proyectos personales que deseaba ver realizados — construir una casa de campo en Sceaux y cambiar de departamento en París— pasa a la acción inmediata. Examina los proyectos, domina su indecisión y compromete sin dudar grandes sumas. Y se resuelve que la villa Sceaux quedará construida durante la primavera. En octubre de 1934 María debería abandonar el departamento del Quai de Bethune para habitar un piso moderno en un edificio nuevo de la Ciudad Universitaria.

María se siente fatigada y desea hacerse la ilusión de que no está enferma. Va a patinar a Versailles, se reúne con su hija Irene en los campos de esquí, en Saboya. Se siente dichosa al comprobar que sus músculos se mantienen ágiles y flexibles. Aprovechando el viaje de Bronia, para Pascuas, organiza una excursión automovilística por el Mediodía.

La expedición ha sido un desastre. María ha querido mostrar a su hermana hermosos paisajes y ha dado una serie de vueltas extraordinarias. Cuando, tras muchas etapas, llega a la villa de Cavalaire, padece un resfriado y está extenuada. Cuando llegan, la casa está fría y la calefacción, encendida rápidamente, no calienta el hogar. Sacudida por los temblores, se entregará bruscamente a una crisis de desesperación. Lloro entre los brazos de Bronia como un niño enfermo. Está obsesionada por su libro y teme que una bronquitis le prive de terminarlo. Bronia la

cuida y la tranquiliza. Al día siguiente, María ha dominado un desfallecimiento moral que no se repetirá jamás.

Algunas jornadas hermosas la reconfortan y la consuelan. Cuando regresan a París, está mejor. Un médico ha hablado de *gripe* y —como todos los médicos, desde hace cuarenta años— de exceso de trabajo. María no concede importancia alguna a la ligera fiebre, que no la abandonará más. Vagamente inquieta, Bronia vuelve a Polonia. Ante el tren de Varsovia, sobre el andén tantas veces recorrido, las dos hermanas se abrazan y besan por última vez.

María fluctúa entre la enfermedad y la salud. Los días que se siente más fuerte va al laboratorio. Cuando se halla aturdida y debilitada, se queda en casa y escribe su libro. Pasa muchísimas horas a la semana en su nuevo departamento, y sigue con atención los planos de la villa de Sceaux.

Cada día que pasa siento la necesidad de un jardín y deseo ardientemente que este proyecto se realice —escribe María a Bronia el día 8 de mayo de 1934—. El precio de construcción ha podido ser fijado en una suma que conviene a mis economías. Vamos a poder colocar los cimientos.

Pero su astuta enemiga la gana en velocidad. La fiebre aumenta, los temblores son cada vez más violentos. Eva necesita usar de una paciente diplomacia para que su madre consienta en recibir a un nuevo doctor. Pone el pretexto de que los médicos son "molestos" y que "no hay medio de pagarles", ya que ningún doctor francés ha aceptado jamás honorarios de la señora Curie y no ha podido tener nunca un médico a sueldo. María, la ilustre investigadora, la amiga del progreso, es como una campesina cualquiera: reacia a los cuidados.

El profesor Regaud visita amistosamente a María y le sugiere la idea de solicitar el consejo de su amigo, el doctor Raveau, y éste, a su vez, señala como médico al profesor Boulin. La primera palabra de éste, al observar el rostro exangüe de María, es:

— ¡Hay que quedarse en cama! ¡Es necesario descansar!

Ha oído tantas veces estas mismas palabras, que María no se siente impresionada ya por esas frases. Sube y baja las pesadas escaleras del Quai de Bethune, trabaja casi todos los días en el Instituto del Radio. Un día soleado del mes de mayo de

1934 permanece hasta las tres y media de la tarde en la sala de física; desflora con cansancio las cápsulas, los aparatos, sus fieles compañeros... Cambia algunas palabras con sus colaboradores:

—Tengo fiebre —murmura—. Me voy a casa...

Todavía da una vuelta por el jardín, salpicado por las flores brillantes. Repentinamente, se detiene ante un rosal enclenque y llama a su mecánico:

—Georges, mire usted este rosal... ¡Hay que cuidarlo inmediatamente!

Una discípula se acerca y le ruega que no permanezca más tiempo al aire libre y que se vaya a casa. Accede, María, pero antes de subir al coche aun se vuelve para decir:

—Georges, no se olvide usted... ¡El rosal!...

Esa mirada inquieta hacia una planta débil es su adiós al laboratorio.

María no abandona ya la cama. Una lucha agotadora contra un mal impreciso, calificado sucesivamente de *gripe* y de bronquitis, la condena a fatigosos cuidados. Los soporta con una repentina, una terrorífica docilidad, y consiente en que se la traslade a una clínica, para ser objeto de un examen completo. Dos radiografías, cinco o seis análisis, dejan perplejos a los especialistas que han sido llamados a la cabecera de la ilustre investigadora. Ningún órgano parece atacado, ninguna enfermedad característica se declara. Mas, como las lesiones antiguas y un poco de inflamación velan las radiografías del pulmón, se imponen a María ventosas y calor. En vista de que no va ni mejor ni peor, se la traslada nuevamente al Quai de Bethune, y se comienza a pronunciar a su alrededor la palabra "sanatorio".

Temerosamente, Eva le sugiere la idea de este exilio. María obedece dócilmente y acepta la partida, poniendo su esperanza en un aire más puro, imaginándose que el ruido y el polvo de la ciudad le privan del restablecimiento total. Se hacen proyectos: Eva acompañará a su madre y se quedará durante unas semanas en el sanatorio; luego, los hermanos de María vendrán de Polonia, para hacerle compañía; más tarde, en el mes de agosto, irá su hija Irene. Y en otoño, María ya estará completamente restablecida.

En la habitación de la enferma, Irene y Frédéric Joliot conversan con la señora Curie de los trabajos del laboratorio, de la casa de Sceaux, de la corrección de las pruebas

del libro que María ha terminado. Un joven colaborador del profesor Regaud, Georges Gricoureff, que con un delicado afecto la visita todos los días para saber de su salud, hace el elogio de la eficacia de los sanatorios. Eva, mientras tanto, se ocupa del futuro departamento, escoge el color de los papeles y de las pinturas.

A veces, María, con una pequeña sonrisa y observando la mirada de su hija, le dice: —Me parece que nos estamos preocupando mucho, para nada...

Eva, que tiene preparadas ya las protestas y las bromas para animar a la señora Curie, solicita de los constructores que se den prisa para terminar el departamento. No obstante, no cree poder evitar la desgracia, a pesar de que los médicos no son pesimistas y que en la casa nadie parece inquieto; pero Eva, sin motivos categóricos, tiene la absoluta certidumbre de lo peor.

Durante los días claros de esta primavera radiante, María pasa en compañía de su hija largas horas de intimidad, condenada al ocio. El alma intacta de María, su corazón vulnerable y generoso, aparecen al desnudo, así como su dulzura sin límites. María es la dulce "Me" de años antes, y es, sobre todo, la adolescente que escribía, hace cuarenta y seis años, en una carta de juventud:

Los seres que sienten las cosas tan vivamente como yo y que no están en estado de cambiar esta disposición de su naturaleza deben disimularla cuanto puedan...

Esta es la clave de una naturaleza secreta, sensible en exceso, temerosa y fácilmente herida. A lo largo de una vida gloriosa, María se ha prohibido constantemente los impulsos espontáneos, las confesiones de debilidad, y acaso las llamadas de socorro que le subían a los labios.

Todavía ahora no se desahoga ni se lamenta, o tan poco, tan discretamente, que apenas se nota. María sigue hablando del porvenir. Del porvenir del laboratorio, del porvenir del Instituto de Varsovia, del porvenir de sus hijos. María espera y confía en que Irene y Frédéric Joliot recibirán dentro de algunos meses el premio Nobel. María sigue pensando, en fin, en el nuevo departamento, que le esperará en vano; o en la casa de Sceaux, que no se construirá jamás.

María se debilita. Antes de intentar su traslado a un sanatorio, Eva pide una consulta a cuatro celebridades de la Facultad, los mejores y más delicados médicos

de Francia. Nombrarles aquí podría sugerir, por mi parte, una condena o una injusta ingratitud. Los cuatro médicos examinaron durante media hora a una mujer agotada e inexorablemente condenada por un mal incomprendible. En la duda, han terminado por dictaminar la renovación de las lesiones tuberculosas de la juventud. Creyeron que una temporada en el campo vencería la fiebre, y se equivocaron.

Trágica procesión de preparativos rápidos. Se ahorran las fuerzas de María, que sólo recibe la visita de sus íntimos. No obstante, desafía la consigna y hace ir en secreto a su alcoba a la señora Cotelte, colaboradora suya, a quien dicta estas recomendaciones:

—Hay que encerrar cuidadosamente el actinio, guardarlo hasta mi vuelta. Cuento con usted para que se cumpla esta orden mía. Reanudaremos nuestros trabajos después de las vacaciones.

A pesar de una brusca agravación, los médicos aconsejan el viaje inmediato. El viaje es terrible, indescriptible. Ya en el tren, a su llegada a Saint Gervais, María se desvanece entre los brazos de Eva y de la enfermera. Cuando queda instalada en la más hermosa habitación del sanatorio de Sancellemoz, se le hacen nuevas radiografías y nuevos exámenes. Los pulmones no están atacados y el viaje ha sido inútil.

La fiebre pasa de los cuarenta grados. No se le puede ocultar a la enferma, que con un cuidado de profesora de laboratorio comprueba siempre personalmente el nivel del mercurio. No dice casi nada, pero sus ojos pálidos reflejan un gran temor. El profesor Roch, de Ginebra, llamado urgentemente, compara los exámenes de la sangre de los últimos días, en que el número de glóbulos blancos y de glóbulos rojos desciende bruscamente. Diagnostica una perniciosa y fulminante anemia. Intenta animar a María, que está obsesionada por la idea del cálculo biliar y asegura que no se dejará hacer ninguna operación, emprendiendo un tratamiento de una energía desesperada. Pero la vida huye de ese organismo cansado.

Entonces empieza la lucha jadeante y atroz que se suele llamar "una muerte dulce", y en la que el cuerpo que se niega a morir se defiende con un salvaje furor. Cerca de su madre, Eva mantiene otra lucha: en el cerebro todavía lucidísimo de su madre, la idea de la muerte no ha penetrado. Hay que evitar este milagro; ahorrar a María esta pena inmensa que no apaciguaría ninguna resignación. Es necesario,

sobre todo, atenuar el dolor físico, tranquilizar el cuerpo al mismo tiempo que el alma. Ni cuidados excesivos, ni tardías transfusiones de sangre, inútiles e impresionantes; ni repentina reunión familiar a la cabecera de la agonizante, que al observar reunidos a los suyos sentiría afectado el corazón por la horrorosa certidumbre.

Siempre estimaré a quienes socorrieron a mi madre en estos días de horror. El doctor Tobé, director del sanatorio, y el doctor Pierre Lowys, no sólo ofrecieron a mi madre su ciencia. La vida del sanatorio parece suspendida y atacada de inmovilidad por la noticia terrible: ¡la señora Curie se muere! La casa es todo respeto, fervor, silencio. Los dos médicos se relevan en la habitación de María. La sostienen, la animan. Cuidan también a Eva, ayudándola a combatir, a mentir, y sin que tenga necesidad de rogárselo, prometen adormecer con soporíferos e inyecciones los últimos sufrimientos de María.

En la mañana del 3 de julio la señora Curie puede leer por última vez el termómetro, que sostiene su mano vacilante; distinguir la repentina caída de la fiebre, que precede siempre al fin. Tiene una sonrisa de alegría. Y como Eva le asegura que es el signo de la curación, que ahora va a restablecerse, María, mirando la ventana abierta, reconquistada la esperanza y con un patético deseo de vivir hacia el sol, hacia las montañas inmóviles, exclama:

—No son los medicamentos los que me han hecho bien... ¡Es el aire libre, la altura!

Durante la agonía, María tiene pobres quejidos de dolor y de sorprendidas y soñadoras quejas:

—No puedo expresarme... Estoy ausente...

María no pronuncia el nombre de ningún ser viviente. No llama ni a su hija mayor, llegada el día antes con su esposo a Sancellemoz, ni a Eva, ni a sus hermanos. Las pequeñas y las grandes preocupaciones de su trabajo vagan a la deriva en su maravilloso cerebro y se manifiestan por frases sin continuidad:

—Los párrafos de los capítulos será necesario hacerlos iguales... He creído que esta publicación...

Y mirando muy fijamente una taza de té, en donde ella intenta agitar una cucharita —no una cucharita, sino una espátula o algún otro delicado instrumento de laboratorio—, murmura:

— ¿Es que se ha hecho con radio o con mesotorio?

María se ha apartado de los humanos. Se reúne para siempre con sus "cosas" amadas, a las cuales ha dedicado toda su vida. Ya no tendrá más palabras indistintas y, de pronto, para el médico que va a darle una inyección, este débil grito de cansancio:

— ¡No quiero! ... ¡Que me dejen tranquila!

Los últimos momentos revelan la fuerza, la resistencia terrible de un ser cuya fragilidad no era más que aparente; de un corazón robusto, emboscado en una carne de donde se evade el calor y que, no obstante, continúa batiendo, incansable, implacablemente. Durante dieciséis horas aun, el doctor Pierre Lowys y Eva sostienen, cada uno, las manos heladas de una mujer de quien no quieren ni la vida ni la nada. A la aurora, cuando el sol haya coloreado de rosa las montañas y empezado su curso hacia un cielo admirablemente puro, cuando la rutilante luz de una gloriosa mañana haya inundado la habitación y la cama y haya acariciado las mejillas ahondadas y los ojos color de ceniza, inexpresivos y vidriados por la muerte, el corazón dejará de funcionar.

Ante su cadáver, la ciencia todavía debe manifestarse. Los síntomas normales, los exámenes de sangre, diferentes de los de las anemias perniciosas conocidas, denuncian el verdadero culpable: el radio.

La señora Curie puede contarse entre las víctimas de los cuerpos radiactivos que su marido y ella descubrieron", escribirá el profesor Regaud.

En Sancellemoz, el doctor Tobe redacta esta cita en el orden del día:

La señora Curie ha fallecido en Sancellemoz, el día 4 de julio de 1934. La enfermedad era una anemia perniciosa aplásica, de marcha rápida, febril. La médula ósea no ha reaccionado, probablemente porque está alterada por una larga acumulación de radiaciones.

El acontecimiento escapa del sanatorio silencioso, propagándose por el universo, y alcanza, aquí y allí, estado de agudo sufrimiento. En Varsovia, Hela; en Berlín, en

un tren que corre veloz hacia Francia, José Sklodowski y Bronia, que intentarán llegar a tiempo a Sancellemoz, para ver de nuevo el rostro querido. En Montpellier, Jacques Curie. En Londres, la señora Meloney. En París, Maurice Curie y los amigos fieles.

Ante los aparatos inertes del Instituto del Radio, los jóvenes científicos sollozan. Georges Fournier, uno de los discípulos preferidos de María, escribirá: "¡Lo hemos perdido todo!"

La señora Curie descansa lejos de estos dolores, lejos de estas actividades y de los homenajes, sobre la cama de Sancellemoz, en una casa en donde devotos hombres de ciencia, colegas suyos, la han protegido hasta el fin. No se admite que ningún extraño perturbe siquiera con una mirada el descanso de María. Ningún curioso será testigo de la gracia con que se ha adornado María para este viaje infinito. Vestida de blanco, sus canas descubren la frente inmensa, grave y firme, y María, en este instante, es lo más hermoso y lo más noble de la tierra.

Sus manos arrugadas, callosas, endurecidas, profundamente quemadas por el radio, han perdido su tic familiar. Están alargadas, sobre la sábana, tiesas, terriblemente inmóviles...

¡Esas manos que trabajaron tanto!

El viernes, día 6 de julio de 1934, a mediodía, sin discursos, sin cortejo, sin un político, sin un elemento oficial, la señora Curie toma modestamente su plaza en la morada de los muertos. Se la entierra en el cementerio de Sceaux, ante sus íntimos, ante sus amigos y los colaboradores, que la querían. Su ataúd queda depositado encima del de Pierre Curie. Bronia y José Sklodowski tiran, sobre la fosa abierta, un puñado de tierra que trajeron de Polonia. La lápida mortuoria se enriquece con una nueva mención:

MARÍA CURIE-SKLODOWSKA

1867-1934

Un año más tarde, el libro que María había terminado antes de morir llevará a los "enamorados de la física" su último mensaje.

En el Instituto del Radio, donde se ha reanudado el trabajo, el enorme volumen ha llegado a la clara biblioteca y se ha reunido a otras obras científicas.

Sobre la cubierta gris, el nombre del autor: "Señora Pierre Curie. Profesora de la Sorbona. Premio Nobel de Física. Premio Nobel de Química".

Y el título es una sola palabra, severa y luminosa: *RADIOACTIVIDAD*

F I N

APÉNDICES**Títulos concedidos a María Curie**

- 1 Miembro honorario de la Sociedad Imperial de los Amigos de las Ciencias Naturales, de Antropología y de Etnografía, desde el 19 de diciembre de 1904.
- 2 Miembro de honor de la Institución Real de Gran Bretaña, desde el 9 de mayo de 1904.
- 3 Miembro extranjero de la Sociedad Química de Londres, desde el 18 de mayo de 1904.
- 4 Miembro correspondiente de la Sociedad Bátava de Filosofía, desde el 15 de septiembre de 1904.
- 5 Miembro honorario de la Sociedad de Física de México, desde 1904.
- 6 Miembro honorario de la Academia de Ciencias de México, desde el 4 de mayo de 1904.
- 7 Miembro honorario de la Academia de Ciencias de México, desde el 4 de mayo de 1904.
- 8 Miembro honorario de la Sociedad de Fomento de la Industria y el Comercio de Varsovia, desde 1904.
- 9 Miembro correspondiente de la Sociedad Científica de la República Argentina, desde el 6 de noviembre de 1906.
- 10 Miembro extranjero de la Sociedad Holandesa de Ciencias, desde el 25 de mayo de 1907.
- 11 Doctor en Derecho, "honoris causa", de la Universidad de Edimburgo, desde el 2 de febrero de 1907.
- 12 Miembro correspondiente de la Academia Imperial de Ciencias, de San Petersburgo, desde el día 29 de enero de 1908.
- 13 Miembro de honor de la Sociedad de Ciencias Naturales de Braunschweig, desde el 10 de marzo de 1908.
- 14 Doctor en Medicina, "honoris causa", de la Universidad de Ginebra, desde 1909.
- 15 Miembro correspondiente de la Academia de Ciencias, de Bolonia, desde el 31 de marzo de 1909.
- 16 Miembro asociado extranjero de la Academia Checa para las Ciencias, las Letras y las Artes, desde 1909.
- 17 Miembro activo extranjero de la Academia de Ciencias, de Cracovia, desde 1909.
- 18 Miembro de honor del Colegio de Farmacia de Filadelfia, donde el 27 de septiembre de 1909.
- 19 Miembro correspondiente de la Sociedad Científica de Chile, desde el 19 de diciembre de 1910,
- 20 Miembro de la Sociedad Filosófica Americana, desde el 23 de abril de 1910.
- 21 Miembro extranjero de la Real Academia Sueca de Ciencias, desde 1910.
- 22 Miembro de honor de la Sociedad Química Americana, desde el 19 de marzo de 1910.
- 23 Miembro de honor de la Sociedad de Física, de Londres, desde 1910.
- 24 Miembro honorario de la Sociedad para las Investigaciones Físicas, de Londres, desde el 1 de febrero de 1911.
- 25 Miembro correspondiente extranjero de la Academia de Ciencias, de Portugal, desde el 19 de abril de 1911.
- 26 Doctor en ciencias, "honoris causa", de la Universidad de Manchester, desde el 24 de noviembre de 1911.
- 27 Miembro de honor de la Sociedad Química de Bélgica, desde el 16 de abril de 1912.
- 28 Miembro colaborador del Instituto Imperial de Medicina Experimental de San Petersburgo, desde el 12 de abril de 1912.
- 29 Miembro efectivo de la Sociedad Científica de Varsovia, desde 1912.
- 30 Miembro honorario de Filosofía de la Universidad de Lemberg, desde 1912.
- 31 Miembro de la Sociedad de Fotografía de Varsovia, desde 1912.
- 32 Doctor "honoris causa" de la Escuela Politécnica de Lemberg, desde 1912.
- 33 Miembro de honor de la Sociedad de Amigos de las Ciencias, de Vilna, desde el 20 de julio de 1912.
- 34 Miembro extraordinario de la Real Academia de Ciencias (Sección Matemáticas y Física), de Amsterdam, desde el 21 de mayo de 1913.
- 35 Doctor "honoris causa" de la Universidad de Birmingham, desde 1913,
- 36 Miembro de honor de la Asociación de Ciencias y Artes, de Edimburgo, desde el 15 de enero de 1913.
- 37 Miembro honorario de la Sociedad Físico-Médica de la Universidad de Moscú, desde marzo de 1914.
- 38 Miembro honorario de la Sociedad Filosófica de Cambridge, desde el 30 de mayo de 1914.
- 39 Miembro honorario del Instituto Científico de Moscú, desde marzo de 1914.
- 40 Miembro honorario del Instituto de Higiene, de Londres, desde el 15 de abril de 1914.
- 41 Miembro correspondiente de la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia, desde el 22 de abril de 1914.
- 42 Miembro de honor de la Real Sociedad Española de Electrología y Radiología Médicas, desde el 21 de abril de 1918.
- 43 Presidente de honor de la Real Sociedad Española de Electrología y Radiología Médicas, desde el 25 de abril de 1919.
- 44 Director honorario del Instituto del Radio, de Madrid, desde el 5 de julio de 1919.
- 45 Profesor honorario de la Universidad de Varsovia, desde 1919. Miembro de la Sociedad Polaca de Química, desde 1919.

- 46 Miembro ordinario de la Real Academia de Ciencias y Letras de Dinamarca, desde 1920.
- 47 Doctor en ciencias, "honoris causa", de la Universidad de Yale, desde el 10 de junio de 1921.
- 48 Doctor en ciencias, "honoris causa", de la Universidad de Chicago, desde el 18 de julio de 1921.
- 49 Doctor en ciencias, "honoris causa", de la Universidad de Northeastern, desde el 15 de junio de 1921.
- 50 Doctor en ciencias, "honoris causa", del Colegio Smith, desde el 13 de mayo de 1921.
- 51 Doctor en ciencias, "honoris causa", del Colegio Wellesley, desde el
- 52 12 de julio de 1921.
- 53 Doctor "honoris causa", del Colegio Médico de Mujeres, de Pennsylvania, desde el 23 de mayo de 1921.
- 54 Doctor en ciencias, "honoris causa", de la Universidad de Columbia, desde el 7 de junio de 1921.
- 55 Doctor en derecho, "honoris causa", de la Universidad de Pennsylvania, desde el 23 de mayo de 1921.
- 56 Miembro honorario de la Sociedad de Ciencias Naturales, de Buffalo, desde el 16 de junio de 1921.
- 57 Miembro honorario de la Sociedad de Radiología de América del Norte, desde 1921.
- 58 Miembro honorario del Club de Mineralogía, de Nueva York, desde el 20 de abril de 1921.
- 59 Miembro honorario de la Asociación de Profesores Químicos de Nueva Inglaterra, desde el 14 de abril de 1921,
- 60 Miembro honorario del Museo Americano de Historia Natural, desde el 20 de abril de 1921.
- 61 Miembro honorario de la Sociedad Química de Nueva Jersey, desde el 16 de mayo de 1921.
- 62 Miembro de honor de la Sociedad de Química Industrial, desde e]
- 63 13 de julio de 1921.
- 64 Miembro de la Academia de Cristiana, desde el día 18 de marzo de 1921.
- 65 Miembro de honor perpetuo de la Academia de Artes y Ciencias Knox, desde el 18 de junio de 1921.
- 66 Miembro honorario de la Sociedad Americana de Radio, desde el 29 de julio de 1921.
- 67 Miembro honorario de la Nordisk Förening Für Medecinsk Radtologi, desde el 15 de octubre de 1921.
- 68 Miembro de honor de la Alianza Francesa, de Nueva York, desde el 10 de junio de 1921.
- 69 Miembro Asociado Libre de la Academia de Medicina, de Parir; (elección del 7 de febrero), desde 1922.
- 70 Miembro de honor de la Sociedad Rumana de Hidrología Médica y Climatológica, desde el 10 de enero de 1923.
- 71 Doctor en derecho, "honoris causa", de la Universidad de Edimburgo, desde el 9 de julio de 1923.
- 72 Miembro honorario de la Unión de Matemáticos y Físicos Checoslovacos, de Praga, desde el 20 de enero de 1923.
- 73 Ciudadano honorario de la ciudad de Varsovia, desde 1924.
- 74 Nombre inscripto (con el de Pasteur) sobre uno de los asientos del Town Hall, de Nueva York, desde 1924.
- 75 Miembro de honor de la Sociedad Polaca de Química, de Varsovia, desde 1924.
- 76 Doctor en medicina, "honoris causa", de la Universidad de Cracovia, desde el 25 de febrero de 1924.
- 77 Doctor en filosofía, "honoris causa", de la Universidad de Cracovia, desde el 25 de febrero de 1924.
- 78 Ciudadano honorario de la ciudad de Riga, desde 1924.
- 79 Miembro honorario de la Sociedad de Investigaciones Físicas, de Atenas, desde el 15 de diciembre de 1924.
- 80 Miembro de honor de la Sociedad Médica de Lublin (Polonia), desde el 4 de julio de 1925.
- 81 Miembro ordinario de la "Pontificia Tiberina", de Roma, desde el 31 de marzo de 1926.
- 82 Miembro de honor de la Sociedad de Química, de San Pablo (Brasil), desde el 12 de agosto de 1926.
- 83 Miembro correspondiente de la Academia Brasileña de Ciencias, desde el 24 de agosto de 1926.
- 84 Miembro de honor de la Sociedad de Farmacia y Química, de San Pablo (Brasil), desde el 17 de julio de 1926.
- 85 Miembro de honor de la Asociación Brasileña de Farmacéuticos, desde el 23 de julio de 1926.
- 86 Doctor, "honoris causa", de la sección de Química de la Escuela Politécnica de Varsovia, desde 1926.
- 87 Miembro honorario de la Academia de Ciencias, de Moscú, desde el 4 de enero de 1927.
- 88 Miembro extranjero de la Sociedad de Letras y de Ciencias, de Bohemia, desde el 12 de enero de 1927.
- 89 Miembro honorario de la Academia de Ciencias, de U. R. S. S., desde el 2 de febrero de 1927.
- 90 Miembro de honor de la Asociación Médica de Norteamérica, desde 1927.
- 91 Miembro honorario del Instituto de Nueva Zelandia, desde el 8 de febrero de 1927.
- 92 Miembro de honor de la Sociedad de Amigos de las Ciencias, de Poznan (Polonia), desde el 6 de marzo de 1929.
- 93 Doctor en derecho, "honoris causa", de la Universidad de Glasgow, desde junio de 1929.
- 94 Ciudadano honorario de la ciudad de Glasgow, desde 1929.
- 95 Doctor en ciencias, "honoris causa", de la Universidad de Saint-Laurent, desde el 26 de octubre de 1929.
- 96 Miembro honorario de la Academia de Medicina, de Nueva York, desde el 7 de enero de 1930.
- 97 Miembro, "honoris causa", de la Asociación Polaca Médica y Dental de América, desde el 5 de marzo de 1929.
- 98 Miembro de honor de la Sociedad Francesa de Inventores y Hombres de Ciencia, desde el 5 de marzo de 1930.

- 99 Presidente de honor de la Sociedad Francesa de Inventores y Hombres de Ciencia, desde el 16 de junio de 1930.
- 100 Miembro de honor de la Liga Mundial de la Paz, Ginebra, desde 1931.
- 101 Miembro de honor del Colegio Americano de Radiología, desde el 16 de abril de 1931.
- 102 Miembro correspondiente extranjero de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de Madrid, desde el 25 de abril de 1931.
- 103 Miembro de la Academia Alemana Kaiserlich Deutschen Akademie der Naturforcher zu Halle, desde el 18 de marzo de 1932.
- 104 Miembro de honor de la Sociedad de Medicina, de Varsovia, desde el 28 de junio de 1932.
- 105 Miembro de honor de la Sociedad Química Checoslovaca, desde el 24 de septiembre de 1932.
- 106 Miembro honorario del Instituto Británico de Radiología y de la Sociedad Roentgen, desde 1930.

Medallas concedidas a María Curie

- 1 Medalla Berthelot (con Pierre Curie), 1903.
- 2 Medalla de honor de la Villa de París (con Pierre Curie), 1903.
- 3 Medalla Matteucci, Sociedad Italiana de Ciencias (con Pierre Curie), concedida el 8 de agosto de 1904.
- 4 Medalla Davy, de la Real Sociedad de Londres (con Pierre Curie), concedida el 5 de noviembre de 1903.
- 5 Gran Medalla de Oro Kuhlmann, Sociedad Industrial de Lille, concedida el 19 de enero de 1908.
- 6 Medalla de Oro Elliott Cresson, Instituto Franklin, concedida el 6 de enero de 1909.
- 7 Medalla Albert, Real Sociedad de Arte, Londres, concedida el 4 de julio de 1910.
- 8 Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso XII, de España, concedida el 28 de abril de 1919.
- 9 Medalla Benjamín Franklin, Sociedad Americana de Filosofía, de Filadelfia, 1921.
- 10 Medalla John Scott, Sociedad Americana de Filosofía, de Filadelfia, concedida el 13 de abril de 1921.
- 11 Medalla Willard Gibbs, Sociedad Americana de Química, Chicago, 1921.
- 12 Medalla del Buen Mérito, de primera clase, concedida por el Gobierno rumano, a la vez que el título y medalla de oro, el 4 de agosto de 1924.
- 13 Medalla de oro de "La Sociedad de Radiología", de Norteamérica, concedida el 8 de diciembre de 1922.
- 14 Medalla del Club de la Federación de Mujeres de la Ciudad de Nueva York, 1929.
- 15 Medalla del Colegio Americano de Radiología, concedida el 16 de abril de 1921.

Premios concedidos a María Curie

- 1 Premio Gegner, Academia de Ciencias de París, 12 de diciembre de 1898.
- 2 Premio Gegner, Academia de Ciencias de París, 3.800 francos, 11 de diciembre de 1900.
- 3 Premio Gegner, Academia de Ciencias de París, 3.800 francos, 14 de diciembre de 1902.
- 4 Premio Nobel de Física (con H. Becquerel y Pierre Curie), 1903.
- 5 Premio Osiris, concedido por el Sindicato de la Prensa Parisiense y repartido con el señor Branly, 60.000 francos, 4 de enero de 1904.
- 6 Premio Actonian, Instituto Real de Gran Bretaña, 100 guineas, 6 de marzo de 1907.
- 7 Premio Nobel de Química, 1911.
- 8 Premio de Investigación Ellen Richards, 2.000 dólares, 23 de abril de 1921.
- 9 Gran Premio del Marqués de Argenteuil para 1923, con medalla de bronce, Sociedad de Fomento de la Industria Nacional, 12.000 francos, 15 de marzo de 1924.
- 10 Premio Camerón, concedido por la Universidad de Edimburgo, 1931.